Madeline Hunter
EN BUSCA DE
HEREDERA
Una inesperada herencia.
Un apasionado encuentro
Planeta

Madeline Hunter
EN BUSCA DE
HEREDERA
Una inesperada herencia.
Un apasionado encuentro
Planeta

Madeline Hunter

EN BUSCA DE HEREDERA

Planeta

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Acerca del autor
Créditos
Planeta de libros

PRÓLOGO

Con un paso largo la detuvo antes de que pudiera terminar…

… y la atrapó en un abrazo. El primer beso fue cuidadoso, dulce. El siguiente no tanto.

Ella sintió la emoción en todo el cuerpo y se alegró cuando se abrazaron más fuerte y su pasión trajo consigo más besos, docenas de besos, compartidos y por separado, mientras liberaban un poco de la locura que descendía sobre ellos. De alguna manera, mientras la sostenía y la besaba, él se había quitado la camisa. La sensación de calidez que él le daba, de su piel bajo sus manos y labios le fascinó tanto que tuvo que besar su pecho, solo para experimentarlo de nuevo. Mientras ella lo hacía, él besó su cuello y alzó una mano para acariciar un pecho.

Una nota de realidad sonó dentro de ella. Le siguió un instante de duda. Él debió haberlo sentido. Quitó su mano. Furiosa consigo misma, regresó la mano de él a donde estaba y lo besó con ganas.

Sintió una sonrisa lenta de él formarse contra sus labios.

Este libro está dedicado a mis hijos,
Thomas y Joseph

CAPÍTULO 1

«¿Lo mataste?».

La voz apenas se escuchaba en su cabeza, como si estuviera muy lejos y hubiera neblina de por medio. No sonaba como la voz de su conciencia, como solía escuchar esa misma pregunta. Esta vez era una voz diferente. De mujer.

—Lo dudo. Ayúdame.

—A mí me parece que está muerto.

—Te juro que no está muerto. Toma esto y sostenlo mientras yo…

Se escuchaba un poco mejor ahora. Más cerca. Tan cerca que le daba dolor de cabeza. Cada palabra como el golpe de un martillo. Entre más palabras, más golpes y más cerca sonaban.

—Debería pedirle a Jeremy que venga.

—No necesitamos a Jeremy. ¿Ves?

Bam. Bam.

—Las cosas ya iban mal, antes de esto.

—Nosotros no tenemos la culpa. Acerca la lámpara para que pueda ver si es seguro. Espera, dame la lámpara… No parece un ladrón cualquiera.

—¿Qué vas a hacer con eso?

Bam, bam, bam.

—Lo estoy despertando para que nos diga quién es y por qué está aquí.

Bam.

La niebla desapareció, arrastrada por una avalancha de líquido que lo despertó por completo. Sacó la lengua para lamer las gotas en sus labios. No era agua. Vino.

No abrió los ojos de inmediato. Se tomó un momento para procesar el dolor que gritaba en su nuca. Sus piernas se sentían extrañas y le dolían los brazos. Intentó moverlos en vano. Se dio cuenta de que estaban atados detrás de él, y juntos, arqueando su cuerpo. Alguien lo había amarrado como un carnero, pero al revés.

Abrió los ojos para ver la punta de una pistola a unos centímetros de su cabeza. Su mirada viajó por el brazo que la sostenía hasta llegar a los furiosos ojos oscuros de una agraciada mujer de cabello castaño. Sostenía la pistola como si supiera usarla. Su mirada brillante pedía que le diera una razón para hacerlo.

¡Demonios! Esta noche no estaba yendo para nada como él la había planeado.

—Parece que está despertando —dijo Beth. Alzó el calentador de cama como si fuera a golpearlo de nuevo.

—Baja eso. Está atado y tengo mi pistola.

—Se ve corpulento. Puede que la soga no lo detenga. Podría derrotarte. Debería estar lista por si acaso.

—No va a atacarme.

Estaba despierto. Sus largas pestañas se movieron. Después de un momento intentó liberarse de sus ataduras. Minerva esperó a que se acomodara.

Su ropa se veía de buena calidad. Su gazné, en algún momento limpio y almidonado, estaba manchado de sangre. Podría decirse que su rostro era atractivo de no ser por los fuertes huesos que creaban ángulos más severos que elegantes. Algo de él hacía que los sentidos de Minerva mandaran pequeñas advertencias a su columna vertebral. Se veía como un caballero adinerado y… oficial. Cualquiera que hubiera sido su razón para entrar a la casa, no era para robar unos chelines.

Varias reacciones se apoderaron del cuerpo de ella mientras apuntaba la pistola a su agresivo y atractivo rostro. Miedo. Vulnerabilidad. Se sintió inundada del inquieto espíritu que la había atormentado por más de un año y del que creyó haberse deshecho para siempre.

Por fin se alzaron esas pestañas. Ojos color zafiro se enfocaron en su pistola y después se movieron hasta mirarla directamente a los ojos. Volvió a forcejear con sus ataduras.

—Minerva Hepplewhite, supongo. Mi nombre es Chase Radnor. Me disculpo por no haberme presentado de manera apropiada.

Beth inhaló sorprendida.

—Es extraño que un ladrón se preocupe tanto por modales y ese tipo de cosas.

Pero no era un ladrón, ¿o sí?

—Puede desatarme —dijo Radnor—. No suelo arriesgarme cuando hay pistolas, y de ninguna manera soy un peligro.

—Es un intruso. Mi intención es dejarlo donde está mientras consigo información sobre usted —dijo ella.

—Si lo hace será en vano y solo retrasará mi misión. Ahora desáteme. Tengo algo importante que decirle y eso explicará por qué estoy aquí.

Odiaba la curiosidad que le provocaban esas palabras, y también la inquietud que sentía. Tal vez él le diría que la investigación sobre la muerte de Algernon se había abierto de nuevo. También podría revelarle que al fin habían encontrado al cazador involucrado en el accidente. O quizá solo le diría que había ido para llevarla a prisión.

Se tranquilizó. Era inútil crear monstruos con la presencia de este desconocido. No había nada que indicara que sabía algo sobre su identidad o su vida pasada.

—Hable primero —alzó la pistola decidida—. No suelo confiar en ladrones.

Él dio un furioso tirón a las ataduras en su espalda. Entrecerró los ojos.

—Vine a informarle de algo que la beneficia de manera significativa.

—¿Y qué es eso?

—Ha heredado dinero. Mucho dinero.

A Chase no le gustaba cuando fallaban los planes hechos con mucho cuidado. Ahora estaba haciendo muecas mientras la sirvienta llamada Beth tocaba la herida en su nuca y limpiaba la sangre.

Mucha sangre. Gracias a su tiempo en el ejército sabía que las heridas en la nuca eran conocidas por sangrar, sin importar qué tan pequeñas fueran.

Tampoco es que sintiera que hubiera sido muy pequeña. Sentía que un martillo seguía golpeando su cabeza.

Estaba en una silla mientras la mujer robusta lo curaba. Minerva Hepplewhite esperaba pacientemente, observando. Relajada, maldita sea. La pistola ahora estaba sobre una mesa a su lado mientras se recostaba placenteramente en un diván.

Se veía tranquila. Cómoda. Minerva Hepplewhite tenía un nivel de serenidad que lo irritaba de manera inexplicable.

—Hable —dijo—. Si tiene información para mí, ¿por qué no se

presentó en mi puerta y mostró su tarjeta?

Eso era difícil de explicar sin alarmarla.

—Quería pruebas de que usted fuera Minerva Hepplewhite. No quería correr el riesgo de hablar con la mujer equivocada.

Eso la hizo fruncir el entrecejo.

Las manos en su nuca se alzaron y luego regresaron y presionaron su cabeza. Chase casi maldijo a la mujer, a pesar de que sabía que solo le estaba aplicando un fomento.

Beth dio un paso atrás, llevándose con ella el olor a agua de rosas.

—Listo. Ya no debería sangrar mucho. Tendrá que pedirle a su sirviente que le lave la cabeza con cuidado por un tiempo. Y que remoje su camisa en agua salada, eso debería ayudar a sacar la sangre. —Hizo un gesto hacia los abrigos—. Aunque eso no ayudará con esas manchas.

Las dos mujeres intercambiaron una mirada. Beth salió de la biblioteca y cerró la puerta tras ella.

—¿Cómo me encontró? —preguntó Minerva Hepplewhite.

—Me dedico a encontrar personas.

—Ah, es un detective. ¿No es esta una misión extraña? Creí que su trabajo era encontrar a las parejas de individuos casados y luego hablar de sus fechorías con sus esposos.

También hacía eso. Era el trabajo menos interesante, y un tipo de misión que no solía buscar. Sin embargo se la asignaban muy a menudo, ya que muchos esposos cometían muchas fechorías.

—No soy un detective. Soy un caballero que en ocasiones hace preguntas discretas.

—Si esa sencilla distinción hace que no se sienta como un sirviente, adelante.

Chase se puso de pie. En su cabeza sintió que retumbaban unos golpes de martillo como respuesta, pero no eran tan dolorosos como antes.

—Háble me sobre esta herencia —exigió ella.

Tenía puesto un camisón, con mucho encaje esponjoso alrededor del cuello y en la bastilla, pero había visto mejores días. No tenía forma, pero parecía suave, y sus ondas revelaban la figura de la mujer mientras se acomodaba sobre la tela rosada y desgastada del diván.

—Se le dejó una fortuna a una mujer llamada Minerva Hepplewhite, que actualmente reside en Londres, en nombre del duque de Hollinburgh.

Sintió satisfacción al ver cómo se abrían sorprendidos los ojos de la

mujer. Después ella se rio.

—Qué absurdo. Debe ser una broma. ¿Por qué me dejaría una fortuna el duque de Hollinburgh?

Chase encogió de hombros.

—Créame, yo me pregunto lo mismo. Debió de haber sido usted una… ¿buena amiga? ¿Sirvienta? ¿Amante?

Su mueca se desvaneció y una sonrisa tomó su lugar.

—¿Amante?

Hizo un gesto con la mano —una mano sumamente encantadora, Chase notó—, para mostrarle la habitación.

—¿Parece que disfrute de la gracia de un duque? ¿Vio un lacayo en la entrada? ¿Un carruaje elegante en el patio?

Al igual que su camisón, solo había muebles funcionales en la biblioteca, y nada era nuevo. Eso apoyaba lo que estaba diciendo, porque esta modesta casa en la calle Rupert no era suficiente para la amante de un duque… o al menos eso parecía.

Aún sonriendo, Minerva capturó su mirada. Tenía un talento para cautivar la atención de otras personas con esa atractiva concentración. Parecía estar invitándolo a ver dentro de su alma, a descubrir si estaba diciendo la verdad o no. A descubrir… todo. Él no era inmune a su encanto. Era una mujer increíblemente atractiva. Diferente. Inusual. Su confusa confianza en sí misma la hacía interesante.

—Señor Radnor, la verdad es que no solo no fui la amante del duque, sino que ni siquiera lo conocí.

Y con esas palabras, la misión de Chase de pronto se volvió mucho más compleja.

Una fortuna. Un duque. Minerva estaba intentando comprender esta increíble revelación.

—Debe de haber un error —murmuró.

Radnor sacudió la cabeza.

—«Minerva Hepplewhite» no es un nombre común. La encontré a usted mediante un anuncio que puse en el *Times*. Uno de sus vecinos me contactó y me dijo cómo encontrarla.

Ella se puso de pie y caminó de un lado al otro mientras procesaba su sorpresa. Se olvidó por completo de que Radnor estaba parado cerca de la chimenea hasta que dio la vuelta y lo vio de nuevo. Alto. Sombrío. Imponente. Una postura rígida. Tal vez había estado en el ejército. Sus facciones toscas se verían bien en un uniforme y dando

órdenes en el campo. Sus ojos azules alternaban entre profundos estanques y barreras de hielo.

Emanaba poder y autoridad. Era el tipo de hombre que tentaba a las mujeres a depender de que él las protegiera y cuidara. Y, tal vez, muchas cosas más. Sí, la presencia del señor Radnor también tenía ese tipo de poder. Sentía la necesidad de creer lo que él dijera solo para obtener su aprobación.

—¿De cuánto es esta herencia?

—Hay un legado directo de diez mil.

Ella soltó un grito ahogado, sus ojos bien abiertos, y después se dio la vuelta para procesar su sorpresa.

—También hay una asociación con una empresa en la que invirtió el duque —dijo cuando ella le estaba dando la espalda—. Eso promete mucho, mucho más.

Por primera vez en su vida pensó que iba a desmayarse. Descubrir algo así y de una manera tan extraña…

Eso consiguió tranquilizarla. Su mente se aclaró y sus pensamientos analizaron los eventos de la noche. Se dio la vuelta y lo miró.

—¿Quién es usted? ¿Por qué lo enviaron a encontrarme?

Él se recargó en la repisa de la chimenea y adoptó una pose de relejada indiferencia aristocrática.

—El duque era mi tío. Su heredero, mi primo, me pidió que ayudara a su procurador a encontrar a los herederos desconocidos para poder entregar la propiedad lo antes posible.

Su primo era el nuevo duque. Eso lo convertía en el nieto de un duque anterior. Intentó visualizarlo en un baile de sociedad, pero en lugar de eso seguía viéndolo en un uniforme de centurión romano. Gracias a la evidencia que mostraban sus pantalones tan apretados, tenía las piernas ideales para verse bien en uno.

—¿Cómo murió el duque?

No respondió de inmediato, lo cual solo logró interesarla más.

—Su casa de campo tiene un parapeto en el borde superior del techo, detrás del cual se puede caminar. A veces salía a caminar ahí por la noche para tomar un poco de aire. Desafortunadamente, una noche… se cayó.

La duda que él había dejado en el aire y el cambio de tono en su voz hicieron que a ella le dieran escalofríos. Logró controlar su sorpresa y mantuvo su compostura.

—Un accidente, entonces.

—Es lo más probable.

—¿No está seguro?

—Es probable que lo investiguen. Los duques tienen ciertos privilegios, incluso cuando están muertos.

Se acercó hasta quedar a solo un metro de él. Lo miró directamente a los ojos.

—Me parece que usted no cree que haya sido un accidente. Cree que lo empujaron. —Se acercó un poco más—. Tal vez crea que fui yo quien lo empujó.

El hielo con que él enfrentó su mirada se derritió; por un instante ella tuvo tiempo para ver esos ojos y saber que tenía razón.

—Para nada —mintió—. Ahora, para reclamar esta herencia necesita presentarse ante el procurador que está actuando como albacea del Estado.

Metió la mano a un bolsillo de su abrigo y sacó una tarjeta.

—Aquí está su nombre y la dirección de su oficina.

Lo hacía sonar tan simple. Pero no lo era. Este legado complicaría todo y abriría una puerta peligrosa.

Ella tomó la tarjeta.

—Ya conozco la salida.

Mientras él se dirigía hacia la puerta, ella miraba la tarjeta del procurador.

—Ah, una cosa más —dijo él, mirándola de nuevo—. El procurador podría preguntarle a usted sobre su vida, para asegurarse de que sea la mujer correcta. Se referirán a usted como Minerva Hepplewhite, antes conocida como Margaret Finley de Dorset, viuda de Algernon Finley.

Y después se fue, dejándola inmóvil.

Podría haber jurado que nadie en Londres conocía su historia, excepto Beth y su hijo Jeremy. *Nadie*.

Pero al parecer este duque, el duque de Hollinburgh, sabía exactamente quién era.

Ahora que tenía tiempo para pensarlo, estaba segura de que el señor Radnor no había entrado a su casa para asegurarse de que su identidad fuera correcta, como le había dicho. Había mejores maneras de hacer eso. Él lo había hecho porque tenía sospechas sobre ella.

Tal vez porque ya sabía de la acusación de asesinato que la había hecho huir de Dorset.

A la mañana siguiente, Chase salió de su departamento y caminó por la plaza St. James. Se acercó a un laberinto de edificios en las afueras

al oeste de Whitehall.

Robert Peel le había escrito pidiéndole encontrarse con él a las nueve en punto. No había nadie alrededor todavía. Chase se preguntó si ese había sido el plan o si, como el hijo de un empresario, el ministro del Interior estaba acostumbrado a empezar su día a esa hora.

Si la petición hubiera llegado del último ministro del Interior, Chase se habría negado. No le agradaba Sidmouth, y no aprobaba el modo en que había utilizado el poder de su puesto. Para su gusto, había demasiados agentes mal supervisados causando demasiados problemas en la ciudad. Peel, en cambio, había probado ser bueno para encontrar otras maneras de controlar el descontento, y ya había logrado impulsar una reforma para las leyes criminales hasta el Parlamento.

Un buen hombre, o eso demostraba la evidencia hasta ese momento. Su padre había acumulado una fortuna increíble en sus fábricas de textiles y otros negocios, y el hijo había sido criado y educado para ocupar un lugar en el gobierno y en la sociedad. El próximo Pitt el Joven, decían por ahí. Ya era el ministro del Interior, y el protegido de Wellington, por lo que era probable que en algún momento se convirtiera en primer ministro y heredara no solo la riqueza sino el título de barón que su padre había recibido.

Mientras entraba al pasillo de la Tesorería y caminaba bajo sus bóvedas de piedra, distinguió una figura al final. De altura y tamaño promedio, el hombre tenía un corte de cabello a la moda y un rostro con facciones regulares, excepto por una prominente nariz aguileña. Peel se iba a encontrar con él a medio camino y llevaba puesto su abrigo. Al parecer no hablarían en la oficina. Chase decidió que la hora temprana había sido para evitar que hubiera testigos, después de todo.

Después de saludarlo, Peel miró el parche en su cabeza.

—Espero que a tu rival le haya ido peor.

«No, la mujer que hizo esto está ilesa y no tiene remordimientos». Había pensado en Minerva Hepplewhite hasta ya muy avanzada la noche, luchando con la manera en la que lo irritaba y… lo fascinaba al mismo tiempo. Sin embargo, si tenía razón sobre la muerte de su tío, lo más probable es que ella fuera la culpable. No lo decía solo por su repentina fortuna, sino por la seguridad con que lo había impresionado. No era alguien a quien se pudiera subestimar.

—Es una herida pequeña, se ve peor de lo que es.

—Camina conmigo —le pidió Peel.

Empezaron a caminar juntos y a recorrer de regreso los pasos que había dado Chase.

—Espero que puedas ayudarme a resolver un problema —le dijo Peel—. Tiene que ver con la muerte de tu tío.

Peel había sido uno de los muchos asistentes al funeral. Al igual que el padre de Peel, con quien el antiguo duque había hecho algunos negocios.

—Si las cosas hubieran sucedido de manera normal, si su heredero hubiera recibido todo, todos dirían que habría sido una lástima que se hubiera caído y ahí hubiera quedado el asunto —comenzó Peel—. Pero me temo que ese testamento suyo ha hecho que a mucha gente se le mueva la lengua. Tanto dinero, y tan poco destinado a su familia.

—¿Esa información ya es pública?

—Tus tías y algunos primos no han sido discretos con su decepción.

—Era su fortuna personal, para otorgarla a su gusto.

—Claro. Claro. Y aun así, hay muchos familiares molestos. Circunstancias ambiguas. Herederas misteriosas. Se necesita una explicación.

Por supuesto que se necesitaba una explicación para las herederas misteriosas. Tres nombres. Tres mujeres. Nadie en la familia había escuchado de ellas antes y Chase solo había encontrado a una en la última semana. Como resultado de la furia que había incitado la lectura del testamento, una gran variedad de caracterizaciones de estas mujeres había sido hecha por los miembros de la familia, ninguna de ellas halagadora.

¿Qué significaban estas mujeres para el tío Frederick? Minerva aseguraba no ser una amante; tal vez las otras tampoco lo eran. Tal vez ni siquiera habían conocido al duque, como ella afirmaba que era su caso. Podrían estar muertas, hasta donde ellos sabían. Algunos familiares estaban contando con eso.

¿Podría el tío Frederick ser tan excéntrico, tan perverso, como para darles una porción tan grande de su fortuna personal a tres mujeres con las que no estaba relacionado? Chase no rechazaba esa idea, pero si eso era lo que había sucedido, ¿cómo había elegido su tío a esas mujeres en particular?

—Si dices que se necesita una explicación, no voy a decirte que no.

—No soy yo el que lo dice. Yo preferiría dejarlo todo como está. El rey, sin embargo, quiere una explicación. El primer ministro está de

acuerdo. Otros ministros y varios duques se han puesto en contacto conmigo. Mi propio padre, que el cielo nos ampare… he tenido que escucharlo toda la semana. «No es posible que se haya caído». Ese tipo de cosas.

Siguieron con su lenta caminata hacia la calle.

—Supongo que fuiste a ver el camino y el parapeto. ¿Tú qué opinas?

«Ni de chiste es posible que se haya caído».

—No he investigado lo suficiente para tener una opinión. Supuse que si alguien iba a investigar, serían los de tu oficina.

—Ah, sí. Pero hacerlo solo alimentaría la tormenta. Sería demasiado público. Todos sabrían que hay sospechas. Sería un escándalo para toda tu familia, sin importar lo que descubramos. He ahí el problema.

—Tú debes conocer a alguien que pueda ser discreto.

—Todos se van a enterar si lanzamos una investigación oficial. Y los mejores agentes que tengo disponibles no son conocidos precisamente por ser delicados. El insulto a tu familia será fuerte. La destrucción de su privacidad, impensable. —Peel dejó de caminar y se giró para mirarlo—. Me parece que tú tienes experiencia en estas cosas. De tu tiempo en el ejército, y ahora en sociedad. Eres el hombre al que se llama cuando alguien necesita una investigación discreta, o eso me han dicho.

—Si estás sugiriendo que haga una investigación para ti, déjame asegurarte que no estoy para nada interesado.

—Estoy contando con que te intereses. Él era como un padre para ti. Eras su sobrino favorito, y supongo que tenías pensado llevar a cabo tu propia investigación, sin importar lo que nosotros hiciéramos.

Claro que planeaba descubrir lo que había pasado. Sin embargo, eso era diferente a ser un agente del Ministerio del Interior.

—Mi posición podría invalidar mi reporte.

—Te refieres a que si la información apunta a alguien cercano a ti o a una conclusión que manche el buen hombre de tu tío, estarás tentado a hacerte el ciego o a lidiar con eso como un caballero —dijo Peel con una sonrisa vaga—. Pues sí.

«¿Lo mataste?». Esa sonrisa de complicidad hizo que la pregunta resonara débilmente en su cabeza.

—Sin embargo, nunca se cuestionará tu integridad —continuó Peel —. Eres conocido como un hombre con carácter, incluso si tus métodos a veces son poco convencionales.

Peel había estado hablando con otras personas, eso era obvio. Era probable que hubiera recibido más información de la que Chase creía.

—No importa qué encuentre, habrá personas que piensen lo peor.

—No pensemos en esas personas. Mi única preocupación son unas personas muy específicas que quieren que esto se resuelva. No te estaríamos dando trabajo, por supuesto. No serías uno de nuestros agentes. Solo me reportarías a mí y sería en privado. Así yo puedo responderles a esas personas específicas en privado.

—¿Y si se necesitan acciones menos privadas? Estamos hablando de un posible asesinato.

Usar esta palabra de manera tan directa sonaba casi agresiva dentro de toda esa plática amable.

Peel lo analizó de manera rápida y profunda.

—Si concluyes que la justicia necesita de acciones formales y oficiales, tendremos que hacerlo.

Emprendieron el camino de regreso.

—¿Puedo empezar mi día sabiendo que esto está bajo control? —preguntó Peel—. Me gustaría mandar algunas cartas para asegurar que se está realizando una investigación no oficial.

Chase consideró la oferta. Peel le había compartido su problema. Aunque ya tenía planeado usar sus habilidades para determinar lo que había pasado en aquel techo. Si aceptaba esta misión privada, al menos no tendría a ningún agente del Ministerio del Interior estorbando. Por otro lado, incluso de manera no oficial, la opción de hacerse de la vista gorda estaría seriamente comprometida. Descubrir la verdad era una cuestión de deber, no solo de curiosidad personal.

Tal vez eso era lo mejor.

—Puedes escribirle las cartas al rey y al primer ministro. Yo voy a investigar y a seguir las pistas a donde sea que lleven.

CAPÍTULO 2

Dos mañanas después de golpear a Chase Radnor en la cabeza, Minerva sirvió café en tres tazas que estaban sobre la vieja mesa de madera en la cocina. Beth llenó unos tazones con su guiso y después puso una hogaza de pan junto con un poco de mantequilla y queso en la mesa. Jeremy, siempre tan educado en la mesa, esperó a que se sentaran con él bajo las vigas del techo en la cálida habitación. Después comió con el apetito que solo un joven en crecimiento tiene.

Minerva todavía veía a Jeremy como el niño que alguna vez había sido. A veces tenía que recordarse a sí misma que ya tenía veintiún años.

Partió el pan y comió su propio guiso mientras lo veía devorar el queso. Probablemente seguía creciendo. Recordó cuando era un delgado joven rubio de quince años. Ahora era un delgado hombre rubio, un poco más fornido pero delgado por naturaleza. Tenía el cabello largo porque decía que su madre lo hacía parecer un sirviente cuando se lo cortaba.

Por fin se detuvo lo suficiente para hablar.

—Debieron haberme llamado, solo digo eso.

Estaba retomando una conversación del día anterior, cuando se había enterado de la inusual presencial del señor Radnor.

—Si no te hubieras mudado a la vieja cochera, ya habrías estado aquí —murmuró Beth.

—No empieces, mamá.

—Solo digo que contigo allá atrás, podrían descuartizarnos mientras dormimos y nunca te enterarías.

—Al menos no lo descuartizarían a él también —intervino Minerva —. Nosotras nos ocupamos de eso, Jeremy. No supo qué lo golpeó hasta que se despertó. Ahora quiero hablar de la herencia.

Jeremy sonrió.

—Yo también. Es mucho dinero. Soñé con un par de caballos y un carruaje toda la noche.

—Me alegra que estuvieras soñando. Yo no he dormido las últimas dos noches. He estado demasiado impresionada —dijo Beth—. Diez mil es una fortuna. Y dijiste que había más. Incluso con cien tendrías riquezas por las que ni siquiera me atrevería a rezar. Serás más rica que muchas otras finas damas.

—*Todos* seremos ricos —dijo Minerva—. Yo estoy tan sorprendida como tú. Es demasiado increíble. Y sobre todo porque nunca conocí a este duque. De eso estoy segura.

—Tal vez lo hiciste y no lo recuerdas —sugirió Jeremy.

—Sí recordaría haber conocido a un *duque*.

—Tal vez es uno de esos hombres extraños a los que les gusta hacer cosas raras como darles dinero a desconocidos —dijo Jeremy—. Solo tuviste suerte.

—Esa es la única explicación que tengo. Pero él sabía quién soy, así que no fue al azar.

—Sabía demasiado, creo yo —murmuró Beth.

Minerva decidió ignorar eso.

—Algún día sabremos cómo pasó, pero planeo aprovechar este milagro. Mientras tú soñabas con caballos, Jeremy, yo estaba pensando en cómo podríamos usar un poco de ese dinero. Tengo algunos planes de los que quiero hablarles.

—¿Entonces planeas ir con el procurador y reclamarla? —preguntó Beth—. No digo que no sea tentador. Yo también he soñado este último día y no me vendrían mal unas ollas nuevas, por ejemplo, o unos sombreros nuevos. Pero me parece peligroso. ¿Y si…?

Metió la cuchara al guiso con fuerza.

—Cinco años has estado a salvo aquí. Cinco años sin que nadie se entere de tu matrimonio, o de… todo lo demás. Esto podría abrir una puerta que habíamos cerrado con llave.

Lanzó una mirada penetrante a Minerva.

Minerva consideraba a Beth su mejor amiga, así que se tomó esa mirada en serio. Beth había trabajado como sirvienta por medio salario en la casa de Algernon, para que le permitieran tener a su hijo ahí. También se había convertido en una madre para la joven esposa que Algernon había llevado a casa. Mucho antes de que Minerva encontrara la manera de escapar de esa casa, ellos dos se habían convertido en su familia.

—Beth, rechazar la herencia no cambiará el hecho de que mi pasado está atado a mi nuevo nombre. Se usaron los dos nombres en ese testamento.

—Deja de arruinar la diversión, mamá. Minerva va a ser rica. —Jeremy alzó los brazos y sacudió las manos mientras se reía—. ¡Rica! ¡RICA!

—Más vale que le cuentes el resto, Minerva, antes de que diga que soy una vieja loca que se preocupa de más.

—¿El resto? ¿De qué hablas?

—Jeremy —dijo Minerva—. Ayer cuando te hablé de la visita de Radnor, no compartí unos pequeños detalles.

—¿Qué tan pequeños?

—Para nada pequeños —respondió Beth—. Grandes. Enormes.

—¿Por qué no me dejan decidir cómo son?

Jeremy se había puesto serio.

—Las circunstancias de la muerte del duque fueron lo suficientemente peculiares como para despertar peguntas.

—Dijiste que se había caído de un techo. Un accidente.

—Es muy probable que eso sea lo que pasó.

—¿Estás diciendo que tal vez no haya sido un accidente? —Su rostro se tensó—. Debiste habérmelo dicho desde el principio. Esto explica por qué Radnor entró sin avisar y por qué estaba en tu estudio. Estaba buscando algo.

—No estoy segura, pero algo dentro de mí lo dice. Si hay preguntas sobre cómo murió el duque, es normal que tengan dudas sobre mí. Soy una desconocida de la familia y me beneficio de su muerte. En esas circunstancias, es normal que el señor Radnor sienta curiosidad. Si estuviera en su lugar, yo también la tendría.

—Lo haces sonar muy razonable —dijo Beth—. Parece que estás inventando excusas para ese hombre.

Tal vez lo estaba haciendo. Si así era, seguro tenía algo que ver con el sueño que había tenido sobre Chase Radnor. Culpaba a su sedienta femineidad. Había estado teniendo sueños atrevidos por meses, sueños en los que afortunadamente no aparecía su difunto esposo Algernon. En su lugar había hombres que le llamaban la atención, aunque solo los hubiera visto un segundo. Lacayos que iban de paso. Atractivos comerciantes. Caballeros que caminaban por la calle. Todos estos invadían su cabeza hasta que se despertaba caliente y frustrada.

Creyó que después de sus experiencias con Algernon no volverían a interesarle esas cosas. Al parecer la naturaleza humana siempre ganaba, incluso cuando se trataba de personas como ella. A pesar de la agitación que le causaban esos sueños, le daba la bienvenida a la señal de que una parte muerta dentro de ella estaba reviviendo, incluso si

era solo mientras soñaba.

La noche anterior, con el señor Radnor, las cosas habían llegado más lejos de lo normal. Todavía no se podía sacar las imágenes del sueño de la cabeza. Seguía viendo sus piernas desnudas. Su sueño lo había bendecido con unas piernas muy atractivas.

—¿Ahora ves por qué estoy preocupada? —le dijo Beth a Jeremy.

Minerva podía ver a Jeremy conectando las ideas en su cabeza, y se imaginó cada paso de su lógica. Después de todo, sus propios pensamientos habían seguido el mismo camino.

Si el duque había sido empujado del techo, alguien debió haber dado el empujón. Si Radnor o el magistrado empezaban a buscar a un culpable, investigarían a quienes se beneficiaban de la muerte. Si investigaban demasiado a Minerva Hepplewhite, alguien se enteraría de que cuando ella fue Margaret Finley también había sido sospechosa del asesinato de su esposo. No solo se convertiría en una sospechosa importante en la muerte del duque, sino que tal vez incluso reabrirían el caso de la muerte de Algernon.

—Yo sugiero que nos vayamos de Londres —dijo Jeremy—. Va a ser el infierno decirle que no a una fortuna, pero será más seguro para ti.

No solo para ella, eso lo sabía. También para su familia. Para Beth y Jeremy.

Extendió los brazos y tomó las manos de Jeremy y Beth, apretándolas con fuerza.

—¿A dónde iríamos? ¿Cómo viviríamos? Hemos sobrevivido hasta ahora porque tenía algunas joyas para vender, pero se acabaron.

Había sido una bendición que en los primeros días de su matrimonio Algernon le hubiera dado las joyas de su madre y que sus acreedores no pudiera reclamarlas después de su muerte.

—Encontraré un trabajo —ofreció Jeremy.

—Yo también —agregó Beth.

—No —dijo Minerva—. No vamos a empacar y desaparecer en medio de la noche. Les prometo que si en algún momento llega a parecer que cualquiera de nosotros esté en peligro, nos iremos de Inglaterra. Con suerte y para entonces habré recibido una parte de la herencia, así que no nos iremos solo con la ropa que tenemos puesta.

Les apretó las manos y continuó:

—Juro que ninguna fortuna me convencerá de quedarme si creo que alguno de nosotros está en riesgo. Pero no voy a huir a menos que tenga una buena razón para hacerlo, y planeo hacer lo necesario para

asegurarme de que nunca tengamos que dar ese paso.

Las cejas de Beth se fruncieron.

—¿Asegurarte cómo?

Minerva soltó sus manos y se puso de pie.

—Vengan conmigo y les mostraré.

Subieron las escaleras y entraron al pequeño estudio al nivel de la calle, en donde Minerva había golpeado a Radnor con un calentador. Jeremy y Beth intercambiaban miradas, perplejos.

Minerva se puso detrás del escritorio y abrió un cajón. Sacó una hoja de papel. El día anterior, mientras hacía sus planes, había pensado muy bien en las palabras que iba a usar y en cómo iba a acomodar el cartel cerca de ellos.

Lo alzó en el aire con un movimiento ceremonial.

Los ojos de Beth se abrieron, sorprendidos. Jeremy sonrió.

—Oficina de Investigaciones Discretas Hepplewhite —leyó Jeremy —. Es un buen nombre. Memorable.

—¿De verdad piensas hacer eso? —preguntó Beth—. Hemos hablado al respecto, pero no en serio. Solo era un sueño con el que jugábamos.

—Nunca fue solo un sueño para mí. Llevo más de un año planeándolo —dijo Minerva—. Somos buenas investigando. Muy buenas. Es mi gran talento. Lo probamos con Algernon. Hicimos ese buen trabajo para la señora Drable y hasta yo quedé impresionada con nuestra habilidad para descubrir la identidad del ladrón. Retrasamos comenzar este servicio de manera formal porque implica costos, pero ahora tendré el dinero para pagarlos. Esta herencia va a darnos la oportunidad de hacer las cosas bien, con tarjetas de visita, ropa adecuada y transporte cuando lo necesitemos.

—Es muy poco probable que salgas de la oficina del procurador con diez mil en tu bolsa —dijo Beth—. Tal vez necesitemos mucho más tiempo para empezar.

—Vamos a usar crédito en las tiendas, basándonos en mis expectativas. Eso es lo normal.

—A mí me parece trabajo fácil —comentó Jeremy con una sonrisa.

Su madre frunció el ceño.

—No es un juego.

—Lo es si eres bueno jugando.

Él era bueno jugando. Todos lo eran. Habían practicado en una

época donde saber jugar era la diferencia entre la vida y la muerte. Así se aprende rápido.

—Lo tengo todo bien planeado —dijo Minerva—. Voy a llevarme esto para que hagan un buen letrero. Uno de latón. Después voy a ordenar tarjetas para todos nosotros. Voy a llamar a la señora Drable para pedirle que nos recomiende con otras personas que pudieran necesitar nuestros servicios. Sin embargo, ya tenemos nuestro primer cliente.

—¿Quién es? —preguntó Beth.

—Yo.

—Se abrió una puerta al pasado, como dijiste, Beth. Sé que de alguna manera estoy en riesgo. Cuando Radnor estuvo aquí pasé la noche asustada, recordando cómo se sentía vivir con una soga al cuello. —Incluso ahora, mientras hablaba, los escalofríos ocasionados por el miedo querían conquistarla de nuevo—. Sin embargo, decidí que no voy a esconderme por el resto de mi vida. Voy a enfrentarme al riesgo con acciones, no huyendo. No con miedo.

Se habían pasado a la biblioteca. Beth y Jeremy estaban sentados en el diván. Ella estaba parada cerca de la chimenea.

—Palabras valientes, lo que sea que signifiquen —dijo Beth.

—Significa que la mejor manera de eliminar el riesgo es probar que no tuve nada que ver con la muerte del duque. Y la mejor manera de hacerlo es probar que alguien más lo hizo. Sin embargo, investigaría esto aunque la herencia no me afectara. Si alguien lo empujó de ese techo, quiero saber quién fue. También quiero saber por qué eligió darme ese dinero. —Caminó de un lado a otro mientras explicaba la lógica detrás de su decisión—. ¿No quieres saber todo eso tú también?

—Por supuesto —dijo Beth.

—Entonces, desde hoy, la Oficina de Investigaciones Discretas de Hepplewhite es una empresa de verdad, y encontrar esas respuestas es nuestro primer trabajo. Para establecernos necesitaremos encontrar a alguien que nos ayude. Solo para empezar, pero con suerte pronto tendremos salarios regulares. Vamos a necesitar una muchacha joven, por ejemplo. Más joven que yo. Una niña. Pueden ser muy útiles en investigaciones.

—Un hombre que pueda hacerse pasar por un caballero podría ser de ayuda —sugirió Jeremy—. Cuando estábamos organizando todo para atrapar al señor Finley, la falta de un hombre así nos retrasó un

poco.

Minerva asintió.

—El carruaje con caballos tendrá que esperar hasta que tenga el dinero, Jeremy. Mientras tanto vamos a alquilar uno. Y tendremos que ordenar prendas nuevas pronto. —Notó el cabello largo de Jeremy—. Y también una visita al peluquero para ti. Pronto. Pero no para tu primer trabajo.

—¿Planeas quedarte en esta casa o buscar una nueva? —preguntó Beth—. No es que me esté quejando, pero a mi cuarto le entra un poco de aire.

—Nos quedaremos aquí por ahora. —Minerva miró alrededor, observando los muebles usados de la biblioteca—. Al menos el estudio está presentable, y eso sirve por ahora. Sin embargo, quizá en poco tiempo…

Se imaginó una casa en una calle mejor, con espacio para uno o dos sirvientes.

—Antes de que te gastes cada chelín de esos diez mil, tal vez deberíamos pensar cómo vamos a investigar la muerte del duque.

—Ya pensé en eso también. Ese tipo de muertes por lo general las ocasionan familiares. Por eso las autoridades me cuestionaron a mí cuando le dispararon a Algernon.

—Va a ser difícil acercarnos a la familia del duque. No puedes solo usar una de esas tarjetas nuevas y anunciar que quieres hacer una investigación.

—No, pero podemos ver muchas cosas a cierta distancia. —Comenzó a pasear de un lado al otro de nuevo, mientras su mente recorría el camino que ya había preparado—. Jeremy, tienes tu primera tarea. Investiga dónde vivía este duque, intenta buscar a los lacayos cerca de los establos. Investiga lo que puedas.

—Ofreceré mis servicios en caso de que necesiten ayuda. Los establos suelen requerir ayuda a veces, y los que están cerca de aquí pueden darme referencias de ser necesario.

Y así fue como la Oficina de Investigaciones Discretas Hepplewhite comenzó su primera investigación.

Tres días después de su reunión con Peel, Chase se bajó de su caballo a la puerta de la Casa Whiteford mientras un lacayo tomaba las riendas.

—Eres nuevo aquí —dijo, viendo cómo el joven guiaba al animal.

—Empecé hace dos días, señor. —El chico era alto y delgado, y se sonrojó por la atención—. Puedo cepillarlo, si gusta.

—No me voy a quedar mucho tiempo.

Le impresionó que se hubiera ofrecido. Al parecer, su primo Nicholas sabía contratar. Era probable que tuviera muchos nuevos sirvientes, ahora que los más viejos habían tomado sus herencias como pensiones.

Chase se acercó a la puerta de la Casa Whiteford. Era una de las casas más antiguas en Park Lane, escondida entre árboles en el lado norte de la calle. Tenía unos jardines inmensos porque se construyó como una villa de campo cuando esta área aún era rural, y cuando la sección oeste de la calle Oxford aún se llamaba Tyburn. El último duque había comprado la propiedad como un capricho, más que nada para evitar que un rival la derribara y explotara la tierra.

Observó la vieja fachada, que se decía había sido diseñada por Íñigo Jones. Tenía la estampa de clasicismo que el arquitecto había importado a Inglaterra y la decoración del exterior era similar a la de la Banqueting House. El interior no había tenido la misma suerte. El último duque había tenido unas costumbres excéntricas que se manifestaron tan pronto como Chase entró al vestíbulo.

No había un límite clásico, al menos no en cuanto a los muebles. Una vida acumulada cubría las paredes y las esquinas. Pieles y armas exóticas mezcladas con metal dorado. Tapices en tonos oscuros contrastaban con las paredes color pastel. Se preguntó qué planeaba hacer Nicholas con todo esto ahora que había heredado la propiedad.

Ahora que Nicholas era el duque, Chase tenía que sufrir las formalidades de que tomaran su tarjeta y después lo guiaran al departamento del duque. Un mes antes, en la antigua casa de Nicholas, ni siquiera había un sirviente que hiciera eso, ni muchas habitaciones que cruzar. Como hijo mayor del hermano mayor del duque anterior, la fortuna de Nicholas no había existido sino como una mera expectativa hasta hacía poco. Al final, tales expectativas no se habían cumplido del modo en que Nicholas había pensado.

Chase encontró a su primo en el vestidor, sentado en una silla cerca de una ventana que daba al parque. Un libro de contabilidad estaba en su regazo y él lo leía con el entrecejo fruncido. Lo que sea que estuviera leyendo lo tenía tan ocupado que no escuchó a Chase entrar.

Los hijos eran una costumbre en la familia Radnor, tanto en la generación anterior como en esta. El resultado fue que el duque

anterior tuvo cinco hermanos, y cada hermano tuvo seis hijos. De todos los primos, Chase y Nicholas habían formado la amistad más fuerte, libre de las peleas y los malentendidos que caracterizaban a las otras relaciones.

El único Radnor que no había tenido un hijo había sido el último duque. Al tío Frederick nunca le había gustado seguir las reglas.

—¿Malas noticias? —preguntó Chase.

Los ojos oscuros de Nicholas lo miraron. Sonrió con tristeza mientras cerraba el libro y lo dejaba en el suelo.

—Terribles noticias. —Miró alrededor del enorme vestidor, con sus enormes armarios de caoba, cortinas de seda cruda y la alfombra china—. Es un desastre. Al final del año tendré que vender los muebles para pagar las cuentas. Las rentas apenas aportan lo suficiente para mantener las casas del campo.

—Tal vez un buen capataz pueda ayudarte con eso.

—No lo suficientemente rápido. —Nicholas apuntó al libro de contabilidad—. Nunca delimitó los terrenos, por supuesto. Su padre tampoco. Una decisión con buenas intenciones, pero poco eficiente. Ahora tengo que decidir si lo hago y pensar en las familias…

Se encogió de hombros.

—A él no le interesaban las tierras.

Chase estaba diciendo algo obvio, pero era la raíz del problema.

—A las otras inversiones les va bien. Les va fabuloso. Les llueve dinero. Pero claro, esas no me las heredó a mí, ¿o sí? —Se rio—. Ni a ti. Ni a ninguno de nosotros. Siempre fue un poco extraño, pero su testamento ha sido lo más excéntrico que ha hecho. Vaya chiste para todos nosotros.

Nadie se había reído de ese chiste en la lectura del testamento. Más bien lo opuesto. Esas noticias suscitaron una explosión de emociones. Nicholas había recibido los latifundios, por supuesto, y una que otra propiedad. Pero la verdadera fortuna del duque estaba en las inversiones que había hecho. Desarrollo de tierras, canales, transporte marítimo, fábricas… tenía el toque de Midas y había incrementado su fortuna personal veinte veces antes de morir.

Nada de eso, ni un solo chelín, había sido heredado a un familiar.

Chase no había esperado nada, así que su decepción fue mínima. Pero otros primos habían supuesto que una enorme herencia venía en camino. Y las esposas…

—¿Has descubierto algo? —preguntó Nicholas—. Sé que solo ha pasado una semana desde el funeral, pero lo poco que quede cuando

repartan los legados se dividirá entre nosotros, y no soy el único que está nervioso por saber la cantidad que será.

—He logrado un poco de progreso.

Chase decidió no decirle a Nicholas que Peel lo había reclutado para hacer una investigación no oficial sobre la muerte del tío Frederick. Estar en una posición tan incómoda era una cosa. Pero si la familia lo supiera, su posición sería imposible.

—Encontré a una de ellas. Minerva Hepplewhite. —Le dio un anticipo a Nicholas con el anuncio. Había otras dos herederas misteriosas y no había empezado a investigarlas. Había esperado reportar con éxito rápidamente sobre todas ellas. Había pensado que Minerva sabría sobre las otras dos herederas y lo guiaría hacia ellas. Ya no creía que eso fuera posible.

—¿Era la amante?

—No lo sé. Ella dice que no.

—Es probable que esté mintiendo —dijo Nicholas—. Para evitar rumores y todo eso. ¿Es hermosa?

Chase no creía que a Minerva Hepplewhite le preocuparan mucho los rumores.

—Es atractiva.

—Qué palabra tan inútil. No me dice nada.

Se la imaginó sentada en su diván, su camisón moviéndose sobre sus curvas mientras capturaba su atención con esa cautivadora mirada.

—Es muy atractiva. ¿Te parece mejor? Más elegante que bonita. De una manera impactante. Si era su amante o no… ¿de verdad importa? La herencia es suya. Ya puedo pasar a la siguiente.

Pero no de inmediato. Ese era el problema. Al aceptar investigar la muerte de su tío, le quedaría poco tiempo para buscar a las otras herederas. Tendría que ir a Melton Park en Sussex para poder examinar el lugar de la caída y hablar con los sirvientes. Si concluía que la caída no había sido accidental, tendría que buscar a las personas con las que su tío había hecho tratos de negocios e investigar si todo estaba en orden.

Le tomaría semanas, tal vez meses, hacer una investigación completa.

Nicholas se puso de pie y caminó hacia la ventana. Observó el parque al otro de la calle. El reciente reemplazo de la pared del parque por una cerca de hierro lo hacía ver mejor.

—Creí que alguien ya me habría hablado para confirmar cómo

había muerto. El alto canciller o del Ministerio del Interior. ¿Crees que estén siendo delicados o ignorantes? No puedo ser el único que crea que la caída fue sospechosa.

—Supongo que si hay una investigación será muy discreta. Tal vez ni siquiera te digan que están investigando.

—No quiero que me oculten cosas. Si hay una investigación, quiero que me mantengan informado. Si no hay una investigación, quiero saber por qué. Una vez que todo se resuelva con el testamento, tal vez puedas ir a Melton Park para ver si descubres algo. Si nadie cree que esto sea importante, lo haré yo mismo. Con tu ayuda, claro.

Chase no dijo nada para desalentar los pensamientos de su primo. La decisión de actuar de Nicholas sería de mucha ayuda. No tendría que esconder su investigación por lo menos a un miembro de la familia.

—Haré eso. Voy a ver qué puedo encontrar, si quieres.

Nicholas emergió de su distracción.

—Qué suerte que mi primo tenga estos talentos. Nunca confiaría a un hombre pagado algo tan delicado. —Estiró los brazos hacia arriba, como un gran gato que estirara su lomo—. Voy a cabalgar y a fingir que nada me preocupa. ¿Me acompañas?

—Tengo un cliente que se está poniendo impaciente, y tengo que terminar el día como lo empecé.

—Espero que este cliente no te distraiga de mi problema.

—Tú eres el cliente.

Caminaron juntos.

—La tía Agnes insiste en tener una reunión familiar —dijo Nicholas —. Quiere que sea aquí. Dice que es porque soy la cabeza de la familia, pero sospecho que es para que yo cubra los costos de la comida.

—Ojalá no espere una cena con dieciocho platos.

—Me gustaría que estuvieras aquí cuando todos lleguen. Puedes apoyarme cuando les explique que es probable que pasen meses antes de que veamos el dinero. No creo que muchos entiendan lo poco que nos vamos a dividir, y lo pequeñas que van a ser las porciones.

—Es algo tan simple como sumar y restar. Pídele al procurador que vaya para explicarlo.

Nicholas mandó la orden a los establos de que prepararan su caballo y de que trajeran el de Chase. Luego salieron juntos.

—¿Sí asistirás?

—Iré por el entretenimiento, al menos.

No iba a dejar que Nicholas los enfrentara solo, aunque casi podía ver el momento exacto en el que Nicholas, rodeado de quejas y de un creciente volumen de acusaciones, lo arrastraría al meollo del asunto.

Nadie creería que la explicación más sencilla era la única que había. El duque había escrito el testamento de esa manera porque así lo había querido.

Su tío había sido un hombre muy inusual. De emociones cambiantes. De políticas radicales, aunque no se involucraba mucho en esa área. A veces generoso y otras mezquino. Muy inteligente también. Por capricho había aprendido varios idiomas. Ni alemán ni ruso. Chino y la lengua indígena de Brasil.

El duque no estaba loco, pero sí era demasiado original. No sería extraño que les regalara fortunas a desconocidas, y si ese era el caso, encontrar esas otras dos mujeres sería casi imposible.

El caballo de Chase apareció al lado de la casa, guiado por el lacayo rubio. Le dio un chelín al muchacho antes de montar el caballo. Mientras miraba sobre su hombro, algo al otro lado de la calle llamó su atención. Se detuvo, con una bota en el estribo, y observó.

Una mujer paseaba por la cerca que rodeaba al parque. El borde de su sombrero escondía su rostro y su ropa era presentable, pero nada especial. Nada de eso había llamado su atención. Había sido el reflejo de un recuerdo. Estaba casi seguro de que ella había estado ahí cuando él llegó, caminando en la misma dirección.

—¿Señor? —llamó el lacayo para capturar su atención.

—Mantenlo aquí. Regreso en un momento.

El lacayo y Nicholas intercambiaron miradas de asombro, y Chase cruzó la calle.

Minerva estaba haciendo un esfuerzo por no mirar la Casa Whiteford cuando pasaba frente a ella. Aunque muchas personas seguramente sí quedaban asombradas por la fachada, ella no quería llamar la atención. Había un límite de veces que alguien podía pasar frente a una casa sin hacerlo, y ella estaba muy cerca de alcanzar ese límite.

Al caminar por la calle había visto a dos hombres afuera. Uno de ellos parecía ser Chase Radnor. Una razón más para pasar inadvertida. Sin embargo, deseaba poder detenerse a observar. Jeremy, que había logrado conseguir trabajo de lacayo, les dijo que el duque casi siempre se quedaba en casa, pero que solía irse a las tres en punto. Ya habían pasado quince minutos después de las tres.

El mismo Jeremy llevó un caballo alrededor de la casa mientras ella pasaba. De reojo pudo ver cómo eso llamaba la atención de ambos hombres. Aprovechó esa oportunidad para girar la cabeza y examinar al hombre que no conocía.

Era tan alto como Chase y compartían otras cualidades, como el cabello oscuro. Con una mirada rápida pudo apreciar la calidad superior de sus botas y su abrigo. Los dos tenían mucho en común.

Continuó su caminata con más determinación. Después de tres idas y vueltas, se le había terminado el tiempo.

Calor a su lado. Una presencia que la seguía. Las botas que comenzaron a caminar junto a ella aparecieron de manera repentina. Dio un paso atrás y alzó la mirada. Chase Radnor la estaba mirando.

No lo había escuchado acercarse. Normalmente se daba cuenta de que alguien la seguía cuando estaba al menos a siete metros.

—¿Salió a caminar? —preguntó—. Está muy lejos de su hogar.

Ella se detuvo y lo volteó a ver. Eso le daba una conveniente vista de la casa sobre su hombro.

—Vengo a Hyde Park muy seguido y hoy decidí admirar las enormes casas en esta calle.

—Yo diría que está haciendo un estudio muy de cerca, porque ha pasado por aquí al menos dos veces. Cuatro, ya que solo la vi volviendo sobre sus pasos. Algunas personas dirían que eso es sospechoso. Es el tipo de cosas que hacen los ladrones antes de entrar sin anunciarse.

—Usted sabría más cosas que yo en lo que respecta a meterse a escondidas a una casa.

—¿Tiene algún interés particular en la Casa Whiteford, señora Hepplewhite?

Alzó la barbilla y miró detrás de él para que pareciera que estaba molesta por el retraso. También le permitía ver al otro hombre irse a caballo.

—Para nada, aparte de que es impresionante. —Volvió a mirarlo—. Y es *señorita* Hepplewhite.

Los ojos azules de él brillaron divertidos, transformando su rostro serio en uno mucho más encantador. Los pequeños revoloteos en el estómago de ella casi la distrajeron de la casa.

—¿Decidió definirse como alguien que nunca ha estado casada? ¿Qué pasa si tiene que casarse de nuevo y tiene que explicar la verdad?

Ella explotó en una risa de manera nada delicada.

—Oh, vaya. —Intentó recuperar el aliento—. Creo que puedo decir con seguridad que nunca voy a casarme. Verá, un amigo al que le confiara mi vida una vez me confesó que el matrimonio es peor que una prisión.

Los detalles de lo que involucraba ese tipo de prisión hicieron que se esfumara su humor y se le secaran los ojos justo a tiempo para ver al duque alejarse cabalgando de su propiedad.

Entrecerró los ojos, intentando observar los detalles.

Radnor miró sobre su hombro.

—Ah, no le interesa la casa. Le interesa la familia.

Ella intentó parecer inocente.

—No sé a qué se refiere.

—Ese es mi primo. —Se hizo a un lado—. Mire todo lo que quiera.

Lo hizo, aunque un poco molesta. El caballo salió a la calle y se dirigió hacia ellos. Sin mirarlo fijamente, logró verlo bien. Un hombre atractivo, se parecía a Chase Radnor, pero con facciones más normales. Su fuerte estructura ósea lo hacía verse encantador, no agresivo.

El duque pasó a unos tres metros de donde estaban y después solo pudo ver su espalda. Renunció a su examen y se dio cuenta de que Radnor la estaba observando con atención.

—Parece un caballero serio —dijo.

—Está preocupado por la muerte de nuestro tío —respondió él—. Cree que pudo haber sido un asesinato.

Radnor hizo una reverencia.

—Tengo que retirarme. El lacayo que está cuidando mi caballo debe tener otras responsabilidades.

—¿Usted cree que sí haya sido? —le preguntó, cuando Radnor ya se había alejado unos pasos—. Un asesinato.

Él la miró.

—Estoy casi seguro.

CAPÍTULO 3

Minerva esperó mientras la señora Drable consideraba la pregunta que le había hecho.

La señora Drable jugó con el pañuelo del cuello de su vestido, y sus delgados dedos se desviaban ocasionalmente al collar de camafeo que colgaba debajo de su garganta. A pesar de que por lo menos tenía cincuenta años de edad, la señora Drable se veía más joven, en parte gracias a su complexión delicada y a su brillante cabello rojo. Era una vecina a quien Minerva le había hecho un favor, y hoy se habían reunido por razones profesionales.

—Hay una joven —dijo la señora Drable al fin—. Creo que ella funcionaría. Por el momento no tiene compromisos, y estoy desesperada buscándole uno nuevo. Es lo suficiente educada para leer y escribir y tiene una caligrafía decente. Sin embargo, no tiene experiencia en lo que usted quiere.

—¿Dónde está ahora? Puedo visitarla si usted lo arregla.

La experiencia o educación de esta joven no importaban tanto como su espíritu. Minerva necesitaba a alguien que tuviera algo de aventura en la sangre. La Oficina de Investigaciones Discretas Hepplewhite no sería una situación ordinaria.

—Acaba de iniciar un trabajo breve. Una semana, máximo. El nuevo duque de Hollinburgh va a tener una reunión familiar y el ama de llaves les pidió a los trabajadores habituales que llevaran sirvientes extra para eso. Necesitan mucho la ayuda porque los sirvientes se están yendo con su pensión.

Eso explicaba por qué Jeremy había encontrado trabajo tan fácilmente. Había esperado que lo aceptaran como ayuda ocasional, pero le habían ofrecido trabajo diario cuando vieron que conocía el trabajo.

La señora Drable suspiró.

—Bueno, eso no es lo que nosotros solemos hacer, ¿o sí? Tampoco hay muchos sirvientes decentes disponibles para trabajos tan cortos.

Así que se corrió la voz entre todos nosotros. Elise estaba disponible y la mandé. Ese es su nombre. Elise Turner.

Cuando decía *nosotros*, la señora Drable se refería a las personas que se dedicaban a conseguir sirvientes para las mejores casas de Londres. La señora Drable tenía una de las oficinas más pequeñas y discretas. Minerva la había llegado a conocer como vecina y amiga, pero la relación se estrechó cuando la señora Drable le confesó que necesitaba ayuda para descubrir quién estaba robando su dinero. Sospechaba de una de las mucamas que había contratado recientemente, pero Minerva había probado que el culpable era su propio sobrino.

No había reaccionado bien a la noticia, pero la señora Drable estaba agradecida de saber la verdad. Había estado cerca de acusar a la persona incorrecta y declaró estar en deuda con Minerva por haber evitado eso.

—No tiene referencias de su último empleo. Tengo que decirte eso. El ama de llaves de Hollinburgh solo la aceptó gracias a mi recomendación personal y porque están casi desesperados.

—¿Por qué no tiene referencias?

La expresión de la señora Drable cambió.

—Su último empleo… el esposo se portó mal. La pobre niña tenía que quitárselo de encima todos los días. Había colocado a una cocinera en esa casa y ella vino a contármelo. «Dile que se vaya», le dije. «Mándala conmigo». Ha vivido aquí desde entonces mientras le busco algo más. Sin embargo… —Alzó las manos en un gesto de impotencia.

—¿Viene aquí todos los días después de su trabajo en la casa?

—No están exigiendo que este pequeño ejército de ayuda temporal se quede ahí, aunque lo permitirían si fuera necesario. Ella prefiere regresar. Si usted viene a verme a las nueve en punto, ella debería estar de regreso.

Minerva se puso de pie.

—Regresaré entonces. Fue muy amable de su parte acogerla.

—Es una historia demasiado común. Una joven se va de casa y viene al pueblo a buscar empleo en una buena casa, solo para descubrir que uno de los hombres no es un caballero. No puedo decirle la cantidad de veces que he tenido que sacar a una chica de las garras de un donjuán.

Minerva abrió su bolsa.

—Estoy segura de que tiene mucho que hacer y yo tengo otro

compromiso. Me voy. Antes de irme quiero darle algunas de mis tarjetas. —Sacó cinco de sus recién impresas tarjetas de presentación —. Voy a ofrecerles mis servicios a otras personas como lo hice con usted, solo que de una manera oficial y profesional. Si sabe de alguien que pueda necesitarme, espero que le dé una de estas.

La señora Drable miró la tarjeta.

—Normalmente son los hombres los que hacen esto. Una mujer, sin embargo, puede resultarles interesante a otras mujeres. Algunas situaciones pueden ser delicadas. Las repartiré si sé de alguien que requiera su ayuda. Puede usar mi nombre como referencia si quiere.

—Lo aprecio mucho más de lo que usted se imagina.

Se puso en marcha, pero un pensamiento repentino la detuvo. Lo consideró con rapidez. Sería algo muy inapropiado para una mujer de buena cuna, pero también era una oportunidad que la dueña de la Oficina de Investigaciones Discretas Hepplewhite no podía dejar pasar.

Nadie se fija en los sirvientes. Su mejor oportunidad para aprender sobre la familia sería entrar al hogar del duque como una.

—Tengo otra petición —dijo de manera impulsiva—. Me gustaría que recomendara a alguien más para un empleo temporal con el ama de llaves de Hollinburgh.

—¿A quién?

—A mí. Le aseguro que soy capaz de cumplir con las responsabilidades de una sirvienta.

La señora Drable frunció el entrecejo y miró la tarjeta.

—Supongo que le serviría el dinero mientras este negocio se levanta, aunque me parece un enorme paso atrás. Sin embargo, hacer algunos trabajos no es lo mismo que ser una sirvienta para siempre, ¿o sí?

—Así lo veo yo. Le estaré muy agradecida si lo hace. Y regresaré para ver a la señorita Turner por la noche.

Minerva salió a la calle, llena de emoción. Había sido una buena reunión, por muchas más razones de las que esperaba. No solo podría conseguir más clientes con la ayuda de la señora Drable, sino que también podría tener una nueva empleada. Las dos ideas la llenaban de optimismo al pensar en su plan. Lo que más le interesaba, sin embargo, era que Hollinburgh iba a ser la sede de una reunión familiar.

Jeremy estaba observando la casa, pero ella acababa de conseguir la manera de entrar. Eso significaba que no tenía que vigilar desde

lejos, sino a unos cuantos metros.

Esa tarde Minerva se presentó en el despacho del señor Sanders, el procurador. Se había puesto uno de sus mejores vestidos, y su sombrero favorito, el azul con forro rojo. Incluso así, su confianza se tambaleó cuando entró a la oficina que el procurador usaba con los clientes.

Parecía un hombre gentil, apacible y propenso a un discurso mesurado. No era demasiado joven, lo cual le hacía pensar que sabía lo que hacía. No era demasiado estricto, lo que, con suerte, significaría que no intentaría ocasionarle problemas.

Después de saludarla procedió a interrogarla sobre su relación con el duque. La ausencia de una no pareció desanimarlo en lo absoluto.

—Es posible, por supuesto, que se haya cometido un error. Si así fuera, lo siento mucho. —Pasó las páginas del testamento—. ¿En algún momento vivió en Dorset y estuvo casada con un Algernon Finley?

—Lo estuve.

—¿Hay alguien que pueda confirmarlo?

Le habló sobre Beth y Jeremy.

—Vivían en la casa de mi esposo, así que me conocieron en ese entonces.

—¿Aún tiene familia en Dorset?

—Mis padres llevan años muertos. Mis familiares se fueron del país hace casi ocho años. No vivían en Dorset, sino en el pueblo de al lado.

—¿Alguien más que la haya conocido con ambos nombres?

—No lo creo. Visitaba Londres con mi esposo, pero no hice muchos amigos ni participé en sociedad.

—Supongo que unos cuantos anuncios más en los periódicos nos confirmarán que no hay otra Minerva Hepplewhite en Londres que haya vivido en Dorset con el nombre de Finley. Creo que podemos proseguir suponiendo que usted es la mujer mencionada. —Tomó algunas notas—. Por curiosidad, ¿hay alguna razón en particular por la que se haya cambiado el nombre?

Se había preparado para esto.

—Mi esposo murió con deudas. Más de las que su propiedad podía pagar. Decidí irme de la zona y cambiar mi nombre para que los acreedores dejaran de perseguirme.

—Es comprensible.

Escribió de nuevo y dejó su pluma en el tintero.

—Me imagino que le sorprendió recibir una herencia de un hombre que dice no haber conocido nunca. De hecho, es mucho más común de lo que cree. Es muy probable que su esposo haya conocido al duque. Su Excelencia, al hacer su testamento, sintió el deseo o la obligación de dejarle el dinero. Y como Algernon Finley está muerto, se lo dejó a su viuda.

Casi sonaba posible. Pero le parecía muy poco probable que Algernon hubiera conocido a un duque y no se lo hubiera mencionado una y otra vez. Era el tipo de hombre que colgaría un letrero en su casa para anunciar su conexión con un título de ese tipo.

—¿Cómo supo el duque que ahora vivo en Londres?

El señor Sanders se encogió de hombros.

—No dudo que haya hecho una investigación. No él, por supuesto. Ahora, necesito describir los detalles de esta herencia.

Para su sorpresa, eso fue todo. El señor Sanders no parecía estar interesado en su pasado ni en su presente ni en cómo se conectaban.

Sanders le explicó la herencia. La parte que más llamó su atención fue cuando habló de posibles desafíos.

—El testamento ha sido aceptado por las cortes como legal y obligatorio. Sin embargo, alguien todavía podría impugnar las disposiciones que el duque asignó a cada beneficiario. Si una persona es nombrada en el testamento pero no cree estar recibiendo lo que merece, puede estar tentada a hacer eso. Si puede probar que tenía una buena razón para pensar que iba a recibir más por ser un dependiente de la generosidad del duque, podría presentar su caso.

—¿Cree que alguien lo intente?

—Es posible. Sin embargo, estoy seguro de que ninguno tendrá éxito. No se les hicieron promesas a los miembros de la familia. Ninguno califica como un verdadero dependiente. —Se inclinó hacia adelante—. Yo escribí el testamento. Lo hice de manera que cualquier acusación de ese tipo fuera poco probable.

—¿Debo esperar a ver si alguien quiere impugnar?

Negó con la cabeza.

—Como su ejecutor, mi papel es hacer lo que el duque pidió y encargarme de su testamento. Ahora, usted recibió diez mil más una asociación. Los diez mil se pusieron en un fideicomiso casi un año antes de la muerte del duque y no pueden sacarse. La asociación, sin embargo, sería sabio dejarla como está por un tiempo y ahorrar los dividendos o ingresos que dé. Por unos seis meses, al menos. —Sonrió

—. No es una espera larga antes de empezar a gastar. El fideicomiso ya pagó una vez, así que unos cientos y algo ya están a su disposición, o lo estarán dentro de unas semanas, ya que se hayan arreglado las cosas con el banco.

—Creo que por ahora puedo sobrevivir con eso.

Él se rio.

—¿En serio? Asumo que muchas personas podrían.

Envió empleados a los escribanos para que redactaran los documentos que tenía que firmar. Cuando todo eso quedó hecho, Sanders le dio a Minerva algunos consejos para su nueva situación.

—Me pondré en contacto con usted una vez que el fideicomiso haya sido asegurado para que lo utilice. En cuanto a la asociación, los otros socios querrán reunirse con usted. Ignórelos por ahora. Puede que se ofrezcan a comprar su parte y puede usar ese tiempo para decidir si prefiere eso. Una asociación va en ambos sentidos cuando se trata de dinero. Si es lucrativa, paga. Si el negocio requiere fondos, se debe pagar.

—Tal vez acepte vender. ¿Sabe cuál sería un precio justo?

El señor Sanders sacó un portafolio, lo abrió y pasó algunas páginas.

—Estamos valuando todos sus negocios, pero en la última valuación de este en particular, su parte era de un poco más de treinta mil. Mostró un ingreso anual aproximado de mil quinientos. Era una de las inversiones más pequeñas del duque, pero era buena.

Minerva dejó de respirar. Radnor le había dicho que el negocio valía mucho más que la herencia directa, pero una suma de ese tamaño no se le había cruzado por la mente. Incluso el tamaño de los ingresos le sorprendía.

Sanders dejó a un lado el portafolio.

—Señorita Hepplewhite, me sentiría mal si no le mencionara que con su nueva fortuna habrá quienes busquen su compañía por razones nada admirables. Le ofrecerán amistades solo porque usted puede beneficiar a sus nuevos amigos. Como una mujer soltera, también será presa de cazafortunas.

—Está diciendo que los hombres van a buscarme por mi dinero.

—Eso temo. Si en algún momento considera el matrimonio, le recomiendo buscar a un procurador que pueda explicarle lo que eso implica para usted y para su fortuna, y tal vez que pueda darle consejos sobre el carácter de su pretendiente.

—Gracias por sus consejos. Estoy muy segura de que no voy a

aceptar ese tipo de atenciones. Sin embargo, si en algún momento lo hago, prometo que pediré una investigación sobre el hombre.

Salió del despacho un poco mareada. Mientras nadie tuviera éxito en desafiar lo que dictaba el testamento, ahora era una mujer adinerada. Incluso si solo recibía los ingresos del fideicomiso, nunca tendría que volver a preocuparse por dinero. Rica, como había dicho Jeremy. ¡Rica! ¡RICA! Quería gritárselo a todo el mundo.

Lo único que apagaba su emoción era la conciencia de que Beth tenía razón. Una puerta que habían cerrado con llave hace mucho tiempo se había vuelto a abrir.

Chase regresó a su departamento en la calle Bury por la tarde. Había pasado varias horas practicando esgrima con un viejo amigo del ejército que ahora era miembro de la Guardia Montada. El ejercicio le había aclarado la mente, tal como lo había esperado. Necesitaba pensar con claridad antes de volver a salir esa noche.

Su sirviente, Brigsby, tenía agua caliente esperándolo, y le pasó unas toallas grandes después de que Chase acabó su baño. Luego se vistió por segunda vez ese día. Por fin, limpio y fresco, se sentó en el enorme escritorio en su habitación. Brigsby ya lo había equipado con una gruesa pila de papel, una pluma y tinta fresca.

Chase abrió una nueva carpeta y escribió *La muerte de Hollinburgh*. Siempre tenía notas detalladas de todas sus investigaciones. Había aprendido a hacerlo en el ejército, donde esas notas ayudaban a escribir el reporte final en cualquier caso que se estuviera investigando. También dependía de las palabras escritas para mantener sus pensamientos organizados.

Tomó una hoja de papel y escribió *Hechos* como encabezado. Tomó otra y escribió *Caminos que seguir*. En una tercera hoja escribió *Inconsistencias*. En la siguiente, *Teorías*. Para terminar tomó una hoja en blanco y anotó *Sospechosos*. No todas las investigaciones necesitaban estas páginas. Algunas necesitaban otras, diferentes. Sin embargo, una parte importante para comenzar una investigación era considerar la mejor manera de organizarla.

Con el tiempo se llenaría la mayoría de las páginas con listas de cosas que hacer y la evidencia acumulada. Con un repaso podía ver si había olvidado algo. Había participado en investigaciones en las que leer sus notas y páginas le había presentado respuestas que no había visto antes.

Abrió una carta y la agregó a la carpeta. Era de parte de Sanders e incluía una lista de todos los negocios y socios del difunto duque. Encontró otra lista en un cajón de lo que se había cedido en el testamento, y también la agregó.

Le dedicó unos minutos a anotar pensamientos en la página de *Caminos que seguir* y a elaborar una pequeña lista de lo que necesitaba hacer de inmediato. Para terminar pasó a la página de *Sospechosos*.

Podría llenarla en ese momento si hacía una lista de todas las personas con un motivo. En lugar de eso, como era su costumbre, reservaría ese espacio para quienes de verdad creía que tenían fuertes probabilidades.

Mojó su pluma en la tinta. Dudó por un momento. Y después escribió: «Minerva Hepplewhite».

CAPÍTULO 4

Chase observaba desde la ventana de la biblioteca y vio los carruajes llegar uno tras otro. Todas las personas que se bajaban llevaban sus mejores atuendos. Incluso los niños habían sido apropiadamente arreglados para visitar la casa de un duque. Los sirvientes bajaban baúles de los vagones, todos llenos de más prendas para asombrarse unos a otros.

—Dime que esto no va a ser una tortura. —Nicholas apareció a su lado y observó—. Santo Cielo, esa es Dolores. No la he visto en un año.

Dolores, una mujer de mediana edad, cabello negro y de una altura impresionante, estaba dirigiendo a los sirvientes que atendían su carruaje. No se escuchaba su voz, pero su boca no dejaba de moverse, su dedo seguía apuntando y los sirvientes seguían haciendo muecas.

—Nunca dejaría que Agnes se quedara con toda la diversión —dijo Chase.

Las dos mujeres eran hermanas, las únicas dos entre los hombres de su generación. Chase suponía que ambas habían aprendido a ser un poco más rudas para que las vieran o escucharan entre seis hermanos.

—Ahí está Kevin —dijo Nicholas—. Pensé que estaba de viaje.

—Ya no, al parecer.

Kevin siguió el camino de entrada; parecía en verdad un poeta melancólico con sus facciones refinadas, los ojos hundidos y una mata de cabello oscuro. No saludó a ninguno de sus primos ni tías mientras pasaba al lado de sus carruajes, y ellos tampoco le hablaron. Chase asumió que había dejado su carruaje en la fila y había elegido caminar en lugar de esperar.

—Él va a ser un problema —murmuró Nicholas.

Kevin no estaba en el país cuando falleció el tío Frederick. No había estado presente en la lectura del testamento. Su resentimiento sería fresco. Lo peor era que él tenía más razones para quejarse que la mayoría.

—El testamento fue una sorpresa de muchas maneras —dijo Nicholas—. En lo que concierne a Kevin, sin embargo, fue casi cruel.

Chase no podía negarlo. Por más que quisiera a su tío, había algunas consecuencias de ese testamento que parecían vengativas sin razón alguna.

—Supongo que debería ir a darles la bienvenida.

—Ve a tus aposentos. Deja que se acomoden. Velos en la sala antes de la cena. Llega al último y salúdalos como el duque, no como el primo Nicky.

Nicholas se rio.

—Sabio consejo.

—No hagas nada para perder la ventaja o nunca podrás recuperarla. Entonces sí será un pandemonio.

—Hoy les informaré que no vamos a discutir la herencia sino hasta mañana por la tarde. Le dije al procurador que estuviera aquí a las tres en punto.

Nicholas se dio la vuelta para escapar, pero justo en ese momento Kevin entró a la biblioteca. Para sorpresa de Chase, sonrió mientras caminaba hacia ellos, la mueca de disgusto había desaparecido.

Más joven que Chase por cuatro años, Kevin siempre había sido el primo menor favorito, en especial por su alegre personalidad e intereses inusuales. De su generación, él era el que más probabilidad tenía de mostrar el mismo carácter excéntrico, que había poseído su propio padre y el tío Frederick, más que nada porque siempre había seguido su propio camino.

—Qué gusto que hayas regresado —dijo Nicholas—. Puedes ayudar a Chase a evitar que me maten.

Kevin miró por la ventana.

—Acabo de salir del despacho del procurador, así que supongo que quieren matar a alguien, y nuestro tío ya no está disponible.

Nicholas hizo una pausa al escuchar eso, pero lo dejó pasar.

—Escribí para advertirte.

—No recibí tu carta antes de salir. Llegué hace dos días, y mi padre me habló de lo peor de inmediato. Hubiera hablado con Sanders ayer, pero mi padre quería ayuda para reparar uno de sus autómatas. —Puso los ojos en blanco al mencionar la obsesión de su padre.

—¿Uno interesante?

—Todos son interesantes, si crees que son relevantes los dispositivos mecánicos sin valor alguno para la humanidad.

—¿Va a venir hoy? —preguntó Nicholas—. ¿Lo dejaste en el

carruaje?

—Me dijo que ninguno de sus hermanos iba a estar en el pueblo y que no sentía presión porque él siempre estaba en Londres. No esperaban nada de mi tío Frederick, así que no tienen quejas.

Chase observó a Kevin con más atención. A pesar de que se veía muy alegre, al hablar del testamento surgían unas sombras que oscurecían sus ojos, normalmente tan brillantes.

—¿Por qué no te acomodas? Podemos hablar más tarde.

—Supongo que tengo que ver qué habitación me ha asignado el ama de llaves. Podría regresar a la casa de mi padre, por supuesto, pero puede ser tedioso y quiero vigilarlos a todos.

Lanzó una mirada rápida por la ventana.

Nicholas dejó caer la mano con firmeza en el hombro de Kevin.

—Busquemos a la señora Wiggins para asegurarme de que no te ponga en el ático. Es un infierno ser soltero.

Chase dejó que se fueran y volvió a dirigir su atención a lo que estaba pasando afuera de la ventana.

Minerva se hincó frente a la chimenea. Comenzó a preparar la leña.

—No dobles el vestido así, niña. Las arrugas serán intolerables. Cuélgalo en el armario.

La voz de la mujer escupió la queja y la orden. Minerva le daba la espalda a la habitación, haciendo su trabajo.

El ama de llaves, la señora Wiggins, había estado tan desesperada que, con la recomendación de la señora Drable, la contrató como criada durante la estadía de todos sus visitantes. La habían mandado a preparar las chimeneas en las habitaciones de los huéspedes, comenzando por las damas. Había concluido que lady Agnes Radnor, alta, majestuosa, voluptuosa y con cabello oscuro, se veía a sí misma como la reina rodeada de abejas ruidosas en la casa.

Se abrió una puerta. Escuchó pasos suaves hasta que alguien se detuvo tan cerca de Minerva que podía sentir su calor en la espalda. Sin embargo, la amenazante presencia también escondía su cuerpo. Comenzó a moverse un poco más lento.

—Espero que tengas una criada mejor que la mía —dijo una nueva voz femenina. Más grave que la de Agnes, y con cierto tono ronco agradable.

—Oh, cielos. ¿La tuya también es un desastre? Tenía la intención de robártela.

—La señora Wiggins me explicó que las mejores se fueron. Abandonaron el barco cuando recibieron su pensión. Si recuerdas, tenían unos atractivos arreglos. Nos dejaron solas con la gentuza de corto plazo mientras ellas disfrutan de *nuestro* dinero. Solo la señora Fowler, la cocinera, y el mayordomo están aquí con los sirvientes más viejos, sintieron una obligación de cumplir con los requerimientos del título.

—Supongo que también se irán a plantar legumbres al campo una vez que encuentren reemplazos.

—Y también con *nuestro* dinero. —La voz se le quebró—. Lo hizo para hacerme enojar. Sabes que lo hizo. Después de lo que pasó, me debía algo mejor…

—Suficiente, hermana. Estás hablando como una desquiciada. Eso quedó en el pasado y es probable que Hollinburgh ni siquiera lo recordara.

El silencio se alargó, pesado y lleno de una discusión sin palabras. Minerva deseó que siguieran hablando en voz alta.

—Creo que estamos desperdiciando el tiempo. Deberíamos impugnar las disposiciones del testamento.

—Dolores, sabes lo que ocurriría. Pasaría años en las cortes mientras nosotras nos quedamos pobres pagándoles a los abogados, y al final no cambiaría nada. Déjame tomar la iniciativa en esto. Nos reuniremos todos antes de que el procurador llegue mañana para pensar en un plan que nos ayude a evitar las cortes.

El cuerpo detrás de ella se alejó.

—Niña, ¿ya terminaste con eso? —Resonó la voz de lady Agnes en la habitación—. La humedad va a alcanzar mis huesos antes de que termines.

Minerva giró la cabeza a un lado para mostrar que había escuchado su queja.

—Disculpe, milady. Había leña húmeda y no prendía. Tuve que acomodarlo de nuevo.

—Apresúrate. Vamos a vivir como salvajes aquí, Dolores. Incluso las criadas son incompetentes.

Minerva terminó con rapidez, se puso de pie y, con el rostro hacia abajo por respeto, hizo una reverencia rápida. Después salió en la búsqueda de la siguiente chimenea. Mientras lo hacía, su mirada se encontró con la de una joven que estaba haciendo el trabajo de doncella, y compartieron una sonrisa secreta.

Chase se dirigió a una habitación en el ala noroeste de la casa. La puerta estaba abierta, y una vez que entró descubrió por qué. Una criada estaba hincada frente a la chimenea para prender el fuego mientras Kevin caminaba de un lado al otro en el pequeño espacio, frunciendo el ceño.

Chase lo saludó. Después estudió la habitación. Aunque era lo suficientemente cómoda, no estaba bien iluminada y no era mucho más grande que las que usaban los sirvientes.

—Nicholas tenía razón. No es el ático, al menos, pero como solteros siempre nos dan el cuarto más pequeño y oscuro.

Kevin miró a su alrededor, como si no se hubiera dado cuenta.

—Es suficiente. He vivido en peores lugares.

La mueca, entonces, era por otras razones. Chase solo podía imaginar cuáles eran.

—Podrías quedarte en el club, o, si prefieres, puedes quedarte conmigo.

—Moriría antes de dejar que estas arpías salgan de mi vista. Si le doy media oportunidad, Agnes me dejaría sin un centavo. ¿Sabes cómo me recibió? «Ah, estás aquí, Kevin. Creí que tu negocio te mantendría tan ocupado que no podrías acompañarnos».

Hacía una muy buena imitación del tono agudo e imperial de Agnes.

—Ella piensa de manera tradicional. No es nada nuevo. Tampoco sabe nada de tus logros.

—Todos piensan así, excepto tú y Nicholas.

—Y el tío Frederick, por supuesto.

Eso hizo que Kevin se detuviera. Miró a Chase con una expresión furiosa y dejó libre toda la emoción que había ocultado al entrar a la biblioteca una hora antes.

—¿Tienes idea de por qué lo hizo? Fue una traición tan terrible que no puedo… —Sacudió la cabeza con incredulidad renovada—. Haber puesto el capital mientras yo perfeccionaba la invención, haberse convertido en socio en la empresa, y luego esto. Confieso que me siento como un hombre al que golpearon con demasiada fuerza en una pelea profesional.

Chase deseó poder explicar la decisión de que su tío le hubiera dejado a una desconocida la parte de la compañía que le correspondía a Kevin. Y no había sido a Minerva Hepplewhite, sino a una de las mujeres que aún no había encontrado.

—Puede ser que ella tenga algo que ofrecer, algo que

desconocemos. Otra compañía que impulse tu progreso.

—O puede ser alguna prostituta que le haya gustado más que las otras. No me veas así. Creo que tengo derecho a decir la verdad más probable, en estas circunstancias. Cuando las busques, ve a los burdeles primero. Te puedo dar una lista de sus favoritos.

No dudaba que Kevin pudiera hacer eso, ya que era probable que hubiera estado en todos. Chase había aceptado hace mucho tiempo que su primo más joven, cuya intensa curiosidad había ocasionado investigaciones *muy* profundas cuando algo llamaba su atención, tenía mucha experiencia en temas sexuales.

—¿Qué te hace pensar que las voy a buscar?

—¿En quién más podría confiar Nicholas? O cualquiera de nosotros. Si aún no te ha pedido que lo hagas, yo lo haré por él. Aunque ese testamento es horrible, esperar en el limbo es peor.

Chase no confirmó que le hubieran asignado esa tarea casi de inmediato.

Kevin dejó su maleta en la mesa.

—Debería desempacar yo solo. Se supone que hay un hombre que será mi criado, pero no sé cuándo aparecerá.

La mención de los sirvientes hizo que Chase mirara a la que estaba prendiendo el fuego. Solo podía ver la parte de atrás de su sombrero blanco y el café apagado de su vestido. Sin embargo, la mano que sostenía el pedernal le pareció linda. Casi elegante.

—Todos son nuevos. La mayoría ni siquiera trabajó con el tío.

Su tono hizo que Kevin se volteara. Chase hizo un gesto hacia la chimenea y la mujer frente a ella. Kevin asintió.

Como si supiera que la estaban mirando, la mujer se puso de pie, tomó su canasta y, con la cabeza baja, se fue apresurada.

—¿Cuánto tiempo estuvo ella aquí? —preguntó Chase.

Kevin se encogió de hombros.

—No la vi llegar.

—Hay que tener cuidado con lo que decimos frente a ellos. No son empleados de la casa, no le deben nada a la familia. No podemos esperar de ellos la discreción habitual.

Kevin caminó al frente y cerró la puerta. Dio la vuelta para mirar a Chase.

—¿Tienes alguna idea de lo que el tío estaba pensando? Eras su favorito. De todos nosotros, puede ser que tú lo hayas conocido mejor.

—No puedo decirte lo que quieres saber. Tengo algunas ideas, pero nada más.

Sus ideas no calmarían a la familia, ya que más que nada eran sobre un hombre cansado de familiares codiciosos que dependían demasiado de su generosidad.

—Creí que al menos a ti te dejaría algo.

—Yo, sin embargo, no creí eso. Él me lo dijo. Puede que sea el único que no está decepcionado.

—Al menos tú y yo tenemos nuestros *negocios* para alimentarnos. No puedo imaginarme qué pasará con algunos de los otros.

—Supongo que vivirán solo con lo que necesitan, para variar.

Kevin soltó una risa silenciosa.

—¿Quieres decir que Agnes y Dolores solo comprarán dos guardarropas al año, en vez de cuatro? Eso va a ser una tragedia.

Chase se dirigió a la puerta.

—No te desesperes hasta tener una razón para hacerlo. No era un hombre tonto. Tal vez tenía un plan que todavía no conocemos.

Minerva terminó con las habitaciones por la tarde. Cuando regresó al primer piso por las escaleras traseras con la canasta, la familia ya estaba iniciando su descenso por las principales, todos engalanados para la cena que estaban a punto de disfrutar.

Entró a la pequeña habitación de almacenamiento en la bodega donde guardaban la leña y los juncos. Mientras llenaba su canasta para el día siguiente, la puerta de la habitación se cerró.

Sorprendida, alzó la mirada. Parado ahí, con la espalda hacia la puerta y los brazos cruzados, estaba Chase Radnor. No se veía feliz.

—Nos encontramos de nuevo, señorita Hepplewhite.

Ella volvió a mirar su canasta.

—¿Qué me delató?

—Tus manos. Son muy fáciles de reconocer.

Miró sus manos, sucias después de tocar la leña. No vio nada especial en ellas.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —preguntó Chase.

—Necesito el dinero y están contratando a cualquier persona disponible que pueda hacer el trabajo.

—Un descuido del ama de llaves.

—Tal vez debería dejar que ustedes lo hagan todo. —Sonrió

cuando se imaginó como reaccionaría lady Agnes ante *eso*.

Chase acortó la distancia entre ellos. Le quitó la canasta de las manos y la puso a un lado. Después sacó un pañuelo. Tomó una de sus manos y le limpió el hollín.

—No es apropiado que hagas esto. Si decides hacerlo, tendré que preguntarme qué estás planeando.

«No es apropiado que haga la mayoría de las cosas que he hecho desde el día que me casé». Casi lo dijo, pero la manera en la que estaba limpiando la palma de su mano la distrajo. También la sensación de sus dedos presionados contra el dorso de su mano. No era gentil ni cuidadoso. Más dominante y eficiente. Pero de todos modos seguía encontrando su tacto, y su tolerancia a él, fascinante.

Soltó su mano y tomó la otra.

—No estás aquí por el dinero. Estás observando a la familia. Esperas encontrar la manera de culpar a uno de ellos.

Otra respuesta inapropiada pasó por su cabeza, pero lo que él estaba haciendo con su mano le llamó más la atención. La estaba agarrando firmemente, pero no se sentía amenazada. El tiempo que se tomó para quitarle todo el hollín la cautivó, a pesar de que él no le caía bien.

Aun sin hollín en las manos, y con un pañuelo arruinado, él no soltó su mano de inmediato. Ella alzó la mirada y lo descubrió mirando la palma de su mano y los dedos.

Ella retiró su mano.

—Me sigue considerando alguien a quien podría acusar, si usted supone que estoy buscando culpar a alguien más.

—Si se determina que no cayó accidentalmente, cualquiera sería posible candidato a que se le acusara. Ya no sería usted la candidata más probable, pues lo serían todos. Ya no sería necesario que ideara una manera de acusar a alguien más.

Sería mucho más probable que surgieran dedos que la señalaran a ella como culpable. Por fortuna, él no sabía eso. Todavía.

—No estoy buscando una manera de acusar a nadie. Sin embargo, mi destino, bueno o malo, está atado a esta familia. Ya le había dicho que soy curiosa por naturaleza.

—Sí. Lo dijo.

Se había vuelto irritante de nuevo. Minerva se hizo a un lado, para poder pasar junto a él.

—Tengo que irme. Me esperan para ayudar en la cocina después de la cena.

Se dirigió a la puerta. Pero la mano de Chase se apoyaba en la parte más alta, lo que hacía que se mantuviera cerrada.

—Si usted, al realizar sus deberes, se llega a enterar de algo interesante, debería informarme.

—Son sus familiares. Si descubro algo interesante es probable que usted lo oculte.

Él la dejó ir. Cuando estuvo lejos de la habitación se detuvo y recargó su espalda contra la pared. Bajó la mirada a sus manos. Aún quedaba un poco de hollín bajo sus uñas. Volvió a sentir la gentileza del pañuelo en su palma, y la mano fuerte sosteniendo la suya.

CAPÍTULO 5

Chase entró a la habitación de Nicholas. Lo encontró en su vestidor, preparándose para la cena.

—¿Vas a ir vestido así? —Nicholas alzó la barbilla mientras su criado le ataba la corbata—. Johnson, dale a mi primo un cuello de lino limpio.

Johnson, un hombre pequeño y de mediana edad, con cabello claro, terminó de atar la corbata y luego tomó otra de una pila recién planchada. Se acercó a Chase, dejó el pedazo de tela a un lado y alzó las manos para desatar la corbata de Chase.

Chase lo permitió. Johnson quedaría horrorizado si no lo dejaba cumplir con sus órdenes.

—También dale una pulida a sus botas —dijo Nicholas.

Si a Johnson le molestaba hacer esas tareas por alguien más, nada en su expresión lo demostraba.

Cuando al fin estuvo lo suficientemente presentable para Nicholas, y esperaba que también para el resto, Chase se sentó en una de las sillas recubiertas de damasco azul y acomodadas en círculo. Nicholas ya se había acomodado en otra.

—¿Quiénes quedan de los viejos sirvientes? —preguntó Chase.

—El mayordomo y el ama de llaves, por ahora. Dudo que se queden más de un mes. Esperan encontrar al resto del personal permanente y a sus reemplazos en ese tiempo.

—¿Nadie más?

—Me parece que la cocinera no ha cambiado, y hay algunas otras criadas por ahí. Reconozco a dos de los lacayos de otras visitas que hice al tío Frederick. —Se encogió de hombros—. ¿Eso importa?

—Hay más personas desconocidas de las que me gustaría.

Si Minerva Hepplewhite había encontrado trabajo para poder espiar, otras personas pudieron haber hecho lo mismo. Chase se arrepentía de no haber traído unos ojos extra.

La imaginó prendiendo esos fuegos, invisible para los ocupantes de

las habitaciones. Escuchando.

—Hubiera sido más sabio negarte a alojar esta reunión con tantos desconocidos en la casa.

—Es demasiado tarde para ese consejo. —El tono despectivo en la voz de Nicholas hizo que el tema quedara a un lado—. Kevin me buscó. Está molesto.

—Todos están molestos. Él solo tiene más razones para estarlo que el resto.

—Es una cosa terrible, que un hombre le dedique su vida a algo y que su benefactor le retire su apoyo al morir. El tío podía hacer lo que quisiera, pero algunas cosas son completamente injustas.

Chase se preguntó si Nicholas se incluía a sí mismo en las injusticias. Cuando un hombre hereda un título espera que la propiedad proporcione los ingresos necesarios para mantener la posición. Nicholas podía lograrlo, pero pasaría algunos años frustrado por las finanzas.

—Tú, por ejemplo —dijo Nicholas—. Te quería más que a todos nosotros. Tú apoyabas sus caprichos y sus peculiaridades. Pasabas tiempo con él, tanto en sus costosos pasatiempos como cabalgando. Y no dejarte ni siquiera un centavo… Te defendió cuando vendiste tu comisión y otros estaban diciendo… —Nicholas dejó de hablar como si hubiera dicho demasiado.

—Me dijo que no me dejaría nada.

—Eso dijiste. Aun así…

«Aun así». ¿Pensaba que el tío Frederick siempre sí había agregado una oración en el testamento para sorprender a su sobrino favorito? ¿Esperaba eso? Cualquier hombre lo haría. Pero sabía en su corazón que eso no iba a pasar. El duque tenía muchas ideas extrañas, y algunas muy buenas, y ambos tipos de ideas habían tenido algo que ver en ese testamento.

«Tienes la voluntad de crear tu propio camino». Eso es lo que le había dicho cuando Chase regresó a Inglaterra y dejó el ejército. «No es algo malo. Los hombres se vuelven flojos cuando la vida es demasiado fácil. Las buenas mentes se sueltan y los buenos cuerpos engordan. Nueve de cada diez hombres en el montón no han logrado más que perseguir el placer. El mundo necesita algo más que eso. Francia nos lo demostró».

Dudaba que Nicholas o Kevin comprendieran que el tío Frederick había pensado que hacerles la vida más difícil a sus sobrinos podría ser una herencia valiosa.

Nicholas sacó su reloj de bolsillo.

—Supongo que todos están reunidos en la sala. —Se puso de pie—. Confío en que me cuidarás la espalda.

—Me uniré a ti en un momento y eso haré. Primero necesito hablar con alguien. —Chase guio el camino hacia la puerta—. Y en el futuro intenta no hablar de manera tan libre frente a los sirvientes.

El hombre estaba siguiéndola. Minerva notó al joven que caminaba por la casa, usando el mismo camino que ella. Aunque había terminado sus deberes con las chimeneas, seguía cargando la canasta mientas tomaba un camino muy largo de regreso a la cocina.

Esa presencia masculina interfería con su plan de aprenderse el diseño de la casa completa, y quién ocupaba cada habitación. Incluso había entrado a unas vacías y había encendido el fuego, para ver si él se seguía de largo, pero cada vez que ella avanzaba, él aparecía.

Bajó a la biblioteca. Nadie le había dicho que prendiera el fuego ahí, y al entrar se dio cuenta por qué. La enorme chimenea ya estaba ardiendo, tanto que la habitación se sentía demasiado caliente. Dejó la canasta a un lado y bajó los bastidores superiores de dos ventanas para que escapara el calor. Ya descubriría quién había preparado esta habitación de manera tan descuidada.

Regresó a la chimenea y tomó su canasta de nuevo, dándose la vuelta para irse. Y de repente ahí estaba el hombre, bloqueando su camino a la puerta.

La miró de arriba abajo. No podía ser mucho mayor que Jeremy, pero esperaba que Jeremy nunca hubiera examinado a nadie con un brillo tan depravado en sus ojos. Su sonrisa lenta hizo que pequeñas campanas de advertencia sonaran en su cabeza. Suponía que era un miembro de la familia. Podía ver en él un parecido a Chase Radnor, escondido debajo de la suavidad tan joven que aún marcaba su rostro.

—Me parece que te gusta pasear.

Su tono sonaba más a una observación que una acusación. No necesitaba ninguna de las dos.

—Soy nueva aquí. Me dieron tareas, pero no un mapa de la casa.

Eso pareció tomarlo por sorpresa.

—Hablas de una manera que no es típica de los sirvientes.

—Normalmente no lo soy. Sin embargo, sí soy una viuda que necesita el dinero. —Bajó la mirada a su canasta—. Hacer esto por un tiempo corto no hace que pierda demasiado mi orgullo.

La expresión de él cambió. Una nueva tomó su lugar. Una que conocía muy bien y que desearía no estar viendo en ese momento. La miró de arriba abajo de nuevo.

—Hay muchas maneras de ganar dinero sin perder el orgullo.

—Unas cuantas. Pero esta me gusta. No me molesta trabajar. —Se movió hacia la derecha, más cerca de los atizadores—. Debería regresar. Tengo que ayudar en la cocina.

Se movió al mismo tiempo que ella, para seguir bloqueando su camino.

—No hay necesidad de huir. Hay tantas de ustedes aquí que es muy poco probable que la cocinera sepa quién debería estar trabajando y quién no. —Ladeó la cabeza para poder ver su rostro—. Eres una mujer atractiva.

Su mirada se movió a donde sostenía la canasta.

—Hermosas manos. Qué triste que se arruinen con este tipo de trabajo.

—Como dije, no me molesta.

Sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Sus intenciones se volvieron obvias cuando comenzó a acorralarla.

—Ah, pero a mí sí. Es una pena que manos tan hermosas hagan ese tipo de trabajo. Hay mejores maneras de aprovechar su suavidad.

Se le congeló la sangre. Su cuerpo entero se congeló. Luchó contra su inmovilidad buscando un lugar muy duro en su mente, un lugar que la había enseñado a sobrevivir cuando se sentía desesperada.

Le lanzó la mirada más fría e inmutable que pudo.

—Debe dejar que me vaya en este momento.

—¿Debo hacerlo? —Se rio, pero algo se endureció en su mirada. Sabía que ella lo había visto con desprecio—. No le debo explicaciones a nadie aquí, ni siquiera al duque. Y mucho menos a ti.

«Puedo hacer lo que quiera en esta casa y nadie te creería si te quejas».

Su cuerpo entero se tensó como la cuerda de un arco. Movió la canasta frente a ella y la otra mano detrás de su espalda.

Él arrancó la canasta de sus manos y se acercó aún más. Su mano se cerró sobre la de ella justo cuando la otra tomaba el atizador de hierro detrás de ella.

Tomó su mano y la acarició con la otra. Era un eco de lo que Chase había hecho, pero el contacto no le gustó. Le dio asco. Su mano lastimaba su muñeca. Algernon la había lastimado así.

Él acercó sus ojos a su rostro.

—Apuesto a que tus labios son igual de suaves. Igual que el resto de ti.

Se esforzó por controlar su disgusto, para no provocarlo. Si intentaba algo más… Agarró con fuerza el atizador, lista para utilizarlo.

—*Phillip*.

La voz masculina sorprendió a Minerva y al joven. Él soltó su mano y dio un paso atrás.

Minerva miró sobre el hombro del joven y vio a Chase Radnor en la puerta. La dura mirada de Chase estaba clavada en la espalda del otro hombre.

—La familia se está reuniendo. —El tono casual no encajaba con la expresión furiosa que Minerva podía ver—. Deberías unirte a ellos.

Phillip se dio la vuelta para mirar a Chase.

—Me preguntaba dónde estaban todos. Creí que nos veríamos aquí.

—No. La sala.

—Voy enseguida.

Se fue, como un hombre con muchas cosas que hacer.

Chase esperó a que la puerta se cerrara. Después caminó hacia Minerva y rodeó su cuerpo.

—Me disculpo por mi imprudente y joven primo. —Le quitó el atizador de entre los dedos con delicadeza—. No tenía idea de a quién estaba molestando. Si hubieras usado esto, podrías haberlo matado.

Su cuerpo la traicionó, miembro por miembro, poco a poco, hasta que toda ella se puso a temblar. Olas de asco y miedo la inundaron.

Intentó recoger la canasta, pero se tambaleó. Dos manos firmes la enderezaron, sujetando sus hombros. Profundos ojos azules examinaron su rostro. Intentó mostrarse normal y tranquila, pero su cuerpo seguía temblando con un frío interno.

Los ojos de Chase se fijaron en los de ella. La miraba con curiosidad y preocupación.

—Siéntate aquí.

La hizo girar, con las manos todavía en sus hombros, y la dirigió al diván.

—Debería regresar a…

—Siéntate. —Puso presión en sus hombros hasta que obedeció.

Se dejó caer sobre una rodilla frente a ella, mirándola con atención.

—¿Pasó algo más antes de que llegara?

Minerva negó con la cabeza.

—Debe pensar que soy muy débil al estar tan desconcertada después de una escena tan poco importante. —Bajó la mirada a la mano que Phillip había tocado. Había arruinado el agradable recuerdo de la gentil presión de Chase.

—Creo que por fortuna presentía un peligro más grande que el que confrontó. Estoy seguro de que no habría… Aun así, es demasiado vulnerable aquí. No debería regresar mañana. —Lo dijo como una orden. Ella se había tranquilizado lo suficiente como para que le disgustara eso, pero no lo suficiente para pelear.

—Si no soy yo, será una de las otras. Es ese tipo de hombre —murmuró—. De eso estoy segura.

—Entonces deje que sea una de las otras —dijo bruscamente. Inhaló profundo—. Le diré al ama de llaves que les advierta a las mujeres. Usted, sin embargo…

—Nunca estaré lejos de un atizador ni de cualquier otra arma.

—Esa es una gran respuesta. Quédese en casa. No descubrirá nada aquí.

Su tono animó su resentimiento y su espíritu.

—Le aseguro que he aprendido mucho. Aprecio que haya detenido a su primo, pero que no se le ocurra darme órdenes.

Irritado, pasó los dedos por su cabello. Se puso de pie.

—Tengo que reunirme con los demás. Ya está encendido el fuego ahí, así que su trabajo ha terminado. —Estiró la mano para ayudarla a ponerse de pie.

Minerva la aceptó, ofreciendo la mano que Phillip había violentado. La textura de la piel cálida de Chase calmó la ofensa más de lo que esperaba.

—Vaya a la cocina ahora. —La llevó a la puerta y se apartó cerca de las escaleras que llevaban a la bodega.

Ella no bajó por esa escalera. En lugar de eso subió las escaleras de sirvientes hacia el pasadizo de servicio que pasaba por un lado de la enorme sala. Encontró una puerta y la abrió un poco para poder observar.

—Es una decisión sencilla. —Estalló la voz de Nicholas, interrumpiendo las discusiones que llenaban la sala. Poco a poco se detuvieron al enfrentarse a su molestia hasta que solo hubo silencio ante él.

Chase esperaba que Nicholas no se apresurara a continuar, porque

el intervalo de paz era increíble. Observó la enorme habitación mientras el resto de las voces se apagaba. El panel de una pared que escondía el acceso al pasillo de servicio estaba abierto. Caminó hacia él y lo cerró.

—Opción uno. Si las disposiciones del testamento son impugnadas por alguien, quien sea, nada se reparte hasta que la cancillería tome una decisión. Eso significa que nadie recibe nada hasta entonces. Excepto yo, porque los mayorazgos son un contrato separado, al igual que las pensiones de los sirvientes que están en fideicomisos fundados por las propiedades del ducado.

—Al menos podríamos obtener una cantidad respetable en algún momento —dijo Dolores antes de soltar un gimoteo despectivo.

—Opción dos. Escuchamos lo que el procurador diga mañana por la tarde sobre las cuentas que se han hecho hasta ahora. Es posible que se pueda pagar una parte pronto, incluso si las cantidades finales aún no están aseguradas. Le pedí que considerara si la mitad de los fondos restantes estimados se puede dividir entre nosotros.

—Sería la mitad de una miseria, entonces —murmuró Phillip—. Es tentador pedir más.

—Es fácil para ti decirlo, Phillip —dijo Agnes—. Eres tan cachorro que podrías seguir vivo cuando todo esto termine. Sin embargo, dudo que tus acreedores estén dispuestos a esperar tanto tiempo.

Phillip se sonrojó hasta que sus orejas se pusieron rojas. Con veintidós años, y siendo el primo más joven por cinco años, no le gustaba que le dijeran cachorro. Tampoco le gustaba que su tía mencionara la precaria naturaleza de sus deudas. No había tenido piedad con los comerciantes de Londres al abusar de su crédito, todo con expectativas sin fundamento. Una vez que se esparcieran las noticias de este testamento, era probable que Phillip tuviera que esquivar agentes judiciales.

Por el momento Chase esperaba que Phillip terminara en la prisión de deudores. Su primo más joven no tenía muy buenas recomendaciones. Había docenas de razones por las que Phillip se había convertido en un hombre de mal carácter, pero ni cien razones podían disculpar su comportamiento con Minerva.

—Pero si aceptamos incluso la mitad de una miseria, estaríamos aceptando las disposiciones como están escritas —dijo Kevin—. Quienes acepten el dinero renuncian a la primera opción. Muy amable por parte del tío Frederick incluir un soborno en su testamento. Para muchos de ustedes debe sonar muy bien, ya que no les debía nada.

—A ti tampoco te debía nada —mencionó Nicholas con gentileza.

La expresión tensa de Kevin reveló su reacción ante eso.

—Yo digo que tomemos lo que podamos mientras somos lo suficientemente jóvenes para disfrutarlo —habló Claudine, la esposa del primo Douglas, con un énfasis emocional—. Tenemos gastos ahora, y no creo que sea una miseria, así que pronto no habrá ni la mitad. Era tan rico como el rey Midas, por lo que entiendo. Yo digo que escuchemos lo que ha determinado el procurador sobre la cantidad potencial que nos queda cuando todo se haya repartido e intentemos convencerlo de liberar lo más posible.

Douglas asintió, obediente. Douglas no hablaba mucho. Incluso cuando niño, siempre había sido un observador del mundo, no un verdadero participante. Al casarse con una mujer que hablaba mucho, la expectativa de que él se convirtiera en un buen conversador disminuyó de un día para otro. Chase supuso que Claudine tenía autoridad en otras cosas también, pero a Douglas no parecía molestarle.

En un rincón, el mayor de los primos, el hermano mayor de Douglas, Walter, se tomaba su tiempo mientras se servía coñac de una licorera acomodada en una mesa contra otro de esos paneles, el cual también estaba entreabierto. Chase pensó en cómo todos seguían siendo tan predecibles incluso en la situación menos predecible. Walter siempre había pensado que su posición como el mayor le daba más autoridad que Nicholas, aunque Nicholas era el hijo del segundo tío más viejo, y por lo tanto el presunto heredero del título. Incluso cuando todos eran niños, Walter intentaba dar órdenes y tomar decisiones a las que nadie le ponía atención.

Ahora, con un vaso en la mano, se paró al lado de su hermosa esposa rubia, Felicity. Ella lo miró con adoración, como una ninfa a un dios. Eran una pareja atractiva, con la belleza etérea de Felicity y el rostro tosco y atractivo de Walter. Walter esperó para que los demás hablaran.

—Esperaremos a que el procurador nos explique lo que pueda mañana —dijo Nicholas—. Yo solo les presento las opciones ahora, para que todos entiendan que si uno solo de ustedes intenta impugnar, todos se verán afectados.

Walter dio un paso al frente.

—Esperaremos a escuchar lo que el procurador tiene que decir antes de decidir.

Kevin sonrió.

—Es lo mismo que Nicholas acaba de decir, Walter.

—Y ahora yo lo estoy diciendo.

—Qué útil —intervino con sarcasmo la tía Agnes.

—Gracias por estar de acuerdo conmigo —dijo Nicholas.

—He concluido que es lo mejor que podemos hacer —declaró Walter.

—Quiero el maldito dinero —terció Phillip.

—¿Por qué? No podrías pagar ni la mitad de tus deudas —comentó Dolores—. Lo vas a gastar antes de que un solo sombrerero reciba lo que le debes.

—Al menos tengo el estilo para gastar bien, a diferencia del resto de ustedes.

—De tal padre, tal hijo —dijo Agnes—. Mucho estilo, nada de sustancia. Tu padre seguro está paseando por Nápoles en medio de esta crisis, gastando dinero que no tiene. Es probable que ni siquiera sepa que su hermano murió.

—Lo sabe, tía Agnes —replicó Nicholas—. Incluso en Nápoles se corre la voz cuando un duque inglés muere.

—Entonces debería estar aquí, cumpliendo con su deber con la familia. Todos mis hermanos deberían estar aquí.

—Sabían que no había nada para ellos en el testamento —aclaró Nicholas—. Puede que estén molestos en nombre de sus hijos, pero no por sí mismos. Esta no es su pelea.

—¿Crees que deberían estar aquí quejándose como ustedes? —le preguntó Kevin a Agnes.

—No te veo aceptando el testamento tal como está —dijo Phillip.

—Yo tengo una razón para estar molesto. Mis expectativas no estaban construidas con aire y avaricia.

—Insisto en que todos dejemos el tema para mañana —añadió Nicholas en voz alta—. Iremos a cenar y no lo mencionaremos ahí. Hablen de teatro, de moda o de los chismes de sus vecinos, pero ni una sola palabra en la mesa sobre el testamento.

—Estas discusiones nos van a dar indigestión —dijo Walter, como si Nicholas no hubiera hablado—. Nada de esto allá abajo. ¿Me escuchaste, Phillip? ¿Kevin?

Formaron una hilera para desfilar siguiendo una insignificante jerarquía. Chase esperó hasta que todos se hubieran acomodado y se puso al lado de Phillip. Lo tomó por el brazo con fuerza e inclinó su cabeza a la oreja de su primo.

—Si me entero de que vuelves a molestar a cualquier mujer en esta

casa, de la manera en que sea, te voy a dar la paliza de tu vida.

Phillip se sonrojó, pero se recuperó y le sonrió. Chase lo dejó y tomó su lugar, con Douglas detrás de él. Podía ver a la tía Agnes doblando la oreja de Nicholas mientras comenzaban a marchar.

—Entonces, ¿sabes quién lo hizo? —le preguntó Walter desde su lugar frente a él.

—En este punto ni siquiera estoy seguro de que se haya *hecho*.

—Creí que eras bueno para esto. Si un hombre empieza un negocio, debería intentar ser el mejor.

—No estoy haciendo una investigación formal, Walter. ¿Quieres que lo haga? Puedo discutir mis tarifas contigo después de la cena.

—Bueno, alguien debería hacer una de esas investigaciones. Si uno de ellos lo hizo —Walter hizo un gesto a las personas que tenía delante y atrás—, es uno menos de nosotros, ¿no?

Su esposa lo miró asombrada, como si hubiera dicho algo que debería recordarse para siempre.

Chase apretó los dientes.

—Walter, creo que las exigencias de Phillip son infantiles, y la calma de Douglas es sorprendente, pero tú eres intolerable. Has calculado que si cuelgan a uno de tus familiares por un asesinato, tú puedes conseguir más dinero. Ni siquiera sonaste preocupado por la idea. —Inclinó la cabeza para acercarse a la nunca de Walter—. Si tu avaricia es tan grande, creo que le voy a sugerir al magistrado en Sussex que vea más de cerca tus negocios con el tío Frederick.

Walter se detuvo en seco. Giró la cabeza y miró a Chase molesto. La expresión de su esposa se apagó.

—Sigue caminando —dijo Chase—. Te están dejando atrás.

CAPÍTULO 6

—El ama de llaves habló con nosotras en privado, una por una. —Elise compartió la información mientras ella y Minerva caminaban de regreso a la calle Rupert—. Subió a buscarnos. Nos advirtió sobre los caballeros y los criados. Fue lindo de su parte, aunque no es como si necesitara que me advirtieran sobre esas cosas.

—Yo tuve la lección en la cocina —dijo Minerva—. Ahí fue un anuncio general, porque estábamos demasiado ocupadas para cualquier otra cosa.

Le dolían los pies y su espalda se estaba quejando después del trabajo del día. Le picaban las manos por estar tanto tiempo en contacto con el jabón. Quería llegar a casa, donde podría descansar y tendría tiempo para pensar en lo que había pasado durante el día. Pero como tenía que regresar a la Casa Whiteford a las siete de la mañana, ese análisis tendría que esperar.

Al día siguiente contrataría un carruaje para que las llevara de ida y de regreso. Era una investigación, después de todo. Pronto tendría dinero para reponer la cuenta de la casa que pagaría por estos carruajes, así que no era una indulgencia.

Siguieron caminando, dos mujeres solas, moviéndose de un círculo de luz emitido por una lámpara al otro, como si experimentaran un amanecer y un anochecer una y otra vez, días y noches. Podía ver la suave apariencia de Elise por un momento y admirar su delicado rostro y ojos azules, y unos metros después quedar con un fantasma a su lado.

Minerva se había encariñado con Elise de inmediato. Alegre, animada, pero también sensible, Elise se había desenvuelto bien cuando Minerva la conoció en la casa de la señora Drable. Le emocionaba la idea de trabajar para la Oficina de Investigaciones Discretas Hepplewhite. Al principio sería ocasional, pero un día Minerva esperaba poder pagarle un sueldo regular a Elise.

Había sido fácil arreglar su primera tarea. Minerva solo le pidió

que mantuviera los ojos y los oídos abiertos mientras servía a lady Agnes Radnor.

—Debes tener cuidado con el caballero más joven —dijo, pensando en la bella y joven Elise sola en la habitación donde servía como doncella—. Es de los que suelen molestar a una mujer, especialmente si cree que ella no tiene nada con qué defenderse. Su nombre es Phillip.

—No creo que se atreva a entrar a la habitación de lady Agnes sin permiso.

—Si sí lo hace, debes irte de inmediato. —Lo dijo como una orden, lo cual hizo que Elise la volteara a ver con curiosidad justo cuando empezaba otro amanecer.

—Tal vez no deberías regresar —sugirió Elise.

—Soy capaz de lidiar con hombres como él. Tú, sin embargo… Ten cuidado con él, ¿me escuchaste?

—Sí, señora. —Elise sonrió—. Dolores visitó a Agnes después de la cena mientras la preparaba para dormir. Dolores tiene la intención de cuestionar al procurador mañana. También cree que, si alguien de todos ellos le hizo daño al último duque, lo más probable es que haya sido Kevin o Chase Radnor, ya que ellos dos son de carácter cuestionable.

—¿Dijo por qué creía eso?

—En cuanto a Kevin, tenía que ver con los intereses que compartían. Toda esa experimentación mecánica. Ni siquiera es ciencia real, dijo. Daría lo mismo que fuera el dueño de una fábrica.

Minerva no quería saber sobre Kevin. Caminó un poco más lento para asegurarse de que Elise tuviera el tiempo suficiente para explicar lo demás. Cuando lo hizo, escuchó un sonido detrás de ellas. Miró sobre su hombro. Nada.

—Y en cuanto al otro joven Radnor, dijo que todos sabían que el ejército lo había echado. Dejaron que vendiera su comisión, pero todo fue muy sospechoso y está dispuesta a apostar que le habían evitado un escándalo público gracias a la intervención del duque.

—No dudo que también haya tenido una opinión sobre por qué pasó.

—Comenzó a decir algo sobre eso, pero Agnes la interrumpió con un firme: “No hablamos de eso para no darle alas al escándalo”. Me sorprendió que Dolores haya dejado de hablar y se fuera un poco después de eso.

Minerva sentía curiosidad por lo que no habían dicho. Si eso podía

ocasionar un escándalo, y la misma familia no lo mencionaba, algo serio había pasado.

Llegaron a la última lámpara antes de la casa de la señora Drable. Podían ver la puerta en la tenue luz más adelante. Elise subió los escalones cuando llegaron.

—Espera, le pediré al lacayo que te acompañe a casa.

—No hay nadie afuera y solo son seis edificios más.

Elise miró a ambos lados de la calle antes de tomar el picaporte.

—Hasta mañana, entonces.

Una vez que la puerta se cerró detrás de Elise, Minerva siguió caminando. Creyó volver a escuchar un sonido detrás de ella. Unas pisadas suaves. No volteó a ver esta vez. En lugar de eso abrió su bolsa y sacó los dos alfileres de sombrero que había cosido a un lado. Los sostuvo como las dagas que podrían ser, y subió los escalones hacia su puerta. Mientras lo hacía, una figura salió de las sombras. Se detuvo a tres metros de distancia pero no avanzó. Miró la silueta y se dio la vuelta.

—Usted.

—Sí, yo.

—Hace demasiado ruido. Es una maravilla que pueda seguir a alguien sin que se entere.

—No me importó que usted supiera que yo estaba ahí. La otra mujer, sin embargo…

—No sospechó nada.

—Entonces lo logré.

Volvió a meter los alfileres en la bolsa.

—¿Por qué está siguiéndonos?

—Quería asegurarme de que nadie las molestara.

—¿Le preocupa que Phillip acose mujeres en la calle? Espero que no sea tan tonto. Prometo no matarlo si me molesta de nuevo, pero me aseguraría de que lo lamente.

Una risa baja.

—Estoy seguro de que lo haría. —Dio unos pasos hacia adelante—. También tenía curiosidad. ¿Qué piensa de la familia?

—No he tenido el placer de conocer a todos sus familiares, así que no he podido formarme opiniones.

—No los ha conocido a todos, pero los ha observado a todos.

Al parecer, él sabía que los había estado vigilando cuando estuvieron en la sala. Le sorprendió el hecho de que no la hubiera detenido. Si él había sido quien cerró el primer panel, por alguna

razón había decidido no cerrar el segundo.

—Entre. No podemos hablar de esto en la calle.

Metió la llave a la puerta.

No hubo ningún sonido detrás de ella. Volteó y lo vio en el mismo lugar.

—No debería…

—¿Le preocupa mi reputación?

—¿A usted no?

—Cuando una mujer decide no casarse, los rumores tontos sobre ella son menos amenazantes. Casi es medianoche, todas las casas tienen las luces apagadas y le aseguro que no sería la primera mujer en esta calle con un visitante nocturno por razones inexplicables. Me duelen los pies, así que entre o tendré que darle las buenas noches.

Después de lo que pareció un encogimiento de hombros, subió las escaleras y la siguió dentro de la casa.

No podía preocuparse por su reputación más que ella, así que Chase la siguió hacia el vestíbulo mal iluminado. Las implicaciones normales de una visita de este tipo lo tenían muy atento al calor de su presencia frente a él y al sutil olor que le llegó cuando se quitó el sombrero. Lavanda.

Sabía que había hablado con el procurador. Se preguntó cuánto tiempo se quedaría en este modesto hogar. Pronto podría pagar algo mucho mejor.

—¿Regresaste al fin? —preguntó la mujer mayor llamada Beth mientras se asomaba por el marco de una puerta, con un sombrero blanco que colgaba en ondas a los lados de su cara. Cuando lo vio, sus cejas se arrugaron debajo de los festones.

—Sí. Te dije que no me esperaras despierta tan tarde.

—Estaba medio dormida en el diván. Me voy arriba. —Y luego hizo una mueca que dirigió hacia él—. A menos que quieras que me quede.

—No hay necesidad. El señor Radnor quiere comparar ideas, no interrogarme.

—Si tú lo dices.

Beth no sonaba convencida.

—Me iré pronto, lo prometo. —Intentó sonreír de manera inocente.

—¿Ya regresó Jeremy? —preguntó Minerva.

Beth asintió.

—Llegó hace una hora. Tal vez más. Como dije, estaba medio dormida.

—Hablaré con él mañana, entonces. Buenas noches, Beth.

Beth se llevó su vela nocturna a las escaleras y comenzó a subir.

—Podemos hablar aquí. —Minerva se dirigió a la biblioteca de la que acababa de salir Beth—. Hay jerez en esa licorera, si quiere un poco.

Hizo un gesto hacia una mesa antes de sentarse en el diván.

No llevaba puesto un camisón, como la última vez, pero su pose tan relajada le recordaba a la noche en que lo golpeó en la cabeza. Miró el atizador cerca de la chimenea, muy parecido al que ella casi había usado contra Phillip. Probablemente ella no necesitaba que alguien la siguiera hasta su casa para asegurarse de que estuviera a salvo. Había sido un impulso sin sentido de él, resultado del enojo por el comportamiento de Phillip, que no se le había bajado durante la tarde. Por eso había estado presionando en su mente la idea de lo vulnerable que estaba ella yendo y viniendo de esa casa.

La expresión en su rostro durante esa confrontación tampoco había salido de su mente. Terror. Había visto esa mirada antes, en el campo de batalla. Los hombres que la tenían casi nunca sobrevivían el día. No era una reacción que esperara de una mujer que golpea a intrusos en la cabeza con calentadores de cama.

—Gracias por avisarle al ama de llaves sobre tu primo —dijo—. Les advirtió a todas las mujeres que trabajan en la casa.

—No lo mencioné de manera específica, pero le recordé que había muchos hombres en la casa. Algunos con antecedentes desconocidos y otros con demasiado poder. El ama de llaves se sorprendió cuando le dije que había visto cómo molestaban a una muchacha de la servidumbre. Por su reacción, uno pensaría que nunca había tenido experiencias con eso. Tal vez no las tuvo mientras reinaba el duque anterior.

—Soy amiga de una señora que envía sirvientes a casas, y según ella es una historia muy común. Las criadas no se quejan porque piensan que nadie les creerá. —Volvió a acomodarse contra el costado del diván para poder doblar las rodillas y subir los pies al asiento—. Disculpe, pero he estado parada o caminando todo el día.

Sus zapatos se asomaban debajo de la bastilla de su vestido. Se preguntó si sus pies serían tan lindos como sus manos. Era probable. Delicados y lindos y suaves… se imaginó un pie como ese deslizándose contra la piel de su pierna.

Detuvo su fantasía cuando el pie llegó a su rodilla. La luz tenue y la hora estaban llevando su mente a lugares a donde no debería ir. La intimidad de la biblioteca emitía un canto de sirena para su masculinidad. Se veía preciosa en ese diván. Su comodidad e informalidad casi domésticas.

—Si quiere subir y ponerse algo más cómodo, no me molesta esperar.

Se sorprendió un poco, y luego rio.

—Cuando dije que no me preocupaba mi reputación, no me refería a que lo recibiría en mi camisón.

—Pero ya lo hizo una vez.

—En ese momento no tuve opción. Usted entró a mi casa en medio de la noche.

—Un precedente, aun así.

—Debo rechazar su amable oferta, algo atrevida.

Se sentó en una de las sillas, resistiendo la tentación de ir a la que estaba más cerca de ella.

—Repitiendo mi pregunta de la calle, ¿qué piensa de ellos?

—¿Está preguntando porque le importa mi percepción o para coquetear conmigo por medio de halagos?

Eso fue directo.

—Digamos que soy realmente curioso.

Ella sonrió un poco y con eso le dio a entender que había notado que él no negaba los halagos. Escondió un bostezo en el dorso de su mano.

—Necesito dormir, así que no voy a desperdiciar el tiempo evadiendo la pregunta. Creo que si uno de ellos lo mató, fue Walter o Dolores. Agregaría a Kevin, pero escuché que estaba fuera del país. Y puede que Phillip sea un derrochador, pero no creo que tenga el valor para hacerlo. —Se encogió de hombros—. O claro, pudo haber sido usted.

—¿Yo?

—Puedo pensar en muchas razones. Tampoco le falta el valor. Creo que a veces pierde el control de su temperamento, y esto podría sonar a un acto pasional, no un crimen planeado. Algo así como una oportunidad.

—Yo no tenía ningún motivo. Sabía que me había sacado del testamento, así que no tenía nada que ganar.

—Tal vez usted lo sabía porque su tío se lo dijo esa tarde y su reacción fue de enojo.

—Me lo dijo semanas antes.

—Si usted lo dice. —Otro pequeño encogimiento de hombros dejó el tema abierto, sin importar lo que él dijera.

—No puede creer que yo lo haya hecho.

—Dije que es una posibilidad. Así como usted cree que es posible que yo lo haya hecho. Ahora, ¿no quiere saber por qué sospecho de Walter? No es solo porque sea engreído y crea que se merece todo, ni porque resienta que Nicholas se haya convertido en duque cuando piensa que él está mejor preparado. —Se inclinó hacia adelante—. Es por su esposa.

—¿Felicity?

—Ella lo idolatra. Es probable que él ame su adoración desmedida más de lo que la ama a ella. Si ha dejado que ella tenga expectativas sobre una fortuna, y él se enteró de que tendrá que decepcionarla… Además, probablemente es el tipo de hombre que puede racionalizar cualquier cosa. Si lo hizo, sin duda tiene una larga explicación en la que termina culpando a su tío por su propia muerte.

Eso sonaba a Walter. Siempre encontraba la manera de culpar a alguien más. Siempre había sido así, incluso cuando eran niños.

Había llegado a todas estas conjeturas después de haberlos espiado una hora. Cualquier otra persona habría aceptado la primera impresión de Walter, como alguien con insipidez aburrida y una rectitud predecible.

—¿Y Dolores?

—Ah, la hermana molesta. Demasiado molesta. No solo se trata del testamento. Está resentida por algo que tiene que ver con su hermano.

Siempre había supuesto que Dolores simplemente tenía un carácter desagradable. Nunca había considerado que pudiera haber una razón, y mucho menos una que involucrara al tío Frederick.

Ella sonrió tímidamente.

—Le dije que ya me enteré de mucho. La hermana del tío lo sabe. Si quiere averiguarlo, interrogue a Agnes. Hubo una pequeña mención de eso cuando estaban hablando hoy, y yo deduje lo demás. Es algo que pasó hace mucho.

—No voy a interrogarla, pero puedo engatusarla para que confíe en mí.

Minerva se rio suavemente, creando una linda melodía en el silencio de la habitación.

—No parece una mujer fácil de engatusar. Ni de persuadir.

—Subestima usted mis poderes en ambos casos.

Ella lo miró directamente.

—Para nada. —Lo observó con atención, como si estuviera intentando leer su alma. Él se rehusó a desviar la mirada y regresó la misma energía. Eso solo intensificó la cómoda intimidad que pendía entre ellos en la habitación poco iluminada.

—¿Cuándo le habló del testamento? ¿Antes o después de cambiarlo? —preguntó.

—Fue más o menos un mes antes de que muriera. No estoy seguro, pero me dio a entender que pasaría pronto.

—¿Le informó a cada uno?

—No.

—¿Solo a usted?

—Solo a mí.

«No es por lo que pasó con el ejército. Estoy sacándolos a todos ustedes de los legados importantes. Quedará algo para compartir, pero no una fortuna para cada uno».

—Creo que quería asegurarse de que yo entendiera bien por qué lo estaba haciendo.

No tenía por qué explicarlo, y se maldijo a sí mismo en cuanto lo hizo. ¡Demonios!, el ambiente en la habitación lo estaba poniendo en desventaja, no a ella.

—Tal vez algunos de los otros se enteraron de todas maneras. Quizá alguien tenía la esperanza de que muriera antes de que se firmara un nuevo testamento y quiso adelantar el hecho.

Eso creía él también, cuando se permitía considerar que algún familiar lo hubiera hecho. Sería mucho mejor si resultaba culpable una de las mujeres que iban a recibir una enorme herencia. Como la mujer frente a él.

La idea no le atraía tanto como cuando entró a la casa de Minerva Hepplewhite buscando evidencia de eso. Era probable que la noche y el ambiente tuvieran mucho que ver. Por la mañana podría pensar de manera clara de nuevo y se daría cuenta de que ella era su mejor sospechosa.

—¿Le contó a alguno de ellos? —preguntó ella—. Porque si lo hizo, tal vez esa persona le dijo a otra, y así sucesivamente.

—No, no lo hice.

Sí, maldita sea. Le había advertido a Nicholas.

—Una discreción digna de elogio. Desafortunadamente, eso lo pone a usted en un lugar aún más alto de la lista.

—¿Casi tan alto como a usted?

—Oh, no tan alto. Sin embargo, lo suficientemente alto como para ser una persona de interés en cualquier investigación.

En la investigación de ella, él supuso. Si fuera de día y estuviera hablando con ella en una oficina y la luz no fuera tan tenue que hiciera que su cara se viera tan bien, y la noche no sirviera para enmarcar su soledad, podría haber invertido la situación y hacer sus propias preguntas. Podría haberle recordado que pocos tenían tantas razones para querer muerto al duque como ella, porque pocos se habían beneficiado tanto.

Pero el ambiente en ese momento no requería eso, ni él lo quería. Lo que hervía dentro de él no era sospecha, sino una conciencia mucho más viva de su seductora tranquilidad. No había hecho nada atrevido ni inapropiado, pero él estaba a medio camino de ser seducido de todas maneras. No sabía si esa era su intención, o si siquiera sabía que estaba pasando.

¿Qué sucedería si fuera al diván y se acercara a ella? Sus miradas conectadas, la discreta conversación y el silencio de la noche rogaban por algo más que una conversación sobre posibles asesinos.

Los labios de Minerva se separaron un poco. Su mirada se volvió más cálida, como si hubieran encendido otra lámpara detrás de sus ojos. La manera en la que lo examinaba se volvió más cuidadosa y curiosa al mismo tiempo.

Se enderezó en el diván y volvió a poner los pies en el suelo.

—Creo que ha conseguido lo que vino a buscar.

—No todo.

Su alusión fue sutil, pero ella escuchó las implicaciones. Su expresión se puso más seria, lo suficiente para desanimar esa línea de pensamiento. Él no había tenido muchas esperanzas. Sería una extraña relación en esas circunstancias.

Ella se puso de pie y él también.

—Tengo que descansar antes de seguir con mis deberes de criada mañana. Es hora de que se vaya.

No quería irse. Quería hablar toda la noche o, aun mejor, no hablar e investigarla de mil maneras diferentes. Claro que eso era imposible, por muchas razones, una de las cuales era que ella nunca lo permitiría.

La siguió a la puerta de la habitación y hacia el vestíbulo. El espacio tan pequeño los dejó mucho más cerca uno del otro. Abrió la puerta para invitarlo a salir.

—No vaya sola a la Casa Whiteford, ni tampoco se regrese sola de

allá —dijo mientras salía.

—¿Tiene alguna otra instrucción inoportuna, señor Radnor?

Cruzó el umbral.

—Solo una. No reciba a más hombres por la noche. Podrían interpretarlo de otra manera. Es inevitable.

Una pequeña sonrisa se formó bajo la luz de la luna mientras la puerta se cerraba.

Minerva sintió la sonrisa en los labios. Se quedó con la espalda contra la pared mientras pensaba en los últimos cinco minutos.

No le había tomado mucho tiempo darse cuenta de la atracción masculina que emanaba de ese hombre. Ya no buscaba ese tipo de situaciones, pero el poder que se extendía entre ellos era innegable. El ambiente se había transformado en una familiaridad que solo podía llamarse íntima, y era claro que Chase Radnor había estado considerando la posibilidad de explorar lo que eso podría significar.

Lo que la tenía intentando organizar sus recuerdos fue la manera en la que ella había reaccionado, no él.

La habían atravesado sensaciones intensas. La atención que le brindaba la hacía sentir bien. Quería más de eso, y más intimidad. Lo revivió todo mientras estaba parada cerca de la puerta, fascinada. En retrospectiva, sí parecía que había estado un poco… está bien, lo llamaría como lo que probablemente había sido… un poco *excitada*.

Había pensado que Algernon ya había arruinado todo eso para ella. Que había destruido su posibilidad de confiar en un hombre y llegar a sentir algo por él. ¿Y Radnor? Si había un hombre en el que no debería confiar, era en él.

Y aun así… Bajó la mirada a sus manos. Sus «lindas» manos. Cuando la tocó no sintió miedo ni asco. Su reacción cuando Phillip sujetó su mano le decía que su aversión tampoco había desaparecido. Pero por alguna razón, Chase Radnor no despertaba sus respuestas habituales.

No le importaría sentir de nuevo las emociones de una mujer. Esperaba no envejecer y seguir sospechando de todos los hombres, aunque suponía que así sería. Sería agradable que la tocaran a veces, o que la rodearan unos brazos cariñosos si pudiera encontrarlos. Aunque sería extraño pensar que los brazos de Radnor fueran los apropiados. Y sin embargo…

Por unos momentos, en la biblioteca, cuando esa calidez especial

en los ojos de él llamó su atención, una brisa fresca entró a su cuerpo, llevando la promesa de la primavera.

CAPÍTULO 7

Los familiares se despertaron tarde, así que también Minerva cumplió con sus deberes tarde. Hizo su ronda por las habitaciones mientras la familia se vestía y se preparaba para el día.

Kevin visitó a lady Dolores mientras su doncella arreglaba su cabello y Minerva encendía el fuego.

—Siéntate —ordenó Dolores cuando él entró—. Te llamé porque creo que podríamos ser aliados. Agnes va a presionar a todos para que acepten las provisiones del testamento tal como está. Es mejor tener medio pastel que nada, es lo que dice. Solo es la mitad, digo yo. Estoy segura de que no estás satisfecho con lo que hizo mi hermano.

—Sí es medio pastel, pero no vale nada cuando la otra mitad de la compañía se le da a alguien que no sabe nada. Calculo que en dos años estaremos en bancarrota. Si le hubiera dejado eso a mi padre, o a alguno de mis primos…

—Estoy hablando del dinero, no de la compañía. —Suspiró profundo—. Ese es el problema cuando los hombres empiezan un negocio. No pueden pensar en otra cosa. Si impugnamos el testamento y ganamos, vas a tener suficiente dinero para fundar diez compañías si quieres. Pon los ojos en el premio mayor, Kevin.

El silencio heló la espalda de Minerva. Decidió que tendría problemas para encender la leña.

—Tía Dolores, puede que tú pienses en esto como un negocio cualquiera. Yo lo veo como ciencia aplicada para el beneficio del progreso.

—Sí, sí, todo eso está muy bien. Aun así necesitas una herencia tradicional, como el resto de nosotros. ¿Dónde está tu padre, por cierto? Los hermanos deberían estar aquí. Sé que les dijeron lo que pasó.

—Mi padre me dijo que el tío Frederick ya les había dicho a sus hermanos que la porción que habían recibido de su madre y las prestaciones a lo largo de los años eran suficiente compensación para

su generación.

—¿En serio? Qué tontería. Espero que no nos haya incluido a Agnes y a mí en esa decisión. Es diferente con las hermanas solteras.

—Tal vez deberías preguntarle de manera directa a mi padre lo que el tío Frederick pensaba sobre eso.

—Lo haría, pero no está aquí.

—Está en el pueblo. Podrías ir a buscarlo y regresar a tiempo para cuando llegue el procurador.

—Te estoy preguntando a ti, Kevin. Deja de complicar las cosas.

—El duque sí las incluyó a ustedes dos. Pensó que pudieron haberse casado, pero que decidieron no hacerlo porque sus subsidios eran tan generosos que consideraban el matrimonio como un paso atrás. En su mente, ustedes también se habían… ¿Cómo me dijo mi padre que lo explicó el duque? Ah, que se habían alimentado del abrevadero por mucho tiempo.

—Alimentado de… ¿cómo se atreven? ¡Él y Frederick siempre se creyeron muy listos y eran tan engreídos al respecto! Dos gotas de un agua muy extraña.

—Estás hablando con otra gota de esa agua. Ahora tengo que desearte un buen día. No voy a asistir a ningún evento familiar hoy aparte de la visita del procurador. Deberías buscar aliados en otro lado. El primo Walter, por ejemplo. O el joven Phillip. Este está tan ahogado en deudas que seguramente aceptará cualquier soborno que le ofrezcas.

Cuando la puerta se cerró, Dolores comenzó a murmurar y a escupir palabras.

—Qué niño tan grosero. Siempre lo fue. Demasiado orgulloso para lo pequeño que es y lo poco que tiene. Otro que da un paso atrás, como Chase. No puedo aguantar la humillación. ¡Niña! ¡Acomoda este rizo! Ya te expliqué cómo hacerlo dos veces. Nicholas nos tiene viviendo como salvajes aquí, con estas tristes excusas de criadas y…

Minerva se puso de pie, tomó su canasta y salió de la habitación mientras la mujer se quejaba.

Con la intención de aprender más sobre Walter, se dirigió a su habitación. Desafortunadamente, ni él ni su esposa estaban ahí. Minerva observó el armario y el tocador. Sería arriesgado husmear en cualquiera de los dos. Y no creía que fuera a encontrar nada. Se tragó su curiosidad, encendió el fuego y siguió su camino.

Media hora después bajó a la bodega y dejó su canasta en su lugar. Su siguiente parada fue la cocina.

—Hay cosas que lavar —dijo la cocinera, apuntando con el pulgar a la parte de atrás de la casa—. Me dijeron que enviara a cualquiera que no estuviera ocupada, y parece que esa eres tú.

Minerva estaba metida hasta los codos en agua con jabón cuando la puerta de la lavandería se abrió. Chase entró.

—¿Cómo me encontró? —preguntó, mientras usaba la tabla de lavar para tallar una sábana de lino.

—Dijiste que ayudabas en la cocina después de tus deberes matutinos. Le pregunté a la señora Fowler, la cocinera, dónde estabas.

Su llegada alegró su espíritu, que se había desanimado al entrar a esta habitación.

—¿Necesita algo?

Se formó una pequeña sonrisa en el rostro de Chase.

—En lo absoluto, solo quería asegurarme de que mi primo pequeño no la estuviera persiguiendo.

Su femineidad deseaba escuchar otras palabras. «Sí, tu compañía, tus besos, tu deseo». ¿Qué le pasaba?

—Hoy ha sido invisible. ¿Lo amenazó usted?

—Prometí darle una paliza si lo volvía a intentar, con cualquier mujer de la casa. La verdad es que esperaba tener una excusa para hacerlo. Unos cuantos golpes le harían bien.

—Tal vez debería reconsiderar su lugar en mi lista de personas a las que vale la pena investigar.

—Creo que estoy de acuerdo en que no tiene valentía, incluso si tuviera una buena razón para estar preocupado y molesto al enterarse de que no hay herencia. Ha vivido esperando eso por años, con una impresionante falta de moderación.

—No es como usted, entonces.

—No es como muchos de nosotros.

Minerva le dio la vuelta a la sábana. Se fijó en sus manos, rojas y llenas de jabón. Hizo una pausa para revisarse las uñas. Se veían como las de una lavandera. No era sorprendente, porque se había convertido en una.

Siguió tallando, pero se dio cuenta de que la atención de Chase también estaba en sus manos.

—Solo un día más —dijo ella—. Van a sanar.

—¿No pudo usted encontrar a alguien que espiara en su lugar?

Una pregunta incómoda. Siguió tallando decidida.

—Ah, *sí* lo hizo —Chase se acercó—. Tiene amigos aquí, ayudándola. Eso pensé.

—No necesito que nadie más haga esto. Tengo ojos y oídos.

—Pero más ojos y oídos serían útiles.

—¿Usted plantó empleados entre los sirvientes? ¿Cree que yo lo hice porque usted lo hizo? Qué inteligente. Me pregunto si puedo adivinar quiénes. —Actuó como si estuviera reflexionando—. ¿El lacayo Andrew? Es muy amable para sacarles secretos a las personas.

—Si yo lo hubiera traído aquí, lo habría metido como criado. Se puede aprender mucho en las habitaciones detrás de las puertas cerradas.

Y era verdad. Elise le había dado mucha información al servir a lady Agnes.

Hizo a un lado la pila de ropa que necesitaba lavar. Después de meter la sábana en una tina de enjuague, hizo un gesto para que se moviera. Chase giró, alzó una toalla y se la pasó.

El agua se había enfriado demasiado. Se limpió las manos en la toalla antes de dejarla en el recipiente. Luego caminó hacia la chimenea, donde se estaba calentando el agua.

Unas manos se encontraron con las suyas en el mango de la enorme olla. Unas manos fuertes.

—Yo lo hago —dijo Chase.

Alzó la olla, la llevó a la tina y la vació. Metió los dedos para comprobar la temperatura.

—Demasiado caliente. Espere un momento.

Ella lo hizo a un lado casi a la fuerza. Metió las manos y encontró la toalla.

—Es interesante que mencione a Andrew. Los vi juntos a usted y a él en la mañana, en el jardín —dijo él—. Supuse que le estaba compartiendo lo que había escuchado. Eso, o le estaba coqueteando.

Había estado evaluando a Andrew para ver si sería bueno incorporarlo a su equipo una vez que su empleo de corto plazo terminara en la casa. Amable y no demasiado joven, el lacayo tenía una forma de ser que hacía que la gente se sintiera cómoda.

—Andrew no es uno de mis amigos, así que se equivoca.

—¿En que le está ayudando a ver y a oír? ¿O en lo que respecta al coqueteo?

Dejó de tallar y lo miró. No había una sonrisa traviesa. No había un molesto brillo en sus ojos. Era una pregunta seria. Se le ocurrió una idea ridícula. «Está celoso». Casi se rio de sí misma por pensarlo, pero la manera en la que estaba parado, cómo la veía, esperando una respuesta…

—Como un caballero de buena familia, no entendería usted la informalidad entre sirvientes —le respondió—. Los mejores nos cuidamos unos a otros. Insistió en que la cocinera me dejara descansar de mis tareas y me invitó a salir con él para escapar un momento.

¿Por qué le estaba explicando? Él no tenía por qué saberlo, ni tenía por qué importarle. Y si hubiera estado besando a Andrew, no sería asunto suyo.

—Entonces tendré que adivinar quiénes son los otros. —Sonrió con ironía—. Solo usted pensó en lo útiles que podrían ser unas orejas adicionales. Es increíble, ¿no? Un investigador profesional está frente a usted, y usted logra ser más inteligente.

No había confirmado que tuviera a alguien aquí. Si estaba intentando engañarla para que lo hiciera, quedaría decepcionado. Sin embargo, su elogio hizo que ella sintiera un destello de orgullo. Ya que ella estaba intentando tomar esa profesión también, era bueno que otro investigador le dijera que era inteligente.

—Si realmente fuera inteligente, le habría pagado al procurador para que los espiara por mí. Aparte de eso, no se me ocurre ninguna otra manera de escuchar lo que pasará en esa reunión hoy por la tarde.

Lanzó la toalla a la tina de enjuague.

Él dejó caer otra prenda en el agua.

—Yo voy a estar ahí.

—Por supuesto.

—Me refiero a que yo puedo contarle lo que pase. No como un espía. Solo contarle algunas cosas en particular.

Escondió su sorpresa mientras retorcía la prenda en sus manos para exprimirla.

—¿Por qué haría eso?

—¿Por qué no?

Él observó cómo volaba la última prenda hacia la tina de enjuague.

—¿Tiene que hacer eso en este momento?

—Pronto tendré que ir a revisar las chimeneas. Alguien más tendrá que enjuagar y colgar.

Sacó el pañuelo de su bolsillo y lo desdobló. Tomó su mano y la secó. Después hizo lo mismo con la otra.

—En el ejército, cuando el trabajo nos dejaba las manos en carne viva y sangrando, los hombres usaban grasa de cocina para calmarlas. Vaya a la cocina y busque un poco. Incluso si se la quita de inmediato, o si intenta quitársela con agua, su piel estará protegida y sanará más

rápido.

—¿De verdad va a decirme lo que pase en esa reunión?

—Si eso es lo que quiere. No va a ser un secreto, porque muchos estaremos ahí. Iré a buscarla hoy a su casa, para compartirle lo más importante.

Le había advertido que no recibiera a personas por la noche, ¿o no? Le había dicho que los hombres podían pensar ciertas cosas si los dejaba cruzar su umbral tan tarde. Y aquí estaba invitándose a sí mismo para hacer justo eso.

No era el momento para ponerse delicada. Era claro que Chase estaba investigando la muerte del duque. Si convenció a las autoridades de que no había sido un accidente, ella estaba segura de que la investigarían todavía más. No le quedaba mucho tiempo para encontrar al verdadero culpable detrás de la penosa muerte del duque.

—Salgo de aquí a las nueve en punto —dijo—. Si me visita a las diez, podremos hablar.

—Solo tengo una condición. Si comparto información con usted, también deberá compartir su información conmigo.

Ella asintió y lo dejó en la lavandería. Encontraría algunos datos que darle. Se dirigió a la cocina. Grasa de cocina, había dicho. Tomó un poco mientras la cocinera estaba distraída.

CAPÍTULO 8

—Salieron de ahí como si les estuvieran quemando los pies —le contó Jeremy a su madre y a Minerva en la cocina de la casa mientras tomaban un poco de oporto. Estaban celebrando el final de sus deberes en la Casa Whiteford. El pago de Jeremy estaba frente a él en la mesa. Compartiría la pila de monedas con Beth para gastos personales, pero la paga de Minerva iría hacia los gastos del hogar.

Era el acuerdo que habían hecho cuando unieron su destino cinco años atrás. No le pagaba a ninguno de los dos, pero ella mantenía el hogar. Por muchos años las joyas que había vendido se encargaron de eso. La vida en el último año había sido más precaria.

Su paga de los últimos días no había sido mucho, pero ayudaría mientras obtenía algunos de los ingresos del fideicomiso. Cuando entró a la casa también se había encontrado con una carta de la señora Drable que contenía el nombre de una mujer que tal vez quisiera contratar los servicios de la Oficina de Investigaciones Discretas Hepplewhite. Esperaba que fuera verdad, y no solo porque significaría ganar dinero. Quería probar que podía triunfar con este negocio.

—Ninguno de ellos se veía contento —agregó Jeremy—. Estuvimos ocupados más de dos horas y tuvimos muchas quejas por la espera. Bueno, solo tres de nosotros estábamos preparando los caballos y los carruajes, así que no podía hacerse todo al mismo tiempo, ¿verdad?

—¿Quién se veía menos contento? —preguntó Minerva.

—El joven al que le gustan los abrigos elegantes. Aunque no estaba tan molesto como los demás, como esa mujer de cabello oscuro y voz ronca, se veía desdichado.

—Ese es Phillip. Necesita dinero. Es un derrochador y tiene deudas por todos lados. Podría terminar en la cárcel de deudores.

—Si recurriera al tipo de personas que prestan dinero, le iría mucho peor.

A Minerva no se le había ocurrido que Phillip estuviera

preocupado por su seguridad física. Podría ser muy impulsivo si creyera que su tío iba a cambiar el testamento. Después de la manera en la que la amenazó en la biblioteca, estaba buscando razones para cambiarlo de lugar en su lista y ponerlo entre los principales sospechosos.

Empezó a dar más pequeños sorbos al resto del oporto, pero mejor se detuvo. Ya sentía cierto calor en el cuerpo y no quería quedar en desventaja. Puede que Chase coqueteara un poco e intentara engatusarla con sus sonrisas, pero no era su amigo y necesitaba estar atenta.

—¿Conociste al lacayo Andrew? —le preguntó a Jeremy.

—Cruzamos algunas palabras cuando llevaba a los caballos a la entrada. Fue amigable. Lo envió Thompson. Pienso que los dos esperaban que se quedara, pero creo que no sucedió. Estuvo en el ejército, pero por muchos años trabajó con un fabricante.

—Entonces no estuvo en el ejército por muchos años y tal vez no tenía referencias recientes. ¿Dices que Thompson lo recomendó?

—Creo que eso dijo cuando hablamos del tema. Le pregunté si la señora Drable lo había enviado. Creí que valdría la pena saber de dónde venían los sirvientes y si alguno estaba en la misma situación que nosotros.

Lo había hecho para investigar si alguno había sido plantado por Chase o por algún otro miembro de la familia, para obtener información. Minerva apreciaba la iniciativa de Jeremy. Poseía una astucia que podría ser muy útil.

—Me pregunto si aceptaría que nosotros le diéramos trabajo cuando necesitemos un hombre amigable que pueda hacer amigos fácilmente —dijo Minerva.

—Yo creo que aceptaría cualquier trabajo que fuera legal —respondió Jeremy, apuntando a las monedas antes de recogerlas—. Si esto es lo que le pagaron, no le va a durar mucho.

Jeremy se terminó su oporto y se fue. Minerva se puso de pie para salir también de la cocina.

—Vamos a tener una visita en quince minutos —le dijo a Beth.

Beth juntó los vasos y los puso en el lavabo.

—¿A quién esperamos?

—Al señor Radnor.

Recibió una mirada intensa y una mueca.

—¿Ya te agrada?

—No seas ridícula. Sabes que yo no…

Lo dejó así, porque entre todas las personas, Beth sabía lo absurda que era esa idea. «Sabes que yo no soy capaz de sentir algo así por un hombre». No sería bueno decirle a Beth que con el señor Radnor había comenzado a sentirse muy capaz.

—Ya ha pasado mucho tiempo. Es atractivo y puede ser muy encantador cuando le conviene.

—No necesito un sermón, Beth.

—¿En serio? Entró a la casa a la fuerza porque está buscando a quién culpar por la muerte del duque. Sigue buscando, sin duda. Es peligroso.

—No he olvidado nada. Por el momento, sin embargo, tenemos la misma meta.

—El problema es que él piensa que *tú* eres el medio por el que *él* va a alcanzar *su* meta. No confío en él y tú tampoco deberías hacerlo.

—No soy tan tonta como para olvidar quién y qué es, o la realidad detrás de sus intenciones. Pero por todo de lo que me he enterado gracias a Jeremy y Elise, él es uno de ellos y sabe mucho más. Tú vete a dormir. Yo me aseguraré de cerrar bien la puerta antes de subir.

Chase le entregó su caballo a un lacayo en un establo público a dos calles de la casa de Minerva. No sería bueno que vieran su montura fuera de su casa a esa hora. Era posible que a ella no le importaran los rumores que podrían dañar su nombre, pero él sabía mejor que nadie lo mucho que le gustaba hablar a la gente.

El pensamiento le hizo recordar su cita con el procurador y cómo la tía Dolores, al ver que había perdido la batalla, había dicho cosas atroces sobre uno de sus sobrinos. Sobre él.

«Me parece extraño que sigas sus consejos, Nicholas. Probablemente le hubieran disparado si no hubiera sido por la intervención de mi hermano en su nombre». Era lo más cerca que alguien había estado de hablar sobre su creencia de que había sospechas de que había sido un cobarde en el ejército. No estaba seguro de si eso era mejor o peor que la verdadera razón de su salida.

«¿Lo mataste?». ¿Qué tan a menudo había escuchado esa pregunta en su cabeza? En la voz del coronel. En la voz del tío Frederick. En su propia voz.

Se había vuelto un experto en cerrar la puerta a esa pregunta y a la historia detrás de ella. Lo hizo en ese momento con fuerza. Recorrió el resto del camino a casa de Minerva pensando bien lo que le diría y lo

que no.

Entre lo segundo estaba su corta conversación con Sanders después de la reunión. Aunque el procurador estaba seguro de que habían encontrado a la Minerva Hepplewhite correcta, le molestaba la falta de documentos que la conectaran a la mujer conocida como Margaret Finley.

—Las únicas dos personas que la conocieron con ambos nombres viven con ella —explicó Sanders—. Sigue siendo un misterio cómo tu tío la conocía, con cualquiera de los dos nombres. Yo estoy satisfecho, pero con el ánimo de tu familia, lo mejor sería encontrar a alguien que no tuviera un interés personal. Sigues buscando a las otras dos mujeres. ¿Por qué no publicar un anuncio preguntando por su nombre de casada?

Ella misma abrió la puerta cuando llegó, iluminada desde atrás por la lámpara del vestíbulo. De inmediato, la intimidad de la reunión que habían tenido la noche anterior volvió a surgir entre ellos. Ella también la sintió, dio un paso lejos de la puerta y lo dejó pasar y que la cerrara él mismo.

Lo dirigió a la biblioteca de nuevo, pero no se sentó. Se veía insegura de sí misma. Eso era inusual, y fascinante.

—Creo que pudimos haber hecho esto en un parque.

—Hubiera estado muy oscuro.

—Me refería a hacerlo por la mañana.

—Entonces habría demasiada luz. Sería mejor si todo Londres no se pregunta por qué estoy paseando por el parque con una de las criadas temporales de mi primo.

—Claro. Sí. —Se sentó en el diván, en su lugar habitual. No subió los pies al asiento. No se relajó, sino que se mantuvo erguida. Rígida.

Él se sentó en una silla más cerca del diván esta vez. Ella no reaccionó.

—La reunión. Dijo usted que me contaría lo más importante.

—Empezó muy tranquila. Terminó en un desastre. Creo que Sanders, el procurador, temió por su vida.

—¿Qué cambió?

—La realidad. Sanders les explicó que si alguien impugnaba el testamento detendría el pago para todos los involucrados. Ya lo sabían, pero que un abogado lo dijera era más real. Detalló las muchas razones por las que un testamento podría ser impugnado exitosamente y les explicó por qué ninguna de esas aplicaba al testamento del difunto duque. Eso también lo sabían, así que no lo habían hecho.

Explicó las extrañas circunstancias en las que se podría impugnar un testamento cuando se tratara de la repartición de bienes. Solo una funcionaría para ellos.

—Eso también me lo explicó. Tendrían que decir que eran dependientes del duque y que tenían razones para creer que su apoyo económico continuaría. Me dijo que eso tampoco aplicaba para ninguno de ellos.

—Esa es su opinión profesional. No sería difícil encontrar a un procurador que dijera algo diferente. Ese es el peligro. Lo empeoró todo cuando explicó cómo estaban las cuentas hasta ahora y lo poco que quedaría para dividir si todas las herencias se repartían. Sí mencionó la posibilidad de que una de las dos mujeres misteriosas que todavía no aparecen estuviera muerta.

—Qué amable de su parte.

—Muchos de mis primos se alegraron con esa información. Escuché que alguien dijo que quien sea que se hubiera encargado de mi tío Frederick tenía algunos trabajos pendientes.

—¿Y todo seguía tranquilo?

—Ahí fue cuando se desató el caos. Se declararon las facciones, con Agnes y Dolores al frente de cada una. Viejos resentimientos volaron junto con acusaciones e insultos. Mi familia puede ser tan conflictiva como cualquier otra, pero esa fue una demostración inusual. Por desgracia, Nicholas pensó que podía calmarlos a todos y terminar con la pelea. Solo logró empeorarlo.

—¿Qué hizo?

—Adoptó su actitud más ducal y anunció que si cualquiera de ellos impugnaba la ejecución del testamento tal como estaba escrito, esa persona o personas se quedaría sin un centavo en *su* testamento.

—No me diga.

—Fue una ofensa tras otra. No había esperanza de salvación. Todos veían una vida de pobreza por delante. Se desató un pandemonio.

—Seguro que en una familia así tienen otros recursos además de los legados.

—Sí que los tienen. Cada hermano de mi tío recibió una parte de su madre y una parte de la fortuna personal de su padre. Era lo suficientemente respetable, si se le daba un buen cuidado, para mantener a los caballeros de su posición con un buen estilo de vida. Por desgracia, por ser hijos menores nunca pudieron casarse tan bien, así que sus hijos tendrían partes mucho más pequeñas, además de tener que dividirse lo que sobreviviera de la herencia de sus padres.

Puede usted ver el problema. A lo largo de muchas generaciones, después de varias divisiones, le quedaba poco a cada persona. Mis tíos no estuvieron presentes porque entendieron que el duque no les dejaría nada. Pero mi generación ve el futuro con demasiada claridad.

—El cual es un ingreso cada vez menor.

—O, que el cielo no lo permita, ¡un empleo!

Ella lo miró fijamente, como si su tono amigable hubiera revelado cosas de más.

—¿Resiente eso? ¿Sus expectativas quedaron más frustradas de lo que usted admite?

—¿Sigue instituendo en reforzar la idea de que yo maté a mi tío?

Pareció que ella lo había decepcionado, aunque no podía justificarse la reacción que él había tenido. Sin embargo, desearía… no estaba seguro de lo que deseaba, pero en ese momento besarla seguía tentando su mente. La noche rogaba que lo hiciera. No era el único que experimentaba ese magnetismo especial que sienten hombres y mujeres cuando el deseo les altera los sentidos y la locura parece estar a un beso de distancia. La manera en la que ella lo había recibido, con la guardia bien puesta, le decía que ella también lo sentía.

—Por supuesto, todavía lo considero un posible culpable. Mejor usted que yo. Sin embargo, mi pregunta era más amable. De verdad me intriga cómo un hombre como usted, el sobrino de un duque, decidió dar ese paso. Los caballeros no buscan trabajo.

Normalmente evitaba la reflexión que necesitaba una respuesta honesta. Ahora, sin embargo, halagado por el interés que ella estaba mostrando, y consumido por un deseo que hacía que su sangre sacara chispas, se encontró a sí mismo buscando una respuesta. Un miembro erecto puede llevar a un hombre a hacer cosas ridículas.

—Tengo dos opiniones —admitió—. El caballero puede decirse a sí mismo que no está trabajando más que un doctor o un abogado, dos labores aceptables. Incluso es más que aceptable, ya que puedo decir que mis investigaciones son favores para mis amigos, o un pasatiempo.

—¿Y la otra idea?

—El soldado está agradecido por hacer algo más que jugar y beber. Supongo que podría ocupar mi tiempo investigando alguna ruina antigua y escribiendo su historia, como algunos deciden pasar sus días, pero prefiero investigaciones más interesantes.

—Creo que su segunda opinión es la más importante. No necesita

este trabajo, después de todo. Podría elegir dejarlo en cualquier momento.

—Suena muy segura al respecto, cuando es posible que mi siguiente investigación sea lo único que me impida terminar en la calle.

—Tonterías. Mencionó usted las partes que había dejado su abuela. El padre de usted recibió una, al igual que sus hermanos. Y no debe compartir lo que quede con un hermano o una hermana, porque no los tiene.

—¿Cómo sabe eso?

Ella se rio suavemente.

—Hay muy pocas cosas sobre su árbol genealógico que no sepan los sirvientes que trabajaron en la casa los últimos días. Un poco por aquí, otro poco por allá, y se puede formar una imagen completa. Me atrevo a decir que si hubiera visitado a todas las personas que se fueron hoy, igual que yo, podría haber descubierto casi todo lo que pasó en la reunión sin que usted viniera a contármelo.

Él observó cómo el fuego lento hacía bailar figuras doradas en su figura.

—Y aun así aceptó que la visitara.

Eso la tomó por sorpresa con una sonrisa medio formada en los labios. Él tomó la pausa como una oportunidad para ir hacia el diván y sentarse a su lado, de frente para poder ver las figuras más de cerca.

Ella se alejó unos centímetros.

—Permití que me visitara porque sería más eficiente escuchar de su boca lo que había pasado en la reunión.

—¿Por eso? ¿Por la eficiencia? No es una palabra que usaría para describir la atmósfera en esta habitación hoy. O la noche de ayer.

Ahora estaba aturdida. De manera encantadora, en particular porque casi siempre mostraba tener autodominio.

—No puedo confiar en usted —murmuró, más para sí misma que para él.

—No tiene que confiar en mí todavía, solo tiene que besarme.

—Vino a mi casa buscando evidencia de que yo maté al duque. Nunca podría confiar en usted.

—Y aun así pienso que sí confía.

—Ni siquiera niega sus peligrosas sospechas.

—Puedo explicarte todo eso en un momento. —Se acercó, dándose cuenta de lo oscuros que se veían sus ojos en esa luz tenue—. Después.

Sus labios rozaron los de ella, ignorando la voz que le advertía de

las complicaciones imposibles que vendrían.

Ella no se alejó, sino que se lo permitió. Pasó por la mente de Chase que estaba demasiado sorprendida para resistirse, pero la suavidad de sus labios y el calor de su cercanía lo distrajeron de esa idea. Se demoró en ese beso, y como ella no se resistió, la tomó en sus brazos y la acercó a él.

Creyó que la embargarían esas tristes y apagadas emociones que acompañaban la intimidad con un hombre. No llegaron. En lugar de eso, su beso la llenó de vida. No se atrevió a moverse por miedo a arruinarlo. Quería reírse y llorar al mismo tiempo por lo irónico que resultaba que este hombre pudiera despertar tal emoción con su abrazo en lugar de odio.

No duraría, por supuesto. No podía durar. Por un momento, sin embargo, se permitió fingir que confiaba en él. Ignoró todas las advertencias que su mente le estaba gritando y dejó que su cuerpo respondiera lo que podía.

Un discreto deslumbramiento que había conocido mucho tiempo atrás se encendió en su sangre, mucho mejor de lo que había sentido en sus sueños más recientes. La juventud que había perdido de todas las maneras posibles alzó una mano desde las oscuras aguas que la tenían sumergida. Su espíritu tomó esa mano con fuerza para que no desapareciera de nuevo.

Eso significaba dejar que el beso siguiera. Estaba atenta a cada segundo de él. Cada onda de calor, cada roce. Cómo se transformaba en algo más profundo y la manera en la que las manos de Chase descansaban en su espalda y su costado. Dejó a un lado la confusión y flotó en las sensaciones, asombrada.

Él tomó su rostro entre sus manos y la miró a los ojos. No estaba frunciendo el ceño, pero reflejaba una intensidad que detuvo la belleza por un momento.

—No me has besado —dijo—. ¿No quieres? Si no quieres, si entendí mal…

Ella puso sus labios en los de él para silenciarlo. Debió haberlo hecho bien porque él volvió a responder y no hubo más palabras.

No podría seguir. Pronto se arruinaría. Un rincón de su mente estaba esperando ese momento, mientras el resto de ella disfrutaba del breve rejuvenecimiento mientras durara.

Un deseo auténtico comenzó a moverse a través de ella,

transformándola, incitando un hambre extraña que solo parecía crecer. Perdió el control de sus pensamientos, de su juicio… de sí misma. Sus manos se movieron en una caricia que le habló de su propio deseo y de su creciente pasión.

La manera tan posesiva en la que la sostenía debió alarmarla, pero no lo hizo. Sin embargo, una parte de ella estaba muy consciente de lo que estaba pasando. Del lugar y del momento, y de quién era él. La presencia dominante de Chase provocaba su vulnerabilidad. El deseo de Minerva en verdad disfrutaba eso. Una primitiva voz interior lo animaba. La razón le habló más fuerte a ella. La forma en que se habían conocido, lo que él podría estar buscando además de placer, todo esto presionó su conciencia.

Con pesar, hizo su cabeza hacia atrás para interrumpir el beso. Luchando contra su deseo por abrazarlo y tenerlo cerca, puso las manos en su pecho para detenerlo.

—Deberías irte.

No intentó convencerla ni mostró decepción. Independientemente de lo que hubiera esperado conseguir esa noche, él pareció aceptar que eso era todo lo que lograría.

Un beso más, uno tierno, y la soltó.

—Por supuesto. Deberías dormir. Fuiste una criada por demasiado tiempo y deberías quedarte en cama hasta mañana al mediodía.

—Sí, debería acostarme.

Sola. No tuvo que decirlo. Soltó la mano que sostenía fuera del agua y dejó que se volviera a hundir.

Cuando Chase se fue, Minerva se quedó en el diván, con la mirada borrosa, en medio de las caóticas reacciones que había ocasionado ese beso. Había sido tonto probar eso que no podía permitirse disfrutar por completo. Estaba dándose un buen regaño cuando se dio cuenta de que su explicación de «después» nunca había llegado.

Feliz de tener algo que hacer para no comenzar a llorar de decepción, subió las escaleras y cruzó el jardín hacia la pequeña cochera trasera. Dio unos golpes en la puerta.

—¿Estás dormido?

Jeremy abrió la puerta.

—¿Estuviste llorando?

Seguía vestido. Ella se hizo a un lado.

—Apúrate. Radnor acaba de irse y quiero que lo sigas. Su caballo no estaba afuera, así que debe de estar en el establo a la vuelta de la esquina. Puedes cruzar el jardín y las caballerizas y estar ahí cuando él

llegue si te apresuras.

Ya se estaba poniendo las botas.

—¿Seguirlo a dónde?

—Quiero saber dónde vive. Toma unas monedas y renta un caballo en el establo, si es necesario.

—No lo necesito. A menos que galope, puedo seguirlo caminando. Será más obvio si lo sigo a caballo. De seguro me escucharía, y no hay sombras en las que pueda esconderme.

Aun así tomó las monedas de su pago que estaban en la mesa y se fue corriendo hacia la noche.

CAPÍTULO 9

Chase se terminó su comida justo cuando su sirviente Brigsby le entregaba el correo y el periódico. Brigsby insistía en hacer las cosas así. Pensaba que un relajante desayuno era el ritual de un caballero, por lo que se negaba a darle material de lectura a Chase mientras comía.

Chase revisó el correo y se distrajo con el periódico. Su mente no estaba procesando las palabras que leía. Durante toda la noche sus pensamientos estuvieron fijos en esos abrazos en casa de Minerva. Seguía intentando comprender lo que había pasado.

No era un donjuán, pero tenía experiencia. Le gustaba pensar que entendía el sentimiento que compartían, y su potencial. Nunca había importunado a una mujer, pero tampoco lo habían rechazado nunca, porque sus instintos habían probado ser excelentes.

Excepto la noche anterior. Tal vez. O no. Ese era el problema. Había besado a una mujer que quería que la besaran, de eso estaba seguro. Había sentido su pasión. Tenía una buena razón para esperar más, aunque no hubiera esperado todo.

Y luego nada. Ella había terminado. No quería nada más. Absolutamente nada. Puede ser que se hubiera equivocado por primera vez, ante la retirada tan repentina y total de Minerva.

Creyó haber visto un poco de tristeza o tal vez vergüenza cuando se fue, pero eso pudo haber sido un truco de la mala iluminación. O de su mente buscando excusas.

Dejó el periódico a un lado, recordando que tenía que realizar ese mismo día unos asuntos pendientes con el *Times* para poder incluir una nueva ronda de anuncios. Tomó la carpeta que había traído de la planta alta y la abrió. Revisó las notas que había agregado la noche anterior, cuando no podía dormir.

Brigsby entró a la habitación y se aclaró la garganta.

—Señor.

Chase dio la vuelta a una página.

—Dime.

—Una visita, señor.

Chase alzó la mirada. Parada al lado de un inquieto Brigsby estaba Minerva Hepplewhite. Tenía puesta una pequeña sonrisa artificial, un vestido café y un abrigo naranja. Más café y naranja decoraban el sombrero que enmarcaba su cara de una manera muy linda, resaltando su cabello oscuro y sus ojos aún más oscuros.

Chase se puso de pie e hizo un gesto para que Brigsby se fuera. La mirada de Minerva estaba clavada en él. No parecía triste ni avergonzada a la luz del día. Se veía decidida.

—Buenos días —le dijo—. ¿Cómo supiste dónde encontrarme?

—Hice que te siguieran.

—¿En serio? ¿Quién?

Ella fingió no escuchar.

—¿Puedo sentarme?

—Por supuesto. —Caminó alrededor de la mesa y sujetó una silla para ella—. Es temprano. ¿Te gustaría desayunar algo?

—Un café estaría bien.

Caminó hacia la puerta y se encontró a Brigsby muy cerca en el otro lado. Le pidió que fuera por más café y otra taza. Regresó a la mesa y cerró la carpeta.

—No deberías estar aquí.

—Si dejé que entraras a mi casa por la noche, no me voy a preocupar por venir a la tuya en pleno día. Si empiezan rumores, les diremos a todos que vine a contratarte para una investigación discreta.

—Lo cual no hiciste. Algo más hizo que cruzaras el pueblo a las nueve de la mañana. Pude haber estado dormido. Mayfair no despierta sino hasta mediodía.

—Supuse que no eras el tipo de persona que se queda en la cama toda la mañana. Me preocupaba más llegar y no encontrarte en casa.

Miró alrededor de la habitación que usaba para comer, analizando todo, deteniéndose en la alfombra turca y en la mesa de madera oscura de la India que estaba contra la ventana. Cuando su mirada regresó a él, se detuvo por un momento en su carpeta.

—Parece una casa cómoda —dijo—. Claro que debe serlo si está en la calle Bury.

—Me gusta.

No toda la casa era suya, pero supuso que ella ya lo sabía si había subido las escaleras hasta su puerta principal. Su departamento

ocupaba el tercer piso, lo cual le daba buena circulación del aire y una excelente vista de la calle y la plaza de St. James.

Llegó el café. Esperó a que Brigsby se lo sirviera. Su sirviente no dijo nada, pero una pequeña mueca mostró lo extraña que a Brigsby le parecía la situación. En algunas ocasiones les había servido desayuno a mujeres, pero ellas habían pasado la noche ahí. Al parecer, a Brigsby eso le parecía más aceptable que el hecho de que una mujer llegara en horas normales.

Chase esperó a que la puerta volviera a cerrarse.

—¿Por qué estás aquí?

«Para besarte de nuevo. Para disculparme por pedirte que te fueras. Para quitarme este vestido café y rogarte que me hagas tuya». Él podía soñar, pero sabía que era mejor no tener esperanzas.

—Te fuiste sin darme explicaciones.

—¿Quieres una explicación? Está bien. Eres una mujer encantadora. Soy un hombre. Quería besarte. Parecías estar de acuerdo. Yo también, y tú lo permitiste. Hasta que ya no. No hay otra explicación más que esa.

Ella lo miró. Él la miró de regreso. El silencio se prolongó.

—No me refería a una explicación sobre *eso* —dijo irritada.

—Qué mal. No me molestaría hablar de eso. Tengo algunas preguntas.

—Antes de que… bueno, justo cuando ibas a… mencioné que tú creías que yo había matado al duque y dijiste que lo explicarías todo, después. Pero no lo hiciste.

—Me enorgullezco de saber cuándo tengo que retirarme de una fiesta.

—Entiendo. De verdad. No podrías haber… pero quiero escuchar la explicación, así que vine aquí.

De verdad quería escucharla si lo buscó a las nueve en punto. Como el tonto que era, eso lo hizo sentir bien. Solo que ahora tenía que ofrecer una explicación que la calmara, o al menos satisficiera su curiosidad. Ya que parecía tan emocionada y atenta, quería darle una explicación que lo hiciera ver muy bien.

—Solo eres una persona en una larga lista de personas con excelentes motivos en lo que se refiere al asunto del tío.

—Una lista que te incluye a ti —le recordó.

—Yo sé que yo no lo hice, así que para mis propósitos eso no importa.

—¿Has concluido que yo no lo hice, si es que alguien lo hizo?

Estaba tentando a mentir, pero no podía hacerlo con ella.

—No he concluido eso para nada. Solo considero que es poco probable. Esto contando con que la evidencia…

—Ah, tonterías. Evidencia. —Se inclinó hacia adelante sobre la mesa—. ¿Crees que yo lo hice? ¿En serio? ¿Qué te dice tu sentido interior?

—No me baso en ningún sentido aparte de mi mente cuando se trata de esto.

—¿Eres así de objetivo?

—Tengo que serlo. El sentido interior, como tú lo llamas, es influenciado por… emociones y… otras cosas.

La intención, miradas directas. Una luz que refleja la inteligencia en los ojos de una mujer. El deseo de poseer.

Había aprendido de mala manera a juzgar asuntos importantes sin pasión ni prejuicios. Mucho antes de que conociera a Minerva y se diera cuenta de que la deseaba, su intuición ya lo había traicionado. Usar su sentido interior ya lo había hecho equivocarse de una manera terrible en una ocasión.

Ella se puso de pie.

—Supongo que no puedo culparte demasiado, con tu rechazo a solo *saber* la verdad, en lugar de necesitar pruebas concretas. Desafortunamente, es difícil probar que no hice algo. No tengo más opción que considerarte un peligro para mí.

En otras palabras, no más besos.

—¿Ya puedo hacer mis preguntas? ¿Sobre lo que pasó anoche?

—No —comenzó a retirarse pero se detuvo—. ¿Qué es eso?

Apuntó a la carpeta.

—No pude evitar ver mi nombre en una página cuando llegué.

—Son mis notas sobre la investigación.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Tomas notas para ti mismo?

—Sí. En su mayoría son listas sobre lo que tengo que hacer y cosas sobre las que tengo que preguntar y la información que he adquirido. Lo hago para todas mis investigaciones.

—¿Listas? —Se rio—. Hemos hablado de una lista de sospechosos y quiénes están en ella. ¿Me estás diciendo que *de verdad* hay una lista?

—La hay.

Eso le pareció extraño.

—Entonces ahí es donde anotas todas tus pruebas concretas y la evidencia que necesitas para saber cualquier cosa. ¿Tienes mala

memoria?

—Tengo una memoria excelente. Esto me alienta a seguir el procedimiento de una investigación de manera eficiente.

—Mmmm. Yo creería que una cosa lleva a la otra de manera natural. Así ha funcionado para mí. No me imagino haciendo listas el respecto.

—Eso es porque no es tu profesión.

—Ah, sí. —Se puso de pie—. Me retiro. Buen día.

Se dio la vuelta.

—Ya que tú puedes solo *saber* la verdad, en maneras que se me niegan, ¿qué dice tu sentido interior sobre mí? —preguntó Chase.

Ella lo miró sobre su hombro.

—Dice que no lastimaste a tu tío, pero que cree que describir quién lo hizo te va a lastimar.

Brigsby llegó para guiarla a la salida. Chase escuchó sus últimas palabras resonar en su cabeza. Era buena. Muy buena.

—Fue muy amable de tu parte ofrecerte a visitarme, pero es mejor que nos veamos aquí. —La señora Oliver tenía una voz grave y callada. Se sentó en el pequeño estudio de Minerva, en una silla que estaba justo en el lugar donde Chase Radnor estaba parado cuando un calentador de cama lo golpeara en la cabeza. De mediana edad, la señora Oliver era una mujer voluptuosa, rubia y orgullosa, con una postura perfecta. Se imponía en la pequeña habitación, su cuerpo lo suficiente inclinado hacia enfrente para imponerse ante Minerva también.

La señora Oliver había sido enviada a la Oficina de Investigaciones Discretas Hepplewhite por la señora Drable. Era su primer cliente *que le pagaría*.

—Dígame cómo puedo ayudarla.

La señora Oliver se mojó los labios.

—Es complicado.

Minerva esperaba que fuera un asunto sencillo que pudiera resolver con rapidez, como probar que un esposo tenía una amante. Necesitaba dedicarle tiempo a su propia investigación. Había planeado hacerlo por la tarde, antes de que llegara la carta de la señora Oliver en el correo matutino. Esperaba que mantenerse ocupada con este asunto al menos lograría distraerla de seguir pensando en lo que había pasado con Chase en la biblioteca.

—Se trata de los negocios de mi esposo. Él se encarga de traer

textiles de Francia y después se los vende a tiendas y fábricas en Londres y a otros pueblos en el sur. Ha sido muy exitoso. Sin embargo contrató a un administrador nuevo hace cinco meses, y creo que le está robando.

—¿No sería eso obvio para su esposo? Con las cuentas…

—No le está robando como tal. Creo que está usando la información sobre dónde James, mi esposo, compra su material y a quién se lo vende. Creo que ha estado usando los contactos de mi esposo para vender por su lado. Sospecho que buscó esta posición específicamente para poder aprender lo que necesitaba saber para hacer esto.

—¿Qué piensa su esposo?

La señora Oliver agachó la cabeza.

—No se lo he mencionado. No es de mi incumbencia. No le gustaría que me involucrara.

Eso era lo que estaba mal con el matrimonio, pensó Minerva. Una de las muchas cosas que estaban mal con él. Ahí estaba una mujer perspicaz que sospechaba de una actividad que podría dañar a su esposo, pero su unión era tal que él no la escucharía.

—¿Podría decirme por qué sospecha esto?

—Visito a mi hermana en Brighton con frecuencia. Fui por allá hace dos semanas. Recorrimos algunas tiendas y, como suelo hacer, decidí pasar por una que le compra a James. Es uno de los pueblos a los que les vende su nuevo agente. No estoy controlando el negocio de mi esposo. Solo soy curiosa.

Asegurándose de que todo funcione bien, mejor dicho. Al señor Oliver le iría muy bien con su esposa como socia.

—No interfiero —enfatizó la señora Oliver—. Solo pongo atención porque si algo le pasara a James, tendría que hacerlo todo sola, ¿no? Tenemos dinero ahorrado, pero no es suficiente, y tendría que vivir de algo.

—¿Me estaba hablando de cuando fue a Brighton?

—Estaba ahí y pasé por una tienda de sus clientes habituales y todo se veía normal. Seguí caminando, hablando con mi hermana, y a diez edificios de distancia había una tienda que no le compra a James. En esa tienda tenían los mismos cuellos y puños de encaje que él vende. Idénticos. Solo una familia en el valle del Loira los hace así y él nunca ha revelado su nombre. Bueno, decidí entrar, fingiendo que quería comprar unos, y descubrí que esa tienda ofrecía un precio mucho más bajo que el que ofrece James. Ahí fue cuando supe que

algo andaba mal.

—Las tiendas pueden vender al precio que decidan. ¿Está segura de que su esposo no le vendió sus cuellos a esa otra tienda?

—Pregunté. No de manera directa. Cuando regresé a casa mencioné lo lindo que se veía el encaje en esa tienda a la que le vende, luego le pregunté si tenía más tiendas por ahí. «Qué pregunta tan tonta», me dijo. «Esa mercancía pierde su valor si se vende en demasiados lugares. Ese encaje del Loira es exclusivo para una tienda en cada pueblo», me dijo, para que cada tienda pueda venderlo a buen precio y puedan darle una buena parte a él. Yo sabía eso, pero fingí que no. Quiero que investigue si tengo razón sobre el administrador. Quiero pruebas claras de si es él. Evidencias que no puedan ser cuestionadas. Así podré mostrárselo a James.

Pruebas claras. Evidencias. Le recordó a Minerva la conversación que había tenido con Radnor la mañana anterior. La señora Oliver *sabía* la verdad, pero necesitaba evidencias antes de confrontar a su esposo.

Esa conversación se había quedado en su mente después de que salió casi huyendo del departamento de Chase. Él quería hablar de aquellos besos, y probablemente de los que nunca pasarían. ¡Vaya conversación hubiera sido! Ella nunca le explicaría nada de eso. Sería demasiado humillante. ¿Qué le diría? «No es solo que no pueda confiar en ti. Lo que pasa es que estos sentimientos son tan nuevos para mí, tan inesperados, que tampoco puedo confiar en mí misma».

—No creo que tome mucho tiempo —dijo, obligando a su mente a concentrarse en el problema de la señora Oliver y a planear lo que iba a hacer—. Voy a necesitar un poco más de información, si puede conseguirla. Quiero los nombres de las dos tiendas en Brighton, y también quiero el nombre del administrador y de otras tiendas de las que esté encargado.

—Le escribiré hoy por la tarde.

—Entonces comenzaremos mañana temprano. Ahora debo dejar la delicadeza a un lado y explicarle nuestras tarifas.

Cinco minutos después llevó a la señora Oliver a la puerta, donde la esperaba su carruaje.

—Déjenoslo todo a nosotros. Le daré un reporte dentro de cinco días y le haré saber si tuvimos éxito o si necesitamos más tiempo.

CAPÍTULO 10

Chase entró al departamento de Nicholas y lo encontró leyendo en la cama.

—¿Adoptando los hábitos de tu nuevo puesto?

Nicholas alzó la mirada de su periódico. Lo dejó sobre la charola del desayuno.

—Lo único que me espera al despertar son más quejas. —Hizo un gesto hacia la pequeña pila de cartas que estaban al lado de su cama.

—Espero que no sean cartas de reclamos.

—Ojalá tuviera tanta suerte. Si las miras de cerca, podrías reconocer la letra. Una es de Phillip, que quiere que le preste dinero y me escribe todos los días. Incluso intentó encontrarse conmigo por accidente en el club.

—Dile que se vaya al diablo.

—Otra es de Dolores, que intenta persuadirme para que no sea tan estricto con la impugnación del testamento. Y una, a menos que me equivoque, ha pasado tanto tiempo desde que recibí una carta suya que no estoy seguro, es del primo Walter.

—¿Qué quiere?

—No tengo idea.

Chase levantó la carta.

—Hay que averiguarlo. ¿Puedo?

—Disfrútala.

Abrió la carta. Walter tenía la exuberancia practicada en su caligrafía que uno esperaría de un hombre que se estima mucho a sí mismo. Muchos adornos y tinta innecesaria decoraban las letras mayúsculas. Chase leyó la misiva de una página.

—Mmm.

—No me gusta ese mmm —dijo Nicholas.

—Esta carta tampoco te gustará. —Chase la puso frente a la nariz de Nicholas—. Siente le necesidad de aconsejarte sobre tus deberes, lo cual procede a hacer de una manera muy acorde a Walter. En especial,

quiere reprocharte por tu falta de esposa y de heredero.

—Qué extraño, porque si yo muriera hoy él sería el duque.

—Un aterrador pensamiento. Espero que no intentes morir hoy, ni pronto.

—Si lo hago, asume que fue su culpa.

—Como sea, son reproches. Te recuerda tu obligación. Y estarás encantado de saber que intentó ayudarte encontrando una posible esposa para ti.

—Al diablo con eso.

Nicholas se quitó las sábanas de encima y se dirigió a su cambiador.

Chase se paró fuera de la puerta.

—Es una chica encantadora, escribe. Dulce y recatada, y por supuesto, extremadamente virtuosa. De buena familia y mejor crianza.

—Por supuesto que lo es —se oyó la voz de Nicholas—. Suena aburrida.

—Walter diría que eso es una virtud. Déjame ver qué más admira de ella. Ah, aquí hay más. Al parecer es familiar de su esposa. Su sobrina. La hija de su hermano, el vizconde Beaufort.

El rostro de Nicholas se asomó por el umbral.

—He visto a esa muchacha, si es la persona que creo. Nos conocimos. Tuvo el valor de preguntarme cuándo creía que moriría mi tío y yo me convertiría en duque. No con esas palabras, pero esa fue la pregunta que estaba intentando hacer. Cuando le dije que mi tío estaba tan saludable que seguro viviría hasta los noventa, perdió el interés.

—Bueno, no querría esperar mucho tiempo, ¿no? Es obvio que te volviste interesante de nuevo.

La respuesta de Nicholas no se entendió bien. Chase entró al vestidor y vio que su criado lo estaba rasurando.

—Me pregunto qué le prometió Beaufort a Walter si logra este matrimonio.

Nicholas alejó la navaja de su criado y ladeó la cabeza para mirar a Chase.

—Conociendo a Walter, supongo que lo suficiente para tener un fideicomiso que le dé al menos mil al año.

—Al menos.

Nicholas se dejó rasurar por el criado de nuevo.

—¿Tienes noticias sobre la investigación?

—Sigo con los anuncios en el *Times* y en algunos periódicos locales,

buscando a las otras mujeres misteriosas. Si alguien las conoce por esos nombres, debería saber algo en la semana.

—No todos leen el periódico.

—La mayoría de las personas conocen a alguien que sí. Eso espero. Mientras tanto, estoy usando otros métodos.

Con el rostro limpio y la ropa lista, Nicholas se puso de pie.

—Mañana iré a Melton Park. Tal vez deberías venir conmigo.

—Puede que lo haga. —Chase se acercó a la ventana. Había una pequeña fila de hombres esperando entrar por la puerta lateral. El mayordomo debía estar inspeccionando a posibles sirvientes.

Mientras observaba, alguien más pasó junto a ellos y entró a la casa. No era un sirviente.

Chase se dirigió a la entrada del departamento.

—Hablaremos pronto. Ven a mi departamento por la tarde e iremos juntos al club.

Minerva pasó al lado de todos los esperanzados hombres que aguardaban la inspección y siguió su camino a la cocina de la Casa Whiteford. Ya que no iba a estar en el pueblo por un par de días, tenía que encargarse de esto ahora.

Entró sin avisar. La señora Fowler le estaba dando la espalda a la puerta mientras pelaba cebollas.

Al escucharla entrar, la señora Fowler giró la cabeza para verla sobre su hombro.

—¿Qué haces aquí? Espero que no estés buscando más trabajo. No servirías. Demasiado distraída.

—No. Estaba cerca y se me ocurrió visitarla.

—¿Visitarme? Tengo comida que preparar. No tengo tiempo para visitas. —Se dio la vuelta y siguió pelando cebollas—. Ajá, viniste a visitarme.

Minerva se acercó a ella y se paró a su lado mientras la mujer se limpiaba los ojos con el mandil.

—Puedo cortarlas si me da un cuchillo y una tabla. Así lloraremos las dos, pero terminaremos más rápido.

La señora Fowler se encogió de hombros. Puso una tabla y un cuchillo frente a Minerva.

—Eres muy extraña.

—Lo sé.

Minerva comenzó a cortar las cebollas. La señora Fowler las

inspeccionó, asintió y siguió pelando.

—No tiene a nadie que la ayude.

La cocina tembló en silencio.

—Todos están arriba, atendiendo las habitaciones. Mañana empiezan más, así que tendré a otros de regreso, más una extra. La señora Wiggins ha conseguido más sirvientes muy rápido.

—¿Encontró a su propio reemplazo?

—Eso me temo. No me agrada esa mujer. Vino a husmear, haciendo demasiadas preguntas, dándome órdenes. Empieza la próxima semana.

—Debe de haber sido difícil, supongo, que se fueran tantas personas. Claro que con esas pensiones era de esperarse.

—Yo no me fui, ¿o sí? Yo también tengo una. Un buen fideicomiso con un buen ingreso. ¿Qué haría con mi tiempo? No tiene sentido cocinar toda una olla para una sola persona.

—¿Todavía los ve a veces?

Faltaban dos cebollas por cortar. Minerva parpadeó para intentar controlar las lágrimas y siguió moviendo el cuchillo para que la señora Fowler siguiera hablando.

—La mayoría se fue del pueblo. Tengo algunas cartas, pero eso se acabará en cuanto se instalen. Aquí somos como una familia, pero no realmente, ¿sabes? —Hizo una pausa y pensó—. Solo uno me sorprende. Nunca escribe y trabajamos juntos mucho tiempo. Claro que era todo menos un caballero, al ser el criado del último duque. Supongo que está viviendo en ese lugar cerca del agua que encontró y está feliz de alejarse de todo esto.

—Me encanta el mar. Siempre he querido vivir en un pueblo en la costa. Uno con playas, no con acantilados, como Dover.

—No se fue a Dover ni al mar. Hablaba mucho de Sussex, donde el duque tenía su enorme mansión. Al señor Edkins le gusta pescar y dijo que ahí había buenos lugares para hacerlo. La señora Wiggins dijo que él se había comprado una choza cerca de un lago, en Stevening. No me lo imagino pescando, con todos sus abrigos y su corbata y esas cosas.

—Tal vez ahora no use prendas tan formales.

—No puedo imaginármelo porque siempre lo hizo. Qué bueno que no se haya quedado como sirviente. Aún era joven. Demasiado joven para una pensión. Fue amable de parte del duque dejarle lo suficiente, aunque sospecho que a la familia le pareció demasiado.

Le lanzó a Minerva una mirada de reojo y crítica, que indicaba

cómo se sentía sobre la familia.

—¿Se quedará usted incluso con esta ama de llaves que no le agrada? ¿Está cómoda con el nuevo duque?

—¿Cómoda? Vaya pregunta. —Dejó la última cebolla frente a Minerva y sumergió la esquina de su mandil en agua—. Él no es un problema. Supongo que se casará pronto. La esposa nueva será peor que el ama de llaves, con sus opiniones sobre la comida y otras cosas.

Se limpió los ojos.

—Bueno, ya veremos. Puedo irme cuando yo quiera, ¿no es cierto? Eso me gusta.

Minerva terminó de cortar. La señora Fowler sumergió la otra esquina de su mandil y se la ofreció. Minerva la tomó, pero sabía que irse de la cocina la ayudaría más.

—Fue lindo visitarla, señora Fowler. Espero que la nueva ama de llaves aprecie lo buena cocinera que es usted y no interfiera demasiado.

—Ven cada vez que quieras trabajar gratis. Me salvaste de llorar otros diez minutos, ¿no es cierto? —Puso todas las cebollas en su mandil, caminó al enorme fogón y las dejó caer en el enorme caldero.

Minerva se fue y subió los cinco escalones hacia el jardín. Eso había salido mejor de lo que esperaba. Ahora sabía el nombre del criado y más o menos dónde vivía.

Su expresión de satisfacción desapareció en cuanto comenzó a caminar hacia la puerta del jardín. En su camino, con la espalda recargada contra las piedras del edificio, estaba Chase Radnor.

—¿Siempre estás aquí? —le preguntó.

—¿Y tú?

Qué hombre tan irritante.

—Vine a visitar a una amiga.

—Yo vine a visitar a mi primo. ¿Y cómo se convirtió la señora Fowler en una amiga? ¿No es ella la que te hizo lavar toda esa ropa?

—Es un alma gentil.

—También es una mujer muy habladora. ¿Qué querías con ella?

—Eres demasiado desconfiado. Deberías buscar otras maneras de entretener tu mente de vez en cuando.

La mano de Chase detuvo su avance por el camino al lado de la casa. Miró la mano en su brazo y luego alzó la vista para verlo a él. No se veía receloso. Se veía molesto.

—Iba a visitarte, pero es mejor que lo hablemos aquí —dijo.

Intentó verse interesada en lugar de sorprendida, pero nada de lo

que él decía tenía sentido.

—Estoy hablando de la señora Oliver.

—¿Quién es ella?

—No finjas conmigo. Sabes muy bien quién es.

—La verdadera pregunta es, ¿cómo sabes tú quién es?

Cruzó los brazos y la miró.

—Se acercó a mí para pedirme que investigara algo para ella.

¡Oh, cielos!

—Íbamos a reunirnos esta mañana. Pero en lugar de eso recibí una carta donde me explicaba que había contratado a alguien más para hacer la investigación.

Minerva intentó verse interesada. E inocente.

—Imagina mi sorpresa cuando me escribió que había decidido encargarle su problema a la Oficina de Investigaciones Discretas Hepplewhite.

—Para una mujer que exige discreción, no es muy discreta.

—Entonces *sí* eres tú.

—Claro que sí. ¿Cuántos Hepplewhites crees que están calificados para llevar a cabo investigaciones?

—*Ninguno*.

Eso no era justo.

—Estoy sumamente calificada. Para lo que ella necesita, es probable que esté incluso más calificada que tú.

—¿*Más* calificada? Yo hice investigaciones para el ejército. Fui entrenado por expertos. Descubrí espías en Francia, y en Londres he realizado investigaciones para cinco lords y media docena de miembros del Parlamento. Además de la señora Oliver, ¿para quién has investigado?

—Para otra mujer. Y para mí misma. Solo estás molesto porque no quieres competencia.

—No eres competencia.

—¿Entonces por qué estás tan molesto? Si no soy competencia, no tienes nada de qué preocuparte.

—Me preocupa la señora Oliver. Necesita un profesional.

—Necesita a alguien que pueda a entrar a tiendas que atiendan a *mujeres* y que pueda conseguir información mediante la *sensibilidad* y el conocimiento de la moda que posee una mujer. Eso no suena a ti. En cuanto llegues con el dueño de la tienda sabrá que algo anda mal. Dime, ¿qué tanto sabes sobre puños de encaje?

Chase frunció el ceño con más fuerza.

—Como lo sospeché. No sabes nada sobre ellas. Es claro que soy la mejor opción para la señora Oliver, ya que el camino de investigación pasa justo entre una pila de puños de encaje. Parece que ella también lo cree. Ahora debo pedirte que te hagas a un lado. Estoy muy ocupada y no puedo quedarme a charlar.

Se hizo a un lado, pero caminó junto a ella cuando empezó a avanzar.

—¿Vas a intentar volver esto tu profesión?

—No pienso *intentar* nada. Es mi profesión. Incluso tengo tarjetas.

Alzó la mirada al cielo, irritado.

—Además de unas cuantas mujeres desorientadas, nadie te contratará.

Ella apresuró el paso y dio la vuelta en Park Lane.

—Creo que muchas personas lo harán, mujeres en especial. Si fueras una esposa buscando a alguien que investigue a su esposo, ¿te gustaría discutir ese tipo de cosas con alguien como tú? Claro que no. Si fueras una mujer que escribió cartas indiscretas y necesitaras ayuda para recuperarlas, contratarías…

—Si fuera una mujer inteligente, lo haría. En todos los casos.

—Entonces viviré de ayudar a las tontas. Con el tiempo, tal vez los hombres tontos también me encuentren. Me atrevo a decir que incluso si me limito a clientes tontos, voy a estar muy ocupada.

De nuevo esa mano la detuvo.

—Minerva…

Ella le lanzó una mirada dura. Él soltó su brazo. Minerva le habló de frente.

—No me insultes insinuando que soy incapaz de realizar investigaciones tan simples cuando he llevado a cabo otras más complicadas en el pasado.

Una chispa de curiosidad apareció en sus ojos.

—¿Cuáles?

Había sido descuidada. Fingió estar aún más irritada con él.

—Eso no te interesa. Solo tienes que creer que lo he hecho.

Él suavizó su expresión.

—Como mujer, hay lugares a los que no puedes ir. Existe una sociedad a la que no te puedes unir. Hay personas que no escucharán tus preguntas. Otros se darían cuenta si una mujer los sigue.

Ella levantó la mano a su frente y fingió estar sorprendida.

—¿De verdad? Oh, cielos. Qué tonta he sido al no pensar en esas cosas. ¿Qué haré? —Siguió caminando, asombrada con la pobre

opinión que tenía de ella—. Descubrí dónde vivías, ¿no? No tenías idea de que te estaban siguiendo.

Sus malditas botas seguían el paso de ella. El estado de ánimo de él se volvió más amable.

—No estás haciendo esto sola —dijo después de veinte pasos—. Tienes a otras personas ayudándote, incluidos hombres. Tenías a otras personas en la casa como sirvientes y ahora ellos te ayudarán en futuras investigaciones.

Ella dejó que lo pensara por un momento.

—¿Hace cuánto tiempo existe la Oficina de Investigaciones Discretas?

—No hace mucho.

Nunca le diría desde cuándo. Que se quedara con la duda.

—Confío en que no harás nada peligroso. Ha habido momentos en los que apenas salí vivo de algunas malas situaciones. No me gustaría pensar que tú pasaras por eso… las personas se vuelven violentas cuando se sienten acorraladas, Minerva. Las investigaciones domésticas pueden ser las más complicadas. Si insistes en hacer esto, debes tener cuidado.

Su voz, genuinamente preocupada, le llegó al corazón. Eso hizo que desapareciera su terca indignación. De verdad sonaba preocupado.

—Seré cuidadosa —dijo—. Dudo que me enfrente a lo mismo que tú. Quienes necesiten a un soldado, buscarán a un soldado, no a Hepplewhite.

Él dejó de caminar. Su pequeña sonrisa ofrecía una tregua.

—Demos un paseo por el parque. Nicholas puede facilitarnos un carruaje, así que podemos hacerlo ahora mismo.

Minerva alzó la mirada al cielo azul y el sol brillante. Un paseo sería delicioso. Pero se preguntó si planeaba besarla de nuevo. Si pudiera mantenerlo así, unos pocos besos, una sensual calidez que terminara poco después de empezar. Sin embargo, ninguno de los dos era inocente, y dudaba que la fuera a tratar como si lo fuera. Tampoco podía darse el lujo de pasar una hora en el parque.

Pero se veía tan agradable en la luz brillante. Atractivo y encantador, su serio rostro suavizado por esa sonrisa que se alzaba de un lado, formando un adorable e inesperado hoyuelo en esa mejilla. No le importaría mirarlo por una hora más o menos durante el paseo que proponía.

—Suena muy lindo, pero tengo que irme —dijo—. Tengo mucho

que hacer y el día continúa.

Él lo aceptó, pero la manera en la que la miró hizo que una brasa ardiera en el fondo del estómago de Minerva.

—En otro momento, entonces.

Se fue caminando por la calle. Lo sintió mucho después de separarse. Sentía su mirada en ella y su espíritu se extendió hacia ella.

—Lo primero que tienes que hacer es vender esas urnas —opinó Kevin mientras bebía oporto en la sala de estar de Chase.

Le habló a Nicholas, quien había pasado a recoger a Chase y llevaba a Kevin, para distraer a este de su melancolía. Brigsby ya los había alimentado, y ahora tenían los sentidos lubricados para aguantar varias horas de juego.

—Son muy valiosas —dijo Nicholas—. Y son muchas. Me tomaría mucho tiempo venderlas, si es que decido hacerlo.

—Entonces al menos muévelas de lugar. La manera en la que las acomodó tan juntas en ese descanso… casi tiro una hoy cuando subía a tu habitación. ¿Quién acomodaría objetos tan preciados de manera tan torpe? No es posible ni siquiera apreciar su belleza porque están demasiado pegadas.

Chase se rio. Esas urnas creaban como un bosque en el primer descanso, e interferían con el acceso a la sala.

—Tengo que pasar de lado entre ellas para asegurarme de que mis hombros no tiren ninguna por accidente.

—Si las muevo, entonces me perdería el entretenimiento de ver cómo te deslizas entre ellas, Chase. O de hombres más fornidos intentando esquivarlas. —Sonrió—. O de la tía Agnes, siempre nerviosa por lo frágiles que son.

—Es un entretenimiento extraño —dijo Kevin—. Espero que no adoptes sus hábitos, además de su título.

—Me temo que eso es más probable que lo hagas tú, jovencito.

—El tío Frederick nunca tuvo que deslizarse entre ellas, por supuesto —señaló Chase—. Las acomodó a la distancia perfecta para que sus hombros pudieran pasar a la medida. Podía caminar entre ellas, esperar, y ver cómo otras personas intentaban cruzar. Nunca sonreía ni reía, pero disfrutaba del espectáculo.

—Han estado ahí mucho tiempo —mencionó Nicholas—. ¿Recuerdas cómo tentábamos al destino cuando éramos niños y jugábamos a las atrapadas entre ellas? Una vez rompí una. Me hizo

pagársela limpiando los establos la siguiente vez que fui a Melton Park.

—Llegaron aquí con la aldea china —le recordó Chase—. Es probable que Kevin haya sido demasiado joven en ese entonces y que no lo recuerde ahora.

—No del todo. Tengo algunos recuerdos de mucha gente visitando al tío en algún momento, no entendía el idioma. Tenían ropa de muchos colores.

—Decidió aprender chino —dijo Nicholas—. Y concluyó que la manera más sencilla era visitar China o hacer que China lo visitara a él, para poder escuchar el idioma todo el tiempo. Hizo arreglos para que toda una aldea china se quedara en la Casa Whiteford casi un año.

Sacudió la cabeza, sonriendo con el recuerdo.

—Envió a un hombre que negoció con la gente del emperador por seis meses para conseguir el permiso. Mujeres, bebés, niños… tomó toda una maldita aldea, y la movió. Las habitaciones del segundo piso estaban llenas. Mi padre dejó de visitarlo, así que no vi mucho. Nuestra única comida que hicimos aquí durante ese tiempo fueron largos fideos en caldo. Creo que por eso mi padre decidió evitar las visitas.

—Comía como ellos. Se vestía como ellos —dijo Chase—. Hizo que sus sirvientes aprendieran suficiente chino para satisfacer las necesidades de sus huéspedes. Un joven que vino aprendió nuestro idioma, como parte del acuerdo con el emperador. Como sea, esas urnas llegaron con la gente de la aldea, y las compró en su nombre el hombre que envió a arreglar todo.

—¿Y aprendió el idioma finalmente? —preguntó Kevin.

—Supongo que sí —dijo Chase—. Lo habló con frecuencia a lo largo de los años. O al menos sonaba como que lo hacía.

—¿Quién podría saberlo? —dijo Nicholas—. Pudo haber estado diciendo cosas sin sentido.

—Es poco probable —declaró Kevin.

Sí, era poco probable.

—Lamento decir que esta es la primera vez desde su muerte que he podido recordar viejos tiempos sobre él con alguien —dijo Chase—. Las conversaciones siempre han sido sobre otros asuntos.

Los otros dos asintieron. No era necesario que alguien mencionara esos otros asuntos. La manera en la que murió. El testamento.

—Con el riesgo de sacar el tema de nuevo, acabo de recordar que tengo una petición de parte de mi padre —le dijo Kevin a Nicholas—.

Quiere saber si encontraste al hombre mecánico. Le gustaría tenerlo, si estás dispuesto a soltarlo.

El hombre mecánico era un autómata. El tío Frederick lo había comprado, y de hecho lo usó, porque podía moverse sobre ruedas. Cargaba una bandeja en una mano, como un mayordomo. Al tío le gustaba poner vasos con líquidos ahí y hacer que les llevara los vasos a sus invitados.

—No lo he visto en años —dijo Nicholas—. ¿Chase?

Chase negó con la cabeza.

—Eres bienvenido a venir a la casa y buscarlo. Cuando dejó de entretenerlo, el tío debió de haberlo puesto en el ático.

—Creo que sí lo haré, ya que fue lo que despertó la fascinación de mi padre por estas malditas cosas —dijo Kevin—. Me pidió que le pusiera una pequeña máquina de vapor, para que pueda moverse más rápido. Le dije que no era buena idea, pero…

Se encogió de hombros, como un hijo que nunca ha sido escuchado por su padre.

—Sí se movía muy despacio —comentó Chase.

Kevin lo miró con paciencia.

—Lo cual significa que se detenía si chocaba con una silla o una persona. Imagínalo con una máquina de vapor. Un autómata deja de trabajar si su mecanismo se desconfigura, lo cual pasa muy a menudo. Una máquina de vapor funciona diferente.

Nicholas se rio.

—Creo que deberías encontrarlo y hacer lo que tu padre quiere. Por favor invítame a la demostración. Me encantaría ver a ese pequeño mayordomo estrellarse por toda la biblioteca como un merodeador con la presión alta.

—Creo que un mejor lugar sería entre esas urnas, no en una biblioteca. —Kevin dejó su vaso en la mesa—. Es hora de irnos. Pueden seguir distrayéndome de mi melancolía mientras les quito todo su dinero en un juego de cartas.

Nicholas miró a Chase, fingiendo sorpresa.

—¿Tu plan era distraerlo de su melancolía? Qué extraña sugerencia.

—No era mi plan. ¿Era tuyo? Él no conoce la melancolía. —Abrió la puerta—. Eres demasiado desconfiado, Kevin.

Kevin cruzó el umbral, sacudiendo la cabeza y suspirando.

✣ ✣ ✣

Debido a los mandados que tuvo que hacer temprano al día siguiente, Minerva no leyó el periódico sino hasta más tarde. El día se había vuelto soleado, así que se lo llevó al pequeño jardín y se sentó en la banca de piedra.

Busco información sobre Margaret Finley, viuda de Algernon, del condado Dorset. Para más datos, comuníquese con John Smith, asistente de Impresiones Montgomery, en la calle Montagu.

Chase Radnor debió de haber publicado ese anuncio en el periódico. Ese sinvergüenza estaba indagando en su pasado, y en su historia. Minerva había creído que el procurador había quedado satisfecho, pero recordó que Sanders había dicho que debía aclarar algunas cosas. ¡No pensó que estuviera hablando de Margaret Finley!

Después de tragarse el disgusto se dio cuenta de que había otros dos anuncios, con otros dos nombres, debajo del que se refería a ella.

Su mente de inmediato comenzó a pensar en todas las personas que podrían responder al anuncio. Beth y Jeremy, por supuesto. Nadie más, ya que nunca había sido Minerva Hepplewhite mientras vivió en Dorset. Se había convertido en Minerva Hepplewhite mientras viajaban a Londres. La única posible conexión entre los nombres sería el cochero que habían contratado para que los llevara de su casa en Dorset a la posada donde habían encontrado transporte. Si se había quedado en la posada, pudo haber escuchado el nombre nuevo que estaba usando. Sin embargo, habían pasado cinco años, y dudaba que alguien recordara algo que desde un principio fue tan poco importante.

La puerta de la cocina se abrió y Beth apareció.

—Elise Turner está aquí.

—Dile que pase.

—Sigo pensando que soy yo quien debería ir contigo.

Beth insistía en la conflictiva conversación de la noche anterior.

—Necesito que te quedes aquí en caso de que la señora Drable envíe a alguien más. No puedo pedirle a Elise que lo haga, Beth.

Minerva no quería lastimar ni insultar a Beth con la verdadera razón por la que prefería a Elise. Sería mucho más creíble ver a su joven amiga entrando a las tiendas y examinando mangas de encaje.

—Jeremy podría hacerlo.

—Si son mujeres las que vienen a buscar un negocio a cargo de mujeres, no tiene mucho sentido que su primera reunión sea con un hombre.

Beth apretó los labios.

—Espero que no creas que solo voy a abrir puertas y ese tipo de cosas en la Oficina de Investigaciones, ni a quedarme en una mesa escuchando a posibles clientes. Yo también quiero participar en la acción.

—Va a haber momentos en los que solo tú vas a poder ayudarme, Beth. Momentos en los que solo pueda depender de alguien a quien le confíe mi vida.

Halagada, pero también un poco molesta, Beth regresó a la puerta y la abrió para dejar que Elise saliera al jardín.

Minerva le había pedido a Elise que usara su mejor vestido, para ver cómo le quedaba. Examinando la muselina que se acercaba a ella, en su mente Minerva le agregó su bolsa de ciervo y un sombrero azul oscuro.

Hizo un gesto para que Elise se sentara a su lado.

—¿Estás trabajando en algún lugar?

—La señora Drable me está ayudando a encontrar algo, pero no ha tenido suerte, ni siquiera con un trabajo de corto plazo.

—Tengo algo que durará varios días. Se lo mencionaré a la señora Drable si te interesa lo que te voy a platicar. Primero necesito ver si tienes el temperamento necesario.

—Me considero una persona muy serena, si a eso te refieres.

—No se trata tanto de eso, pues en este trabajo necesitas actuar, transformarte en alguien más. Quiero ver si puedes hacer eso. Voy a pedirte que muestres un estado de ánimo o una emoción, y tú vas a intentar hacerlo.

Elise asintió, pero su ceño fruncido indicaba que todo esto le parecía muy extraño.

—Bien. Primero quiero que me muestres tristeza.

Elise lo pensó. Cerró los ojos. Cuando los abrió dejó caer su cabeza hacia atrás y comenzó a llorar. Sus gritos y lloriqueos resonaron por el jardín.

Minerva se inclinó hacia atrás, sorprendida. Beth abrió la puerta de la cocina de golpe. Una cabeza se asomó por la ventana de la segunda planta de la casa de al lado. Jeremy llegó corriendo a través del jardín. Elise siguió llorando tan alto que la calle entera debió haberla escuchado. Minerva casi esperaba que la joven comenzara a jalarse el

cabello y quitarse la ropa.

Minerva puso una mano en el hombro de Elise.

—*Así no.*

Elise se quedó en silencio.

—Dijiste tristeza.

—Sí, pero no tristeza desgarradora. Tristeza de decepción. —Hizo un gesto para que Jeremy regresara a la cochera. Beth cerró la puerta de la cocina—. Intentemos esto. Finge que eres una señorita de buena crianza y yo soy el dueño de una tienda. Pregunta si tengo muselina de mejor calidad que la que has visto.

—¿Soy rica?

—Muy rica.

—¿Soy engreída?

—No. Eres amable.

Elise lo pensó un momento. Sonrió suavemente. Amable, pero con un poco de condescendencia. No era la sonrisa que se le muestra a un igual. Sus ojos brillaron con buen humor, pero también esperando respeto.

—Estas muselinas son muy lindas, pero ¿tiene algo mejor? ¿Con ramitas de prímula, tal vez?

Minerva quedó impresionada con lo bien que se había transformado. Elise Turner era una actriz natural. Lo haría muy bien.

—Hablaré con la señora Drable.

CAPÍTULO 11

Chase se bajó del caballo enfrente de la posada. A su lado, Nicholas hizo lo mismo. Un lacayo se llevó los caballos para alimentarlos, darles agua y que descansaran.

—Me alegra que hayamos venido a caballo —dijo Nicholas mientras entraban a la posada—. Fue más rápido y relajado, gracias a estas paradas. Creo que aquí deberíamos comer algo.

Chase también estaba hambriento y acompañó a Nicholas a la enorme sala común. Una ruidosa multitud llenaba la posada, con las mesas ocupadas por personas que viajaban en la carroza a la que le estaban cambiando los caballos en el patio.

Nicholas lo guio hacia la barra donde el tabernero estaba sirviendo cerveza.

—Deberían de irse pronto.

—No me molesta quedarme parado unos minutos.

Después de varias horas en un caballo, su cuerpo le rogaba estirarse.

Pidieron unas cervezas y se recargaron en la barra mientras se entretenían en ver los movimientos rápidos y el consumo de comida aún más rápido de los comensales.

—Llamé al Ministerio del Interior —dijo Nicholas—. Le pregunté a Peel qué teorías estaban considerando sobre la caída del tío Frederick. Me trató con mucha atención y de modo muy respetuoso, pero no me dio información. Tal vez ni siquiera lo están investigando.

—Voy a revisar el parapeto cuando estemos en Melton Park. Lo examiné después del funeral, aunque de manera superficial y muy rápido, pero ahora lo haré con más detalle.

—Hazlo, pero… Él subía muy seguido. Es probable que conociera cada piedra y cada azulejo. Incluso si se hubiera tropezado, para caerse sobre el parapeto se hubiera necesitado algo más.

Chase creía lo mismo. Solo había un pequeño paso para pasar de ese tema a discutir quién lo había hecho. Para evitar esa conversación

cambió un poco su postura para no estar de frente a Nicholas, y vio al grupo de personas que empezaron a prepararse para subir al carruaje.

Una pasajera llamó su atención. Una joven atractiva con cabello café claro, tenía puesto un vestido de muselina azul y un sombrero de un azul más oscuro. Había algo de ella que le pareció conocido, pero no podía recordar de dónde. Su compañera vestía de gris y le daba la espalda a Chase. Mientras este las observaba, la acompañante extendió el brazo para tomar la bolsa en el brazo y su mano quedó a la vista. Era una mano particularmente linda.

Ambas salieron con el resto para volver a tomar sus lugares en el carruaje. Chase se acercó al tabernero.

—¿A dónde va esa carroza?

—A Brighton. Dos de esas carrozas se detienen aquí todos los días.

Nicholas se alejó de la barra para sentarse en una de las mesas que el grupo de la carroza había dejado libre. Chase lo alcanzó, preguntándose por qué Minerva Hepplewhite estaba viajando a Brighton.

—No te preocupes. Puedes hacerlo. Si en tu cabeza te conviertes en una joven de la alta sociedad, eso es exactamente lo que vas a ser. Va a ser como en el jardín.

Minerva le daba instrucciones a Elise mientras caminaban por la calle en Brighton. Pasaban al lado de elegantes tiendas que eran dignas vecinas de la que vendía la mercancía del señor Oliver. Acababan de visitar esta última para confirmar que los cuellos y los puños de encaje estuvieran ahí.

Ahora iban de camino a la tienda que supuestamente vendía la misma mercancía. La que no debería tenerla.

Hubo un cambio notorio cuando atravesaron un cruce de caminos. Las tiendas se hicieron más pequeñas. La mercancía que vendían se veía menos lujosa. Minerva dudaba que las personas de la alta sociedad, cuando visitaban Brighton, pasaran por ahí para comprar.

La señora Oliver le había dado el nombre de la tienda y la encontraron con facilidad. En las ventanas había buenas telas y listones, pero no veía los puños de encaje. Minerva y Elise entraron.

El dueño, el señor Seymour, estaba parado detrás del mostrador enseñándole una caja de trenzas de seda a una clienta. Minerva se puso a ver la mercancía y se fijó en los estantes detrás del señor Seymour. No había puños de encaje.

—No lo tiene a la vista —le susurró a Elise—. Puede que haya tenido que esconderlos. Hay que averiguarlo. Pon mala cara y finge estar decepcionada.

En cuanto la otra clienta se fue, el señor Seymour se dio la vuelta hacia ellas.

—Parece que tu amiga estaba equivocada —le dijo Minerva a Elise —. No creo que los encontremos aquí.

—Fue muy específica —respondió Elise.

—Bueno, pues se equivocó.

—¿Puedo ayudarlas en algo? —preguntó el señor Seymour desde detrás del mostrador.

—Mi amiga Mary me dijo que aquí tenían unos puños de encaje preciosos —dijo Elise—. ¿Acaso los tiene en algún cajón?

—Me temo que no. —El señor Seymour sonrió mientras daba la mala noticia—. Se vendieron todos. Los últimos volaron hace tres días. Había una fila esperando para comprarlos. Unas elegantes damas compraron todos, y por eso algunas de mis clientas regulares quedaron decepcionadas.

Elise puso mala cara de nuevo, haciendo un puchero.

—Ojalá hubiéramos venido la semana pasada.

—Estoy segura de que hay puños de encaje igual de lindos en otras tiendas.

—Solo en una más —dijo el señor Seymour, haciendo una mueca —. Me temo que pagarán un precio mucho más alto que ahí. Mismos puños, mismo encaje, todo del valle del Loira e importado. Solo el precio es diferente.

Le lanzó una mirada significativa a Minerva.

—Muy diferente.

—No podemos comprar lo que no está disponible —le dijo Minerva a Elise—. Buscaremos algo igual de bueno en Londres.

—Pero quería esos puños para mí, y otros puños y cuellos de encaje para la tía Charlotte. —Elise parecía estar a punto del llanto. Minerva la miró alarmada, recordando los gritos en el jardín.

—Bueno, no serán de la misma calidad —comentó el señor Seymour—. Como dije, estos son de Francia. Un diseño exquisito. —Se acercó para compartirles un secreto—: Y tenía un juego que incluso cierta tienda no tenía. Uno nuevo que resultó ser muy popular.

—Está a punto de romper en llanto —lo reprendió Minerva—. Yo puedo lidiar con mi decepción, pero ya sabe cómo pueden ser las mujeres más jóvenes.

—¿Usted también está decepcionada? ¿También quería comprar un juego? ¿Estamos hablando de tres juegos de encajes?

Minerva se encogió de hombros.

—Si los nuevos son tan buenos como dice, creo que serían cuatro o cinco. Por desgracia, usted no los tiene y nos vamos mañana.

El señor Seymour se mordió el labio.

—Espero que venga hoy por la tarde el hombre que me los surte. Para mañana ya los tendría. Si ustedes pudieran…

Como si estuviera distraída, Minerva tocó unos guantes en la mesa que tenían al lado.

—Me temo que nos vamos después del desayuno.

El hombre siguió mordiéndose el labio.

—Tal vez… Si regresaran por la tarde, digamos a las seis en punto, creo que tendría lo que buscan.

La cara de Elise se iluminó.

—¿Verdad que sí podemos? —le rogó a Minerva—. Estaríamos de regreso antes de la cena, y estoy segura de que lady Talbot nos dejaría usar su carruaje de nuevo.

Minerva se mordió el labio inferior.

—¿A las seis en punto?

—Estoy seguro de que tendré lo que buscan para entonces.

—Supongo que sí podremos. Espero que este encaje sea tan increíble como dice, ya que va a ser muy complicado.

—Va a ser el mejor encaje que hayan visto.

Minerva asintió a Elise, y esta sonrió y aplaudió.

Con la cita hecha, Elise y Minerva salieron de la tienda.

—Regresaremos a las cinco treinta y espero ver a ese agente aquí. —Volteó a ver a Elise, que había cumplido con su papel a la perfección—. ¿Lady Talbot?

—Parecía impresionado por la manera en la que el encaje atrajo clientes más finos. Creo que podría esperar toda la tarde a que regresáramos —dijo Elise.

—Ambas estamos triunfando en el mundo. Supongo que voy a tener que contratar un carruaje, ya que dijiste que llegaríamos en uno.

—Probablemente deberías.

—¿Estás disfrutando este trabajo, Elise?

—Ah, sí. Mucho. Gracias.

Esa noche, después de un baño y ya lista para dormir, Minerva se

sentó en el escritorio de su habitación en la posada en las afueras de Brighton. En el reflejo del espejo podía ver a Elise sentada en la cama, cepillando su larga cabellera.

Mojó su pluma en la tinta y comenzó a escribirle una carta a la señora Oliver.

«Tengo todas las pruebas que necesita para convencer a su esposo de que su agente está traicionando su confianza. Yo misma vi al agente en la tienda del señor Seymour cuando entregó al menos dos juegos de puños y cuellos. El señor Seymour los vende a dos chelines y cinco peniques, lo cual es mucho menos que los tres chelines de la otra tienda. Compré cuatro juegos, incluyendo uno que su esposo no importa. Esto indica que el agente está haciendo importaciones por su cuenta o ha encontrado a otro distribuidor que su esposo desconoce.

»Le proporcionaré un informe completo, junto con los juegos comprados, en cuanto regrese a Londres».

Recordó que la señora Oliver estaba decidida a no intervenir, por lo cual tal vez necesitaría más que un reporte escrito para llamar la atención de su esposo. Era probable que su esposo se burlara de ella si las pruebas no eran abrumadoras.

Le gustaría que la señora Oliver no tuviera que vivir con un hombre que hiciera eso. Algernon solía burlarse también cuando ella opinaba. Cuando expresaba un desagradable sarcasmo, ella no le hablaba por un tiempo, hasta que él le hiciera una pregunta. Le tomó varios años darse cuenta de que esa había sido la intención de Algernon desde un principio.

Siguió escribiendo. «Si lo desea, también puedo reunirme con su esposo para describirle mi visita, lo que vi y de lo que me enteré. Con ese testimonio dudo que ignore las preocupaciones que usted tiene».

Nada más que ese patán intentara burlarse de Minerva Hepplewhite…

«Si lo prefiere, puede decirle a su esposo que soy una conocida que suele venir a Brighton a visitar a su madre y que de casualidad vio estos puños. No es necesario decirle que contrató mis servicios.

»Espero regresar a la ciudad el viernes. Otra investigación me mantendrá fuera hasta entonces».

Firmó, dobló y selló su carta. La enviaría al día siguiente.

Se puso de pie, llevó la lámpara a la mesa de noche y desdobló el cobertor. Elise se acomodó debajo de él.

—¿A dónde iremos mañana? —preguntó—. Estabas examinando el mapa del condado con mucha atención durante la cena.

—Vamos a una ciudad llamada Stevening. Está más o menos a una o dos horas en carruaje.

—No tenemos un carruaje.

—Voy a contratar uno.

—Soy toda una señorita estos días, con tu bolsa y el sombrero tan elegante y ahora con un carruaje.

—No te emociones tanto. El carruaje solo será una calesa, y tú te vas a sentar en la parte de atrás.

Se metió a la cama y apagó la lámpara. Estaban acostadas lado a lado en una oscuridad atravesada por un delgado rayo de luz de luna que se escabullía entre las cortinas. Las paredes blancas reflejaban esa luz y hacían que las vigas del techo se vieran negras en contraste. Dos hombres tenían la habitación de al lado, y por los sonidos parecía que estaban disfrutando de una botella juntos.

—La señora Drable me dijo que dejaste tu empleo anterior porque el esposo te molestaba —dijo Minerva.

Elise no respondió, pero asintió con la cabeza.

—¿Fue más que eso?

Sacudió la cabeza.

—Aunque sí me daba miedo que me encontrara sola. Me tocaba de maneras que no debía y me daba miedo que un día… no se detuviera.

Era probable que eso pasara. En algún momento.

—Es bueno que te hayas ido. Sé que es difícil obtener otro empleo sin referencias, pero todo se arreglará pronto, estoy segura.

Esperaba que la Oficina Hepplewhite fuera un éxito y que hubiera suficiente trabajo para Elise.

—Si fuera necesario, podrías regresar a tu pueblo —agregó.

—No lo haría. No hay un lugar para mí ahí, solo hay familiares que no quieren tener nada que ver conmigo. Había un hombre que me propuso matrimonio, pero yo no quise. Así que vine a la ciudad.

Eso estrujó el corazón de Minerva. Conocía muy bien la situación de Elise. Cuando su tío decidió emigrar a América, no le ofreció llevarla con él. Le dijo que tendría un costo, y que llevarla haría más difícil que se pudiera establecer con sus dos hijas. El futuro le había parecido desolador en ese momento, y se sumó al dolor que sentía por perder a las primas que habían sido sus amigas de la infancia. Se veía a sí misma como una institutriz, o tal vez una empleada.

Fue ahí cuando el señor Finley pidió su mano en matrimonio, para la sorpresa y alivio de todos. Un matrimonio por amor, lo había llamado su tío, ya que ella no poseía una fortuna. Un milagro.

Se había convencido a sí misma de que quería ese matrimonio. La realidad era que había aceptado la idea porque no había otra alternativa para una joven de diecisiete años. Algernon era mayor. Tenía treinta y siete años cuando se casaron. Si ella lo veía atractivo de una manera frágil y fina, y con una actitud y expresiones algo empalagosas, pensó que eran nimiedades que dejarían de importarle con el tiempo.

Su matrimonio fue casi normal por un tiempo, excepto en la cama. La culpaba a ella por sus constantes fracasos ahí. Cada vez que él lo intentaba la trataba como si fuera un recipiente vacío para su semilla, y la verdad era que así se sentía. El enojo de Algernon ante su impotencia infectó su matrimonio e hizo que se volviera violento. A medida que pasaba el tiempo, la vida con él se volvió insoportable. Sin embargo lo soportó, por demasiado tiempo, porque no veía ninguna salida.

Se puso a pensar en la tarifa que la señora Oliver iba a pagarle, y en cuánto podría darle a la joven que dormía a su lado.

CAPÍTULO 12

Después de dos días en Melton Park, acompañando a Nicholas mientras cabalgaba por las granjas y llevaba a cabo sus actividades como señor de la casa, Chase decidió que era hora de cumplir con las obligaciones que lo habían traído desde la ciudad.

Con el buen clima de ese día organizó la lista en su cabeza para aprovechar el sol brillante y las calles secas. Pidió su caballo y mandó a un lacayo a decirle a Nicholas que era probable que regresara hasta el día siguiente. Antes de irse, habló aparte con el mayordomo.

—¿El magistrado local ha venido a investigar desde el día del funeral?

El mayordomo negó con la cabeza.

—Nadie ha venido a investigar, señor.

—Necesito que te tomes unos minutos y hagas una lista de los sirvientes que acompañaron a mi tío desde la ciudad en su última visita. También quiero saber si alguien lo visitó, incluso algún vecino. Incluye a cualquier persona que haya estado aquí por cualquier razón en sus últimos tres días.

El mayordomo asintió.

—Una situación terrible, si me permite decirlo, señor. Tan sorprendente y triste. Nadie pudo haberlo previsto.

—¿Previsto? ¿Qué crees que haya pasado?

El mayordomo se ruborizó.

—Le aseguro que no lo sé. Solo me refería a su muerte, no… lo que quiero decir es que no estaba insinuando…

Claro que lo estaba insinuando, pero decirlo provocaría más preguntas, y una de sus obligaciones era asegurarse de que no hubiera ninguna.

Solo podría haber dos formas en las que el tío Frederick hubiera caído del otro lado del parapeto. O por accidente. O porque lo hubieran empujado. Pero por lo que le había insinuado el mayordomo, tal vez hubiera una tercera posibilidad, y una que nadie más había

considerado… Que el tío Frederick hubiera saltado.

No, se equivocaba. Sí la había considerado alguien más. Peel. «Una conclusión que manche el buen hombre de tu tío». No le había puesto mucha atención a esa vaga insinuación, pero ahora se daba cuenta de lo que Peel había querido decir.

Le tomó media hora llegar al límite del estado y otra media hora llegar al pueblo más cercano. Como su destino quedaba aún más lejos, pasó por el pueblo usando la calle principal. Mientras le daba la vuelta al patio de la iglesia notó un poco de color entre las plantaciones. Una mancha azul oscuro se asomó detrás de las ramas de los arbustos. Detuvo su caballo y esperó a que fuera más visible, pero en lugar de eso desapareció.

Examinó el jardín, ya no buscando el azul, sino el gris. No vio ningún otro color inesperado. Siguió su camino, riéndose para sí mismo. Minerva estaba en Brighton. Era ridículo ver evidencia de ella en todos lados, como un niño enamorado por primera vez. De todos modos, ese azul que había visto era muy parecido al que llevaba su acompañante, así que era comprensible que pensara así.

Se preguntó qué estaría haciendo ella en Brighton. Unas breves vacaciones, tal vez. O podría estar metida en problemas. ¿Por qué creía que la segunda opción era más probable?

Una vez fuera de la aldea se detuvo y revisó su mapa de bolsillo. Un kilómetro más adelante y dos vueltas más allá del camino principal, se acercó a una cabaña de tamaño respetable. Detrás de ella podía ver la orilla de un pequeño lago. Frente a ella estaba descansando un caballo atado a una calesa.

Esperaba que la calesa no significara que el señor Edkins tenía una visita.

Se bajó del caballo y lo ató a un poste antes de caminar hacia la puerta. Esta se abrió cuando estaba a punto de tocar. Se encontró frente a la parte de atrás de un sombrero gris.

—Ha sido muy generoso. Me aseguraré de mandarle sus saludos a la señora Fowler.

Una linda mando se alzó para despedirse y el sombrero se dio la vuelta. Un paso más acercó a la dueña del sombrero gris tan cerca que casi toca su nariz.

Alzó la mirada, sorprendida.

Giró la cabeza para ver al señor Edkins sobre su hombro y sonrió.

—Parece que tiene otro visitante.

—Qué extraño. Normalmente no tengo ninguno y ahora son dos en

un día. —El señor Edkins, un hombre de mediana edad con cabello café muy corto, se ajustó las gafas y examinó a Chase.

—Es verdad que he venido a visitarlo —dijo Chase—. Espero que pueda recibirme aunque ya lo hayan molestado.

—Supongo que todavía puedo dedicarle un poco de tiempo.

—Permítame unos momentos con su última visita, por favor, antes de que me atienda.

El señor Edkins cerró la puerta. Minerva ni siquiera lo saludó y caminó hacia la calesa. Chase la siguió.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Le traigo saludos de la señora Fowler a este buen hombre. Estuvieron en la misma casa por años. —Desató las riendas del caballo y se puso a un lado de la calesa.

Chase miró la cabaña. El señor Edkins podía estar observándolos desde la ventana. Volteó a ver a Minerva.

—No muevas esta calesa hasta que yo salga.

Minerva apretó los labios.

—Espero que esa no haya sido una orden.

Maldición, esta mujer podía ser irritante.

—Solo. No. Te. Muevas.

Se subió a la calesa y tomó las riendas.

—Creo que al señor Edkins le parecerá muy extraño que me quede aquí todo el tiempo que tú estés adentro. Había un lugar muy lindo y soleado en la última encrucijada, al lado un arroyo precioso. Si me lo pides de manera amable y no te atreves a darme otra orden, puede que te espere ahí.

Chase apretó los dientes.

—¿Serías tan amable de esperarme para que pueda hablar contigo?

Ella comenzó a darle la vuelta al caballo.

—Tal vez. Deberías ir con el señor Edkins. Planea irse a pescar pronto.

Minerva se fue por el camino en la calesa. Maldiciendo otra vez en voz baja, Chase se presentó en la puerta con su tarjeta en mano.

«¿Qué le dijo a esa mujer?». Chase no podía preguntar así, de manera tan directa, por más que quisiera. En cambio, hizo sus propias preguntas y buscó señales de que el señor Edkins ya las hubiera escuchado recientemente.

Se sentaron en la cómoda sala bien iluminada gracias a unas

hermosas ventanas en la parte delantera de la casa. La cabaña entera tenía una apariencia atractiva, aunque sobria. Esta habitación era de buen tamaño y tenía una peculiar repisa tallada sobre la chimenea. Los muebles, aunque pocos, eran de buena calidad. El señor Edkins había gastado bien y de manera inteligente, sin ser austero. Aunque claro, con la pensión que había recibido en el testamento, no tenía que ahorrar.

El hombre era más joven que el tío Frederick, tal vez tenía unos cincuenta años. La enorme pensión que recibió había sorprendido al procurador, y molestado a la familia. «Le faltarían otros quince años de servicio antes de que mereciera una liquidación de ese tipo», se había quejado Dolores. El tío Frederick no había pensado lo mismo y ahora el señor Edkins vivía como un caballero en un lindo terreno en un lago.

—Escogí esta cabaña porque puedo pescar cuando quiera —comentó el señor Edkins de manera elocuente sobre su propiedad, cuando Chase le hizo un cumplido.

—Nunca pude hacerlo en todos esos años. Lo extrañaba. Ahora puedo salir cuando quiera. —Apuntó hacia la parte de atrás de la casa con un pulgar.

—Me alegra que mi tío le haya dado esa habilidad —dijo Chase—. ¿Ha estado en contacto con la familia de él o los sirvientes de las casas?

Edkins negó con la cabeza.

—Es algo extraño. Difícil de explicar. Cuando se termina, se termina. Las personas con las que compartía mis días… La familia era la que me daba el trabajo, y los otros sirvientes eran… como otros monjes en sus celdas, trabajando en el monasterio de al lado. —Sonrió con esta analogía—. Las amistades son todas muy formales.

—Creía que se mantendrían en contacto aquellos que más tiempo llevaban en la casa. Con cartas y ese tipo de cosas.

—He enviado algunas y he recibido algunas. Todo fue tan rápido y reciente, ¿no? Supongo que nos escribiremos en unos años, cuando pase algo interesante.

Chase se acomodó en la silla tapizada.

—Vine a hacerle algunas preguntas. Espero que pueda compartir algo de información conmigo.

¿Se había imaginado que el señor Edkins había mirado por la ventana y al patio justo donde Minerva había estado hace un momento?

—¿Alguien más le ha hecho preguntas sobre esa noche? —indagó Chase. «Maldita sea, ¿qué le dijo a esa mujer?».

—Había un hombre en la casa, después de la muerte de Su Excelencia, antes de que me fuera. Estuvo ahí solo un día y nos hizo muchas preguntas.

—¿El magistrado?

—Eso creo. Yo estaba tan sorprendido que no le puse mucha atención a su nombre y esas cosas. No me gustó cómo nos trató. Más que nada nos gritó las preguntas, si usted me entiende.

—¿Respondieron sus preguntas?

El señor Edkins adoptó la mirada en blanco que todos los sirvientes conocían.

—Por supuesto. Todas las que hizo. Quería que le dijera lo que yo sabía de la muerte del señor Frederick. Le respondí que no sabía absolutamente nada. Estaba dormido cuando pasó. También quería saber lo que el patrón había hecho durante el día. Le dije solo lo que estaba seguro de haber visto, cuando se levantó de la cama, cuando bajó. No creí que estuviera bien decirle lo que me contó que iba a hacer, como salir a cabalgar y esas cosas. Como no lo vi hacer eso, no le dije a ese hombre lo que me había contado.

—Muy sabio de su parte. Lo que usted escuchó que iba a pasar o que podría pasar pudo no haber pasado, e incluir esa información podría complicar la investigación.

—Gracias, señor. Aunque le confieso que más bien no se lo dije por como me trató ese hombre. Admito que sí quería darle toda la información posible.

Chase se puso de pie.

—¿Podría mostrarme el lago? Si quiere pescar, hágalo. Mis preguntas son rápidas, pero puede que sean más específicas que las del magistrado.

El señor Edkins lo guio por la casa. Tomó una caña y su equipo de pescar de una mesa cerca de la puerta del jardín. Juntos salieron del jardín por una puerta trasera y caminaron unos quince metros hacia el lago. Edkins comenzó a preparar su caña mientras Chase apreciaba la tranquila escena.

El lacayo lanzó el sedal. Chase se sentó en el tronco de un árbol.

—Señor Edkins, ¿algún miembro de la familia estaba en Melton Park ese día o los tres días anteriores?

—No vi ni escuché a nadie. El mayordomo sabría más que yo.

—Pero el duque pudo haber mencionado algo mientras usted lo

atendía.

Edkins movió su anzuelo en un pronunciado círculo.

—No me mencionó el nombre de ningún familiar.

El hombre estaba respondiendo de la misma manera que le había respondido al magistrado. Con cautela. Eso despertó la curiosidad de Chase. ¿Había recibido Minerva respuestas más directas? Como ella no tenía autoridad para preguntar, tal vez habría conseguido más información.

—¿Hubo visitas? ¿De cualquier tipo? Un vecino, tal vez. Un socio. ¿No estuvo por ahí alguna persona que usted no conociera, o que tampoco fuera un sirviente?

No se le ocurría ninguna otra manera de cubrir todas las posibilidades.

Edkins revisó su sedal. Hizo rebotar el anzuelo. Parecía que no había escuchado la pregunta.

—Una —dijo por fin—. Esa tarde. Me asomé al jardín y vi a Su Excelencia con alguien. Una mujer.

—¿Una de sus hermanas?

—No sabría decirle. No creo que haya entrado por la puerta principal. Tal vez entró por el jardín, por la parte trasera. No pude verla bien. Solo supe que era una mujer por el sombrero y esas cosas. Estuvieron caminando entre los árboles de la parte de atrás.

—¿Cree que la haya estado esperando?

—No lo sé. Pero habló con ella. No hizo que se fuera.

Una mujer. Maldición.

—¿Ha visto usted a alguna mujer que se parezca a aquella que vio ese día? ¿En Londres, por ejemplo?

Agregó la última parte para calmar su conciencia y asegurarse de que no estaba preguntando si Edkins había visto a esa mujer hacía media hora, en su propia sala.

—No puedo decir que lo he hecho, señor.

Eso no era lo mismo que decir que no la había visto.

—Esa tarde, después de la cena, ¿el duque regresó a su habitación? ¿Lo ayudó usted?

—No. Yo estaba durmiendo en el vestidor, como solía hacerlo. Él casi siempre subía muy tarde en la noche. Muy rara vez lo preparaba para dormir antes de la medianoche. Ese día, de repente ya era de mañana y nunca llegó. Pronto descubrimos por qué.

—¿Qué cree que haya pasado?

—Yo creo que se cayó. No es seguro ahí arriba. La pared no habría

sido de mucha ayuda si se resbaló. No sé por qué subía de noche, si era tan peligroso.

Subía porque ahí arriba, de noche, no existía nada más que él y el cielo. El tío Frederick no era un hombre muy espiritual, excepto por su hábito de caminar bajo las estrellas.

A Chase no se le ocurría qué más preguntar. Se puso se pie. Justo en ese momento el sedal se tensó y se hundió un poco. El señor Edkins comenzó a tirar de su caña de pescar.

—Va a ser pequeño —dijo—. Un lago pequeño significa que hay peces pequeños. Pero no necesito mucho para mi cena.

—Lo dejo para que se concentre. Conozco la salida. Gracias por recibirme.

Salió hacia el jardín y caminó hacia la entrada principal. Una mujer había visitado al duque el día de su muerte. Maldita sea.

Minerva dejó que el caballo comiera césped mientras ella se sentaba en un tronco caído y veía el arroyo correr frente a ella. Este lugar sería precioso en primavera, con flores salvajes creando gigantes franjas de color. Ahora solo había algunas hojas amarillas y anaranjadas caídas que hacían que no solo hubiera ramas secas en el suelo.

Escuchó a un caballo acercarse detrás de ella. Tal vez no debería haberse quedado por la forma en que Chase se lo había dicho. Y no lo hubiera hecho en otras circunstancias, pero quería saber si él había conseguido más información que ella, o si había sido la misma.

El señor Edkins no había hablado mucho, pero las preguntas que ella le había hecho no habían sido lo suficientemente directas como para conseguir buenas respuestas. A diferencia de Chase, que seguro le había anunciado que estaba llevando a cabo una investigación, ella había usado su amistad con la señora Fowler, la cocinera, como una excusa para su visita. Había tenido que hacer a un lado su curiosidad sobre la familia y el duque y su muerte para hablar de cosas más generales. Sin embargo, no le había ido tan mal. Al señor Edkins se le había escapado sin querer un pedazo de información que era útil. Un sorprendente dato. Dudaba en compartirlo con Chase.

El caballo se detuvo cerca de la calesa. Chase desmontó y ató las riendas a la parte de atrás de su transporte. Se acercó a ella y le ofreció su mano.

—Te llevaré de regreso al pueblo.

Le permitió ayudarla a ponerse de pie.

—¿Qué te hace pensar que necesito regresar al pueblo?

—Vi a tu acompañante ahí. Supongo que al menos necesitas reunirte con ella.

La ayudó a sentarse en la calesa, después tomó las riendas y se sentó a su lado. Se fueron por la calle con su caballo atrás.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Chase.

—¿Qué estás haciendo tú aquí?

A su lado sonó un suspiro de irritación.

—Vine a Melton Park con mi primo por unos días.

—¿El duque está en la residencia?

—Así es.

Qué inconveniente. Su plan de pedirle al ama de llaves un recorrido por la casa ya no funcionaría. Lo mejor que podría hacer era regresar la calesa y buscar un transporte de regreso a Londres.

—¿Qué te dijo Edkins? —preguntó Chase.

—Muy poco. Hablamos de cosas de hace muchos años y sus recuerdos.

—¿Recuerdos de qué? ¿De hace cuántos años?

—Muchos años. La señora Fowler y su patrón. Admiraba mucho al último duque, ya que como lacayo lo veía en términos muy humanos, con los baños y todo eso. Me dijo que el hombre era un genio. Esa fue la palabra que usó. Excéntrico, muy extraño por momentos, pero un genio que no soportaba a los tontos, y, según él, muchos lo eran.

—Mi tío era muy amable al respecto. Los tontos rara vez sabían que él pensaba de ellos de esa manera. ¿Habló sobre los negocios de mi tío?

—De manera general. No estoy segura de que el señor Edkins entendiera de qué se trataban. Invenciones, las llamó. Cosas financieras. Construcciones. Importaciones. Mencionó que podría haber discusiones al respecto. Algunos de los inversionistas podrían ponerse exigentes.

No mencionó el ejemplo específico del cual él le había contado.

—Uno de esos socios pudo haber tenido una razón para querer deshacerse de él. Si alguno de ellos lo había engañado, por ejemplo. Voy a investigar eso un poco más.

—Cuando llegues a eso en la lista, quieres decir, ¿no?

Si iba a ser necesario investigar a los socios, ella estaba en desventaja porque no sabía ni siquiera en qué negocios había invertido el duque. Sin embargo, ella no creía que hubiera sido un socio. No exactamente.

Condujo la carroza más rápido que ella, así que no tardaron mucho en acercarse al pueblo. Bajó la velocidad cuando vieron los techos.

—¿Te estás quedando en la posada?

—Solo una noche. Nos vamos esta tarde.

—Seguro planeabas hacer algo más que hablar con el lacayo del antiguo duque. Me imagino que tenías un plan para entrar a Melton Park.

—¿Por qué querría hacer eso?

—¿No era ese tu plan? Viniste hasta aquí solo para darle los saludos de la cocinera a Edkins. Eres un alma noble.

—Gracias. Intento serlo. Aunque he escuchado que Melton Park tiene una casa increíble, y me preguntaba si el ama de llaves daba recorridos cuando la familia no está en residencia.

La calesa se movía lentamente.

—Yo puedo ayudarte a entrar, claro —dijo Chase—. Como mi invitada. A tu acompañante también.

—Creo que vale la pena verla, es una casa importante.

—No sabía que te interesaba la arquitectura. Si es así, deberías verla. ¿Por qué no te quedas una noche más? Podemos examinar el parapeto juntos. Su arquitectura es única.

Minerva se dio la vuelta para ver si hablaba en serio.

—¿Cómo le explicarás quién soy a tu primo?

Chase lo pensó mientras la calesa entraba a la calle principal del pueblo.

—Le diré que eres una de mis agentes, que en ocasiones me apoyas en las investigaciones.

—Tu empleada, en otras palabras. Preferiría que le dijeras que soy tu socia de vez en cuando. Que soy una mujer que lleva a cabo sus propias investigaciones pero que trabaja contigo cuando necesitas ayuda.

—No voy a decir que necesito ayuda, mucho menos de ti. Si lo hacemos, eres una empleada ocasional o no vienes.

—Si vas a ser tan orgulloso, lo haré a tu manera. Puede que sea lo mejor. Como tu socia tendría que comer contigo y el duque y aburrirme. Como empleada puedo comer con los sirvientes y aprender algo.

—Como mi empleada, deberás informarme de lo que sea que descubras.

—¿Vas a pagar mi tarifa? Si no, no soy tu empleada. Solo estamos fingiendo.

Lo pensó un momento.

—Si tu tarifa es razonable…

—Veinte libras.

—¿Veinte libras?

—Al día.

Chase se rio.

—Nadie le va a pagar eso a una mujer para nada.

—¿Es demasiado? Oh, vaya. Debí haber investigado cuál es la cantidad correcta, supongo. ¿Cuál es tu tarifa?

No respondió. Al parecer no eran veinte libras.

—Lo mejor será que solo finjamos —dijo Minerva—. Te informaré de lo que crea que debas saber.

Eso no fue lo que él le había pedido.

—Vamos a necesitar un nombre para ti. Lo mejor sería que mi primo todavía no te conozca como una heredera.

—Seré la señorita Rupert. Será fácil para todos recordarlo porque es el nombre de mi calle. Ah, ahí está Elise, frente a la iglesia, esperándome. Voy a evitar que esté con otras personas, para que no revele nuestro plan.

Recogieron a la amiga de Minerva, la señorita Turner, en el patio de la iglesia, y sus maletas en la pequeña posada. Chase contrató a un hombre para que regresara la calesa a su dueño, y después contrató un carruaje para que los llevara a Melton Park.

Una vez ahí dejó a las mujeres con el ama de llaves, y dijo que eran sus invitadas, para que les dieran una buena habitación. Una vez que se fueron se encaminó a la biblioteca. Encontró a Nicholas parado en el umbral de la puerta, viendo cómo las faldas subían la escalera principal.

—¿Quiénes son?

—Una es la señorita Rupert y la otra es su acompañante, la señorita Turner. La señorita Rupert hace pequeñas investigaciones para mí de vez en cuando. El tipo de trabajos que es más conveniente que haga una mujer.

—Supongo que es la del conjunto gris con mirada inteligente, y no la linda joven de azul.

—La linda joven de azul no es para ti, si es lo que estabas pensando. La señorita Rupert no aprobaría que alguien tratara de acercársele a esa joven.

—Se ve de al menos veinte años. No es una niña, aunque tiene un aire de frescura. Fue encantadora la manera en la que se asombró con los detalles del vestíbulo.

—Cada vez que veo todas esas máscaras africanas, incluso yo me asombro. —Se dejó caer en el diván y estiró las piernas—. Hoy visité a Edkins.

—¿El lacayo del tío Frederick? ¿Cómo está?

—Prosperando. Tiene una excelente propiedad en un buen terreno con un lago en la parte de atrás. Pasa las tardes pescando su cena. Le va bien.

—Alguien más que se vio muy beneficiado. Entre las personas que recibieron dinero y las que no, la lista de motivos para matarlo sigue creciendo.

—Qué fácil sería si lo hubiera hecho de manera normal y te lo hubiera dejado todo a ti. A nadie le hubiera gustado, pero sería tan común que dudo que la familia estuviera armándose para una batalla como lo está haciendo ahora.

—Tal vez el tío quería ahorrarme el esfuerzo de pensar en todo el dinero que esperarían de mí. ¿Edkins te contó algo interesante?

«Una mujer lo visitó ese día». Chase no sabía por qué eligió no compartir eso. Se sentía deshonesto. Su corazón le decía que, sin importar lo que hubiera pasado, Nicholas no estaba involucrado. Sin embargo, una vez había estado igual de seguro de la inocencia de otro hombre y se había equivocado. Detestaba que una desilusión pasada lo hiciera ocultar información ahora.

—Invitaré a la señorita Rupert y a su amiga a cenar con nosotros. Será una distracción de todo eso —dijo Nicholas, mientras apuntaba a la pila de papeles en una mesa.

—Mañana, tal vez. Hoy va a cenar abajo para conocer a los sirvientes.

—¿Crees que descubra algo nuevo? El magistrado fue más que exhaustivo al cuestionarlos.

—Si fueras un joven lacayo o una criada, y creyeras que escuchaste algo aquella noche pero no estuvieras seguro, ¿se lo dirías a un magistrado? Después de que los cuestionó, la mayoría de las mujeres salió llorando del estudio.

—¿Crees que confiarían en la señorita Rupert?

—Es posible, para empezar debe haber algo que confiarle. Además tiene una actitud que parece invitar a que se fíen de ella.

—Hay admiración en tu voz cuando hablas de ella.

—Es muy útil.

—Ajá, ¿útil? Qué práctico. También es muy atractiva. Ojos cautivadores. Debes admirarlos tanto como su inteligencia. —Su mirada se volvió pensativa, como si estuviera evocando el recuerdo de ella—. Sí, muy atractiva.

A Chase no le gustó el tono que usó para ese recuerdo privado.

—¿La has besado? —preguntó Nicholas.

—No.

Sí, pero ella ya no estaba interesada en eso. Pero Nicholas era un duque. Era probable que cualquier mujer estuviera interesada en que un duque la besara. Incluso Minerva.

—Eso significa que no te atrae. Si lo hicieras, habrías intentado besarla. —Nicholas juntó las manos detrás de su cabeza, estiró los brazos doblados en el diván y entrecerró los ojos para mirar a Chase —. Es definitivo que las invitaremos a cenar con nosotros.

Chase conocía esa mirada.

—Tengo que dejarte. Debo arreglar unas cosas aquí. Por favor invítalas a cenar. Mañana por la noche.

Nicholas sonrió. Chase fue hacia la puerta.

—Una cosa más —añadió Chase antes de irse—. Dije que su acompañante no es para ti. La señorita Rupert tampoco.

Nicholas se rio.

—No puedo creer que estés advirtiéndome que me aleje.

—Créelo.

CAPÍTULO 13

Minerva intentó no verse tan asombrada como Elise, pero era difícil. Algernon había sido un hombre al que le iba bien con el dinero, incluso podría decirse que era adinerado, según la mayoría de los estándares, pero los duques tenían un existencia completamente diferente de lo que ella había experimentado. La casa no solo era impresionante por su tamaño y diseño, sino porque el gusto del tío de Chase la había llenado de objetos extraños y exóticos que jamás había visto.

Las máscaras y lanzas en la pared del vestíbulo solo eran el principio. Un zoológico de animales embalsamados llenaba el primer rellano de las escaleras. Un tigre, una jirafa, un animal cuyo nombre desconocía… la mejor taxidermia que había visto.

El ama de llaves, la señora Young, se dio cuenta de su interés.

—Muchos de ellos estuvieron vivos aquí. Tenía una sección del parque para ellos. Al antiguo duque le gustaba este tipo de creaturas exóticas. No tanto las más comunes, excepto los caballos. Así que cuando uno de ellos moría —de este tipo, no los caballos— hacía que lo prepararan para quedarse aquí.

Casi sonaba sentimental, como si al antiguo duque de verdad le hubiera importado su colección y no hubiera sido solo el capricho de un hombre que puede comprar cualquier cosa. Se preguntó si le habría puesto nombre a cada uno.

—Espero que esto sea de su agrado —dijo la señora Young al abrir la puerta a la habitación de Minerva en el tercer piso. Habían llegado a la segunda sección, y esta puerta estaba en un pequeño rincón en la parte de atrás.

—Su acompañante estará en una habitación similar del otro lado. El señor Radnor me dijo que las pusiera aquí, no más arriba.

—Arriba habría estado bien —dijo Minerva—. Estoy acostumbrada a comer con los demás empleados.

—Dijo que aquí. No es una sirvienta como tal, aunque le esté

pagando. —El ama de llaves hizo un gesto y una joven entró—. Ella es Sarah. Las ayudará a ambas. Es muy buena con el cabello, a pesar de no ser una doncella.

Sarah les sonrió antes de adoptar un comportamiento más recatado.

—La dejaré para que la ayude a instalarse. —La señora Young giró para mirar a Elise—. Si viene conmigo, le mostraré su habitación.

Minerva esperó a que se fueran, después presionó suavemente el colchón. Muy bien. Se asomó por una de las ventanas. Podía ver una parte del jardín, después había un prado y más allá unos campos.

Sarah levanto su maleta y la puso sobre un banco. Minerva se dio cuenta.

—Yo puedo desempacar. No son muchas cosas.

Solo había planeado quedarse tres noches, así que no tenía mucha ropa.

—¿Le gustaría que prepare un baño o que le ayude a desvestirse para descansar?

Quería que la criada se fuera para poder explorar la casa mientras podía.

—No, pero estoy segura de que la señorita Turner disfrutaría ese baño. Dile que creo que debería descansar un poco. Además, mientras ceno con los sirvientes la señorita Turner va a comer en su habitación.

Sarah se fue. Minerva estaba a punto de revisar que el rellano estuviera vacío cuando sonó un golpe en su puerta. La abrió, esperando ver a Elise.

En su lugar había un lacayo.

—Para usted, señorita Rupert. —Le ofreció un pedazo de papel doblado.

Minerva lo abrió. «Hay unas escaleras traseras detrás de la puerta al final de cada rellano. Úsala para subir. Te veo ahí. C. R.»

—¿Quiere enviar una respuesta? —preguntó el lacayo.

—No.

Minerva espero hasta que se fuera. Después salió a buscar las escaleras.

Desde el camino resguardado por el parapeto podía ver a kilómetros de distancia, incluso más allá de las pequeñas colinas que flanqueaban el norte del terreno. Había unas nubes oscuras ahí. Parecían estarse moviendo al este, no al sur, y Chase dudó que una tormenta fuera a

arruinar ese bello día.

Volteaba a ver la puerta que llevaba al interior de la casa, preguntándose si Minerva subiría. Supuso que sí. Querría ver el lugar de donde el tío Frederick se había caído. Era la única razón por la que había dejado Londres.

A ella no le había gustado saber que Nicholas estaba en la residencia. Era probable que hubiera tenido planeado pedirle un recorrido al ama de llaves. Se imaginó al ama de llaves mostrándoles a las dos jóvenes las habitaciones, sin darse cuenta de que una de ellas se quedaba atrás para admirar los adornos. Se imaginó a Minerva uniéndose de nuevo al recorrido veinte minutos después, disculpándose por haberse perdido. Eso le daría suficiente tiempo para encontrar las escaleras al techo, subir, examinar el parapeto y regresar rápidamente.

Era ingeniosa, tenía que aceptarlo. Inteligente. Se preguntó qué habría sido lo que le contó Edkins cuando hablaron sobre los viejos tiempo en la casa de su patrón. Si Edkins le hubiera mencionado a ella lo de la mujer en el jardín, Minerva estaría a la defensiva. Después de todo, ella pudo haber sido esa mujer.

«¿Lo mataste?». No creía que ella lo hubiera hecho. Ella estaba esforzándose mucho en descubrir si alguien lo había hecho, y si hubiera sido así, quién.

Podría simplemente preguntarle y considerar si ella le respondía con la verdad. Había estado tentado a hacerlo muchas veces, desde que sus conversaciones se volvieron más amigables. No lo había hecho porque… se rio para sí mismo. No lo había hecho porque ella podría decirle mentiras que él estaría más que dispuesto a creer. Eso es lo que le pasa a un hombre cuando desea a una mujer.

Así que solo tenía su propio juicio, y podría confiar más en este si no deseara a Minerva. Él no sospecharía que encontraba excusas para ella, ni confiaría tanto en su intuición o instinto —su sentido interior, como ella lo llamaba—, sino en los hechos concretos. Cualquier investigador se volvía inútil cuando los sentimientos triunfan sobre la información.

«¿Lo mataste?». Casi podía escuchar la voz de su tío siete años atrás, ahí, detrás del parapeto, mientras observaban las tierras y hablaban sobre algunas inversiones que el duque había hecho. La pregunta había llegado justo en medio de una pequeña pausa, como si fuera parte de la conversación. La había estado esperando. Si alguien tenía derecho a preguntar, era el tío Frederick.

«No, no exactamente. Pero de algún modo, sí». No había tenido más opción que explicarlo en ese momento. Había sentido cierto alivio al hacerlo. Tal vez su tío sabía que eso pasaría.

—Me tomó mucho tiempo encontrar la puerta a la escalera. Estaba muy bien escondida.

La voz sonó justo a su lado, sacándolo de sus recuerdos. Ni siquiera había escuchado llegar a Minerva. Detrás de ella, la puerta a las escaleras ahora estaba abierta.

—¿Dónde pasó?

Recargó un codo en el parapeto y la miró. Seguía usando el conjunto gris. No le favorecía, pero tampoco la hacía ver mal. En todo caso, su falta de color y de adornos dejaba que su presencia dominara. En lugar de que distrajera un color brillante o un bordado, lo único que había para admirar era a la mujer misma.

Se permitió un momento para hacer eso, observando cómo sus ojos oscuros se iluminaban con interés mientras miraba las tierras y más allá, olvidándose por un momento de la misión que la había llevado hasta ahí.

—¿Qué te hace pensar que te pedí que subieras para ver dónde había sucedido?

Alejó la mirada de la vista.

—No podría haber otra razón, y dijiste que me ayudarías a entrar.

—Claro que podría haber otra razón, y lo sabes.

Su mirada regresó a las tierras. Sus mejillas se sonrojaron.

—Ven conmigo —le dijo—. Te enseño.

La guio por el parapeto hacia un lugar que estaba sobre la parte trasera de la construcción.

—Se puede pasar por todo el camino —explicó Chase—. Como puedes ver, el pasillo es estrecho, pero no es peligroso. Fue construido para que habitantes de la casa lo usaran. Como mi tío lo usaba de manera tan frecuente, se aseguraba de que estuviera en buenas condiciones.

—Incluso hay bancas para sentarse a observar. Debe de ser muy agradable en una noche de verano.

—Durante las fiestas, los jóvenes invitan a las muchachas más jóvenes con ese propósito.

Entre otros.

—Se ve seguro y bien cuidado. No siento que uno pueda tropezarse con losas sueltas. ¿Fue un día húmedo? ¿Había lluvia o nieve?

—Fue un día agradable.

—¿Habías subido antes?

—A veces.

—¿Con él?

—Algunas veces subía solo.

—¿O con una joven durante una fiesta?

—También.

Se detuvo. Alguien había pintado una línea gruesa en el parapeto, donde había caído el cuerpo. El magistrado, probablemente. Lo habían hecho un día antes de moverlo.

Se asomó sobre la pared. Su mente imaginó el cuerpo de su tío y la sangre.

Minerva también se asomó, pero como era más pequeña no pudo ver mucho. Se paró en la punta de los pies y estiró el cuello. Él se puso a su lado, la tomó de la cintura y la levantó hasta que quedó sentada sobre su antebrazo. Ella giró su cuerpo para acomodarse y se aferró a sus hombros mientras miraba hacia abajo.

Eso dejaba su pecho frente al rostro de Chase.

—Es una caída larga. —Se dio la vuelta, como si se hubiera dado cuenta de su propia vulnerabilidad o de la posición de su pecho—. Ya puedes bajarme.

Lo hizo y ella se acomodó la falda, dando un paso lejos de la pared y mirándolo con atención.

—¿Era tan alto como tú?

—Casi.

—Esa pared no es tan segura para una persona de tu altura como lo es para alguien como yo. Yo estoy muy segura detrás de ella. Pero así como termina a la altura de mi pecho, termina a la altura de tu cintura. Es una diferencia crítica. —Frunció el ceño—. Supongo que no puedo convencerte de ver si es posible que te caigas.

—¿Cómo me convencerías?

—¿Disculpa?

—Dijiste convencerme. Me da curiosidad saber cómo harías eso.

—Con recordatorios de que quieres saber lo mismo que yo.

—Qué aburrido.

Chase giró hacia la pared, se recargó contra ella y probó su equilibrio. Colgó los brazos sobre el parapeto, como si intentara alcanzar algo que se hubiera caído. Se inclinó aún más hacia adelante, para ver si se sentía inseguro, si un centímetro más lo llevaría al otro lado.

De repente, el borde del parapeto se estrelló contra su cuerpo, y

tuvo que esforzarse por sostenerse a él mientras sus pies dejaban de estar en contacto con el suelo por un momento.

Un peso lo jaló de regreso. Respiró hondo, mirando al suelo debajo mientras el pánico disminuía. Se enderezó y el peso desapareció.

Furioso, se dio la vuelta.

—¿Qué demonios?

Ella se atrevió a parecer inocente.

—No estabas en peligro. Te sostuve de tu abrigo todo el tiempo.

—Como si una mujer de tu tamaño pudiera evitar que un hombre de mi tamaño se cayera.

—No te empujé con suficiente fuerza para que te cayeras.

—Pero, ¡¿por qué me empujaste?!

—Para que pudiéramos descubrir lo que necesitábamos saber. Ahora ya nos dimos cuenta de que es posible empujar a un hombre de tu tamaño para que se caiga. No es necesario un golpe. No hay pelea. No hay que dejarlo inconsciente primero. Un buen empujón cuando esté cerca de la barda y puede pasar. Tal vez necesitara un poco más de esfuerzo, pero un solo empujón habría sido suficiente para mover su peso hacia adelante y hacerlo perder el equilibrio.

—Maldita sea, pudiste haberme informado de tu experimento antes.

—También sabemos —continuó, como si no hubiera notado su ira — que es probable que una mujer pudiera haberlo hecho. Y digo que es probable, porque si de verdad hubiera querido que te cayeras habría tenido que empujarte más fuerte, y no tengo el tamaño para hacerlo. Pero si la mujer fuera más pesada, más alta y más fuerte que yo…

Dejó la idea sin terminar.

—Tú no tenías idea de si tu empujoncito iba a ser más efectivo de lo que creías. Yo podría estar muerto en este momento y tú estarías viendo mi cuerpo pensando: «Oh, cielos, creo que lo empujé con demasiada fuerza».

—No estaría pensando eso.

—No. Estarías pensando en cómo convencer al magistrado de que no fue deliberado.

Eso hizo que desapareciera la seguridad en su cara.

—No es cierto. Estaría demasiado angustiada como para pensar en posibles riesgos. Sin embargo, tienes razón. Debí haberte avisado. Lo malo es que habrías estado preparado y el experimento no hubiera funcionado tan bien, pero al menos no creerías que arriesgaría tu vida

sin pensarlo bien.

Se veía arrepentida. Tanto que Chase se sintió mal por haberla regañado. Tuvo que controlar el impulso de abrazarla y decirle que él nunca había estado en peligro en realidad.

—También aprendimos algo más —dijo, como una manera de tranquilizarla—. Sabemos que es muy poco probable que se haya caído sin un empujón. No es posible que se haya tropezado, haya perdido el equilibro y que se haya caído sobre la barda.

—Imposible, estoy de acuerdo.

En otras palabras, la muerte del duque no había sido un accidente.

Minerva se alejó del lugar de la caída y tomó el camino largo para poder cruzar todo el techo antes de regresar a la puerta. Chase la siguió. Lo sentía detrás de ella. Todavía estaba molesto, pero ya no tanto.

Se detuvo cuando estuvo sobre la fachada de la casa. La vista era magnífica. No había muchas colinas de ese lado, y más allá de los árboles que estaban a lo largo del sendero que llevaba a la casa, podía ver el camino para los caballos y las carrozas, e incluso algunas aldeas y granjas lejanas.

—Es increíble estar aquí arriba —dijo Minerva—. Entiendo por qué le gustaba estar aquí. Si yo viviera aquí, subiría varias veces al día.

Chase no dijo nada, solo observó, igual que ella. A Minerva le gustaba que pudieran compartir silencios amigables de este tipo.

—¿«Angustiada»? —La palabra llegó a ella en una voz baja con un tono divertido y curioso—. Me siento halagada.

Tendría que ponerles más atención a las palabras que usaba cerca de él, ya que él parecía hacerlo.

—Sin importar lo que creas, no mato hombres sin pensarlo.

—Pensarlo es entendible. La angustia, sin embargo…

—Compartimos unos besos. Debería tener un corazón muy frío si no sintiera al menos un poco de angustia.

La punta de sus dedos acarició un lado de su rostro, lo que hizo que la mejilla de Minerva temblara con una placentera sorpresa. Tomó su barbilla con delicadeza y giró su cabeza para que ella pudiera verlo, y él a ella.

—Sobre esos besos —dijo Chase—. ¿Te asusté de alguna manera?

Su alma suspiró. Él quería saber por qué había reaccionado como lo hizo.

—No fue algo que tú hayas hecho. No tienes culpa de nada.

—No entiendo.

Claro que no. ¿Cómo podría? Nunca había hablado de eso con nadie. Nunca había tenido que hacerlo, porque no había tocado o besado a nadie en años. Bajó la mirada porque sabía que no podría hablar si lo miraba.

—No soy como otras mujeres. No está en mi naturaleza conocer ese tipo de placer o deseo. Por favor acepta esta explicación. Decir más sería demasiado vergonzoso.

Ponerlo en palabras lo hacía más real. Hace mucho tiempo había aceptado y vivido con esa triste verdad, pero decirlo en voz alta la dejaba sin aliento.

La mano alzó su barbilla.

—Eso no es cierto, Minerva. Estabas tan afectada como yo. ¿Crees que un hombre no puede reconocer lo que siente una mujer?

Había conocido por unos momentos ese placer con Chase. Volver a sentirlo solo haría que el final fuera más decepcionante. Si las cosas progresaban, estaba segura de que en algún momento volvería a ser el recipiente vacío que tolerara la imposición de un hombre. Nunca quería volver a sentir eso. Jamás.

Debería decirle que estaba equivocado, que había probado para ver si algo había cambiado en ella, pero había descubierto que no. Sería una mentira, pero podría evitar dar más explicaciones.

—Tal vez entendiste mal porque eso querías.

Su pulgar acarició los labios de Minerva.

—¿De verdad? Dime que eso fue lo que pasó y que esos besos no te hicieron sentir nada y nunca más volveré a hacerlo.

«Nunca más». Una palabra de ella y esa parte que había despertado podría regresar a dormir. Una terrible angustia le estrujó el corazón. Esa suave caricia en sus labios encendió una rebelión en su espíritu contra la idea de hablar. «Tal vez… podría…».

Sus labios reemplazaron el pulgar. Más cálidos. Más firmes. Ella cerró los ojos e intentó controlar sus expectativas.

Era maravilloso cómo las sensaciones la absorbían, hasta que no hubo pensamientos ni miedos. El placer era demasiado físico y la intimidad demasiado espiritual como para dejarse distraer por la preocupación. Una ola de estupor sensual se extendió por su cuerpo, inundando las zonas más secas de su alma.

No le importó que la abrazara. Lo aceptó con gusto. No se opuso cuando la llevó a una de las bancas y la acomodó en su regazo. Su

creciente ardor y los besos apasionados y las caricias firmes no la asustaron. Incluso disfrutó la manera en la que su lengua exploraba y hacía que todo su cuerpo se estremeciera, enviando deliciosas espirales por su cuerpo. «Tal vez…».

Una locura se apoderó de ella, una que deseaba más de ese placer que parecía mejorar a cada momento. Minerva se regocijó en la increíble libertad que el delirio creaba. No quería controlarse. No sabía cómo. Perdió el control de la última conexión a su antiguo ser y aceptó el desenfreno de sus sentidos.

La mano de Chase en su pecho la hizo desear más. Los dedos que estaban trabajando en los botones de su abrigo creaban una impaciencia exquisita. Solo esa mano en su pecho hizo que su asombro se detuviera. Por un momento los recuerdos, agotadores y tristes, intentaron apoderarse de ella. No los dejó. «Ahora no. No». Chase acarició uno de sus pechos y un placer increíble la ayudó, derrotando a la cautela y al miedo.

Después vino la gloria. A tal grado que casi se rio por la felicidad que estaba sintiendo. Él sabía exactamente qué hacer, cómo tocarla y acariciar su cuerpo para que se perdiera a sí misma. Minerva abrió los ojos para mirar el cielo hermoso y sintió que estaba volando. Bajó la mirada para apreciar la expresión tensa, tan dura y firme en su pasión, y besó su cara en una docena de lugares. Se quedó sorprendida cuando la mano de él se detuvo y los besos cesaron.

—No podemos continuar aquí.

Puso su frente contra la de Chase mientras la tensa espiral dentro de ella comenzaba a desenrollarse lentamente. No, no podían. Pero cómo deseaba que pudieran.

La abrazó ahí por un largo tiempo. No quería que la soltara. Después de unos momentos, sin embargo, tuvo la claridad mental para quitarse de su regazo para que él no tuviera que pedirle que lo hiciera. Abotonó su abrigo de nuevo.

Se pusieron de pie y él tomo su mano.

—Ven conmigo.

Bajaron las escaleras. Pasaron el nivel del ático donde vivían los sirvientes. Se preguntó si subirían por la noche a disfrutar del aire veraniego o de citas a escondidas. Siguieron bajando, más allá de la puerta que había utilizado para llegar a las escaleras. Bajaron un piso más. Chase abrió una puerta.

—Estas son las habitaciones de la familia. Esa es la mía. —Apuntó a una puerta que podían ver desde donde estaban parados—. Unos

pasos y ahí estoy. Unos cuantos más arriba y ahí estás tú.

Cerró la puerta y tomó el rostro de Minerva en sus manos.

—Quiero visitarte hoy por la noche. ¿Me lo permitirías?

—Sí.

En ese momento, con el placer resonando dentro de ella, le habría dicho que sí a cualquier cosa.

—A las diez en punto, entonces. Asegúrate de que tu criada no esté.

La llevó de regreso a su piso. En la puerta de su propio pasillo le dio un beso y regresó por donde había venido.

CAPÍTULO 14

—Un accidente desafortunado —seguía diciendo la señora Young cada vez que Minerva mencionaba la muerte del duque. Era una manera efectiva de cerrar el tema, hasta que Minerva volvía a mencionarlo. Entre sus intentos fallidos, hablaron de las tierras, de la casa y de otros temas más simples. Eso la ayudaba a no pensar en lo que sucedería más noche.

El estupor sensual había pasado hace unas horas, haciendo que se cuestionara si debió haber alentado a Chase. ¿Podría hacerlo? ¿Debería? Las preocupaciones habituales de un posible embarazo y el desamor no estaban en su mente. Lo que sí había era la posibilidad de una horrible decepción, de sí misma.

Podría superar sus fracasos propios con valentía. El hombre que había elegido para esta iniciación era su cuestionamiento más importante. Incluso ahora, mientras cenaba, tenía que obligar a su mente a no pensar en el cuestionable criterio de dar un paso de ese tamaño con ese hombre en específico.

La mirada severa del ama de llaves hizo que el resto de los sirvientes siguiera concentrado en su cena. Reinó el silencio. Minerva estaba perdiendo la paciencia. Conseguir información con una conversación casual no estaba funcionando. Necesitaba algo más directo.

—Nadie está seguro de que haya sido un accidente. ¿Qué tan probable es eso? El parapeto tiene más que suficiente espacio y está en buenas condiciones. La pared es bastante alta. El clima era agradable. El duque conocía ese camino y no iba a hacer nada tan estúpido como para caerse.

Unos ojos bien abiertos voltearon a verla, sorprendidos de que hubiera seguido con ese tema.

—No hablamos de eso —dijo la señora Young bruscamente.

—Tal vez deberían. En algún momento habrá alguien que les exija hacerlo. Estoy segura de que al nuevo duque le gustaría que

cooperaran.

—Todos estábamos en nuestras camas —dijo Sarah.

—¿Todos estaban dormidos? ¿Nadie escuchó nada? Sus habitaciones están debajo del parapeto. ¿Quiénes están de ese lado del edificio?

Todos estaban concentrados en su comida. Los miró de uno en uno. Una joven rubia con la cara colorada alzó la mano. Yo. Joan y yo estamos ahí.

Joan, una joven de cabello oscuro, apenas si dejó de comer un momento.

—Yo estaba dormida y tú también.

—Es cierto, señorita Rupert. Yo también estaba dormida. No escuché nada hasta que hubo mucho ruido a la mañana siguiente. Miré hacia fuera y…

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Suficiente, Susan. —El ama de llaves atravesó a Minerva con la mirada—. No hablamos del tema. Puede ver cómo afecta a los sirvientes. Le agradecería mostrar un poco de respeto por los muertos y no insistir en hablar de la tragedia como si fuera un rumor de pueblo.

Minerva se rindió y comenzó a comer su sopa.

Una vez que terminaron de cenar, y con tareas pendientes por hacer, los sirvientes se pusieron de pie para retirarse. Minerva se unió a ellos. Mientras los cuerpos se agrupaban y se movían, sintió un suave golpe en el brazo. A su lado, Joan desvió su mirada pero hizo un gesto hacia la bodega.

Se rezagaron de los demás. Con la señora Young lejos, y la cocina vacía —aparte de la cocinera y sus ayudantes—, Joan entró a la bodega. Minerva la siguió y cerró la puerta.

—No estaba dormida como dije —susurró Joan.

—¿Escuchaste algo? ¿Una discusión o una pelea?

—Eso no. Pero tal vez escuché algo. Puede ser que haya visto algo también. —Se humedeció los labios—. He estado saliendo a caminar con uno de los lacayos y, a veces, subimos cuando está oscuro. Para hablar.

Minerva asintió de manera alentadora.

—Todos saben que al duque le gustaba subir ahí, así que íbamos mucho más tarde que él. Solo que esa noche, cuando estábamos ahí arriba… hablando… creí haber escuchado a alguien más, a la vuelta del corredor, sobre mi habitación. Como un quejido… después, unos

pasos. Le dije a mi amigo que era necesario que terminara lo que me estaba… diciendo. Así que nos encaminamos hacia las escaleras, y cuando estábamos a punto de dar la vuelta hacia el corredor, algo se movió en las sombras, la puerta se abrió y luego se cerró. Esperamos bastante antes de deslizarnos por las escaleras.

—¿Sabes a qué hora pasó todo eso?

—Acordamos vernos a medianoche y solo habíamos platicado un rato.

—Supongo que no le dijiste nada de esto al magistrado porque estabas infringiendo las reglas de la casa.

—No solo por eso. No podría jurar que haya sido verdad, ¿o sí? Un sonido que apenas escuché y que mi amigo no, y después, como que me pareció que alguien bajó las escaleras. El magistrado seguía preguntándonos si alguno de nosotros había subido esa noche, y me dio miedo contarle, porque él podría pensar que yo… Hablaba como si quisiera afirmar que uno de nosotros lo había hecho. Me preocupé de que fueran a acusar y a colgar a mi amigo basándose solo en lo que yo tal vez vi y escuché.

Era un miedo comprensible. Uno que Minerva conocía. ¿Acaso no le había preocupado a ella misma el hecho de que pudieran señarla fácilmente como culpable si se llegara a conocer su historia?

Joan puso la mano sobre la manija de la puerta.

—Todos dicen que fue un accidente. Nadie cree que lo sea, pero todos pretendimos que sí lo fue. Te cuento todo esto porque eres la primera persona en decir que tal vez no lo fue. Pero no puedo jurar que sea verdad. No se lo repetiré a nadie aunque me lo pidas.

—Puede que tengas que hacerlo algún día, pero por ahora no te pediré que lo hagas. Sin embargo, gracias por confiar en mí.

Minerva sacó su pequeño reloj del bolsillo. Ocho en punto. En dos horas vería a Chase y podría contarle todo esto, sin mencionar a Joan. Pero él no iba a su habitación para hablar de la muerte del duque, ¿verdad?

Una mezcla de emoción y aprensión estrujaron su estómago cuando se permitía pensar en eso. Subió a su habitación sin poder pensar en otra cosa.

Chase estaba esperando en la biblioteca con Nicholas, pero en su mente estaba contando los minutos. Habían salido a cabalgar en la tarde y habían cenado después de eso. Ahora estaban tendidos en los

divanes y tomando oporto.

—Creo que tienes razón. Necesito un mejor administrador de las tierras. —Nicholas habló como alguien que está repasando pensamientos que pasan por su mente a menudo—. Seguro puedo encontrar uno que no quiera obligarme a delimitar. O, de ser necesario, que tenga la imaginación necesaria para encontrar una manera de hacerlo sin desplazar a las familias.

—¿Por qué no hablas con Brentworth? La manera en la que su familia administra sus tierras es admirada por los más generosos entre nosotros.

Nicholas aceptó esa idea y tomó más oporto. Miró al techo y lo que había más allá que no se podía ver.

—¿Subiste hoy?

—Sí. —Tendría que decirle a su primo en algún momento—. Estoy convencido de que no fue un accidente.

—¿Convencido?

—Hice un experimento para ver con cuánta fuerza tendrían que empujar a alguien de su tamaño para que se cayera. Si una persona hubiera estado decidida y hubiera esperado el momento correcto, no habría sido nada difícil hacerlo.

—¿Qué tipo de experimento?

—Usé mi propio cuerpo.

—Peligroso. No estoy seguro de aprobarlo.

—Es el tipo de cosas que tiene que comprobar una persona que hace investigaciones.

—¿Cómo lo lograste? ¿Hiciste como que te empujaban y dejaste que la física hiciera lo suyo? Pudiste haberte caído. Ahora estoy seguro de que no lo apruebo.

—Nunca estuve en peligro. Tuve ayuda. Alguien sostuvo mi abrigo para contrarrestar el peso hacia adelante.

—¿Llevaste un lacayo allá arriba? Pudo haberlo hecho mal.

—No llevé a un lacayo. La señorita Rupert me ayudó.

«Ella me empujó, maldita sea». Miró el reloj en la mesa. Quince minutos después de las nueve. Cualquier sentimiento de enojo que le hubiera quedado por ese experimento desapareció mientras iba aumentando su expectación por lo que vendría.

—¿Confiaste en la fuerza de una mujer? Eso no fue peligroso, fue temerario. Debes prometerme que no volverás a hacer algo así sin que yo esté presente.

—No habrá necesidad de repetirlo. Como dije, estoy convencido de

que es posible. Sin embargo, debieron de haberlo tomado por sorpresa. Si lo hubiera visto venir, no habría funcionado de ninguna manera.

—Supongo que cualquiera en la casa pudo haberlo hecho.

—O cualquiera que entrara a la casa sin ser visto. La familia sigue en la lista.

¿Qué tan difícil podría ser que alguien entrara sin ser visto? Tendría que comprobarlo al día siguiente. En ese momento no. «Veinticinco minutos después de las nueve».

Nicholas se tomó el resto de su oporto y se hundió en los cojines del diván.

—Es increíble. Veo esta casa y me asombra que sea mía. Supuse que en algún momento el tío volvería a casarse y tendría un hijo. Todos creíamos eso.

—La razón por la que la heredaste aún te pesa. Con el tiempo…

—Con el tiempo desearé ser un hombre sencillo de la ciudad, sin todas estas obligaciones y responsabilidades. Extrañaré asistir a los bailes donde nadie me toma demasiado en serio y puedo coquetear con mujeres sin que calculen las riquezas que podrían conseguir con el matrimonio.

—Aún puedes hacerlo. Solo tienes que elegir mujeres diferentes.

—Te refieres a mujeres casadas. O cortesanas.

—O las que saben que nunca te casarías con ellas.

Nicholas se emocionó un poco ante las diferentes opciones.

—Ah, olvidé decirte durante la cena. Recibí una carta de Sanders hoy. Lo llamó un procurador contratado por la tía Dolores, quien se tardó dos horas en explicarle que tengo el deber de cuidarla como lo hizo su hermano. Le dio una larga lista de todo lo que ella recibió en los últimos cinco años, aparte del subsidio que él le daba, que ya era bastante generoso. Incluyó hasta el último chelín.

—No tienes ninguna obligación.

Nicholas se rio.

—Como si fueras tan valiente para decirles eso.

—Sería lo suficiente valiente para explicarles que mi situación no es la misma que la del tío Frederick, por lo que mi generosidad tampoco lo sería.

«Treinta y cinco minutos después de las nueve».

—Dolores nunca escucharía razones de ese tipo.

—Estoy seguro de que encontrarás una manera de arreglar las cosas para que ella las acepte. Decidir sobre los primos va a ser más

difícil.

«Cuarenta minutos después de las nueve». Chase dejó su vaso con un gesto definitivo. Reprimió un bostezo fingido y le agregó un estiramiento para ser convincente.

—Creo que me voy a retirar. Tengo cosas que hacer por la mañana.

—Es temprano para ti. Espero que no te estés haciendo tan viejo para beber conmigo por las noches. Si voy a buscar mujeres inapropiadas, espero contar con tu compañía.

—No, no, simplemente hoy no dejo de bostezar, así que es momento de irme a dormir.

—No estás planeando más experimentos con la señorita Rupert hoy, ¿o sí? —preguntó en modo aparentemente casual, pero sus ojos brillaron con humor.

—Ya no. Ya terminamos con eso —dijo Chase, con el mismo tono casual.

—Ah. Está bien, espero que tengas una buena noche.

Chase subió las escaleras de dos en dos. Abrió la puerta de su habitación de golpe y caminó al vestidor. El agua caliente ya lo esperaba. Se quitó la ropa y se metió en la tina. Le pidió al lacayo que le habían asignado que se fuera y revisó su reloj de bolsillo. Cincuenta minutos después de las nueve.

Fueron los diez minutos más largos que jamás había experimentado. Seguía viéndola parada frente a su puerta, sonrojada y con los ojos brillando con pasión, aún un poco asombrada. Escuchó los suspiros y sintió sus tímidos besos. Casi perdió la cabeza cuando su reloj marcó las diez en punto.

Subió las escaleras traseras, controlando el deseo que estaba intentando desatarse en él como un huracán.

Diez en punto. Minerva se preparó.

Había sido una hora infernal. De introspección e incesante racionalidad. Cómo deseaba ser otra mujer en ese momento. Una mujer con una historia diferente, o al menos con un deseo diferente.

¿Había algo más cruel que desear algo después de años de no desear, y saber que no puedes tenerlo?

El factor decisivo fue imaginarlo. Verlo ahí e imaginarse estar en esa cama con él. Solo que no había sido la cara de Chase sobre la suya. Había sido la de Algernon, y todo su espíritu se había enfriado con ese recuerdo.

Después de eso, la locura de siquiera estar considerándolo la abrumó.

Se secó los ojos. Era una tontería llorar por esto. Infantil. Ridículo haber dejado que llegara tan lejos. Había perdido la cabeza.

El golpe en su puerta fue suave. Casi ganó la tentación de no abrirla, pero se puso de pie y caminó hacia la puerta. No podía ser cobarde ahora, pues había aprendido a no serlo cuando se trataba de asuntos de importancia.

Estaba parado en una luz tenue, su camisa brillaba y partes de su rostro estaban escondidas en las sombras. Atractivo. Fuerte, pero de una buena manera. Su fuerza no la asustaba. Nunca la había usado de forma inapropiada. Se dio cuenta de que él notó que seguía usando el conjunto gris. Luego la miró a los ojos. Cambió levemente su postura. Y Chase lo supo.

Minerva caminó y se alejó de la puerta. Creyó que no la seguiría, pero sí lo hizo. Miró por la ventana hacia la oscuridad porque se dio cuenta de que no podía mirarlo. Sin embargo, lo sentía cerca. Su presencia llenaba la habitación, la tocaba de manera invisible.

—Lo siento —dijo Minerva—. No estoy segura de poder hacer esto. Me arrepiento de haberte dejado pensar que podía.

No era así como lo había practicado. Había planeado decir algo terminante. Ese rechazo tentativo salió en su lugar, gracias al cosquilleo que podía sentir en contra de su voluntad.

—Una dama siempre tiene el derecho a cambiar de opinión. —Escuchó sus pasos y giró la cabeza para ver que se había acercado a ella—. ¿Es eso lo que ha pasado? No me queda claro.

Ella había esperado que esto lo enojara tanto que hiciera que simplemente se fuera. Se volteó para mirarlo de frente y decirle todas las razones por las que no debería hacer esto.

Pero solo al verlo todas esas razones desaparecieron y no dijo una sola palabra. Se veía insoportablemente atractivo, tanto que casi se quedó sin aliento. Su mirada parecía llamar a la suya, y empezó a sentir una suave pero firme vibración en el cuerpo.

—¿Cambiaste de opinión? —preguntó con una voz suave.

—No sé. —Apenas podía hablar. Miró la cama—. No es lo mismo que esta tarde. Esto es… diferente. Temo no poder… disfrutarlo igual que los besos de hoy.

Apretó los dientes y se obligó a ser honesta.

—No eres tú. Soy yo. Es como soy.

Chase ladeó la cabeza, como intentando entender a lo que se

refería. Ella creyó ver comprensión en sus ojos.

—Creo que te equivocas. Sin embargo, si no lo disfrutas, podemos detenernos.

Se quedaron parados en silencio por lo que se sintió como una eternidad. Él esperaba a que ella decidiera. Ella no era capaz de pensar lo suficientemente claro como para hacerlo. ¿A dónde se habían ido las conclusiones razonables de la última hora? Ni siquiera intentó recordarlas.

—Tal vez —dijo Minerva—, si me besaras, podría…

—Parece que quieres que te seduzca. Lo mejor sería que la decisión fuera tuya sin haber sido persuadida, Minerva. Quiero besarte. Te deseo tanto en este momento que me podría volver loco, pero solo si eso es lo que quieres.

Mentiras. Solo sus ojos eran persuasivos. Y su figura y su atractivo rostro. Sin un roce o una palabra, había establecido una conexión sensual con ella, y parecía estarla llamando.

—Pensé que si hubiera un pequeño recordatorio…

—Con gusto puedo recordarte lo que sucedió en la tarde, pero me gustaría que vinieras hacia mí, para saber que estás segura.

No estaba segura. No en realidad. Ni siquiera su deseo podía acallar su mente y sus recuerdos como para que la hiciera estar segura. Pero lo deseaba. De verdad lo deseaba. En ese momento, con el poder de él llamándola, creyó que tal vez podría ser una cosa increíble, tan increíble que nada podría arruinarlo.

Nerviosa, dio un paso. Dio otro y, de manera extraña, gran parte de su inquietud desapareció. La determinación surgió en ella. Él le había pedido que tomara una decisión explícita. ¿Había adivinado que al hacerlo de este modo ella se animaría? Cada paso que daba hacia él era con más seguridad.

Él se adelantó, dio una larga zancada y la abrazó. El primer beso fue suave y dulce. El siguiente no tanto. Sintió la emoción girar dentro de ella y se alegró cuando la abrazó más fuerte y su pasión aumentó los besos, docenas de ellos, compartidos y separados, mientras liberaban la locura que descendía sobre ellos. De alguna manera, mientras la abrazaba y la besaba, se había quitado la camisa. La sensación de su calor, de su piel bajo sus manos y labios la fascinó tanto que tuvo que besar su pecho, solo para experimentarlo de nuevo. Mientras lo hacía, él besó su cuello y alzó una mano para acariciar uno de sus pechos.

Una nota de alarma sonó dentro de ella. Le siguió un instante de

duda. Él debió haberlo sentido. Alejó su mano. Furiosa consigo misma, tomó la mano de Chase y la regresó a donde había estado, y lo besó con fuerza.

Sintió la sonrisa de él formarse lentamente contra sus labios. Chase acarició su pecho. La sensación hizo que se parara en la punta de los pies. Era un contacto muy sutil, y aun así su cuerpo entero respondió. Un placer excitante goteaba por el centro de su cuerpo, más convincente que cualquier ataque abrumador. Fue incrementando lentamente, absorbiendo toda su atención. Quería gemir de lo bien que se sentía.

—Sería mejor si las fajas, faldas y vestidos no nos estorbaran —dijo él en su oído, mientras la mordía y la besaba.

—Tendríamos que parar. No quiero parar.

No se atrevía a parar.

—No nos detendremos. Yo lo haré.

—Espero que sepas cómo… ah, ya veo que sí sabes.

Su vestido se fue soltando. No se había dado cuenta de que su mano estaba trabajando en su espalda. Unos minutos después dio un paso para dejarlo a un lado en el suelo.

Él no faltó a su palabra, no se detuvieron. Incluso su faja solo los retrasó un momento, tomando en cuenta que a ella le estaba costando trabajo mantenerse de pie. Un roce sobre su pecho desnudo y gimió en una exhalación de asombro.

No recordaba que se hubieran movido hacia la cama, pero ahí estaban, las manos de él acariciando todo su cuerpo, mientras su boca se encontraba con sus pechos y su vientre desnudos. Nada podía entrar al pequeño espacio en el que ahora existía ella. Ni su cabeza ni su pasado. Solo él y ella y sensaciones increíbles convivían ahí. Y felicidad. Cada nueva sensación hacía sonreír a su espíritu.

—Ven aquí.

Giró para ponerse de espaldas y la jaló para que quedara encima de él. Minerva se sentó a horcajadas sobre su cadera y sintió su miembro entre los muslos. Bajó la mirada para ver el rostro de Chase y se inclinó para besarlo. Él tomó sus pechos en sus manos, luego la acercó hacia él y usó su boca. Minerva estaba aliviada de no tener que preocuparse por el momento en el que la cubriera y la enjaulara con su cuerpo. Por su atontada mente pasó la idea de que evitar eso había sido su intención.

Esa posición hacía que su miembro la rozara de manera sugerente.

—¿La gente alguna vez… así, como estamos…?

—Sí.

—Tal vez…

—Si quieres. Cuando quieras.

Ella inclinó la cabeza y miró el espacio entre sus cuerpos.

—No sé cómo…

—Puedo ayudar, pero tú lo controlas. Puedes detenerte si quieres. Si no te gusta.

Cuando ella asintió con la cabeza, la alzó y acomodó su cuerpo para poder penetrarla.

La sensación la intrigaba. Nunca se había sentido así de llena antes. Su cuerpo ansiaba absorber más de él y unirlo a ella. Bajó su cuerpo un poco y después un poco más. Chase exhaló cuando estuvieron unidos al fin.

—Eso fue demasiado lento para ti, ¿verdad?

—Hoy no se trata de mí. El resto también depende de ti.

Se sentó por completo para que llegara aún más profundo. Pulsaba donde él llegaba, lo que hacía que ella se retorciera un poco. La expresión de él se tensó. Los movimientos de Minerva creaban un profundo placer que seguía aumentando. Toda ella se concentró únicamente en esa exigente sensación. Pronto estaba alzándose y dejándose caer en un esfuerzo para sentirlo aún más profundo. Su cuerpo entero ansiaba más, aunque seguramente no podría haber más. Su mente voló hasta algo que estaba fuera de su alcance. Algo con un poder aterrador.

Chase se aferró a su cadera y la ayudó a moverse. La furia los consumió. El tiempo y el lugar desaparecieron hasta que Minerva probó un extraño momento de gozo antes de que su espíritu se rindiera.

La tomó en brazos y la abrazó mientras sus respiraciones profundas rozaban su oreja. Sus cuerpos seguían entrelazados cuando él comenzó a percibir el tiempo de nuevo. Se deleitó con el peso del cuerpo de Minerva sobre el suyo, y los sedosos mechones de su cabello sobre su hombro.

Ella movió la cabeza. Chase abrió los ojos un poco y se dio cuenta de que estaba viendo su cuerpo. Minerva se movió un poco más.

—¿Estás incómoda? —le preguntó.

—No incómoda. Solo muy… desnuda.

La hizo a un lado, se incorporó y acomodó las sábanas para que la

taparan. Para que se sintiera más cómoda, se paró y tomó su camisón, en caso de que también lo quisiera. Se dio la vuelta para regresar a la cama con la prenda en la mano y la descubrió examinándolo con los ojos bien abiertos.

Regresó a su lado y la cubrió con las sábanas.

—Nunca habías visto a un hombre desnudo, ¿verdad?

—No por completo.

—¿Y a ti misma?

—No por completo.

—Si no querías…

—Disfruté que me desvistieras, y estar así. Me gustó sentirte contra mí. Me pareció un poco perverso, y ya que me estoy portando mal creí que lo mejor sería obtener el máximo beneficio al hacerlo.

—¿Eso es lo que pensaste?

—Cuando pude pensar en algo. —Se recargó en un brazo para poder ver su rostro—. Claro que ahora puedo pensar, bastante. Tu control por mi bien fue heroico. Ni siquiera sabía que los hombres pudieran controlarse de esa manera. Supuse que siempre necesitaban una resolución rápida.

Chase no sabía qué decirle. No lo que su mente estaba maldiciendo, eso era seguro. Por lo que oía, él entendió que en el pasado de ella nunca había habido más que resoluciones rápidas. Ya lo sospechaba. Sus afirmaciones de que ella no era normal cuando se trataba de sensualidad no tenían sentido, ya que la evidencia había demostrado que era muy normal. Simplemente no había conocido el placer porque ningún hombre se había tomado ni el tiempo ni el esfuerzo necesarios.

Le picó las costillas.

—Ahora dime la verdad, para darte todo el crédito.

—Si debes saberlo, fue muy heroico. —Sonrió cuando ella se rio—. Casi me matas.

—Gracias. —Había una increíble profundidad en sus ojos cuando lo dijo—. Siempre te estaré agradecida por mostrarme que puedo… que no soy tan diferente.

—¿Entonces lo disfrutaste?

—Ah, claro. ¿No te diste cuenta? —Frunció el ceño—. ¿Y tú?

—Vaya pregunta. Por supuesto. ¿No te diste cuenta?

—Bueno, eso parecía. Pudiste terminar. No lo arruiné para ti.

Sus palabras lo sorprendieron. La puso de espaldas en la cama y la miró.

—Disculpa, pero… ¿estás diciendo que tu esposo no podía terminar?

Minerva asintió.

—Solo unas cuantas veces, al inicio de nuestro matrimonio.

—¿Era impotente? ¿Y te echaba la culpa *a ti*?

Ella solo lo miró.

«El canalla». Una ira real se apoderó de él. Ese hombre había hecho que su joven esposa pensara que sus problemas físicos eran culpa de ella. Por lo que Minerva le contaba, aquel solo había empeorado la situación con sus expectativas de una resolución rápida. Seguramente había convertido la cama matrimonial en una pesadilla.

—Escúchame, Minerva. Tú no tenías nada que ver con su problema. Y él lo sabía. Apuesto a que no comenzó contigo. Y su ignorancia por como te trató tal vez empeoró la situación, pero eso tampoco es tu culpa. Fue una bajeza de su parte culparte de esa manera. Estúpido e imperdonable. No fuiste tú. Nunca fuiste tú. Fue él.

Podía imaginarse esas noches, por más que no quisiera. El enojo. El miedo de Minerva. No era de extrañar que experimentara el deseo como una niña. Por supuesto que esos primeros besos en la biblioteca la habían confundido tanto y por eso los había frenado. Por años le habían dicho que era tan fría que hacía impotente a un hombre. Si el hombre no estuviera muerto, lo mataría a golpes.

Minerva acarició su rostro.

—Eso está en el pasado. Puede que me tome un tiempo apreciar qué tan en el pasado está. Tenía una idea de mí misma, y ahora sé que estaba equivocada. Es un gran regalo.

—No. Te equivocas. Lo entendiste al revés. Te entregaste a mí. Me diste tu pasión. Ese es el regalo. No me debes nada, mucho menos tu gratitud.

La besó profundamente, después la envolvió en sus brazos y siguió un tranquilo silencio.

Pronto se quedó dormida. Chase se esperó hasta que su sueño fuera profundo antes de irse. La miró una vez más antes de salir por la puerta. No le extrañaba que se hubiera cambiado el nombre.

Minerva se despertó temprano y se dio cuenta de que estaba sola. Sin embargo, la presencia de Chase permeaba toda la habitación. Y su cama. Podía sentirlo como si siguiera abrazándola.

Se puso de pie y abrió las cortinas para ver el amanecer. Un nuevo día estaba a punto de empezar, de muchas maneras. Se asomó por la ventana para esperarlo.

«Nunca fuiste tú. Fue él». Al principio se había arrepentido de que hubieran dejado que el espectro de Algernon ensombreciera su noche. Sin embargo, cuando Chase dijo esas palabras, con tanta fuerza y convicción, había cristalizado los pensamientos y reacciones de ella, y le había dado voz a algo más que ella no se había atrevido a aceptar. Desde hacía tiempo se había dado cuenta de que el resto también había sido culpa de él, pero con la absoluta falta de pasión o placer de parte de ella. Y es que no tenía experiencia, y no podía saberlo. Ella había dado respuestas apagadas que habían admitido que la culpa era suya. Que algo le faltaba en la parte más esencial de su femineidad. Inadecuada. Deforme.

Le había tomado cinco años comenzar apenas a preguntarse si estaba equivocada. Primero en sueños. Después, su atracción por Chase le había dado esperanzas. Ahora sabía la verdad. Algernon le había quitado muchas cosas, pero esa había sido la peor. Esta era una repercusión de ese horrible matrimonio del que no había podido escapar por sí sola.

No había mentido. Siempre le estaría agradecida a Chase. Pero mientras veía que el negro de la noche se transformaba en el brumoso plateado del amanecer, y que los árboles comenzaban a tomar forma, supo que aunque había sido el hombre correcto para esa noche, no era el hombre adecuado para nada más. Ni siquiera para otra noche.

Todos esos argumentos en contra de él, que la pasión había hecho que desaparecieran, volvieron a surgir, completamente cubiertos de racionalidad. Lo peor era que ahora él podría sentir curiosidad por su matrimonio y hacerle preguntas. O preguntarles a otras personas. Cualquier posibilidad de que su antigua vida no fuera investigada se había vuelto menos probable.

Dejó las cortinas abiertas, pero regresó a su cama, a esperar a que saliera el sol. Inhaló lo que quedaba del olor de Chase, se imaginó en sus brazos y se quedó en la magia de la noche por unos minutos más.

Chase tenía el buen humor de un hombre satisfecho cuando bajó las escaleras y entró al salón. Nicholas alzó la vista de su correo cuando entró.

—Despertaste temprano —observó Nicholas—. Mi excusa es que

dormí poco. ¿Cuál es la tuya?

—Me retiré temprano. ¿Recuerdas?

Chase examinó las opciones de comida y se sirvió un plato. El café lo estaba esperando cuando se sentó.

Nicholas siguió leyendo su correo.

—A pesar de lo temprano que llegas, llegaste demasiado tarde para despedir a la señorita Rupert. Qué grosero. Sin embargo, tomé tu lugar. Le prometí esa cena cuando yo regrese a Londres.

Chase escuchó la noticia cuando estaba alzando su taza. Hizo una pausa, sorprendido.

—Supongo que sabías que se iba.

—Por supuesto, pero no esperaba que se fuera tan temprano.

—Mandó a su doncella a que preguntara por el alquiler de un carruaje para ella y su amiga. El mayordomo tuvo la sensatez de ofrecerle uno de los míos, así que se fueron. —Nicholas pasó a la siguiente carta—. Dijo que tenía otra investigación pendiente y no podía quedarse, ya que su trabajo como tu asistente había terminado.

—¿Dijo todo eso? —Chase empezó a comer.

—Bueno, yo le pregunté. Su partida me pareció apresurada. Y yo ya estaba planeando la cena para hoy en la noche. —Nicholas dejó la pila de cartas a un lado—. Insistió en que no te molestáramos, como yo sugerí. Yo incluso sospeché que ustedes dos habrían tenido una discusión, pero no se veía molesta. De hecho se veía muy contenta, igual que tú cuando entraste a esta habitación.

Chase siguió comiendo. Nicholas podía seguir interrogándolo de esa manera tan poco sutil. El apoyo de Minerva *se había terminado,* a efectos prácticos. Había hablado con los sirvientes. Simplemente no le había dicho lo que había descubierto. Y ambos habían concluido que el duque no se había caído por accidente. En pocas palabras, Melton Park ya no le interesaba a ella. Había aprendido todo lo que probablemente aprendería de ahí.

Por eso era completamente comprensible que se hubiera ido. Entonces, ¿por qué sentía él que su satisfacción disminuía y que era reemplazada por un brusco enojo? Él había tenido la esperanza de que… no sabía bien de qué. Unas palabras al menos. Una sonrisa secreta. Si tenía que irse, al menos una nota.

Demonios, ¿a quién le estaba mintiendo aparte de a sí mismo? Esperaba mucho más que eso. Otra noche, al menos. Mucha más satisfacción para los dos. Tal vez hablar sobre algo más, una vez que regresaran a Londres. No tenía derecho a esperar nada de eso, pero le

parecía que una sola noche no era adecuada en lo más mínimo.

Alzó la vista y se dio cuenta de que Nicholas lo estaba observando. Dejó el tenedor sobre el plato.

—Voy a hacerles mis propias preguntas a los sirvientes hoy. Debería empezar.

Se puso de pie, listo para irse.

—Quédate un momento, por favor. Verás, pasó algo muy extraño mientras ellas se iban. Las ayudé a subir al carruaje, y la más joven, la señorita Turner, examinó los asientos del carruaje con esos lindos ojos azules. «Oh, cielos», dijo. «¿Alguna vez has visto algo así, Minerva?» —Nicholas se inclinó hacia adelante—. Qué coincidencia que el nombre de pila de la señorita Rupert sea el mismo que el de una de las herederas. La que tú encontraste. No es un nombre común.

—Tampoco es un nombre poco común. Si el nombre fuera Polimnia o Terpsícore, esa sería una coincidencia peculiar. Ahora tengo que irme, para poder…

—Aún no. Por favor, dame el gusto, para que no me lo esté preguntando el resto del día.

Chase se volvió a acomodar en la silla.

—¿Era esa Minerva Hepplewhite?

Nicholas preguntaba de manera directa y sin dejar lugar para mentiras.

—Sí.

—Ah.

Chase comenzó a ponerse de pie de nuevo. Nicholas hizo un gesto para que se sentara.

—¿Por qué estaba aquí?

—Está interesada en la muerte del tío Frederick. Lo cual es entendible, ya que le afectó mucho.

—Si no fue un accidente, ella misma podría ser un probable objeto de investigación, supongo.

—También eso. Así que quería ver ella misma dónde había pasado.

—Y tú lo arreglaste. Muy amable de tu parte. Y yo que creí que habías traído a esa mujer aquí, sin importar su nombre, para seducirla. Pensé que tal vez se habría ido tan temprano esta mañana solo para huir de tus intenciones.

—Yo no importuno a las mujeres, si eso es lo que estás insinuando.

«No soy Phillip, maldita sea».

—No, no haces eso. Su semblante radiante y el tuyo me convencieron de que no hubo imposiciones. Eso me alivia. Tengo

cierta responsabilidad con las mujeres bajo mi techo. Y no estoy seguro de que me agrade que te estés involucrando con una de las mujeres del testamento.

—No estoy involucrado con ella. Se fue, ¿no es cierto?

—Es cierto.

—Entonces ya terminamos aquí. —Chase se puso de pie y le hizo una mueca a su primo.

—Para alguien que lleva a cabo investigaciones, no te gusta cuando te hacen las preguntas a ti —dijo Nicholas.

—¿Así le llamas a esto? Sonó más como la curiosidad ociosa de una matrona de salón. Déjame las investigaciones a mí, primo. Te falta sutileza.

Salió de la habitación, muy lejos de tener un semblante contento.

—¿Te sientes bien? —preguntó Elise—. Te ves triste y has estado muy callada desde que nos fuimos de la casa.

Minerva había estado pensando en la noche anterior, guardando los recuerdos en su mente. No estaba triste, sino pensativa. Intentó controlar sus emociones para que no fueran tan obvias.

—Aprovechemos el tiempo y platiquemos de lo que descubrimos en esa casa. Dime lo que viste y escuchaste.

—Preferiría hablar de la casa misma. Tanto espacio y tantos lujos. No creo volver a ver nada parecido.

Escuchó a Elise hablar una hora, después cada una regresó a sus propios pensamientos.

Habló muy poco durante los tres días de viaje de regreso a Londres. Desde la primera tarde aceptó que podría tomarle un tiempo superar lo que sentía por Chase, y también eso que había conocido brevemente y que había rechazado.

En cuanto el carruaje se detuvo frente a su casa se fue directamente a su habitación.

—¿Estás enferma?

La pregunta de Beth la sacó de la ensoñación que había vivido en Melton Park, y que se repetía una y otra vez en su mente. Volteó a verla y vio cómo cerraba la puerta detrás de ella. La imagen se veía nublada. No se había dado cuenta de que había estado llorando.

—Elise dijo que no parecías tú misma.

Las emociones comenzaron a subir por su cuerpo, casi dejándola sin aliento.

—He sido una tonta, Beth.

—¿Ese hombre? ¿Dejaste que te besara?

Admitir que había pasado algo más allá de unos besos solo molestaría a Beth.

—Él no tiene la culpa.

Beth se sentó a su lado en el borde de la cama.

—No fue la mejor decisión de tu parte, en esas circunstancias. No era el hombre adecuado para intentar eso.

—Lo sé.

—No es un hombre con el que debas encariñarte, te lo dije.

—Lo hiciste.

Un brazo la rodeó.

—Bueno, pero estas cosas no tienen sentido, ¿o sí?

Ese abrazo, tan familiar y cariñoso, hizo que estallara. Unos suaves brazos la rodearon mientras lloraba en el hombro de Beth.

CAPÍTULO 15

Chase se quedó en Melton Park dos días más. Una noche salió de la casa después de la cena, con el objetivo de regresar y pretender entrar sin que lo vieran. Dejó su caballo entre los árboles del camino a la casa y se acercó a pie. Incluso con los sirvientes despiertos y moviéndose de aquí para allá, logró llegar al parapeto sin ser visto.

Tuvo largas conversaciones con el administrador de las tierras y los lacayos. Minerva había obtenido información de los otros sirvientes. Tendría que descubrir lo que ella sabía.

Lo que significaba que tendría que verla. Ella tal vez no quisiera. Casi podía escuchar sus palabras. «No debimos haber hecho eso». Probablemente no, pero no se arrepentía ni por un segundo, sin importar las complicaciones que vinieran.

Sin embargo, ella sí podría arrepentirse. Sin importar qué fue los que los atrajo, la situación exigía que estuvieran separados. Él sabía eso, maldita sea. Pero lo que había entre ellos no tenía nada que ver con la lógica.

Todavía sentía un calor interno cuando pensaba en ella. Incluso después de su regreso a Londres seguía pensando en ella.

En la tercera mañana de su regreso a la ciudad salió de su habitación y fue a buscar su caballo en el establo cerca de las caballerizas. Cuando estaba por llegar al establo, un joven rubio le bloqueó el paso. Chase lo estudió.

—Yo te conozco —dijo, buscando en sus recuerdos—. Eres uno de los lacayos de la Casa Whiteford.

—Lo fui, por unos días.

—¿Ahora trabajas aquí?

Negó con la cabeza.

—Estoy aquí para darle un mensaje de parte de mi mamá. Dice que la vea en la Plaza Portman a las tres en punto. Quiere hablar con usted.

—¿Quién es tu madre?

—Es el ama de llaves de la señorita Hepplewhite.

Se refería a Beth. Este era el hijo de Beth.

—Ahí estaré.

El joven se dirigió a las caballerizas y desapareció. Chase entró al establo para tomar su caballo. Ese hombre había sido otro de los ojos de Minerva en la Casa Whiteford durante la fiesta. Se preguntaba cuántos había tenido.

Encontró a Beth caminando por el perímetro del parque. Reconoció el sombrero con la enorme visera incluso antes de que viera cómo su robusta figura se ajustaba a sus recuerdos. Se bajó del caballo y se acercó a ella.

Beth miró alrededor.

—Supongo que podemos hablar aquí. No hay muchas personas ahorita.

Caminaron en silencio unos minutos.

—La verdad es que no estoy muy segura de platicar sobre este tema con usted —dijo al fin—. Minerva llegó a casa en un esta-do que no había visto en años. Se culpa a sí misma. Yo lo culpo a usted.

—Acepto la culpa.

—¿En serio? No sirve de nada, ¿o sí? —Siguió caminando, sus pesados pasos resonaban en el sendero—. Su esposo la arruinó. No le habló de eso, ¿verdad?

—Me contó una parte.

—Era una bestia. Se volvía cruel cuando tomaba, y tomaba mucho. Solo seguí trabajando con él por mi hijo. No muchas casas dejan tener a tu hijo ahí.

Él puso su mano en el brazo de Beth, para que dejara de caminar. Bajó la vista para mirarla.

—Lo llamaste una bestia. ¿La golpeaba?

—¿Golpearla? La dejaba destrozada. Trajo a esta inocente niña a casa como su esposa, y por unos dos meses todo fue normal, pero después… —Alzó una esquina de su mandil y se secó los ojos—. Inocente y prácticamente huérfana. Sin familia a la que acudir. Finley estaba buscando una víctima. Por eso la eligió. Minerva se culpó a sí misma. Intentaba complacerlo. Se volvió callada y temerosa, siempre retraída, como un perro apaleado. Pero nada lo detenía. Cuando me acercaba a ella la encontraba llena de moretones, llorando. Y un día dejó de llorar, como si una parte de ella hubiera muerto. Me dijo que

creía que a él le gustaba verla llorando y rogando. Que él disfrutaba eso, y que no le daría esa satisfacción. Él solo empeoró después de eso, pero a ella no pareció importarle.

La mente de Chase no podía creer lo que escuchaba. Su mandíbula estaba tan apretada que no podía hablar. Si Finley no estuviera muerto…

—Creció muy rápido —dijo Beth—. La cambió, no del todo para bien. Y luego sucedió el milagro.

¿Un milagro?

—Sucedió una noche, cuando estábamos en Londres. Él casi nunca la traía, y si la traía, casi no la dejaba salir. Pues cuando estuvimos aquí se emborrachó y se fue contra ella. Yo tenía miedo de que la matara. Al día siguiente, después de que él salió de la casa, llegó un muchacho y preguntó por la señora de la casa. No estaba en condiciones de que nadie la viera, pero apareció en el umbral. El joven le dio una caja y se fue. Había dinero. Monedas de oro. Ninguna de las dos podía imaginarse quién lo había enviado. Esperamos a que alguien llegara y dijera que había sido un accidente, pero nadie llegó. Si eso no fue un milagro, no sé qué fue.

—¿Entonces ella se fue?

—Conmigo y mi hijo, en cuanto regresamos a Dorset. Primero vivimos juntos en una habitación, mientras encontraba una manera de separarse de su esposo. Compró una pistola, aprendió a usarla y la llevaba a todas partes, incluso dormía con ella, en caso de que él intentara ir por ella y llevarla de regreso a la fuerza. Por suerte murió poco después de que aceptara que vivirían separados, así que estaba segura.

»Pensé que usted debería saber más sobre esto —dijo Beth—. Me contó un poco de lo que pasó con usted. Ya no confía en los hombres. En especial en los que pueden lastimarla. Es mejor que alguien como usted la deje sola.

La expresión de Beth se tornó agresiva al advertirle. No podía culparla. Él podría lastimar a Minerva con esta investigación. Había irrumpido en su casa con esa intención, ¿o no?

Minerva sabía que si empezaban a investigar alrededor de ella, su herencia la convertía en una excelente sospechosa. En los primeros lugares de la lista, como ella decía. Si ella había permitido que surgiera la pasión entre los dos, no era una prueba de sus increíbles habilidades como seductor, sino del indomable espíritu que ella poseía, y que incluso ahora quería liberarse por completo de aquella

horrible época.

—¿Está en casa en este momento? —preguntó Chase.

—Si estuviera, le parecería extraño que yo saliera. Se fue a la ciudad. Tenía que ir a una oficina a hablar sobre barcos.

—¿Recuerda qué oficina?

Beth negó con la cabeza y se detuvo.

—Lo mencionó, pero no lo recuerdo. Está en la ciudad. Algo que tiene que ver con botes.

—Gracias por decirme esto.

—Hay más, pero no es apropiado que usted lo escuche.

Y después de decir eso se alejó por donde había venido.

No necesitaba escucharlo. Podía imaginárselo. Era probable que Finley fuera una bestia en la cama también. Un hombre buscando una víctima no se detendría ahí.

Se quedó en donde estaba por un largo tiempo, mirando el parque, pero sin ver nada. La ira le llegaba en olas, y cada vez tenía que obligarse a controlarla. Debió haberlo sabido. Debió haberlo adivinado, o al menos sospechado, en especial después de que le habló de los fracasos de su esposo en la cama. Si Minerva hubiera sido tímida o desconfiada, o cualquier otra cosa menos la mujer confiada que era, al menos se lo habría preguntado. En lugar de eso, ella había derrotado al ratón que Finley había intentado que ella fuera, y se había convertido en una tigresa. Margaret Finley de verdad se había convertido en Minerva Hepplewhite, incluso antes de cambiarse el nombre.

Se subió a su caballo y se encaminó hacia la salida del parque. Ella estaba investigando barcos. Navíos. Maldición, tal vez estaba planeando irse de Inglaterra.

Minerva cerró el tomo y se volvió a sentar en la silla. Normalmente se emocionaba cuando una investigación le daba los resultados que esperaba. Esta vez lo odiaba.

Debería platicar con Chase de esto. Sin embargo, no lo haría. Muy pronto él comenzaría a investigar dónde estaban todos la noche en la que murió el duque. Querría confirmar sus historias. Entonces descubriría lo mismo que ella, que Kevin Radnor no había estado en Francia ese día. Había estado precisamente en Inglaterra.

No podía evitar que Chase descubriera esto, pero tampoco tenía que ser la persona que se lo dijera.

Le dio las gracias al empleado y se puso de pie, mientras le quitaba el polvo a su vestido y a su abrigo. Se quitó el sombrero y lo sacudió. Salió del edificio y descubrió que su camino estaba bloqueado. Justo afuera del pórtico, con los brazos cruzados y una expresión de preocupación en el rostro, estaba Chase Radnor.

La vio salir y se acercó a donde ella se había detenido. Su presencia hizo que un exquisito y triste anhelo revoloteara dentro de ella.

La miró fijamente, sus ojos de un azul oscuro como lapislázuli, sus facciones toscas, pero refinadas por ángulos dignos de un patricio. Su mirada exigía toda su atención.

—No creo que hayas tenido nada que ver con la muerte del duque —le dijo—. Estoy tan seguro de eso como de que estoy aquí parado.

—Pero no tienes pruebas y hay evidencia que lo contradice.

—*Lo sé,* Minerva. No tengo dudas al respecto.

Y sí lo sabía. Se dio cuenta de que él decía la verdad. Se le cerró la garganta. Nunca contaba con que le creyeran.

—Ven conmigo —dijo, ofreciéndole su mano—. Me gustaría hablar contigo, si me lo permites.

Caminaron entre las calles de la ciudad hasta que llegaron a la Posada Lincoln. Los jardines de ahí les daban algo de privacidad y se sentaron en una banca. Abogados pasaban caminando con sus batas, y los empleados corrían de un lado a otro.

Chase tomó su mano de manera discreta, para que cualquiera que pasara a su lado no pudiera verlo. Guante con guante, sus dedos entrelazados se escondían a la altura de sus caderas, en la banca.

—Beth habló conmigo.

—Ojalá no lo hubiera hecho.

—Me da gusto que lo hiciera. Todo lo que me dijo encaja con lo que ya me habías hecho saber. Solo que fui demasiado estúpido y no me di cuenta.

Apretó su mano. De nuevo el ceño fruncido y una expresión preocupada.

—Beth dijo que te lastimaba.

Hablar de eso, de detalles específicos, reviviría el recuerdo que había aprendido a olvidar. Un escalofrío recorrió su espalda, como en los viejos tiempos.

—Beth y yo temíamos que un día llegara demasiado lejos. Era un precio demasiado alto que pagar por la satisfacción de que lo colgaran.

—Estoy agradecido de que no haya tenido la oportunidad de

hacerlo. Aliviado y agradecido.

—No tuvo la oportunidad porque encontré la manera de dejarlo.

—¿Fue cuando llegaste aquí?

—Me fui antes de que muriera. —Tenía claro lo que necesitaba explicar y lo que podía evitar mencionar—. Dejé a Algernon y me fui a vivir sola, con Beth y su hijo. Intentó obligarme a regresar. Comenzó un procedimiento en la corte que me obligaría a hacerlo. Decidí que no podía aceptarlo. Así que encontré información que lo detendría.

—Llevaste a cabo una investigación.

—La primera. Beth me ayudó. Incluso Jeremy me ayudó, aunque solo era un niño. Descubrimos que Algernon no siempre era impotente. En ocasiones podía ser muy potente. Con otra mujer, que tenía unos juegos muy peculiares con él.

—¿Eso lo detuvo?

—Se rio de mí cuando se lo dije. Ni siquiera se avergonzaba de que su amante fuera un familiar de él. Una tía, por todos los cielos. Una familiar de sangre. Así que me las arreglé para atraparlos en el acto.

—Supongo que con testigos.

—Por supuesto. Descubrí dónde se veían. Esperé a que estuvieran juntos, le pagué al posadero y subimos con la llave. Ahí estaban, haciendo algo que no le gustaría que se describiera en una corte. Intentó sobornar a mis testigos ahí mismo, pero no aceptaron. Aceptó la separación una semana después. Eso ayudó, pero no tanto como yo esperaba.

—Eres inusualmente valiente, Minerva. Valiente e ingeniosa, y más inteligente que la mayoría de los hombres. Nunca he visto a alguien como tú.

Ella le hubiera dado un beso si no estuvieran en un parque público. La admiración de este hombre era importante.

Presentía que él tenía más preguntas. No las hizo en ese momento, pero su aire pensativo y esa sombra de disgusto sobre su rostro le decían que habría más.

—Sí —dijo Minerva—. Lo que te estás preguntando. Sí. Todo comenzó con eso. Su enojo por su impotencia es lo primero que se volvió violento. A la larga, nada entre nosotros, ninguna conversación ni conexión, se salvó de esa violencia. Mi única manera de sobrevivir fue no sentir nada.

Chase cerró los ojos.

—Si lo hubiera sabido, nunca habría…

—Nunca me habrías besado ni tocado. —En ese momento sí le dio

un beso en la mejilla—. Y nunca habría descubierto que él no arruinó esa parte de mí.

Chase levantó su mano y la besó.

—Pasemos el resto del día haciendo algo mejor que hablar de esto. Vayamos a un lugar donde puedas sonreír y reír y ser Minerva Hepplewhite. Solo Minerva Hepplewhite. —Chase sonrió—. Incluso podemos ir de compras, si quieres.

—Tenía planeado ordenar un conjunto nuevo. Tal vez tú conozcas a una modista.

—Conozco a un par, así que eso es lo que haremos.

Caminaron por los jardines y de regreso a donde Chase había dejado su caballo. Alquiló un carruaje y ató el caballo a él, luego se subió con ella. Minerva esperaba que la modista aceptara el trabajo y que le cobrara cuando recibiera la herencia. Sin embargo, Chase se veía tan feliz con su idea que ella no quería arruinar su idea siendo práctica.

—Fue un capricho exorbitante. —Minerva externó sus pensamientos mientras el carruaje los llevaba a su casa. Pero ese autorregaño no podía arruinar la diversión de haber comprado no solo uno, sino dos conjuntos. Sonreía cada vez que pensaba en eso.

—No fue un capricho —dijo Chase—. La dueña de la Oficina de Investigaciones Discretas Hepplewhite necesita un guardarropa adecuado. Es una pena que no hayas ordenado el vestido de noche también.

—Era demasiado caro.

—Olvidas que ahora eres una heredera.

—No debiste haberle dicho eso a madame Tissot. Fue una mala idea.

La modista había sido implacable después de escuchar eso, y no dejó de ofrecerle tentaciones lujosas. Como ese vestido de noche.

Vio el vestido en su mente. Seda cruda con un brillo sutil, el tono le recordaba a las prímulas. Unas perlas adornaban el cuello y la cintura, y de manera más discreta decoraban los detalles bordados de la falda. Sin embargo, el costo del vestido la hubiera hecho demasiado dependiente de lo que esperaba recibir de la herencia, y para un vestido que tal vez jamás usaría.

—Los conjuntos de algodón son suficientes por ahora —dijo. El propósito para el que había ido, y su sentido racional, hicieron que su

mente regresara a la investigación. Apartó lo que había estado investigando ese día, y sacó a colación la otra.

—No tuve la oportunidad de decirte, pero una sirvienta me contó algo en Melton Park —dijo Minerva.

Le repitió lo que la sirvienta Joan le había dicho, que había estado en el techo y que había visto y esuchado a alguien.

—Dijo que no podría asegurarlo, pero creo que esa fue su manera de intentar asegurarse de que nunca le pidieran que fuera testigo de nada.

—Claro, también pudo haber sido que escuchara a otro sirviente.

—Podría ser, pero no lo creo. ¿Tú sí?

—No lo sé todavía. Y tú tampoco. Sin embargo, es información que algún día podría ser el eslabón de una cadena.

—Algo que anotar en tu carpeta, quieres decir. Algo para ponerlo en una lista.

—Sí. La lista de evidencia probable, no la de pruebas comprobadas.

Casi habían llegado a la casa de Minerva. Hizo que el cochero se detuviera a dos calles. Cuando se dio la vuelta para mirarla supo que ya no hablarían de investigaciones.

Alzó la mano y acarició su rostro con gentileza.

—Quiero que me busques, Minerva. Mándame una nota primero, si quieres, pero visítame de noche, o de día, o cuando gustes. Podemos sentarnos a hablar o salir a pasear de nuevo, si quieres. Haremos esto como tú quieras, cariño, y no tienes que sentirte obligada a nada, ni siquiera por tus propias palabras o acuerdos.

Le dijo al cochero que siguiera. Unos minutos después el cochero se detuvo frente a su puerta. Se bajó del carruaje y se dio la vuelta para ayudarla a bajar. Minerva observó su rostro y la mano extendida hacia ella. Juntó toda su valentía y se inclinó hacia adelante. Antes de bajar, le dio un beso rápido.

Chase sonrió y la ayudó.

—Beth está viendo desde la ventana.

Minerva miró más allá de él y distinguió el brillante sombrero blanco en el vidrio.

—Su hijo está mirando desde el callejón del jardín. —Podía ver el cabello rubio de Jeremy detrás de la puerta del jardín—. Supongo que tengo que explicarles algunas cosas.

Al llegar a la puerta se dio la vuelta y vio cómo desataba a su caballo del carruaje. Se quedó ahí, observando, hasta que él se fue cabalgando por un lado, y el carruaje se fue por su propio camino.

Después entró para tener lo que probablemente sería una plática muy larga con las únicas dos personas en las que se había atrevido a confiar en los últimos cinco años.

CAPÍTULO 16

Los floretes silbaban. Los hombres atacaban. Detrás de su máscara, Chase observaba a su adversario. Unos ojos oscuros lo observaban de regreso.

Llevaban casi una hora practicando, atacando y descargando sus enojos individuales. Hasta ahora el combate había estado equilibrado.

Un ataque. Un bloqueo. Una pausa. Chase bajó la mirada para ver la punta de un florete contra su pecho.

Se quitó la máscara.

—Has mejorado.

—Tomé algunas clases con un maestro en Francia —dijo Kevin, quitándose su propia máscara—. Esto es un arte allá.

Comenzaron a quitarse el equipo.

—Si hubiéramos usado sables, nunca habrías ganado —dijo Chase.

—Pero no lo hicimos, así que gané —respondió Kevin—. Fue un combate entretenido, pero no es tu arma.

—Cumple con su propósito.

El cansancio había calmado su negro humor para convertirlo en un gris oscuro. Ya no quería salir a buscar una pelea con sus puños, como a la hora del desayuno.

Habían pasado dos días desde que había visto a Minerva. No había llegado ninguna carta de su parte. No podía culparla, por supuesto. Solo los hombres más engreídos lo harían.

Sin embargo, seguía dándole vueltas en su cabeza, alternando entre la idea de convencerse de que había manejado la situación de la mejor manera, y que debía resignarse a una retirada total y maldecirse por ser un idiota.

Había medio leído de mala gana las cartas que sí habían llegado. Una solicitud de Nicholas para que le diera la dirección de la señorita Hepplewhite para cumplir con su promesa de invitarla a cenar con él había quedado pendiente de respuesta. Una larga carta llena de quejas de parte de la tía Dolores se fue a la pila que no tenía intenciones de

responder pronto. Llegó un mensaje corto de Peel, pidiéndole un reporte preliminar para la semana siguiente. Maldita sea.

Él y Kevin fueron a bañarse y a vestirse. Chase se dio cuenta de que la vestimenta de Kevin se veía descuidada, como si se hubiera vestido él solo y a la carrera.

—¿No estuviste en casa anoche?

—¿Qué te hace decir eso? —Kevin se estaba acomodando una corbata que ya había atado con demasiada frecuencia.

Chase se quedó mirando la corbata y la camisa arrugada.

Kevin se encogió de hombros.

—Estuve afuera. Haciendo mis propias investigaciones, si realmente quieres saberlo.

—¿Qué hiciste?

—Vi tus anuncios en el periódico. Otra vez. No creo que vayas a encontrar a esas mujeres de esa forma. Así que las estoy buscando, o al menos a la que se queda con mi empresa.

—O sea, en los burdeles.

Kevin se arregló las mangas y se acomodó el abrigo sobre los hombros.

—Hablaba en serio cuando dije que ahí es donde podremos encontrarlas.

—La que yo encontré no estaba en un burdel. Nunca lo ha estado. El tío Frederick pagaba bien por esos servicios. No sentiría la necesidad de dejarle abundantes herencias a ninguna de esas mujeres.

—Entonces estoy desperdiciando mi tiempo. Lo puedo derrochar si quiero, y en este momento tengo mucho tiempo disponible.

—¿Has tenido éxito?

Si Kevin quería buscar en burdeles, Chase no iba a detenerlo. Por un lado, su primo conocía esos establecimientos y a sus dueños mucho mejor que él.

—He descubierto la irritante verdad de que muchos de ellos son extremadamente discretos cuando se trata del tío.

Chase iba enfrente cuando se encaminaron a la salida. Pasaron por un lado del salón principal, al lado de otras peleas de esgrima.

—Bueno, era un duque. Sospecho que exigía discreción.

—No me imagino por qué. Como sea, ayer intenté un método diferente. Me presenté con la patrona y le dije que yo era su sobrino. Después le dije que quería conocer a quien hubiera sido su última favorita, para disfrutar de sus talentos igual que él.

Chase se rio.

—¿Sexo conmemorativo? Casi suena sentimental.

—Eso pensé. Yo creo que esta favorita podría conocer a sus favoritas anteriores, incluso sus nombres reales. Rara vez usan nombres reales en esas casas.

—No soy inexperto, Kevin. No visito burdeles con la misma frecuencia que tú o el tío Frederick, pero conozco lo básico.

—Claro. Así que eso fue lo que se me ocurrió, encontrar a la última favorita y hacer que hablara.

—Brillante.

—¿Estás siendo sarcástico?

—No, no. ¿Tu plan funcionó?

Kevin salió primero a la calle.

—La patrona me informó que sería muy inapropiado que uno de los familiares varones del tío Frederick bebiera del mismo vino. ¿Alguna vez has escuchado algo así? Y fue muy severa. Sentí que estaba siendo amonestado por un vicario. Solo le faltó acusarme de incesto.

Se detuvieron al llegar a sus caballos, y el ceño fruncido de Kevin desapareció de repente.

—Maldición. Apuesto a que les dio instrucciones de decir eso, de negarnos a cualquiera de sus mujeres. No te rías. Sabes que podía ser egoísta con esas cosas. No le gustaba compartir.

—No me estoy riendo de ti o de tu idea. Creo que podrías tener razón.

Kevin desató su caballo.

—Es probable que no quisiera que las mujeres lo compararan con nadie que fuera tan cercano a él.

Chase volvió a reír.

Kevin montó su caballo.

—Voy a la Casa Whiteford para investigar. ¿Quieres acompañarme? Podemos tomar un poco del excelente vino que Nicholas heredó.

—Lo lamento, pero tengo otro compromiso. ¿Vas a buscar al mayordomo mecánico?

—Entre otras cosas. Nuestra conversación al respecto evocó algunos recuerdos.

Giró su caballo hacia el oeste.

Chase se montó en el suyo pero se dirigió hacia el este.

El señor Oliver no estaba feliz. Con un rostro y un cuerpo redondos, y poco cabello, seguía mirando a su esposa con una expresión de paciencia forzada. Minerva estaba sentada frente a él en la mesa de su comedor, abriendo el paquete que había llevado.

—Señorita Hepplestone, mi esposa no debió haber desperdiciado su tiempo.

—Hepplewhite. Creo que en unos minutos va a estar muy agradecido de que lo haya hecho.

—No lo creo. Las mujeres no saben nada de negocios y no tienen la habilidad de llevarlos a cabo. Por eso no tolero sus interferencias.

—No fue una interferencia —dijo la señora Oliver.

—¿Cómo lo llamas, entonces? —respondió el señor Oliver de manera cortante.

—Su esposa se dio cuenta de que algo andaba mal —interrumpió Minerva—. Me pidió como un favor entre amigas que confirmara lo que ella sospechaba. Ni ella ni yo queremos interferir. Si prefiere que le roben y pongan en peligro sus negocios, puede decirlo y me iré.

La palabra *roben* hizo que se alarmara. Y eso de «poner en peligro sus negocios» hizo que su ceño se frunciera profundamente. No le dijo a Minerva que se fuera.

Ella le contó lo que había descubierto en Brighton. Sacó los puños de encaje que había comprado en la tienda del señor Seymour. Explicó que le habían dicho que venían de un pueblo del Valle del Loira, y que el dueño de la tienda sabía muy bien que estaba vendiendo algo que solía ser exclusivo de un competidor.

—Estaba muy orgulloso —dijo Minerva—. Además, ya había vendido todo y estaba esperando recibir más.

Alzó uno de los puños de encaje.

—Logré estar ahí cuando su agente entró a la tienda. Media hora después compré estos puños. Este me pareció particularmente lindo.

El señor Oliver se lo arrebató de la mano. Se puso los anteojos y se inclinó sobre él.

—Maldita sea. —Alzó la vista con una sonrisa disgustada—. Una disculpa. Solo este es nuevo. No es de los míos.

—Estaba muy orgulloso de ese. Esperaba vender muchos iguales.

Lo vio recargarse contra la silla, sosteniendo el encaje.

—Ese ladrón —murmuró—. Quién sabe qué más ha hecho.

Minerva se puso de pie.

—Es hora de retirarme.

—La llevaré a la puerta —dijo la señora Oliver.

En la puerta, la señora Oliver se acercó y susurró:

—Bien hecho. Escríbame y dígame cuánto le debo por hoy.

—No me debe nada. Esto es parte de mi reporte. —Miró hacia el comedor—. No es el tipo de hombre que la culparía por esto, ¿o sí?

—En dos días olvidará mi papel en todo esto y el descubrimiento habrá sido suyo.

Por supuesto. ¿Qué otra opción tenía? ¿Admitir que su esposa había tenido la razón al involucrarse?

—Entrega directa —gritó Beth—. Es grande.

Minerva bajó las escaleras para ver un enorme paquete rectangular sobre las escaleras. El paquete era demasiado grande para que Beth lo cargara. Casi hizo que se cayera, y no la dejaba ver por dónde caminaba. Minerva bajó apresurada y la ayudó a subirlo a su habitación.

Beth tocó la muselina cruda y los listones.

—¿Un regalo?

—Creo que son mis nuevos conjuntos. Los terminaron muy rápido.

Minerva soltó los listones y cayeron a los lados. Desenvolvió la muselina. Sus conjuntos de algodón no estaban adentro. El elegante vestido de noche, el que no había podido comprar, brillaba frente a ella.

La fuerte inhalación de Beth llenó la habitación.

—Dijiste que eran conjuntos de día. No esto.

—Cometieron un error. La mujer debió haberme escuchado mal.

Alzó el vestido. La simple seda cruda era mucho mejor que cualquiera de las telas más elaboradas. Un brillo sutil ondulaba sobre ella cuando la movía bajo la luz.

—¿Qué es esto? —Beth movió otro pedazo de muselina dentro del paquete.

Minerva había estado tan distraída admirando el vestido de noche que no se había dado cuenta de que había algo más. Beth alzó la prenda. Un camisón se desdobló en sus manos. También lo había admirado en la tienda de madame Tissot y se había negado a comprarlo después de darle muchas vueltas.

Beth examinó el encaje blanco, sospechosa.

—Lo enviaré de regreso con el vestido —dijo Minerva.

Beth dejó el camisón en la cama.

—Es muy bonito. El que tú tienes ha sido remendado cinco veces.

—Es precioso, ¿no?

Beth pasó la mano sobre la suave tela.

—Tal vez no fue un error. Tal vez la costurera quería que lo tuvieras.

—Las costureras no dan regalos de este tipo a clientas como yo. Empácalo y le pediré a Jeremy que…

—Podría ser que el señor Radnor quisiera que lo tuvieras, como compensación por toda la ayuda que le has brindado.

Si de verdad lo hubiera ayudado, tal vez podría convencerse de eso. Aun así… Se unió a Beth en la contemplación del camisón.

—Si fue él, sería inapropiado que me lo quedara.

—Muy inapropiado —dijo Beth mientras acariciaba el encaje—. Nunca creí decir que este tipo de prenda es deliciosa, pero lo es.

Minerva estaba asombrada con las perlas diminutas en la línea del cuello del vestido.

—Es triste devolverlo, pero tengo que hacerlo.

Beth encogió los hombros ligeramente.

—Todo depende, ¿no crees? Escuchaste mi largo regaño sobre no involucrarte con él, y me pareció que estabas de acuerdo. Pero no seguiste mi consejo y no lo has evitado como deberías.

Minerva sintió calor en el rostro. Dudaba que su vieja amiga se atreviera a apostar sobre qué pasaría con Chase. Ni siquiera Minerva lo sabía, en especial en ese momento. La noche anterior había tenido un largo debate consigo misma, entre sus ansias de intimidad y todas las razones por las que buscarlo sería un error. Para ambos.

—No te culpo —dijo Beth—. Solo desearía que fuera un comerciante o un pescador o cualquier otra persona que no estuviera investigando a tu alrededor.

—Yo también, Beth. Yo también.

Beth alzó el camisón y lo llevó al armario.

—¿Por qué no esperamos unos días para ver si esa costurera te escribe para explicar que los enviaron por accidente? Si no lo hace, siempre puedes decidir enviarlos de regreso la próxima semana.

CAPÍTULO 17

La carta de Chase contenía una simple oración. «Te pido que me expliques las razones por las cuales preguntaste por el paradero de mi primo Kevin el mes pasado». Nada indicaba cuándo o cómo debía darle ella esa explicación. Supuso que por medio de una carta.

Al parecer él había llegado al punto de su lista en donde verificaba las historias de sus familiares. Al llegar a Kevin, Chase se había dado cuenta de lo que ella había estado haciendo en la oficina de botes.

Como Chase era un hombre decente, su conversación después de encontrarla ahí no pudo haber terminado con un interrogatorio sobre lo que había estado haciendo ella en ese lugar.

Minerva más bien deseaba haberle dicho la mentira que había inventado a manera de explicación, en caso de que él preguntara. «Quería saber si podría averiguar a dónde habrían llegado mi tío y mis primas cuando se fueron de Inglaterra». Él nunca podría saber que ella ya había investigado eso la primera vez que había visitado Londres cinco años antes, sin ningún resultado concluyente.

Ella se sentó para escribirle, pero después de algunas anotaciones su pluma se detuvo. Sería muy cobarde darle la noticia de esta manera. Estaba a punto de presentarle un problema peor del que él se imaginaba. Tenía derecho a hacer preguntas y conseguir respuestas rápidas de ella.

Tomó una hoja en blanco. «Te visitaré a las ocho en punto esta tarde para decirte lo que sé».

Envió a Jeremy a entregar la nota e intentó concentrarse el resto del día. Una nueva clienta la había visitado, la había enviado la señora Oliver. Esta mujer, la señora Jeffers, quería encontrar a su primo, con quien había perdido el contacto. Minerva estaba contenta por la nueva investigación, y agradecida por la distracción. Cuando terminó esa reunión, todos los pensamientos de su cabeza se concentraron en la siguiente cita.

Cenó con Beth y Jeremy. Al terminar subió a su habitación para

bañarse, cambiarse y acomodar los cabellos rebeldes que habían escapado de su peinado durante el día. Por alguna razón se sentía muy torpe y lo hizo muy mal. Estaba muy nerviosa, tanto que casi se va sin su bolsa. Al fin bajó y le pidió a Jeremy que saliera y le alquilara un carruaje.

—No es necesario —dijo él—. En unos minutos vendrá uno. Llegó desde hace media hora y ha estado esperando. El cochero decidió pasear a los caballos un rato, pero regresará pronto.

—Qué considerado eres. Muy precavido.

—No fui yo. No sabía que ibas a salir, ¿o sí?

Jeremy volteó a verla y pareció analizarla.

El carruaje se detuvo frente a su casa. Jeremy la acompañó afuera y la ayudó a subir.

—No vayas a regresar caminando tarde —le dijo.

—Espero regresar en una hora, como máximo, y creo que mi regreso será organizado igual que mi salida.

—Esperemos que así sea.

Dio un paso atrás y le hizo un gesto al cochero para que avanzara.

Chase caminaba por la biblioteca. No era grande, así que estaba dando vueltas y regresando sobre sus mismos pasos. Tal parecía que su agitación iba a crear un valle en la alfombra.

La ira lo había llevado a esa caminata sin rumbo. También un diferente tipo de furia. Después de que recibió la carta de Minerva, su primer pensamiento fue «al fin». Pero no iba a visitarlo por la razón que él esperaba. Ni siquiera se había puesto en contacto con él como amigos. Él le había pedido una explicación y ella intentaría dársela. Nada más.

Si su cuerpo no aceptaba esa verdad, era probable que tuviera algo que ver con la manera en la que la anticipación de los últimos días lo había preparado para anhelar el alivio. Decirse a sí mismo que era un idiota no ayudaba mucho. El deseo no funcionaba de manera lógica.

—Señor, preparé un poco de negus. Lo mantendré caliente hasta que llegue su visita. —Brigsby apareció de la nada para anunciar eso —. ¿Le gustaría que preparara una cena para dos? Tengo un pollo que no tardaría en cocinarse.

¿Habría cenado ya? No tenía idea. Sin embargo, dudaba que quisiera cenar con él.

—No lo creo.

—Tal vez le gustaría que lo prepare para usted. Para cuando se vaya su visita.

—Haz lo que tenga más sentido para ti. En este momento no me interesa.

Brigsby alzó las cejas. Torció la boca. Desapareció con tanta rapidez como cuando había llegado, sus pasos bajaron las escaleras hacia la cocina. Pasó frente a la puerta de la biblioteca acomodándose el cabello y ajustando su corbata. Un momento después el sonido de una visita rompió el silencio de la casa.

—Señor, la señorita Hepplewhite ha llegado. —Brigsby le dio una tarjeta, como si Chase necesitara una prueba.

—Por el amor de… déjala pasar. Rápido, hombre —siseó.

Las cejas se volvieron a levantar. Un minuto después Brigsby acompañó a Minerva a la biblioteca y cerró la puerta.

Se veía particularmente linda. Por alguna razón su rostro se veía más iluminado y sus ojos tan oscuros como los de un visón. La miró por un largo tiempo antes de darle la bienvenida e invitarla a sentarse.

—Creí que lo mejor era responder a tu descortés carta en persona, para evitar que malentendieras mi explicación de alguna manera si la escribía.

—¿Te pareció descortés? Yo creí que estaba siendo directo.

—Directamente descortés. Sin embargo, entiendo que hayas estado disgustado. Creíste que te diría todo, como una buena empleada. Solo que nunca lo fui.

—Creí que me dirías lo que habías descubierto porque estábamos compartiendo información de manera igualitaria.

—Ya veo. —Alzó la barbilla y bajó los párpados—. ¿Entonces tú me lo has dicho todo?

Siguió un incómodo e incriminatorio silencio.

—Eso creí. Bueno, aquí estoy. Pregunta lo que quieras y te responderé como pueda.

—Sé que fuiste a la oficina de botes para ver los manifiestos de los pasajeros. Pero no me contaste nada de eso.

—No preguntaste. Hablamos de otras cosas.

Otras cosas. Cosas importantes. Más importantes que esta maldita investigación que seguramente le partiría el alma antes de resolverse. Deseó poder regresar a ese día, cuando disfrutaron la tarde en una intimidad más fuerte y cercana que cualquiera creada por la pasión.

Se obligó a sí mismo a regresar al tema en cuestión.

—También fui a revisarlo. El empleado recordaba a una mujer que

había pedido el manifiesto de la misma semana hacía poco. Tú.

—Entonces sabes que tu primo Kevin no estaba fuera del país cuando tu tío murió. Que llegó de Francia por unos días, y después se regresó.

Chase apretó los dientes y se movió hacia la chimenea.

—Quiero saber qué te llevó a buscar su nombre en esas listas de pasajeros.

—Fue algo que el señor Edkins mencionó.

—¿El lacayo?

—Estaba hablando del hábito que tenía su patrón de pasear de noche en la ciudad cuando oscurecía, y en el techo de su casa. Le dijo que eso solía relajarlo. Lo calmaba. Pero no siempre. A veces regresaba molesto, hablaba con Edkins, pero más consigo mismo. Y dijo que la noche antes de su muerte el duque había bajado del techo murmurando que lo trataban como si fuera un banco al que nunca le tenían que pagar, y que después de todo lo que le había dado al muchacho cómo era que esperara más por ese maldito invento. Bueno, con eso del invento fue obvio de a quién se refería. Pareciera que se hubiera reunido con Kevin, esa tarde o por la noche. Pero supuestamente Kevin estaba fuera del país.

Chase dio un golpe en la repisa de la chimenea.

—Maldita sea, Minerva, *¿por qué no me dijiste esto?*

Un velo invisible cayó sobre su cara. Su expresión se convirtió en una de total indiferencia. Fijó su mirada en un punto en la pared, no en él.

Se había retirado por completo. De la conversación, de él. Se estaba alejando de su ira, como había aprendido a hacerlo con Finley.

Caminó hacia ella y se puso de rodillas. Tomó sus manos.

—Te pido una disculpa. Perdóname. No debí dejar que mi reacción a la noticia recayera en ti.

Minerva no alejó sus manos. Después de un momento bajó la mirada para verlas, luego lo miró a él. Una parte de su espíritu regresó a sus ojos.

—Sabía que te molestaría. Traté de evitarte esa decepción un poco más. En algún momento saldría a la luz, por supuesto. Tú mismo revisarías cada historia para saber dónde estaban, ahora que sabes que no fue un accidente. No necesitaba ser yo quien te diera la mala noticia.

Chase besó las manos de Minerva, sin pensar en si debería hacerlo. Se sintió bien por un momento cuando supo que ella había querido

evitarle el dolor.

—Además —continuó—, no creo que él lo haya hecho.

—¿En serio?

Minerva negó con la cabeza.

—No es ese tipo de persona.

—No hay tipos de persona, Minerva.

—No estoy de acuerdo. —Se inclinó hacia él, tan cerca que Chase pudo haberla besado. No lo hizo, aunque de verdad quería—. Ahora, mientras te tengo de rodillas y sintiéndote culpable, puedes decirme todo lo que tú no has compartido conmigo.

Él se hubiera reído, pero ella se veía muy seria.

—Solo un pequeño detalle.

—¿Qué tan pequeño?

—Información insignificante, nada más.

—Yo decidiré si es insignificante o no.

Él se apoyó en sus talones. No es que esperara un golpe, por supuesto.

—Todavía hay que confirmar si Kevin lo visitó o no. Sin embargo, sí tuvo una visita.

—¿En serio? ¿Quién?

—Una mujer. Eso es todo lo que sé y todo lo que vieron. No distinguieron su cara ni mucho del resto de su cuerpo.

—¿Quién te lo dijo?

—Edkins.

Minerva frunció el ceño.

—A mí no me dijo eso.

—¿Le preguntaste de manera directa? A veces esa es la mejor manera.

—Mi manera funcionó bastante bien. Sin embargo, tal vez en el futuro podamos hacer un plan para que yo pueda conversar con ellos y conseguir información indirectamente, y tú puedas preguntar de manera directa y conseguir tu tipo de respuestas.

Se sentó a su lado en el diván, sosteniendo su mano.

—Es un buen plan.

La cercanía entre los dos, sus manos entrelazadas, hicieron que el aire cambiara. Ya no le interesaban las revelaciones del señor Edkins.

Minerva giró para verlo directamente a los ojos.

—No me lo dijiste porque esa mujer pude haber sido yo.

—Sabía que no eras tú. Lo que sí me preocupó fue que pensaras que yo creyera que eras tú.

—¿Cómo supiste que no era yo, si nadie vio su rostro?

Chase alzó la mano de Minerva y la besó.

—Solo lo supe.

Minerva no tenía ilusiones de que Chase esperara que la noche terminara como empezó. Si la exquisita anticipación que podía sentir tensándose dentro de ella era un indicio, necesitaba tomar una decisión. Una inquietud nerviosa la invadió. Parecía extenderse desde su sangre hasta la habitación en la que estaban. La sentía en él también, aunque no había nada en su cuerpo o rostro que lo demostrara. Se veía tranquilo y amigable, no consumido por el deseo.

No la seduciría. Era probable que él se quedara sentado ahí por horas si eso era lo que ella quería. A juzgar por el aspecto que él tenía, ni siquiera le molestaría si hablaban mientras lo hacían.

Su sirviente llegó con una enorme bandeja. Sin decir una palabra les sirvió negus caliente en dos pequeños vasos. Ella le dio un trago al ponche de oporto condimentado, feliz de tener algo que hacer. Una vez que el sirviente se fue, sin embargo, dejó el vaso a un lado.

—No puedo decidir. —Supuso que él sabría de qué estaba hablando ella—. Lo sigo considerando y…

Minerva se encogió de hombros.

—No creo que considerarlo resuelva nada. No creo que la respuesta que buscas se presente de esa manera. No necesitas decidir hoy, ni la próxima semana, ni jamás.

No quería quedarse indecisa por siempre. Qué triste sería eso. Si vivía el resto de su vida como había vivido los últimos años, sería una elección. Si se negaba a sí misma esa parte de ser mujer, después de haber experimentado la satisfacción plena una vez, no quería que fuera porque no tuvo el valor de elegir otra opción.

Chase no dijo nada, solo se sentó a su lado, su cálida palma sostenía la de ella. El nerviosismo que ella sentía se había vuelto tan intenso que entre los dos había una emoción palpable que estaba a punto de estallar.

Lo miró con atención. Beth le había dicho que no confiara en él. Que debería cortar toda comunicación, tanto por el bien de él como por el de ella. Pero no quería hacerlo. No había hecho nada malo y estaba cansada de ser una esclava del miedo a que nadie le creyera.

Minerva tragó saliva.

—Creo que deberías besarme ahora.

Chase presionó sus labios contra los de ella tan rápido que las últimas palabras sonaron amortiguadas. Y con esa conexión, la barrera que apenas había estado conteniendo su deseo por él se rompió.

Él se giró hacia ella y tomó su rostro entre sus manos para poder llenar su boca y su rostro de besos, algunos suaves, otros no tanto. Su rápida pasión le decía que no había estado tan tranquilo en la última media hora como aparentaba.

La abrazó y besó su cuello, su hombro, el pedazo de piel que quedaba visible por encima de su abrigo. Minerva ya conocía ese placer y se rindió ante él. Disfrutó de los sutiles temblores que encendían su sangre, y la alegre libertad que esa sensación le daba.

Incluso mientras se besaban, Chase logró quitarse algunas prendas. Minerva sintió su cuerpo entonces, fuerte y firme debajo de su camisa. Su corbata desapareció y ella se aventuró a darle un pequeño beso en el cuello. Chase la sostuvo ahí, pidiendo más, mientras su mano se encargaba de los botones del abrigo de ella.

Minerva miró esa mano, y luego alrededor de la habitación.

—¿Crees que esté bien que hagamos esto aquí?

Besos más lentos. Más tranquilos.

—No, a menos que tú lo quieras.

La alfombra, aunque cara y gruesa, no se veía muy cómoda.

—No creo que sea prudente.

Él la miró profundamente y la ayudó a ponerse de pie.

—Ven conmigo.

No la llevó lejos. Su apartamento ocupaba todo un piso de la casa, así que su habitación no estaba lejos. Pasaron por unas escaleras traseras y caminaron un poco más. Abrió una puerta y luego soltó su mano mientras giraba para ajustar la cerradura.

Era una linda habitación. Masculina. Grande, pero no mucho. Del tamaño adecuado para una persona, pensó Minerva. Con un estilo un poco anticuado, con paneles de madera oscura que llegaban a la mitad de la pared y que formaban la cama. Unas sombras intentaron levantarse en sus recuerdos cuando vio esa cama, pero llenó su mirada y sus pensamientos con otras cosas.

Unas cortinas blancas simples enmarcaban las ventanas y la cama. Nada le sorprendía. Se veía como él. No se preocuparía de más por la moda. Su ropa siempre era actual, pero lo más probable era que su sastre se mereciera el crédito.

Cerró otra puerta. Minerva vio lo suficiente para saber que era su vestidor.

—¿Quieres que me desvista?

—Solo quédate ahí.

Tomó una llave de su escritorio y cerró el vestidor con llave. Después se quitó la corbata.

Se miraron el uno al otro en lados opuestos de la habitación. La cama parecía ocupar demasiado espacio. El brillo de una lámpara hacía que las cortinas blancas se vieran doradas. Minerva sintió el corazón en la garganta. Se veía tan atractivo en ese momento, con la luz tenue favoreciendo su rostro y su figura. Fuerte y tan deliciosamente masculino.

—Ahora puedes desvestirte —dijo él.

Mientras él observaba, al parecer.

Se había puesto un abrigo que también era como un vestido, con pequeños botones en la parte de enfrente. Comenzó a desabotonarlos, preguntándose si un deseo escondido la había hecho elegir una prenda tan conveniente. Le tomó mucho tiempo terminar de abrir los botones porque sus manos estaban temblando. Finalmente dejó que el vestido se deslizara por sus hombros y su cuerpo. La mirada de Chase siguió su descenso, y después la fue levantando lentamente.

Minerva comenzó a quitarse las prendas interiores. Entre más se tardaba, más nerviosa se sentía, y más torpes se volvían sus manos. Se dio cuenta de que él lo estaba disfrutando. Eso la hizo disminuir la velocidad lo suficiente para que se viera más elegante al irse quitando la ropa. También descubrió que había una placentera sensualidad en mostrarse de esta manera, capa por capa.

Cuando solo le quedó el fondo y las medias, se inclinó para quitarse estas últimas.

—Preferiría que las dejaras para el final.

Eso significaba que quedaría desnuda antes de terminar. Completamente desnuda, y no mientras estaba en una cama, o en sus brazos. Se armó de valor y dejó caer su fondo.

Miró a Chase para que él pensara que era más valiente de lo que se sentía. El deseo había endurecido su expresión y encendido sus ojos. Su mirada capturó la de Minerva y un escalofrío recorrió su cuerpo. Y luego otra vez. Como proyectiles, cada uno creaba una explosión de deseo que la cubría de sensaciones excitantes.

Chase bajó la mirada, recordándole las medias. Se acercó a una silla para recargar su pie, desató una y la deslizó hacia abajo. Esa pose, con su pierna alzada, provocó algo dentro de ella. Mientras bajaba un pie y subía el otro a la silla se dio cuenta de que Chase se

había movido un poco para poder ver mejor lo expuesta que estaba.

Aunque estaba tan excitada que apenas podía mantenerse de pie, desató la otra media y comenzó a quitársela. De repente él estaba ahí, recargado en una rodilla, justo frente a ella. Él movió el pie de Minerva a la rodilla que él tenía doblada, y llevó sus manos a la parte de arriba de la media.

Ella observó cómo sus manos fuertes lentamente bajaban la media hasta su rodilla. La cabeza de Chase se inclinó y presionó un beso en la parte interior de su muslo. Otro más arriba. Después otro, aún más arriba. Tan arriba que casi pudo sentirlo en su pubis como una delicada caricia.

No se atrevió a cerrar los ojos porque temía tambalearse o caer al suelo. Así que observó la parte de arriba de la cabeza de Chase y sus manos, sintió los besos y estuvo muy cerca de olvidar cómo respirar. Los besos no se detuvieron, pero de alguna manera la media ya no estaba. Seguía de rodillas, acariciando también su pierna. Acarició muy alto y deslizó su mano entre sus muslos, dentro de la humedad y el calor que había ocasionado. Una caricia profunda y secreta hizo que la habitación diera vueltas. Tuvo que sostenerse de los hombros de Chase para mantener el equilibrio mientras hacía que su excitación se elevara más y más.

Besos en su estómago, en sus caderas. Caricias en sus nalgas, moviéndose profundamente hacia adelante. Enloquecida ya, forcejeó torpemente con la camisa de Chase hasta que logró sacarla por los hombros y pudo sentir su piel. Chase logró quitársela sin detener lo que le estaba haciendo.

Hizo que girara en la silla.

—Siéntate aquí.

Presionó sus caderas hasta que se sentó, después la movió a la orilla de la silla. Volvió a besar sus muslos y tocó el centro de su tortuoso placer.

—Quiero besarte aquí. ¿Me lo permites?

Minerva asintió sin entender a qué se refería. Solo sabía que quería cualquier placer que él le pudiera brindar, y que ya había llegado al máximo de nuevas sensaciones. O eso pensaba hasta que la cabeza de Chase se movió hacia abajo y sintió ese beso, y una flecha de placer se clavó justamente allí abajo, y todos los demás sentidos dejaron de existir, a excepción del que estaba experimentando eso.

Se ponía cada vez peor y peor, mejor y mejor. Sabía que estaba gimiendo, pero no podía escucharse a sí misma. Sabía que Chase había

movido sus piernas para que sus pies descansaran sobre sus hombros, pero no podía verlo. Alzó las caderas de Minerva y pudo acomodarse mejor para extasiarla con su lengua. El placer se volvió casi insoportable de la mejor manera, irresistible y creciente, y se volvió aún más intenso. Creyó que moriría si no lo detenía, si no se alejaba. En lugar de eso, de alguna manera el tenso y doloroso placer se rompió, se quebró, y envió olas de una sensación impresionante por su cuerpo, creando un lugar donde pudo perderse a sí misma por completo.

Chase escuchó sus inquietos gemidos cuando estaba cerca. Su mente y su lengua la animaron. Cuando escuchó su grito y su orgasmo dobló su cuerpo, conoció una exultante sensación de victoria.

Se puso de pie y observó su cara mientras se desvestía. Se veía casi etérea en su placer. Casi infantil en su satisfacción. La tomó en brazos y la llevó a la cama. Murmuró algo que él no pudo escuchar ni entender.

Una vez que estuvo en la cama, sus ojos se abrieron un poco. Se puso sobre él y se sentó en su regazo, como la última vez. Seductora y todavía un poco asombrada, lo miró desde arriba. Se inclinó y lo besó apasionadamente antes de sentarse de nuevo.

Chase puso las manos sobre sus pechos y los acarició con delicadeza, por si todavía seguía sensible. Minerva sonrió, echó la cabeza hacia atrás y se acercó hacia él, para que usara su boca. Minerva gimió sin pena mientras Chase la complacía, y no tardó en comenzar a retorcerse sobre sus caderas.

Minerva volvió a sentarse, con los ojos llenos de cierta locura, con un erotismo magnífico. Miró su hinchado miembro y lo acarició con un dedo. Chase tuvo que esforzarse por mantener el control. Orgullosa de sí misma, lo hizo una y otra vez antes de experimentar con una caricia más firme.

Al haber saltado de la montaña una vez, podía disfrutar de subir una segunda vez. Él, sin embargo, no podía soportar más. Podría dejarla jugar todo el tiempo que quisiera en otro momento.

Alzó sus caderas. Minerva entendió y dejó que la penetrara. Chase apretó los dientes mientras su estrecha calidez lo rodeaba. Minerva comenzó a subir y bajar con lentitud. Chase controló su deseo y gozó lo que ella quiso darle por un rato, pero no pudo contener sus ansias. Presionó una mano contra la cabecera detrás de él para anclarse y

tomó el control.

Lo hizo con menos cuidado esta vez. No tuvo elección. Su cuerpo aullaba con la necesidad de penetrarla más duro y más profundo y poseerla por completo. Su mente estaba pensando en maneras de tomar su cuerpo en futuras ocasiones, y esas imágenes solo lo impulsaban a seguir. El alivio, cuando al fin lo aceptó, fue catastrófico.

Minerva cayó sobre él, entre sus brazos, besando su pecho y su cuello, sujetándose con firmeza a sus hombros. Ahogado en su éxtasis sin sentido, creyó escucharla gritar de nuevo.

Se quedaron en silencio un largo tiempo. Chase se alegraba de que Minerva no necesitara hablar tanto. El silencio contenía una intimidad que las palabras podrían destruir. Después de un momento, se levantó para recargarse en sus codos y lo miró.

—Gracias. —Había una enorme profundidad en su mirada mientras lo decía—. Creo que fuiste un héroe de nuevo, de una manera diferente. No tan cuidadosa.

—¿Te lastimé?

Minerva negó con la cabeza.

—Me gustó. Creo que la próxima vez ya no deberías ser cuidadoso.

Chase había evitado pensar en una próxima vez, pues creía que por la situación en la que estaba no podría esperar otra más. Sintió una nueva satisfacción al escuchar sus palabras. Minerva se sentó en la cama, esta vez sin preocuparse por estar desnuda, gloriosa, sus pechos suaves y relajados ahora que la firmeza de la pasión había pasado. Chase la miró y sintió que su cuerpo reaccionaba.

—Es hora de que me vaya —dijo Minerva.

—Puedes irte si quieres, pero no le debes explicaciones a nadie.

—Beth…

—Sabe dónde estás.

—Sí, pero…

—Ella sabía por qué viniste, incluso si tú no.

Solo lo observó por un momento antes de mover su pierna y alejarse de su cuerpo y la cama.

—Antes de que te vistas por completo, Minerva, asómate por la ventana principal al espacio justo enfrente de donde se juntan los dos edificios.

Minerva se puso el fondo y caminó hacia la ventana. Él escuchó

cómo sus pasos se volvieron más suaves cuando entró a la sala. Unos minutos después, regresó a la habitación.

—¿Cuándo lo viste?

—Temprano. Poco tiempo después de que llegaras.

—Debió haberse subido a la parte posterior del carruaje cuando salí de casa.

—Eso o saltó por los techos para seguirte el paso. Es rápido y conoce bien la ciudad. Si no fuera tu socio en tus investigaciones, buscaría hacerlo socio de las mías.

Minerva tomó su vestido y lo sacudió.

—Yo no le pedí que hiciera esto. Espero que me creas.

—Fue su decisión. Él también sabía por qué venías, incluso si tú no. Así que espera afuera, escuchando, en caso de que cambies de parecer y yo no me comporte como un caballero.

La expresión de Minerva se ensombreció, como si se estuviera imaginando el altercado que eso hubiera ocasionado.

—En serio debería irme, para que no espere ahí hasta el amanecer.

—Podrías abrir la ventana y decirle que se vaya a casa.

—Como si pudiera hacer eso en una calle de este vecindario. —Se rio y llevó su ropa a la cama—. Ayúdame con esto, por favor.

Se sentó en la orilla de la cama y la ayudó con los cordones. Cuando ella tomó su vestido él hizo lo mismo con sus pantalones y camisa. Juntos volvieron a verse civilizados.

Chase la tomó en sus brazos y la abrazó con fuerza. La besó, lamentando tener que dejarla ir.

—Deberías aclarar esto con él y su madre, Minerva. No tienen que confiar en mí ni tengo que caerles bien. Sin embargo, la decisión es tuya y tienen que respetar eso.

Minerva asintió. Frunció un poco el ceño, lo cual ensombreció un poco su belleza.

—Sobre lo que te dije antes. De verdad no sé nada. Tienes mi palabra de que no voy a hablar del tema ni a investigar más.

La promesa de Minerva lo conmovió, en especial porque sabía que podría tener un costo para ella. Ella podría decir que no sabía nada de Kevin, pero la verdad era que sí sabía. Él también, pero ella acababa de ofrecerle la opción de pretender que él no lo sabía.

La llevó a la puerta principal.

—Quédate aquí.

Salió y caminó directo hacia Jeremy, que parecía perderse entre las sombras. Le dio unas monedas.

—Ve por un carruaje y llévala a casa.

Jeremy lo miró por un momento, con expresión inescrutable. Después se fue corriendo.

CAPÍTULO 18

Minerva fue una inútil el resto del día. Deambuló por la casa en un aturdimiento de satisfacción, su cabeza llena de recuerdos de la noche anterior.

Sabía que había mujeres que decían que disfrutaban la intimidad física. Había creído que esas eran afirmaciones huecas, y muy extrañas. Ahora tenían sentido. Mucho sentido. ¿Quién no disfrutaría ese pináculo de sensaciones? Era probable que esas mujeres se hubieran casado con hombres que sabían lo que hacían en la cama. Si había afecto, o incluso amor, eso lo haría mucho mejor.

Eso la llevó a pensar si entre ella y Chase había afecto, al menos cuando se besaban y se abrazaban. Tenía que admitir que sentía algo por él, pero no podía recordar si lo había sentido antes de esa noche en Melton Park. Si no, entonces ese tipo de experiencias podrían crear el afecto. Le parecía fascinante.

Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que después de la comida, en la que Jeremy había hablado mucho pero ella había escuchado muy poco, se quedó en la cocina sin darse cuenta de que Beth estaba limpiando los platos. Seguía ahí cuando Beth se sentó a su lado.

—Entonces —dijo Beth—. ¿Cómo estuvo tu visita con el señor Radnor?

Miró a Beth y se dio cuenta de que su vieja amiga sabía todo. Jeremy debió haberle dicho cuánto tiempo estuvo parado afuera y cómo Chase había salido tan desaliñado a decirle que fuera por un carruaje. Cómo había flotado por las escaleras como embrutecida, sintiendo que había atravesado una metamorfosis.

—Nuestra plática terminó bien —dijo Minerva—. Él estaba un poco molesto porque yo no había confiado en él, pero entendió cuando le expliqué por qué.

—Muy sensible de su parte.

—¿Verdad que sí? Creo que podría describir nuestra conversación

como exitosa.

—¿Así la describirías?

—Sí. Toda la visita fue un éxito. —Miró a Beth directo a los ojos—. De hecho, una parte de ella no fue nada menos que maravillosa.

Beth se puso de pie.

—Me alegra escucharlo. Me alegra más de lo que jamás sabrás. No diré una sola palabra en su contra de ahora en adelante, a menos que me dé razones para hacerlo.

Brigsby siendo Brigsby no dijo una sola palabra sobre la visita nocturna. Preparó su baño por la mañana y levantó lo que había quedado de la ropa de Chase, como si siempre la encontrara tirada en la habitación. Ayudó a Chase a vestirse para salir, sirvió el desayuno para una persona, no para las dos que Chase sospechaba que tenía preparado. Le entregó el correo y el periódico planchado.

Después, cuando Chase regresó a su habitación y se sentó a escribir unas cartas, Brigsby llegó con una enorme pila de ropa blanca y procedió a cambiar las sábanas. Si no fuera por el inusual acto de quitarse el abrigo para llevar a cabo la tarea, uno pensaría que su patrón tenía mujeres en su cama con frecuencia.

Chase siguió con sus cartas. Una había sido muy fácil de escribir. La segunda y la tercera, más difíciles. Sin embargo, no le servía de nada posponerlas, así que terminó de escribirlas justo a tiempo para dárselas a Brigsby y que se enviaran de inmediato. Tan pronto como su lacayo se fue, decidió escribir de nuevo. El día prometía ser infernal, pero con suerte podría terminar bien.

A la una en punto pidió su caballo y fue a la calle Gilbert, donde vivía la tía Agnes. El mayordomo lo llevó a la pequeña sala del segundo piso. Ahí encontró a sus dos tías sentadas en los lados opuestos de un diván. Una estaba mirando la pared y la otra el suelo. El objetivo, concluyó, era no mirar a la otra.

Dolores se había quedado en la ciudad después de la famosa reunión con el procurador para intentar defender lo que pensaba al respecto. Le había escrito dos veces, exigiendo que convenciera a Nicholas de entrar en razón. En ambas ocasiones la respuesta había sido educada, pero firme. Nicholas ya había entrado en razón y creía que Dolores necesitaba cambiar de opinión.

Ahora, sin embargo, él había solicitado esta reunión y había citado a sus dos tías. Aunque eran parecidas en altura, en el cabello oscuro, y

en la tendencia a ser arpías, eran diferentes en maneras importantes. El rostro de Agnes mostraba una suavidad que podría hacerle creer erróneamente a la gente que el resto de ella era igual de suave. El de Dolores, por otro lado, tenía unas facciones y una mirada tan afiladas que eran una advertencia de lo que se podría esperar de ella. Sus figuras seguían formas similares. El grosor de Agnes hacía que su altura fuera el doble de impresionante. La delgadez extrema de Dolores le daba una apariencia frágil, incluso si la mujer era todo menos eso.

Dolores le dio la bienvenida.

—Siéntate, Chase. Es tan extraño encontrarte solo.

Eso sonaba inquietante.

—¿Estás disfrutando la ciudad? —le preguntó Chase.

—No mucho. Ya sabes que prefiero el campo. Extraño mi pequeña cabaña en Kent.

—Pequeña cabaña. ¡Ja! —murmuró Agnes.

La pequeña cabaña de Dolores tenía al menos quince habitaciones.

—¿Planeas quedarte mucho tiempo?

—Sí, Dolores, ¿planeas quedarte mucho? —se animó a chasquear Agnes.

Dolores entrecerró los ojos.

—Hasta que este asunto se resuelva

—Si lo manejas para que se resuelva como tú quieres, eso tomará años. Décadas. Morirás aquí —dijo Agnes—. Como te dije antes de que llegara Chase, todo lo que estás haciendo aquí puede hacerse por correo. Si se necesitara tu presencia, tu pequeña cabaña está a un día en carruaje.

Al parecer, Chase había interrumpido una discusión, y había hecho precisamente la pregunta que la haría empezar de nuevo.

—Como te expliqué, no planeo imponerte mi presencia por más tiempo. —El tono gutural de Dolores tenía un filo de acero—. Aprovecharé la hospitalidad de mi sobrino, si prefieres. Estoy segura de que a Nicholas no le importará si lo visito unos días.

Chase escuchó eso alarmado. Nicholas le cortaría a él la cabeza si dejaba que eso pasara.

—Tía Dolores, estoy seguro de que no le molestaría, pero me temo que a ti sí. La casa sigue desordenada. Están contratando nuevos sirvientes muy lentamente. Escuché que acaba de llegar una nueva ama de llaves, así que se va a poner peor antes de mejorar. Sería vergonzoso para Nicholas ofrecerte una atención tan mala.

Dolores solo lo miró. Agnes la observaba con una orgullosa satisfacción.

—Si quieres quedarte en la ciudad más tiempo, ¿por qué no rentas una casa? Hay muchas disponibles en esta época del año —sugirió Chase.

—Es una buena sugerencia —dijo Agnes—. Pienso lo mismo.

Miró a Chase como si fuera su aliado.

—*Como te expliqué,* es costoso. En las circunstancias en las que me dejó mi hermano, tengo que contar mis centavos.

—Entonces te quedas aquí y te comes mis centavos. Qué conveniente. Unos días es una cosa. Varias semanas es otra. Y ahora suena como si planearas vivir aquí de manera permanente.

—*Solo hasta que este asunto se resuelva.*

—Que el cielo me dé paciencia. —Agnes se dio la vuelta para buscar la ayuda de Chase, rogándole con la mirada—. Se reunió con un procurador para impugnar el testamento. No te hagas la sorprendida, hermana. Sí, sé que fuiste, y sí, le estoy diciendo a Chase para que te haga entrar en razón.

—Creí que Nicholas ya lo había hecho —dijo Chase.

—A la edad que tiene ella, ¿qué importa si el primo la dejó fuera de su testamento?

Las dos hermanas siguieron discutiendo. Chase aguantó cinco minutos y luego se puso de pie.

—Creo que sería una buena idea retirarme y regresar otro día, para que esta reunión pueda iniciar con otro tema. Pedí verte, tía Dolores, para hablar de algo que no tiene que ver con tus arreglos de vivienda.

—Creí que era una visita social —dijo la tía Agnes, mirándolo sorprendida.

—No exactamente.

Lo miraron y luego se miraron entre ellas.

—Por favor, siéntate, Chase. Mantendremos nuestras discusiones de hermanas entre nosotras —le dijo Agnes.

—Entonces, con su permiso, iré al grano. He estado investigando la muerte del tío Frederick. Fui a Melton Park y descubrí algunas cosas. Me gustaría hacerles algunas preguntas.

—¿A ella o a mí? —preguntó Agnes.

—A las dos primero. Y luego solo a ella.

Dolores se puso rígida.

—Qué atrevido de tu parte.

—Ni siquiera sabes cuáles son las preguntas —comentó Agnes.

Chase decidió ignorar las digresiones y los comentarios.

—¿Alguna de las dos estaba en Melton Park el día que murió el duque?

Agnes se veía horrorizada. El rostro de Dolores se quedó pálido.

Dolores se recuperó primero.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una muy sencilla. Puedo descubrirlo de otras maneras, pero es más sencillo preguntarles.

—Entonces te doy mi respuesta sencilla: no. Estaba. Ahí.

—Yo tampoco —agregó Agnes—. ¿Alguien dijo que estuvimos ahí? ¿Alguien nos está acusando e intentando decir que…?

—Nadie las ha señalado, acusado ni mencionado de ninguna manera. Tengo que hacer esta pregunta para eliminar posibilidades. Gracias por responder honestamente.

Ambas se relajaron, pero la preocupación las había sometido.

—Mis otras preguntas son para ti, tía Dolores. Son un poco más complicadas. Puede que quieras escucharlas en privado.

—Me iré. —Agnes comenzó a ponerse de pie.

—No —soltó Dolores. Estiró la mano—. Por favor, no.

Agnes miró a su hermana, cuya preocupación marcaba su rostro. Miró a Chase y se volvió a sentar.

—Tía Dolores, ¿tenías algún viejo y fuerte resentimiento hacia tu hermano? ¿Alguna pelea que no podías olvidar?

Dolores intentó verse sorprendida, pero no funcionó. Su intento se disolvió en una ira helada.

—Eso es algo que no te interesa ni es de tu incumbencia, Chase. Quien te haya dicho eso es deshonesto y cruel. Como dijiste, fue una vieja pelea, de hace mucho tiempo.

—Pero no está olvidada.

Ella se humedeció los labios.

—Nunca lo perdoné.

Agnes estiró el brazo y tomó la mano de su hermana.

—Dile, Dolores. Alguien podría hacerlo parecer más grande de lo que es.

—No pienso hablar de eso. No puedo. Pero… tú puedes hacerlo, Agnes.

Agnes sostuvo la mano de su hermana con el brazo estirado.

—Había un hombre en su vida, Chase. Ella tenía veinticuatro años, no era una niña. Estaba muy enamorada.

Dolores cerró los ojos.

—Desafortunadamente, era un canalla —continuó Agnes.

—No lo era —interrumpió Dolores.

—Ay, hermana, sí lo era. Cree lo que quieras, pero era un granuja —miró a Chase—. Un cazador de fortunas de primera. Un nombre y una herencia falsos. Un charlatán. Frederick supo la verdad desde la primera vez que lo vio. No podíamos hacer que Dolores cambiara de parecer. Así que Frederick puso al joven a prueba.

—Me traicionó de una manera horrible —dijo Dolores.

—Te salvó.

—Me condenó a una vida sin amor.

Agnes la ignoró.

—Le ofreció mucho dinero a este hombre miserable para que se alejara de Dolores, y lo aceptó. Le pidió que se quedara en Sudamérica por un año. Debió haber sido una decisión muy difícil para ese sinvergüenza. En teoría, Dolores valdría mucho más que eso a la larga. Pero ese dinero era de inmediato. Una fortuna instantánea que podía sacar por la puerta principal. —Agnes le dio unos golpecitos en la mano a Dolores—. Ya no estaba en la ciudad a la mañana siguiente. Frederick nos envió a mí y a Dolores de viaje. Fue maravilloso.

—Yo lo detesté.

—Bailaste en todas las cortes de Europa y coqueteaste con príncipes.

—Mi hermano no debió haberlo hecho. No debió haberlo tentado así, con tanto… ¿qué hombre se negaría? Mi hermano le mostró el dinero como si fuera el diablo. Oro puro. Siempre tenía oro a la mano, pero fue una cantidad enorme. Una montaña de oro.

—¿Alguna vez hablaron al respecto? —preguntó Chase.

Dolores negó con la cabeza.

—Aparte de la discusión que tuvimos cuando me lo dijo por primera vez, no. Él sabía lo que pensaba al respecto. Le dije que no lo perdonaría nunca, y él aceptó que así fuera.

—Sin embargo, fue muy generoso con nosotras —comentó Agnes —. Solo nos falló al final, con su testamento.

—Es su manera de castigarnos —dijo Dolores—. Su manera de mostrar que lo decepcioné.

—Hermana, deja de decir tonterías. No fue solo contra ti, ¿o sí? Dudo que todos lo hayamos decepcionado.

—¿Quién te dijo eso, Chase? —Dolores recuperó la compostura—. Quiero saber.

—Nadie de la familia, te lo aseguro. Fue alguien a quien no creo

que conozcas.

«Una mujer brillante que escuchó una oración y adivinó el resto».

Dolores suspiró.

—La gente habló, por supuesto. Supongo que todavía lo hacen.

Chase se puso de pie.

—Gracias a las dos. Al hacer este tipo de investigaciones siempre es bueno quitar pendientes de la lista, sin pasar días investigando.

—¿Entonces ya no estamos en la lista? —preguntó Agnes.

Chase hizo una reverencia y se fue.

El Caballero Jim estaba lleno de gente por la tarde. Chase encontró a Nicholas y a Kevin boxeando entre los hombres, cerca de la pared del fondo. Se acercó a ellos y los miró desde una esquina.

Nicholas aventajaba a Kevin por unos centímetros y varios kilos, pero la fuerza y la agilidad de Kevin nivelaban la pelea. Las camisas de ambos se pegaban a su cuerpo gracias al sudor. Chase había llegado tarde y era seguro que ellos habían estado entrenando por un largo tiempo.

Nicholas lo vio e hizo una señal para terminar la pelea. Los dos caminaron hacia él.

—Te ves demasiado arreglado, si tenemos en cuenta que estamos aquí porque tú nos invitaste —dijo Nicholas, mientras tomaba la toalla que le ofrecía un asistente y se limpiaba el rostro y el cuello—. Quítate ese abrigo para que Kevin pelee contra ti. Tiene un exceso de energía juvenil incluso después de dos peleas contra mí.

—Tenía que visitar a las tías, y tardé dos veces más de lo que esperaba porque tuve que escuchar todas sus quejas.

—Me sorprende que Agnes aún no haya matado a Dolores —dijo Nicholas.

—Ha estado cerca, pero decidió que sacarla de la casa también funcionaba.

—Dile a tu padre que cierre bien las puertas, Kevin. Es el único hermano que tienen en la ciudad —comentó Nicholas.

—Ella cree que estaría más cómoda en la Casa Whiteford —respondió Chase.

Nicholas quedó petrificado con la toalla en la mano a punto de limpiarse de nuevo el rostro. Miró a Chase como si fuera un hombre al que acababan de condenar a muerte.

—Me voy de paseo y le dejo toda la casa si se aparece para

quedarse.

—Puede que la haya convencido de que la casa sigue siendo demasiado incómoda para visitas, y que no estaría a la altura de sus estándares.

—Y así será por un largo tiempo, si de ese modo puedo evitar que aparezcan familiares en mi puerta. —Nicholas dejó a un lado la toalla —. Ya que sigues vestido, asumo que le tienes demasiado miedo a Kevin como para enfrentarte a él. Ponte cómodo mientras nos damos un baño.

Fueron hacia los vestidores mientras Chase caminaba por el perímetro de la habitación, viendo cómo volaban los puños y se formaban moretones. Se arrepintió de haber llegado demasiado tarde. Se ponía de mal humor cuando no se ejercitaba de manera regular. La noche anterior con Minerva había reducido sus ansias, pero le hubiera gustado participar en una o dos peleas.

Cuando sus primos regresaron ambos estaban bañados y vestidos y no se veían muy afectados por sus peleas. Kevin tenía una enorme sonrisa en el rostro.

—Una idea espléndida, Chase, incluso si no lograste llegar a tiempo —dijo.

Chase lo había organizado para tener a los dos en el mismo lugar sin ser demasiado obvio. El hecho de que Kevin hubiera dejado a un lado su preocupación por el testamento era un bono inesperado.

—¿Una taberna o un club? —preguntó Nicholas mientras salían del edificio.

—Una taberna —respondió Kevin—. El Cisne Blanco, si no les molesta. Están ofreciendo un caballo que mi padre quiere que revise.

Se subieron a sus caballos y cabalgaron hacia el este, luego al sur hacia el río, hasta que llegaron al Cisne Blanco. Kevin preguntó por el caballo de inmediato, así que fueron a inspeccionarlo.

Kevin lo revisó de cerca, de la nariz a la cola. Nicholas y Chase también. Era un caballo, después de todo.

—¿Cuánto? —preguntó Nicholas.

—Cuarenta.

—Está caro.

—Los blancos suelen serlo. —Kevin le hizo un gesto al lacayo para que sacara al animal al patio—. Mi padre los prefiere, al igual que otras personas. Se ven muy bien en pares. Por desgracia, uno de ellos está enfermo, así que está buscando otro.

Nicholas comenzó a hablar, pero decidió cerrar la boca. Chase

pudo imaginarse lo que casi había dicho. «¿Por qué te está pidiendo que veas a un caballo cuando él puede hacerlo?». Al parecer, Chase no era el único que estaba organizando cosas para que Kevin no estuviera de mal humor.

—Le diré que ofrezca treinta y acepte pagar treinta y cinco.

Eligieron una mesa y pidieron cerveza.

—Deberíamos disfrutar el día —sugirió Nicholas—. Podemos comer, beber y salir a buscar mujeres más tarde.

—Hoy es la fiesta de lady Trenholm —dijo Kevin—. Por desgracia, no puedo ir con ustedes porque ya rechacé la invitación.

—No me refería a ese tipo de mujeres —aclaró Nicholas—. Chase me dijo que buscara mujeres *inapropiadas*.

—Estoy seguro de que habrá algunas de esas mujeres en la fiesta también —comentó Kevin—. Tengo algunos nombres. Mi padre habla mucho cuando bebe oporto.

—Si voy a una fiesta, si cualquiera de nosotros va pronto, las personas lo verían como una falta de respeto al tío Frederick, aunque él nos haya ordenando no estar de luto. Además, nunca me acercaría más de tres metros a ninguna de las mujeres inapropiadas de tu padre, porque una horda de madres aulladoras me bloquearía.

Kevin se rio.

—Supongo que te has convertido en el premio de su caza este año. Una vez que empiece la temporada…

—Te ruego que no hables de eso. La sola idea de la temporada me hace caer en una profunda melancolía.

—Podrías visitar un burdel —sugirió Kevin—. Inapropiado y para nada complicado. Hay muchos que celebrarían la llegada del heredero del tío Frederick.

Nicholas miró a Chase.

—¿Tú qué dices? Podemos mostrarle al joven Kevin cómo se hace.

Kevin sonrió.

—Como siempre, estoy agradecido por lo mucho que les preocupa mi educación.

Chase también sonrió, pero su mente no. No quería ir a un burdel con Nicholas. Hace un mes, tal vez. Pero no ahora.

—Me temo que tengo una reunión por la tarde y no podré acompañarlos.

Los ojos de Nicholas se iluminaron.

—Maldición, mira esa sonrisa. Él ya encontró a su mujer inapropiada.

—Bueno, pasea mucho por la ciudad.

—Es verdad —dijo Chase—. Deberían intentarlo, es mejor que dejarse llevar por la melancolía.

—Yo no me pongo melancólico —respondió Nicholas—. Solo me preocupo. Hay una marcada diferencia. Ayer pasé el día leyendo cartas de hombres que se ofrecen a ser administradores de todas mis tierras. Necesito uno nuevo.

—¿Y alguno de ellos te interesó?

—No lo sé. —Nicholas se rio—. ¿Cómo sabe un hombre que nunca ha hecho nada relacionado con agricultura si otro hombre es bueno para la agricultura? Tendré que confiar en las referencias de otros hombres que tampoco saben nada de agricultura.

Estaban hablando del testamento de nuevo. A Chase no le molestaba, aunque el descanso de una hora había sido bienvenido.

—¿Regresarás a Francia pronto? —le preguntó a Kevin.

Kevin negó con la cabeza.

—La razón para estar ahí ha desaparecido en las circunstancias actuales.

—¿Por qué? —preguntó Nicholas con interés genuino.

—Te aburriría.

—No lo creo.

Kevin se inclinó hacia adelante.

—Ya saben que he estado desarrollando una pequeña pieza de maquinaria que aumenta la presión y la velocidad del vapor emitido por un motor de vapor.

—Lo sé, pero nunca lo he entendido.

—Encontré a un hombre en Francia que tiene otra pieza de maquinaria que al juntarse con la mía podría perfeccionar el proceso. Si se unen sería el aparato que todos los motores necesitarían. Permitiría que los motores se utilizaran para muchas otras cosas. Estaba en Francia intentando convencer a este hombre de que me lo vendiera, o al menos me vendiera el derecho a usarlo. Pasé semanas ahí, trabajando para convencerlo, ganándome su confianza. Por fin me dio un precio, pero claro que no pude pagarlo.

El enfoque y la tenacidad de Kevin impresionaron a Chase. Siempre había sido muy minucioso en todo lo que hacía. Seis años más joven que Nicholas y cuatro años más joven que Chase, a los veintisiete Kevin había dejado atrás a los amigos que solo buscaban placer para embarcarse en una misión.

—¿Cuánto quiere? —preguntó Chase.

—Ocho mil. Vale mucho más. En especial para mí, o para cualquier otra persona que haga lo mismo que yo. Vine y se lo pedí al tío Frederick, pero…

Su expresión perdió intensidad de repente. Se tragó el dato que se le había escapado en la conversación con un poco de cerveza.

«¿Cuándo regresaste?». Chase esperaba no tener que preguntar.

El silencio venció poco a poco al tiempo. Finalmente, Nicholas se estiró y bostezó de manera exagerada, pasándose una mano por el cabello.

—Entonces, sobre esas mujeres inapropiadas —comenzó a decir.

—No. —Kevin alzó la mano—. Es mejor que lo sepan. Van a enterarse tarde o temprano. Una vez que tuve el calibrador a la vista me subí a un bote y regresé. Me reuní con el tío Frederick. Él no estaba convencido. Dijo que podía hacer que lo construyeran para mí aquí por una fracción del costo. Eso puede ser cierto, pero lo que nos ahorráramos en dinero lo perderíamos con el tiempo. También había prometido no robarme el diseño. Aun así, no aceptó. Fue una decepción para mí, por supuesto.

—Así que regresaste a Francia.

Kevin asintió.

—Esperaba salvar al menos una parte del acuerdo. Sin embargo, el precio sigue siendo el mismo. Solo es cuestión de tiempo para que alguien más lo encuentre. Sabe que tiene algo valioso.

—¿Cuándo regresaste de Francia esa primera vez para hablar con el tío Frederick? —preguntó Nicholas, ahorrándole la pregunta a Chase.

—Tres días antes de que muriera. Fui a Melton Park cuando me enteré de que no estaba en la ciudad. Envié una nota cuando llegué y le pedí que nos viéramos en el parque. —Parpadeó con fuerza—. Tuvimos una pequeña discusión entre los árboles. Regresé a la ciudad esa misma tarde.

—Es comprensible que no hayas compartido esto con otros —dijo Chase—. Es mejor que sigas manteniéndolo para ti.

—No le hice daño. Y no fui yo quien subió a ese maldito techo esa noche. Yo ya no estaba. Nos vimos la tarde anterior.

—Es verdad, pero estuviste ahí y no donde todos creen que estabas. No hables de esto con nadie más.

Kevin lo miró a los ojos.

—Y sobre el dinero, ¿no puedes encontrar otra fuente? ¿Otro socio? —preguntó Nicholas.

—¿Quién? Sabes que mi padre detesta que me meta en estas cosas. Estaba furioso con su hermano por animarme. Sus estúpidos autómatas están bien, pero el cielo no permita que surja una máquina que tenga otro propósito más allá del entretenimiento. Ahora tampoco tengo el derecho a buscar otro socio. La compañía está en el limbo hasta que encuentren a mi socia actual, y necesito su consentimiento *para todo.* Si no la encuentran, todos ustedes serán mis nuevos socios y necesitaré que todos estén de acuerdo para cada decisión que tome. Tendré que explicarle cómo funcionan las máquinas a la tía Dolores y, Dios no lo permita, a Walter.

—Ese es un tipo de infierno que ningún hombre merece —dijo Nicholas.

—Tú sabrías de eso, ¿no?

—Sí, lo sé. —Nicholas miró alrededor de la taberna—. Tengo hambre. Recuerdo que aquí tienen unos pasteles de carne muy aceptables.

Hizo un gesto al dueño y pidió tres pasteles.

—Son muy buenos —dijo Chase un momento después, cuando le daba una tercera mordida—. A veces se necesita comida sencilla.

—Estoy de acuerdo —asintió Nicholas—. El cocinero de la casa prepara deliciosas comidas al estilo francés, pero es demasiado para mí solo. Es increíble que el tío Frederick no rodara por los pasillos.

—Hacía una comida completa una vez al día —explicó Chase—. El resto del día solo comía pan y queso.

—Eso suena aburrido —comentó Nicholas—. Tú conoces los detalles más extraños sobre él.

—Eso lo ayudaba a no engordar, es todo lo que estoy diciendo. —Chase miró el estómago de Nicholas.

Nicholas se dio cuenta. Miró hacia abajo.

—¿Estás insinuando que debería seguir las excéntricas ideas del tío Frederick? ¿Cómo te atreves? No estoy engordando.

—*Todavía* no —murmuró Kevin. Sus ojos se encontraron con los de Chase y se rieron.

—Este duque *para nada gordo* quiere volver a hablar de mujeres —dijo Nicholas—. No quiero ser insensible, Kevin, pero todo el tiempo que estuviste explicando tu visita inoportuna al tío, estuve ocupado pensando en ellas con escandaloso detalle. Podría decirse que mi interés en ese tema ha crecido.

—Espero que no tanto como para no poder cabalgar.

—Se ha vuelto muy impertinente este muchacho, Chase.

—¿Qué burdel quieres visitar? —preguntó Kevin.

—Te dejaré elegir. Me atrevo a decir que cualquiera me sentaría bien. —Se detuvo y miró a Kevin con severidad—. A menos que vayas a los que frecuentan hombres con gustos peculiares.

Kevin lo miró con inocencia.

—No quieres comida francesa para el postre. Un pastel más simple. Iremos a uno que te acomode.

Chase se quedó hasta que se terminaron la cerveza. Los encaminó a sus aventuras nocturnas y llevó su caballo a casa.

«Necesito verte hoy por la noche. Enviaré un carruaje por ti a las nueve en punto». La carta había llegado con el correo de la tarde. Minerva se debatió un par de minutos antes de dejar a un lado cualquier excusa para no ir.

No hubo regaños por parte de Beth mientras se alistaba para preparar la cena. Fue más bien lo opuesto. Beth insistió en volver a peinarla. Sacó un vestido casi elegante, uno verde oscuro con un lindo adorno alrededor del escote. Estuvo pendiente al lado de la ventana cuando bajaron.

—Ya llegó —anunció—. ¿No tiene su propio carruaje?

—No lo creo. No lo necesita.

—Pues va a necesitar conseguir uno, me parece. ¿Cómo va a llevarte al teatro y a ese tipo de lugares?

—No ha dicho nada sobre querer ir al teatro, Beth. Tal vez ni siquiera le guste.

—A todos les gusta el teatro. Si no lo sugiere, tú deberías hacerlo. No es correcto que solo lo veas para…

Cerró la boca de golpe.

Minerva bajó al recibidor y se encontró a Jeremy esperando.

—¿Qué haces aquí? No te atrevas a seguirme de nuevo.

—Solo estoy aquí para ser tu lacayo. Alguien tiene que acompañarte y ayudarte a subir como una dama.

Murmuró algunas maldiciones, pero la realidad es que estaba conmovida por su preocupación y su interés. Bajo el atento ojo de Beth, Jeremy la ayudó a subir al carruaje.

Para su sorpresa, el carruaje no estaba vacío. Chase estaba sentado adentro.

—Puntual como siempre —dijo mientras se aseguraba de que estuviera cómoda—. ¿Te gusta la música? Hay un concierto en el

Argyll hoy. Es patrocinado por la Sociedad Filarmónica de Londres. Creí que podríamos ir si quieres.

—Eso me gustaría mucho.

Le dio la dirección al cochero y se sentó al lado de Minerva. Le dio un beso. Después miró a su alrededor. Tocó delicadamente el revestimiento gastado del asiento frente a ellos.

—Una disculpa. Esto fue lo mejor que Brigsby pudo encontrar. He sido descuidado al no comprar uno propio y voy a solucionar eso.

Ella no había notado que nada estuviera mal en el carruaje.

—¿Beth ha estado interfiriendo de nuevo?

—No he hablado con ella. ¿Qué te hace pensar que ha estado interviniendo?

—El concierto. El carruaje.

Chase se veía sorprendido.

Minerva le dio un beso.

—No me prestes atención. Estoy tan acostumbrada a las investigaciones que mi mente las hace incluso cuando no son necesarias.

—Olvidémonos de ellas esta noche. Pasé todo el día investigando y me gustaría tomar un descanso.

—Me parece una idea espléndida. Aunque claro, eso nos deja con una conversación limitada. No puedo saber nada de tu vida sin preguntar por tu familia, por ejemplo.

—Mi familia no está involucrada en toda mi vida. Pregunta lo que quieras saber.

Minerva decidió qué preguntar primero.

—¿Tu padre estaba en el ejército? ¿Seguiste sus pasos al elegir esa vida?

—Mi padre era un erudito. Muy bueno. Traducía literatura de la antigua Grecia. También escribía libros al respecto. Algún día te los mostraré. Yo no era un erudito. Estaba muy lejos de serlo. Y mucho menos en esos temas. A todos los jóvenes les enseñan latín, así que al menos entendía eso. Él, sin embargo, también quería que aprendiera griego, como él, y eso era demasiado.

—¿Te uniste al ejército para evitar aprender griego antiguo?

—Por supuesto que no. Pero sí me esforcé por fallar de una manera increíble. Si se lo hubiera permitido, me habría tenido sentado en la biblioteca con él por horas leyendo esos viejos textos. Yo prefería correr y cabalgar y pelear y los deportes.

—¿Pelear?

—Cuando cenes con Nicholas le pediré que te hable de todas las peleas que tuvimos, entre nosotros y como compañeros. Recibirás una invitación por la mañana, por cierto. No lo ha olvidado.

—Supongo que si te gustaba pelear y cabalgar y los deportes como la esgrima, unirte al ejército fue algo natural para ti.

—No tanto natural, pero sí inevitable. Para el nieto de un duque las opciones aceptables son limitadas. Entre ellas solo me gustaba el ejército.

El carruaje se adentró en un laberinto de vehículos cuando entraron a la calle Regent y se acercaron al salón Argyll. Chase le señaló el edificio.

—Nash lo rediseñó cuando alteró el camino y el tamaño de la calle Regent —dijo—. Ahora el interior y el exterior tienen su marca.

—¿No es aquí donde se lleva a cabo el Baile Cipriano?

—¿Sabes de él?

—Todos saben de él. ¿Alguna vez has venido?

—La mayoría de los caballeros en la ciudad lo ha hecho al menos una vez. No fue tan escandaloso como esperaba.

—Debió haber sido una decepción para ti.

El cochero acercó el carruaje a la entrada antes de detenerse. Chase bajó y le ofreció la mano para ayudarla. Una vez que ella bajó, Chase habló con el cochero, le dio unas monedas y entraron al recinto.

—Tengo suscripciones, pero usaremos el palco del duque —dijo, guiándola hacia el salón y luego por una puerta.

—¿Él también viene?

—Está ocupado esta noche.

El duque de Hollinburgh tenía un palco muy elegante. Uno de los mejores. Debajo de ellos los músicos ya estaban sentados y estaban probando sus instrumentos. Un hermoso clavecín estaba a un lado del escenario. Minerva se sentó en la segunda fila de sillas, con la esperanza de no quedar tan expuesta como estaban otras mujeres en los otros palcos.

Chase se sentó a su lado sin hacer un comentario sobre su elección. Cuando un empleado llegó y comenzaron a encender las lámparas, le pidió que las dejara como estaban.

—Gracias —dijo Minerva—. No estoy vestida para la ocasión, mucho menos para estar sentada en un palco así.

—Debí haber sido más considerado. Debí haberte advertido para que no estuvieras incómoda. La verdad es que te ves hermosa, Minerva, e igual que cualquiera de las damas que brillan por todos

lados. Siempre te ves hermosa.

Los músicos se prepararon para tocar. La música comenzó. En la oscuridad del palco, sintiéndose realmente hermosa, se permitió disfrutar la música acurrucada contra el hombro a su lado.

Como habían acordado, el carruaje los estaba esperando cuando salieron del edificio. Chase guio a Minerva entre la multitud hacia la puerta.

Su expresión a la luz de la lámpara le recordó a la del día anterior, cuando se estaba yendo. Sorprendida. Transformada.

—¿Alguna vez habías escuchado música como esta? —le preguntó cuando se sentó a su lado y el carruaje comenzó a alejarse de los otros vehículos.

—No como tal. Nada como la última pieza. Las primeras… he escuchado algo parecido en la iglesia.

La primera había sido de Bach. La segunda de Beethoven. La primera una fuga en el clavecín. La segunda una sinfonía que resonó en todo el teatro. Al tío Frederick no le gustaba la música de Beethoven. «Dionisiaca» la había llamado. «La estructura está ahí, pero escondida en tormentas que despiertan las emociones, no la mente. Por otro lado, cuando quieres seducir a una mujer, es útil hacer que escuche a Beethoven primero».

—¿Tu iglesia en Dorset tenía música tan sofisticada?

—No, pero cuando visitaba Londres iba a Saint George en la Plaza Hanover. Nunca me perdía su misa de domingo. Beth y su hijo también venían, y caminábamos de ida y de regreso sin importar el clima, para que la salida durara más tiempo.

No había manera de que Finley se opusiera a que su esposa fuera a misa. Eso debió haberlo irritado. Sin embargo, no lo suficiente para acompañarla. Ese tipo de hombre sabe que su alma no pertenece a un lugar así.

—¿Qué tan lejos estaba?

—Solíamos rentar una casa al oeste de la Plaza Portman, así que no muy lejos. Tenía que irme muy temprano porque caminábamos muy, muy lento. —Besó su mejilla—. Gracias por hoy. Fue un regalo especial. Siento que la música sigue dentro de mí.

Chase se dio la vuelta para besarla como había querido hacerlo desde que la vio salir de su casa.

—Puedo llevarte a tu casa ahora, si quieres.

—No te atrevas.

Chase no necesitó más motivaciones después de eso. La música seguía dentro de él también y liberó un poco de su pasión al besarla. Las cosas estaban más equilibradas esta vez. Ella separó los labios, invitándolo a explorar su boca a profundidad. Minerva le mordió el labio, probando su propio poder.

Fue un martirio soltarla cuando el carruaje se detuvo. Los dos actuaron con normalidad mientras le pagaba al cochero y caminaban con calma hacia la puerta. Subieron las escaleras con lentitud cuando lo único que él quería hacer era lanzarla sobre su hombro y correr.

Una vez que la puerta de su departamento se cerró, la acercó a él y la tomó en sus brazos. No había señal de Brigsby, quien debió haberse escondido en su habitación. Sostuvo la cabeza de Minerva con una mano mientras se quitaba el abrigo y la corbata con la otra. Ella soltó su bolsa. Entre besos y mordidas y abrazos se fueron moviendo a través del departamento con prendas volando por todos lados.

Cuando cayeron desnudos en la cama, Chase logró contenerse un momento. Tal vez no necesitaba ser un héroe, pero tampoco podía aprovecharse de ella. Pero cómo deseaba estar dentro de ella, y llegar a sus lugares más profundos, sintiendo sus temblores y escuchándola suspirar y… se obligó a sí mismo a encontrar el último vínculo a la cordura que le quedaba.

Se tomó su tiempo después de eso, para asegurarse de que ella conociera el placer. El ritmo de sus suspiros y suaves gemidos, lentos al principio y cada vez más rápidos y ruidosos, se unieron al potente latido del corazón de Chase. Minerva cedió el control con rapidez, como una mujer más que lista. Él acercó la mano a su pubis mientras usaba la boca en sus pechos, llevándola hacia el delirio.

Empujó su muslo con gentileza.

—Abre, cariño.

Deslizó un dedo por su entrada mientras hablaba. Minerva abrió la boca y arqueó la espalda. Chase casi la puso sobre él en ese momento, pero se resistió de nuevo. La tocó con más determinación. La intensidad hizo que Minerva soltara un grito.

Se movió contra su mano, buscando más. Sus sonidos se volvieron más ruidosos y se llenaron de desesperación. Una serie de pequeños temblores recorrió su cuerpo y con cada uno se quedó sin aliento. Chase hacía círculos alrededor de su pasaje con el dedo y luego lo llevó hacia el nudo de nervios. Una serie de gemidos desesperados resonaron en la habitación. Después gritó, e incluso mientras lo hacía

se tambaleó para ponerse sobre él e hizo que la penetrara. Se dejó caer con fuerza, absorbiéndolo.

Se veía gloriosa y perfecta, y ahora solo la deseaba más. Apretó los dientes y se controló de nuevo para no interrumpir lo que fuera que ella estaba experimentando.

Parecieron quedarse en esa posición para siempre, con él palpitando dentro de ella, caliente y exigente, con el cuerpo tan tenso como la cuerda de un arco. Él estaba a punto de rendirse con el acto heroico cuando Minerva abrió los ojos y lo miró. Se inclinó hacia adelante, lo besó y comenzó a moverse.

No tardó mucho en unirse a él en esa pasión desenfrenada. La espiral de placer se tensó, aumentando su deseo y exigiendo más. Chase la penetró con fuerza una y otra vez. Se dejó ir en una explosión de placer que lo enterró vivo.

Minerva se hundió en él; sus dedos sujetaron con fuerza los hombros de Chase, y su respiración fue agitada y entrecortada. Él puso los brazos alrededor de su cadera para quedarse juntos de todas las maneras posibles. Minerva se quedó con él mientras las sensaciones le cedían el lugar a los pensamientos. Incluso entonces la mantuvo ahí porque muchos de esos pensamientos parecían flotar a su alrededor.

Después de un momento Chase relajó sus brazos. Ella se dejó caer de espaldas a un lado de él. Él logró cubrirlos a los dos con el nudo de sábanas que habían creado. Chase puso un brazo alrededor de ella para acercarla a su cuerpo.

—Me dejas sin palabras —le dijo al oído con suavidad—. No tengo manera de estar segura, pero creo que eres muy buen amante.

Chase disfrutó de su cumplido a un nivel casi ridículo.

Minerva se acercó todavía más a él y se le acurrucó.

—Pasaste el día investigando, ¿verdad?

—Lo hice. Tenías razón sobre Dolores. Había un viejo resentimiento sobre un hombre que mi tío ahuyentó de manera efectiva. Le pagó al joven para que desapareciera. Ella sigue enojada. —Eso era todo lo que planeaba decir, pero siguió hablando y dándole más información—. Y Kevin admitió que había regresado de Francia antes y que se había reunido con mi tío. Tuvieron una discusión.

Minerva se quedó inmóvil y en silencio por un largo momento.

—No en el techo —se sintió obligado a agregar—. Y no durante la noche, fue una tarde antes.

—Bueno, eso es diferente, ¿no?

«Lo es si él está diciendo la verdad». Maldita sea. Chase había

pasado horas sin pensar en eso. Era inevitable que comenzara a hacerlo de nuevo.

—Es difícil investigar a la familia. Tal vez deberías esperar a que se haga una investigación oficial. Si no se hace una, podrías empezar de nuevo si crees que es necesario.

Chase observó el perfil de Minerva y la manera en la que la luz tenue lo iluminaba. Su cabello extendido sobre la almohada, con algunos de sus sedosos mechones rozándole el rostro. No le había dicho a ella, ni a nadie, que su investigación *era* la oficial. Sin embargo, sí se le había cruzado por la mente decirle a Peel que buscara a alguien más. Pero entonces él no tendría control sobre la investigación. No podría ignorar ciertas cosas o evitar soltar información sobre personas que no creía que debieran ser investigadas. Como Kevin. O Minerva.

Se había preguntado cuándo sacaría ella este tema. Hacerlo en este momento había sido una buena elección. Su intimidad les permitía hablar con más honestidad de la que necesitaban durante el día.

—Si sí fuera un miembro de la familia, me gustaría ser el primero en saber —dijo Chase.

—¿Para que le puedas decir a esa persona que compre un boleto y se vaya del país?

—Algo así.

Minerva giró la cabeza para mirarlo.

—¿Alguna vez has hecho eso?

—Hubo un momento en el que pude haberlo hecho. Sin embargo, confié demasiado en la inocencia de esa persona hasta que fue demasiado tarde.

—Espero que no te hayas culpado a ti mismo por confiar, sin importar la dirección que hayan tomado las cosas.

—Fue un error por el que pagué caro, eso es todo.

Lo miró como si estuviera intentando leer sus pensamientos. Como no dijo nada más, Minerva desvió la mirada. No se había ofendido, por lo que él podía ver. Solo aceptó que él hubiera elegido no compartir la historia con ella.

Él también miró hacia otro lado, al techo. Ella se volteó sobre el brazo de Chase y apoyó la cabeza en su pecho.

«¿Lo mataste?». Solo había respondido esa pregunta dos veces, e incluso entonces no había revelado todo. No habló más sobre eso. No lo explicó.

—Estaba en el ejército y a veces hacía investigaciones. Ahí fue

cuando empecé y aprendí. Después de Waterloo estaba con mi regimiento en Francia, una parte del ejército se había quedado ahí mientras se arreglaban las cosas. Encontraron a un hombre francés muerto en el pueblo. Acuchillado. Alguien dijo que había visto a uno de nuestros hombres cerca. Me pidieron que investigara.

Minerva no se movió ni reaccionó. Solo lo escuchó.

—Descubrí que este hombre tenía una amante. Una mujer hermosa. Y él tenía un rival. Uno de nuestros oficiales. Un amigo mío. Un buen amigo.

Consideró no terminar la historia por un momento. Pero se sentía bien hablar de eso al fin. Con ella.

—Sabía que no podía haber sido él. Lo conocía desde hace años. Podría haber jurado en su nombre. Así que busqué otras opciones, pero… no había nadie más. No acepté la verdad hasta que lo arrestaron. Una sirvienta admitió que lo había visto todo. Una pelea por una mujer. Un crimen pasional, lo llamaron los franceses. Sin embargo, el ejército británico tenía jurisdicción y no tenemos cláusulas para esa excusa. Era seguro que lo colgarían.

—Qué terrible para él. Y para ti, por ser tu amigo.

—Tuvo una muerte sin dignidad y perdió su buen nombre. Una vergüenza para su familia y para quienes lo llamaban amigo.

Sintió que estaba ahí de nuevo, escuchando la evidencia contundente y entendiendo todo lo que significaba, incluso después de la muerte. Podía ver el miedo en los ojos de su amigo, peor del que había visto en el campo de batalla. «¿Lo hiciste? ¿Lo mataste?».

—El segundo día del juicio lo encontraron muerto en su celda. Una sola herida de bala bien ubicada. Una herida de suicidio, o eso parecía, pero no encontraron la pistola.

Minerva giró el cuerpo para poder mirarlo.

—¿Lo mataste?

Una mujer valiente. Más valiente que él. Chase nunca le había hecho esa misma pregunta, después de todo.

—Admitió su culpa frente a mí y me pidió que lo hiciera. Me lo rogó. Me negué. Sin embargo, le di mi pistola y me hice a un lado, me quedé afuera de la celda mientras la usaba. Después tomé la pistola, para que no pareciera un suicidio. —Solo logró decirlo todo hablando sin hacer pausas, ignorando las emociones de esa oscura prisión y de la amistad que lo había llevado a tomar esa decisión—. Nadie pudo probar nada, pero intentaron adivinarlo. Pocos pensaron mal de mí por haberlo hecho. Un oficial me confió que él habría hecho lo mismo,

aunque yo no había admitido nada. Cuando me preguntaron si lo había matado, dije que no.

—No lo hiciste.

—No de manera oficial. Pero sí de cierta manera.

—¿Por eso te fuiste del ejército?

Chase sonrió en la oscuridad.

—Eres buena investigando, ¿verdad? Me recomendaron que vendiera mi comisión. Es el tipo de historia que podía seguirme a través de mi carrera. Por ahora, y con los rumores incluso en mi propia familia… no hay una buena manera de explicarlo, ¿o tú qué crees?

Minerva besó su pecho con gentileza.

—No tienes la culpa en esta triste historia. Espero que no te digas a ti mismo lo contrario.

—Si no hubiera confiado tanto en lo que creía saber de él, lo habría sabido antes. Pude haber tenido mejores opciones.

—¿Como decirle que huyera?

Chase acarició su cabeza. Minerva se estiró para besarlo.

—Así que ahora solo confías en la evidencia y las pruebas que puedas anotar en un papel, porque cuando confiaste plenamente en tu instinto y creíste en ese hombre, te equivocaste. Aun así, creo que sí lo sabías en ese entonces. Tu corazón, tu lealtad y tu juventud no lo aceptaban, pero dentro de ti, incluso antes de la evidencia y las pruebas, creo que lo sabías.

La respuesta que apareció en la mente de Chase murió en sus labios. Minerva suspiró y comenzó a quedarse dormida. Chase la sostuvo, feliz de que no hubiera tomado su ropa en lugar de quedarse dormida en sus brazos.

Él también comenzó a quedarse dormido. Pensamientos y fragmentos de recuerdos flotaron en lo que quedaba de su conciencia. Un poco de la historia de Dolores, conversaciones con Kevin y Minerva, y algunos eventos de esa vieja investigación. La inconsciencia parecía llamarlo, haciendo que se desvaneciera. Con lo que restaba de su conciencia sintió el cuerpo de Minerva contra el suyo, su mano y su brazo alrededor de su cuerpo desnudo.

«Sí, maldita sea. Yo sí lo sabía».

CAPÍTULO 19

—He estado pensando. Dijiste de manera casual que a veces podrías necesitar a alguien como Jeremy. Si lo decías en serio, tienes mi permiso para ofrecerle empleo, mientras yo no pierda sus servicios.

Estaban en un carruaje, de camino a casa de Minerva, en la grisácea luz del amanecer. No era porque nadie en su casa ignorara que había estado fuera toda la noche. Aun así, Minerva pensaba que era mejor mantener los estándares normales para encubrir estas situaciones.

—En otras palabras, si no lo necesitas, puede trabajar para mí.

—Si él está de acuerdo. Puede que le interese ganarse unas monedas extra. Creo que se desespera un poco cuando no lo mantengo ocupado.

—Le preguntaré qué piensa al respecto, y si cree en su valor tanto como tú. Espero que no. ¿Podrías prestarme a la señorita Turner también?

—Aún le falta experiencia, pero tiene mucho potencial. En unos meses, tal vez.

Chase volvió a besarla después de haber sido interrumpido por su comentario sobre Jeremy. No se detuvo cuando llegaron a su casa hasta que ella lo empujó con gentileza.

—Ya debe estar despierto, si quieres hablar con él —dijo Minerva —. Ha estado viviendo en la vieja cochera que está detrás de la casa los últimos dos años.

—Supongo que a su edad estaba comenzando a aburrirse aquí con dos mujeres.

—Fue su idea mudarse ahí. Beth estaba demasiado enterada de todo lo que hacía cuando él vivía en la casa.

Habían tenido algunas discusiones al respecto, pues Jeremy le hacía ver a su madre que ya era hora de que dejara de preocuparse por lo que él hacía. Al principio la casa se sintió vacía sin él, y menos segura, pero la cochera estaba cerca y él siempre permanecía al

pendiente de ellas.

—¿Qué vas a hacer hoy? —Chase le preguntó, esperando en la puerta, descansando su mano en el brazo de Minerva, como si no pudiera dejar de tocarla.

—Primero, voy a dormir.

Chase sonrió divertido al ver la manera pícara en la que lo estaba mirando. Una de las cosas que ella había aprendido en esa cama era que, para su asombro, a veces la gente hacía ese tipo de cosas más de una vez en una noche. El placer había sido más tranquilo la segunda vez, casi lánguido, pero no por eso menos conmovedor. Después de lo que él le reveló, su cercanía parecía aún más profunda, como si hubieran absorbido partes del otro.

—Después voy a trabajar en mi nueva investigación.

—¿Es interesante?

—Tengo que encontrar a un familiar desaparecido. Se distanciaron y ahora alguien está intentando reconciliarse, pero no tiene idea de cómo encontrar a esta persona. Creo que comenzaré con unos anuncios.

Quitó el candado y abrió la puerta.

—Me encantaría quedarme aquí, besarte y abrazarte para escandalizar a mis vecinos, pero tengo que enviarte a casa.

Una sonrisa encantadora. Una elaborada reverencia. Él se dio la vuelta y ella cerró la puerta. Minerva subió a su habitación, esperando que Beth la atacara con preguntas y la obligara a confesar lo que había pasado. Sentía que explotaría si no le contaba a alguien sobre la noche anterior.

Chase desató su caballo y dejó que el carruaje se fuera. Definitivamente necesitaba comprar uno y contratar a un cochero y un lacayo.

Ató el caballo a un poste y fue hacia la puerta lateral que daba al jardín. Si Jeremy estaba despierto, era un buen momento para ver si pensaba lo mismo que Minerva sobre compartir sus servicios.

La estrecha casa tenía un jardín pequeño con paredes viejas que lo separaban de las propiedades vecinas. La cochera en la parte de atrás tenía un techo nuevo, pero Chase dudaba que hubiera habido un carruaje ahí en muchos años.

Caminó hacia la parte de enfrente y dio unos golpes en la puerta.

—Adelante —gritó Jeremy.

Chase entró. Era un espacio pequeño, pero lo había hecho muy cómodo. Si había algo que lo convertía en un hogar eran los suelos de madera. La entrada para carruajes estaba bien cerrada con candado, volviéndose una pared más. Muebles sencillos que probablemente había tomado prestados de la casa principal creaban una pequeña sala.

Había otra puerta después de la entrada y caminó hacia ella. En el umbral vio que era una recámara. Adentro Jeremy se estaba bañando, desnudo hasta la cintura, con su joven cuerpo inclinado sobre el lavabo mientras se lavaba la cara. Escuchó a Chase y alzó la mirada. Sonriendo, se enderezó y se giró hacia él mientras se ponía la camisa. Después abrió la puerta por completo y salió.

—Creí que era mi madre. No estaba esperando visitas. Nunca tengo visitas.

Chase miró alrededor de la habitación.

—Has creado un hogar muy cómodo aquí.

—Me gusta. A mi madre no. —Sonrió de nuevo—. «Podría entrar un intruso y descuartizarnos mientras dormimos y nunca te enterarías», dijo. Como si algún intruso pudiera ganarles a esas dos, como aprendiste de mala manera. Además, tienen mejor puntería que yo.

—¿Fue ella quien le enseñó a la señorita Hepplewhite? ¿Tu madre?

—Sí. Mi madre es hija de un granjero. Un arrendatario en algún estado. Pero se casó con un soldado. No como tú. Solo un soldado. Murió en la guerra al principio, y ella tuvo que ponerse a trabajar para poder quedarse conmigo. —Jeremy se puso su abrigo—. Ven y siéntate. Si estás aquí ha de ser por una razón.

Regresaron a la sala. Jeremy encendió el fuego y las llamas no tardaron en empezar a ahuyentar el frío que seguía presente en la casa.

—Te ofrecería algo, pero como en la casa y ni siquiera tengo café aquí.

—No necesito nada, pero gracias por tus buenas intenciones. La señorita Hepplewhite me hizo una sugerencia. Creí que era prudente hablar contigo al respecto, pues tal vez tú no creas que sea tan buena idea.

—Podría ser, pero ella suele tener buenas ideas.

—Me dijo que hay momentos en los que no necesita tus servicios, y que si yo quisiera que trabajaras para mí en esas ocasiones, tal vez te interesaría participar en mis investigaciones.

Jeremy absorbió toda la información. Frunció el ceño mientras pensaba.

—¿Habría una compensación por eso?

—Puedo igualar lo que ella te pague.

Jeremy sonrió mientras miraba el suelo y se rascaba la cabeza.

—Creo que voy a necesitar un poco más que eso, porque ella no me paga. Todavía no. Me alimenta, vivo aquí y es como de la familia.

—Entonces acordemos un pago justo, ya que yo no soy de la familia.

No les tomó mucho tiempo hacerlo. Jeremy parecía satisfecho.

—Podría ser complicado si cuando me necesitaras yo estuviera haciendo un trabajo para ella.

—Veremos que no suceda eso y que no se complique demasiado.

Jeremy lo miró con una sonrisa medio formada en el rostro. Algo le parecía divertido, y Chase sospechaba que era él.

—¿Qué? —preguntó, cuando la mirada continuó.

—Solo estoy pensando en que Minerva es la persona más inteligente que conozco, y me parece que tú tienes la cabeza en su sitio, pero me pregunto cómo a ninguno de los dos se le ha ocurrido.

—¿Ocurrido qué?

—Demonios, si van a compartir empleados y van a compartir una cama, ¿por qué no compartir un negocio?

La idea no se le había cruzado por la mente. Pero tenía sentido, en especial porque sus métodos se complementaban.

Aunque era ridículo, por supuesto. Podría pensar en más de cinco razones por las que nunca funcionaría y cómo podría arruinar demasiadas cosas. Con todo y eso, tenía que darle crédito a Jeremy por haberlo pensado.

—Me retiro ya. Ah, tenía una pregunta sobre otro tema. Cuando visitaban Londres con la familia Finley, ¿dónde estaba la casa que rentaban?

—En la calle Old Quebec. Desviándose un poco de Oxford. Está cerca de la Plaza Portman.

Chase dejó que Jeremy fuera a desayunar y salió por la puerta lateral. Lo que había visto cuando entró en su habitación se mantuvo en su memoria mientras se montaba en su caballo. Antes de que Jeremy se pusiera la camisa, mientras estaba inclinado sobre el lavabo, pudo notar que había unas marcas en sus hombros. Lo habían golpeado en algún momento. Chase había visto ese tipo de marcas en el ejército, tal vez más profundas y anchas, en hombres que habían

recibido latigazos.

Las cicatrices de Jeremy habían sanado mejor que muchas otras. El tiempo había hecho mucho por deshacerse de ellas. Eso significaba que eran viejas y que la espalda que había recibido los impactos había sido muy joven. El acto mismo de crecer las había cambiado.

Al parecer, Finley había sido una bestia con otras personas además de su esposa.

El visitante llegó dos días después. Chase no estaba esperando a nadie, mucho menos a ese hombre.

«Sr. Martin Monroe», decía la tarjeta. «Investigaciones Privadas».

Monroe entró a la sala y miró a su alrededor, como si analizara y evaluara todo. Chase esperó a que hiciera lo mismo con el dueño del departamento.

Una gran sonrisa brillaba en el rojizo rostro del señor Monroe. A su mediana edad ya se le había acumulado la grasa a la mitad del cuerpo y unos cuantos cabellos blancos resaltaban en su cabello oscuro. Cuando sonreía se le formaban dos bultos en las mejillas. Sus ojos azules, sin embargo, demostraban más astucia que la que sugería su amigable actitud.

—Estoy aquí por un asunto profesional —dijo una vez que se hubieron saludado y sentado—. Una cortesía profesional, de hecho. Me dicen que usted y yo tenemos un interés común.

—Veo que ha investigado sobre mí.

—Bueno, lo vi en el concierto y le pregunté a un amigo quién era usted, y me lo dijo. No es un amigo suyo, pero conoce ese palco y sabe qué familia lo usa.

Todo sonaba inocente, pero Chase escuchaba lo que había detrás de esa fachada.

—¿Por qué preguntó por mí?

—Ah, ese es el asunto, ¿verdad? Tengo información que podría ser útil para el hombre que estaba en ese palco y necesitaba saber su nombre. Imagine mi sorpresa al descubrir que era familiar de un duque y que sus días son muy parecidos a los míos.

—Si lo que sabe es útil, estaré agradecido de escucharlo. Tal vez debería informarme de su comisión antes de que me comparta la información.

Monroe no se sintió insultado. Se movía en el negocio de la información, después de todo. Aun así, su sonrisa objetó antes de que

sus palabras lo hicieran.

—No hay ninguna comisión. Yo creo que si uno hace un favor, de manera profesional, algún día se lo regresarán. Personas como nosotros necesitan mantenerse unidas, ¿no lo cree?

Al parecer, el señor Monroe lo había buscado con las mejores intenciones.

—He sido un pésimo anfitrión. Compartamos un vaso de coñac mientras está de visita.

Chase fue hacia su licorera, sirvió dos vasos y regresó. Monroe bebió del suyo, expresó su deleite y lo dejó a un lado.

—Le cuento. La mujer con la que usted estuvo en el concierto, la conozco. Y, para ser honesto, me pregunto si usted también.

—Eso creo.

—Ahora utiliza el nombre Hepplewhite. Pero hace seis años era Margaret Finley. Ese es su verdadero nombre. Estaba casada con Algernon Finley.

—Estoy al tanto de eso.

—¿De verdad? ¿También sabe que ella mató al hombre? Estuvo a punto de ser colgada por ello.

Chase controló su reacción, pero su sorpresa hizo que el tiempo se detuviera lo suficiente para que contara hasta diez.

Monroe notó su sorpresa, a pesar de que había intentado esconderla.

—Sé de lo que hablo. No son rumores.

—¿Cómo lo sabe?

—Estaba en Dorset por otros asuntos. Cuando terminé me quedé un tiempo e hice un trabajo para su esposo. Una investigación. Sobre ella.

—¿Algernon Finley contrató sus servicios para investigar a su esposa?

—Por supuesto. Ella lo había dejado y estaba seguro de que había un amante involucrado. Me hizo investigar eso. No es el tipo de trabajo que me interesa, pero lo acepté, y creí que sería un trabajo fácil. Me equivoqué. La mujer era lista. Adivinó que la estaba observando y su amante nunca apareció en la casa. Algunas veces lograba salir sin que la viera y es probable que se encontrara con él entonces. Cuando yo estaba intentando hacerme amigo de un vecino que podría saber algo, Finley apareció muerto. En ocasiones salía a cabalgar cerca de algunos campos de caza, y un día le dispararon ahí.

Demonios. Finley no solo había muerto. Le habían disparado.

—Es probable que haya sido un accidente de caza.

—Eso es lo que dijo el médico forense, pero ningún hombre que muera por accidente termina con una bala de plomo directo en el corazón, ¿o sí?

Maldición.

—Una bala de pistola, por cierto. No de un fusil. ¿Quién caza con una pistola?

Casi nadie.

—Ella cargaba una. Escondida en una manta con la que solía taparse en ese entonces. La vi una vez. Ella dijo que estaba en el mercado cuando sucedió, pero la gente del mercado no pudo confirmarlo, pues había muchas personas. Pudo haber sucedido en ese momento o antes. Yo ya sabía que se había ido, y su esposo supuso que había un hombre de por medio, pues era la única manera en la que ella pudo haber conseguido el dinero. Supuse que ese amante pudo haberla ayudado, o incluso pudo haberlo hecho por ella. Fue lo que dije bajo juramento.

Minerva le había contado casi todo eso. Pero no sobre la herida de pistola en el corazón. Ni sobre Monroe buscando a un amante. Era demasiado buena en investigaciones como para no saber cuando ella era el blanco de una.

—¿Por qué no fue acusada y juzgada?

Monroe tomó otro trago de su coñac.

—El médico forense dijo que la evidencia era débil. No había pruebas de que siquiera hubiera sido asesinado, y ninguna de que ella hubiera estado en el bosque. Después nos enteramos de que no había herencia, de que él tenía muchas deudas, así que no había un motivo, pues nunca encontré al amante. Pero estoy seguro de que ella lo hizo, tan seguro como de que estoy tomando un delicioso coñac. Se lo digo de manera no oficial, por supuesto, y solo porque compartimos una profesión. Sé lo que es la difamación criminal y no estoy haciendo ningún tipo de acusación.

—Muchas gracias por todo esto. Sé que me lo comparte con las mejores intenciones. Dígame, ¿suele trabajar fuera de Londres?

Chase logró mantener un tono uniforme, a pesar de estar maldiciendo en silencio.

—Nunca. Estoy aquí por un problema familiar. Aunque no servirá de nada. Suelo estar en la región central más que nada y en las ciudades del norte. Liverpool a veces. Mánchester. Investigaciones de negocios. Hombres de finanzas e industrias. Son más interesantes que

los problemas domésticos y, a pesar de la crueldad, más limpios. No son caballeros con todo ese dinero, pero al menos no siento que estoy hurgando entre la ropa interior de alguien más. —Comenzó a dar otro trago pero se detuvo, como si algo se le acabara de ocurrir—. Una de esas investigaciones estaba relacionada con su familia, ahora que lo recuerdo. Con el antiguo duque.

—Qué interesante. Debe contarme más, si no cree que sea una indiscreción.

Chase se puso de pie y fue por la licorera. Volvió a llenar el vaso del señor Monroe, para la sorpresa y deleite del hombre.

—Puedo contarle un poco, ya que de cierta manera somos colegas, supongo. —Disfrutó del coñac un momento antes de continuar—. Estaba cerca de Mánchester. Hay un canal ahí y los dueños estaban considerando ampliarlo. Únicamente uno de los socios no estaba de acuerdo. Dijo que eso solo beneficiaría a las fábricas de los otros dos socios, y que no ganarían lo suficiente para pagar por el trabajo ni verían ganancias. Bueno, los otros dos se molestaron, y uno de ellos me pidió que investigara al socio que se oponía. Que buscara secretos y ese tipo de cosas. Algo que fuera vergonzoso si salía a la luz. El viejo duque era a quien investigué. Era el socio testarudo.

Los sinvergüenzas habían querido extorsionar al tío Frederick.

—¿Descubrió algo útil?

—No. Primero que nada, es difícil investigar a un duque. Además, descubrí que no le importaba mucho lo que se dijera sobre él, así que lo poco que encontré no lo avergonzaría. Su gusto por las prostitutas, por ejemplo. Aunque es muy común, hay quienes no soportarían que todo el mundo se enterara. Era obvio que él no lo escondía para nada. Supongo que ser un duque hace que todo sea diferente.

—En su mayor parte.

—Descubrí que a veces le gustaba usar disfraces. Como si fuera a un baile de máscaras. Excepto que no lo hacía. Me tomó una semana saber eso. Logré que una criada de su casa de Londres me confesara que tenía un armario lleno de ese tipo de cosas, y que a veces los usaba en casa, sin razón alguna. Incluso cuando estaba solo. —Ya con la cara roja, se inclinó como para decirle un secreto—. Le confieso que creí que estaba un poco loco cuando escuché eso.

—No estaba loco. Solo era un poco extraño.

Esos bultos parecían haberse quedado fijos en las mejillas de Monroe, sobre su enorme sonrisa. Rio y dejó su vaso en la mesa con firmeza.

—Suficiente de esto, y gracias. Ahora debo regresar a la casa de mi hermana para la cena. Me alegra que me haya recibido, señor. Espero haberle hecho un favor, como era mi intención.

—Lo ha hecho. Quedo a la espera de poder pagárselo.

Chase seguía esperando que le pidiera un pago de cualquier tipo. Cuando no lo hizo, se sintió como un cínico.

Acompañó a su visita hacia la puerta. Cuando el hombre comenzó a bajar las escaleras, Chase hizo una última pregunta.

—¿Quién le pidió que investigara al antiguo duque?

Monroe hizo una pausa.

—Creo que no debería decirlo.

—Entiendo.

Monroe se quedó quieto un momento y después regresó a la puerta.

—Una disculpa. Acabo de recordar que necesito escribir una rápida carta para enviarla cuando me vaya. ¿Le molesta?

—Claro que no. Por favor use mi escritorio.

Monroe entró a la sala, fue al escritorio y escribió con la pluma en un pedazo de papel que tapó, dobló y metió al bolsillo de su abrigo. Cuando regresaba a la puerta, el papel cayó al suelo.

Con una inocente despedida, bajó hacia la calle. Chase levantó el papel que Monroe había dejado caer «por accidente». Lo leyó y lo metió en uno de los cajones del escritorio.

Se asomó por la ventana y observó a Monroe caminar por la calle. Con la mandíbula apretada, apenas logró contener la ira que sentía.

Había sido descuidado. Con su misión, con su deber… maldición, incluso con su honor. Debió haber investigado más a esta misteriosa mujer que estaba heredando tanto dinero del duque. En lugar de eso le había coqueteado y se había involucrado con ella. Había dejado que el deseo interfiriera y no había buscado ni la información más básica sobre su pasado a tiempo.

No era de extrañar que Minerva fuera tan cuidadosa con él y que estuviera tan interesada en la muerte del duque. No solo su herencia la ponía en los primeros lugares de la lista, sino también su pasado. Si alguien se enteraba de que había sido sospechosa de asesinato…

«Sé que no lo mataste». Maldita sea, en ese momento él no sabía absolutamente nada.

Minerva miró su espejo una última vez. Unos enormes ojos oscuros le

regresaron la mirada.

La invitación para cenar con el duque había llegado la semana anterior, y había ignorado todas sus dudas al respecto, hasta ese momento. El único consuelo que encontraba era que Chase estaría ahí y no tendría que enfrentarlo sola. También ansiaba verlo. No se habían visto en cuatro días y sus investigaciones los mantenían ocupados.

Pretendía no estar nerviosa, pero cuando tomó su bolsa ya estaba alterada. Beth dio un paso atrás y la examinó.

—Este vestido es muy favorecedor, y es equiparable a cualquier otro que usen las otras damas que estén ahí, estoy segura.

Minerva tenía puesto el vestido de noche de seda que había llegado a su casa de manera misteriosa. Cuando le escribió a madame Tissot para decirle que había una equivocación, la modista le respondió para decirle que en su tienda no había equivocaciones.

«Otras damas». Era obvio que habría más. Sin embargo, no lo había pensado. Ahora se preguntaba cuántas y quiénes serían.

Beth le pellizcó las mejillas.

—Necesitas un poco de color, eso es todo. Ahora concéntrate. Eres igual que esas otras damas. Incluso mejor. Dudo que cualquiera de ellas haya hecho tanto como tú, ni que disfrute de la libertad que tú tienes hoy. Y quién sabe, tal vez si se enteran de tus investigaciones podamos cobrarles cuotas más altas.

—Beth, dices justo lo que necesito escuchar. Encontraré la manera de que se enteren de mis investigaciones. Es una oportunidad maravillosa, y planeo hacer más que comer una cena deliciosa.

—No ignores la parte de comer. Es probable que sea la mejor comida que pruebes en toda tu vida. Mañana voy a necesitar todos los detalles. Cada salsa, cada plato, cada entrada… —suspiró—. Casi puedo probarlo.

Minerva bajó para esperar el carruaje. No podía hacer esperar al duque. Cuando oyó que llegaba frente a su puerta se tranquilizó y salió.

Jeremy aguardaba para actuar como un lacayo. Elise también estaba ahí, asombrada. La llegada de Minerva interrumpió su conversación y sus risas. Jeremy estaba listo para cumplir con su deber. Elise los miraba con los ojos bien abiertos.

Minerva estaba tan distraída con ellos que llegó a la puerta del carruaje antes de darse cuenta de lo lindo que era. No era tan grande como un carruaje rentado normal, tenía pintura verde y latón pulido,

y el cochero tenía un abrigo y un sombrero muy lindos. Adentro la esperaban unos cómodos asientos rojos.

Jeremy cerró la puerta y miró hacia adentro.

—Vas a llegar a Park Lane con estilo.

Eso era obra de Chase. La conmovió que hubiera intentado hacerla sentir igual a las otras damas cuando llegara a la casa de su primo. Abrió las cortinas y observó cómo brillaba la ciudad gracias a las lámparas y las ventanas mientras se movían por el camino.

Fue recibida con formalidad. Dos lacayos de librea se encargaban de las puertas y los carruajes. Uno la ayudó a bajar y la acompañó a la puerta, dejándola con el mayordomo. Él la llevó con otro lacayo, que la guio a la recepción.

Había al menos doce personas moviéndose ahí, hablando. El duque se acercó a saludarla. Una inclinación y una reverencia, y ambos empezaron a moverse entre un grupo en el que había unas damas hermosas.

Vio a Chase al otro lado de la habitación, hablando con una encantadora mujer en un vestido rojo que estaba coqueteando con él de manera obvia. No parecía molestarle. Eso despejó su aturdida sorpresa al instante. Se concentró por completo en las presentaciones.

—Ella es la condesa Von Kirchen. Nos visita desde Viena —dijo el duque, dándose cuenta de a dónde seguía mirando ella.

—Es… encantadora.

Casi dijo voluptuosa. Gracias a sus grandes atributos, el vestido de la condesa mostraba más de lo que cubría. Minerva bajó la vista a su propio escote. Cuando se puso el vestido pensó que era muy atrevido. De repente sintió que era lo suficiente serio como para llevarlo a la iglesia.

Finalmente, el duque la condujo hasta Chase y se llevó a la dama de rojo. La oportunidad de coquetear con un duque era un atractivo señuelo. Minerva observó al vestido rojo unirse a un grupo.

—Es hermosa.

—Supongo que sí.

—Claro que lo es. Tienes ojos.

—Vaya, vaya, qué agresiva. ¿Estás celosa?

—Por supuesto que no.

Chase acercó la cabeza.

—¿Para nada? Me hieres. En cuanto a mis ojos, no han visto a nadie más que a ti desde que entraste. No sabía qué más hacer para no ser grosero porque para estos ojos ninguna mujer es tan hermosa

como tú.

Ahora se sentía como una tonta. Sí había sido un poco agresiva.

—Tal vez estaba un poco celosa. Supongo que mujeres hermosas coquetean contigo todo el tiempo. No debí haberle dado tanta importancia.

—Un poco agresiva todavía, al parecer. —Dio un paso atrás y la miró de pies a cabeza—. Este vestido te hace ver seductora.

No era una palabra que ella hubiera usado. Cierto que nadie más la había usado nunca con ella. Pero que él se la dijera *la hacía sentir* seductora.

—Tal vez yo también debería coquetear de manera descarada.

—Solo conmigo, cariño. Ahora iremos con Kevin y esa mujer que ha estado siguiéndolo por meses. Es la esposa de un vizconde, el hombre que está allá, y al parecer ella cree que la manera en la que Kevin se preocupa por su invento es atractiva.

—Tal vez solo cree que él es atractivo. Es un hombre muy apuesto, de una manera impresionante. Todos los primos Radnor fueron bendecidos por la naturaleza. Incluso ese que siempre deja que su esposa hable por él.

Caminaron hacia Kevin y la entusiasmada esposa del vizconde.

—Gracias por el carruaje. Fue un lindo gesto. Me sentí como una reina.

—Me alegra. Lo compré ayer.

Sintió la seda cruda de la falda entre sus dedos.

—Gracias por esto también. Supongo que tú eres mi benefactor misterioso.

—No acepto ni niego nada.

Kevin los saludó con lo que pareció una actitud de alivio. La vizcondesa no se veía tan feliz. Su expresión cambió cuando escuchó que Minerva ayudaba a Chase con algunas investigaciones. Los observó por un largo tiempo. Minerva casi podía escuchar cómo la cabeza de la mujer llegaba a sus propias conclusiones. Después de eso, la vizcondesa fue muy amigable.

—Estoy muy llena —dijo Minerva—. Me siento tan corpulenta como el mayordomo de tu primo.

Chase tocó su estómago.

—Me pareció que lo disfrutaste bastante.

—Culpa a Beth. Dijo que quería detalles y no puedo dárselos si no

pruebo todo.

Estaban sentados en el carruaje nuevo. Chase pensaba que la cena había sido un éxito para Nicholas, la primera como el nuevo duque. Algo pequeño, solo había invitado a personas que no fueran demasiado críticas. Si hubo personas así, Minerva no las había visto. Había estado alegre y animada a lo largo de la cena, comportándose como si perteneciera ahí. Sin embargo, tal vez había comido de más. Había probado un poco de casi todo, pero eso había sido suficiente para dejarla como se sentía.

—Deberías llevarme a casa —le dijo a Chase—. No estoy lista para nada más.

—Si es lo que quieres, lo haré. Sin embargo, me gustaría abrazarte por un largo tiempo. No necesito nada más.

Excepto una conversación. Necesitaba hablar con ella sobre la muerte de su esposo. Al fin.

Habían sido unos terribles tres días para su conciencia. Había sido más introspectivo que de costumbre. Las conclusiones a las que había llegado, sobre ella y sobre él mismo y sobre su situación, lo habían sorprendido. No podía ignorar que una vez que su enojo disminuyó, su reacción más fuerte fue la necesidad de protegerla, no de investigarla.

—Puedes venir a mi casa, si quieres —dijo Minerva—. Me sentiría mejor ahí, en caso de que…

Le dijo al cochero a dónde ir.

—Te sentirás mejor en una hora o dos. Tomaste mucho vino y eso solo lo empeoró.

Una vez en su casa, Minerva subió por un momento. Cuando regresó llevaba puesto su camisón nuevo. Su expresión sugería que el solo hecho de quitarse sus accesorios y el vestido había ayudado.

—¿No le molestará a Beth? —preguntó Chase, poniendo un brazo alrededor de sus hombros cuando se sentó a su lado.

—Es mi casa.

—Por supuesto.

Minerva recargó la cabeza en su brazo.

—Fue una cena maravillosa. Estoy segura de que por la mañana reviviré cada mágico momento. Las luces, la plata y el oro, la comida… Oh, vaya, la comida. Los amigos de tu primo fueron muy amables. Algunas de las damas se interesaron en mis investigaciones. Creo que al menos una o dos me pedirán ayuda en el futuro.

Era bueno para Minerva. Probablemente también era bueno para las damas. No tan bueno para él. Un día antes, si se veían en

necesidad de una investigación, lo hubieran llamado a él. De repente, en una cena, Minerva se había convertido en su rival y estaba floreciendo en su jardín.

Ya tenía rivales. Algunos buenos. Otro más que se movía en los mismos círculos. Minerva, sin embargo, tenía un atractivo especial, uno con el que no podía competir. Era una mujer. Si una investigación tuviera que ver con temas «delicados», lo más probable sería que otra mujer buscara los servicios de la Oficina Hepplewhite.

—Hablé con Jeremy —dijo Chase—. Le gustó tu idea.

—Me alegra. Le vendría bien el trabajo. Es mucho mejor que otras cosas que hace para ganar dinero.

—Dijo que no le pagas.

—Tampoco le pago a Beth. Ni a mí misma. Él vive aquí. Come aquí. Sin embargo, si las investigaciones siguen llegando como imagino, planeo pagarle pronto. Y, por supuesto, a su debido tiempo también tendré los ingresos del fideicomiso.

A él no le molestaba que esos ingresos llegaran gracias a las investigaciones que él debería estar llevando. Para nada. No necesitaba el dinero. Y aun así… la miró. Con la cabeza echada hacia atrás, los ojos medio cerrados, el cabello suelto. Se veía hermosa en su camisón. Ahora que tenía un pie listo para entrar a la sociedad, Chase no dudaba que pudiera crecer su Oficina Hepplewhite con rapidez. Se alegraba por ella. De verdad. Algún día, sin embargo, él le reclamaría a Nicholas por haberla invitado a esa cena.

—Cuando estábamos hablando, Jeremy dijo algo provocador.

Eso llamó su atención lo suficiente como para que levantara la cabeza.

—Provocador, una extraña palabra. ¿Estás diciendo que te molestó?

—Para nada. Dijo que no entendía por qué no compartimos un negocio, si vamos a compartir empleados.

Minerva giró el cuerpo para mirarlo.

—¿Por qué fue provocador eso?

—Me hizo reflexionar.

—¿Estás diciendo que te gustaría hacerlo?

—Solo estoy diciendo que tiene sentido. Tienes habilidades que yo no tengo. Yo tengo algunas que tú no tienes.

—Puedo contratar a un hombre con tus habilidades. Tú puedes contratar a una mujer con las mías. Incluso podríamos contratarnos el uno al otro.

—Cierto. Torpe, pero cierto.

Minerva entrecerró los ojos.

—No estás sugiriendo que me convierta en una empleada habitual, ¿o sí? ¿A la que le pagues y todo eso?

Era un tema al que no le había prestado mucha atención. Aunque había reflexionado en el asunto, en realidad no había pensado mucho.

—Lo intentaste en Melton Park, llamándome tu empleada a pesar de que no lo era. Me pareció una mentira útil en ese momento, pero no me gustaría que así fuera.

—No tenía intención de sugerir nada parecido. —La manera en la que lo estaba mirando hizo que esa fuera la respuesta correcta, sin importar lo que él pensara en un futuro.

Eso la apaciguó.

—¿De quién sería el negocio, entonces?

«Mío, por supuesto». No había otra alternativa que les permitiera triunfar en el mundo. Los hombres nunca los buscarían si ella fuera la dueña. Las mujeres *sí* lo buscarían si fuera dueño de un servicio donde una mujer llevaba a cabo algunas tareas.

Era obvio que no podía ser *de ella*. Eso lo convertiría a él en *su* empleado. Un caballero que lleva a cabo investigaciones era una cosa, pero un hombre que trabaja por un salario, era otra.

La mente de Minerva debió haber estado viajando por un camino parecido, porque negó con la cabeza.

—No creo que sea buena idea.

—Es probable que no. —Volvió a tomarla en sus brazos. No podía seguir evitando el tema.

—Necesito decirte algo. Un tal señor Monroe fue a visitarme.

Sus ojos se abrieron sorprendidos. Se incorporó y lo miró.

—¿Qué quería?

—Te vio en el concierto. Fue a hablarme sobre ti. Creyó que necesitaba conocer tu historia.

—Ese molesto hombre. Siempre estaba ahí, siguiéndome, investigando mi vida, observando mi casa.

—Lo contrataron para encontrar evidencia de un amante.

Minerva bajó la mirada.

—Muy propio de Algernon. Primero me acusa de ser fría y menos que una mujer y después decide que estoy teniendo orgías con otro hombre. No había amante, por supuesto. Monroe estaba desperdiciando su tiempo y, como dije, fue muy molesto.

—Dijo que a Finley le dispararon mientras cabalgaba. Que no fue

una muerte normal. Dijo que el magistrado creía que estabas involucrada.

«Dijo que tú llevabas una pistola. Que fue una bala de pistola al corazón, lo cual es un accidente muy poco común».

Se tragó sus pensamientos mientras la miraba. ¿Habría dudado de ella el oficial del ejército? ¿O el hombre que llevaba a cabo investigaciones privadas? Si no, no había razón para insultarla con preguntas sobre esos detalles.

Le hubiera gustado decir que no la creía capaz de matar a alguien. Había personas que no lo eran. Incluso las había en el ejército, y morían en el campo de batalla. Minerva no era ese tipo de persona. En determinadas circunstancias, para protegerse a sí misma o a la gente que amaba, podía imaginar que lo haría. ¿Habría sido razón suficiente el peligro en el que estaba con su esposo?

Lo estaba mirando atenta, viendo cómo trabajaba su mente.

—Me estaba preguntando por qué no nos habíamos visto los últimos días. Creo que decidiste terminar esta relación.

—No he decidido nada parecido.

—Lo decidiría por ti, si tuviera el valor. Si esto se sabe… cuando se sepa… cualquier relación conmigo te comprometería de muchas maneras. El señor Monroe te dijo que fui sospechosa en la muerte de Algernon. Solo eso me haría de nuevo una sospechosa en la muerte del duque. Sabes que tengo razón.

—Le diré lo necesario al procurador para establecer tu historia como Margaret Finley. El resto no es relevante para su deber como albacea. Con suerte, nadie se enterará de lo demás.

Minerva acarició su mentón, después su boca.

—No tenía razón para matarlo, si te lo estás preguntando. Tenía mi libertad. Es probable que la separación haya salvado su vida, por lo menos hasta que alguien más lo mató.

Maldita sea, acababa de admitir que habría matado a su esposo si no hubiera sido por la separación.

—Tal vez no puedas protegerme, si es lo que estás pensando —le dijo.

—Eso está por verse.

Creía poder hacerlo. Estas revelaciones habían alterado la manera en la que veía muchas cosas. Como si de repente pudiera ver el cambo de batalla desde arriba, había alineado cierta evidencia como si fueran tropas. El camino a la victoria requeriría algunas preguntas que tal vez no le gustarían a Minerva, sin embargo, y un retroceso por ahora.

Minerva se acercó y lo miró a los ojos.

—Chase, una vez me dijiste que sabías que yo no había matado a tu tío. Que solo lo sabías. ¿Estás igual de seguro de que no maté a Algernon?

Chase la tomó de la mano.

—Minerva, no creo que lo hayas hecho, pero no lo sé de esa manera interna en la que tú sabes cosas. La verdad es que me di cuenta de que no me importa si mataste a ese sinvergüenza. De hecho, una parte de mí espera que lo hayas hecho.

CAPÍTULO 20

Chase se fue de la casa de Minerva al amanecer y usó su carruaje para ir a Park Lane. Subió las escaleras de la Casa Whiteford y entró al departamento del duque. Caminó hacia la puerta de la sala y abrió las cortinas.

Una neblina plateada cubría Londres, oscureciendo la mayoría de los techos. Algunas lámparas seguían encendidas, esperando ser apagadas. Más abajo, los jardines y las caballerizas parecían unas manchas grises. Mientras observaba, sin embargo, el sol comenzó a asomarse y a definir las formas, dibujando casas y árboles. La niebla se disipó.

Miró hacia el noroeste. El ancho camino de la calle Oxford estaba cerca. Algunas calles más allá un hueco entre los techos de los edificios mostraba la Plaza Portman. Un poco más al suroeste estaba la Plaza Grosvenor, y aún más allá, la Plaza Berkeley.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Giró la cabeza para ver a Nicholas entrecerrando los ojos mientras ataba una bata alrededor de su cuerpo.

—Estoy pensando en el tío Frederick.

Nicholas se acercó a él y miró por la ventana mientras bostezaba.

—La ciudad se ve muy tranquila a esta hora. Casi hermosa.

Chase abrió la ventana.

—Está reviviendo, pero aun así hay sonidos. Por la noche hay momentos de silencio. A él le gustaba ese silencio. Le gustaba el mundo de noche.

—Hubiera sido mejor que no le gustara.

Chase ya no estaba pensando en la muerte del duque, sino en su propia vida.

—Caminaba aquí de noche. ¿Sabías eso? Así como caminaba por el parapeto de Melton Park. Su lacayo hizo un comentario al respecto y él mismo me había platicado de sus caminatas nocturnas.

—Puedo verlo acechando las sombras.

—Por la noche, si las lámparas están encendidas dentro de una casa, se puede ver lo que pasa adentro. Incluso con las cortinas cerradas, a veces se puede ver. Me preguntó qué veía, o si siquiera se daba cuenta de lo que pasaba.

Nicholas se pasó la mano por el cabello.

—Escucha, no dije nada ayer porque no era el momento, pero ya que estás recordando con tanta nostalgia al tío Frederick… estoy preocupado por Kevin.

—Yo también. Lo mejor sería que se fuera de Inglaterra unos meses. Un hombre tiene una mejor oportunidad de encontrar justicia aquí que en cualquier otra parte, pero se trata de la muerte de un duque, y si deciden que no fue un accidente va a haber quienes busquen una solución.

Lo ponía de mal humor pensar en esa opción, y cómo quedaría en su conciencia si llegaban a eso. Varias veces al día había en él una pelea entre el peso de su deber y su familia. Y el amor.

—Si es necesario, puede tomar un bote.

Nicholas se cruzó de brazos.

—¿Piensas que haya alguna posibilidad de que él…? Me niego a creer eso.

—Algun día te hablaré del peligro de negarte a creer lo que los hechos demuestran. Me preguntaste si pienso que exista alguna probabilidad. Mi respuesta es sí. Sin embargo, *no creo* que sea posible. El problema es que Kevin quedará a merced de lo que otras personas piensen y crean.

—Esta es una situación detestable. Espero que no me culpes por haberte involucrado.

—Tú no me involucraste. Yo ya estaba ahí.

Nicholas se alejó como si estuviera dejando atrás el tema.

—La señorita Hepplewhite se veía encantadora anoche. Muy alegre.

—Me parece que pasó un momento agradable.

—Lord Jennings hizo un comentario sobre su saludable apetito.

—Pagó muy caro haberlo disfrutado tanto. Le avergonzaría saber que otras personas lo notaron.

—Jennings estaba impresionado, no molesto. En cuanto a mí, me pareció un cumplido para el cocinero. Empezó hace unos días. La señora Fowler dijo que como todos sus viejos amigos se habían ido, no quería seguir aquí porque no era lo mismo. —Caminó sin rumbo por la sala antes de dejarse caer en un sillón—. Kevin preguntó por la

señorita Hepplewhite. Dos veces. No pude ignorarlo la segunda vez. Me parece que la ve como una aceptable mujer inapropiada.

—¿Qué le dijiste?

—Me advertiste que no me acercara cuando era la señorita Rupert, pero no sabía si seguías vigilándola. Diría protegiéndola, pero no quiero insinuar nada.

—Dile a Kevin que se enfoque en la vizcondesa. Le encantaría devorarlo de una sola mordida.

Nicholas alzó las cejas.

—Es muy fácil hacerte enfadar cuando se trata de la señorita Hepplewhite. Supongo que eso significa que ya resolvieron lo que fuera que la haya hecho huir de Melton Park. Ayer parecían buenos amigos.

—No me voy a quedar con ella, si es lo que estás intentando preguntar.

—No estoy preguntando eso, aunque ese vestido de noche era mucho más elegante que lo que usaría la mujer que visitó Melton Park, y no creo que tenga acceso a su nueva fortuna todavía. Estoy preguntando si debería decirle a Kevin que se aleje si me pregunta por tercera vez.

—Dile que se mantenga lejos de ella. Dile que se vaya al diablo.

Sí estaba enfadado y no sabía por qué. No eran solo celos los que oscurecían su mente. La naturaleza temporal de su relación lo carcomía por dentro.

Compartían placer y una intensa intimidad. Compartían secretos y, le gustaba pensar, un afecto mutuo que a veces tocaba en lo más profundo. Era su amante, en el mejor de los sentidos, y no tenía derecho sobre ella. Ninguno. Ni siquiera tenía el derecho de mantener alejados a sus primos. Ni de protegerla de otras maneras.

Nicholas se dirigió a su vestidor.

—Le diré al lacayo que avise que estarás en el desayuno.

—Tengo una pregunta antes de que comiences a vestirte.

Nicholas se dio la vuelta, esperando.

—¿Encontraste oro en la casa? Monedas.

Nicholas se sorprendió y luego hizo una mueca.

—Maldita sea, eres bueno. Encontré un botín en Melton Park un día después de que te fueras. Abrí un cajón en un armario sin usar en su vestidor y ahí estaba, detrás de un fondo falso. Estaba lleno de guineas. Disfruté de una hora de exultante alivio antes de comenzar a preguntarme si tenía que decirle al procurador y dárselo al Estado.

—Heredaste las casas ducales y sus contenidos. Eso es parte de los contenidos.

—Deduje lo mismo. Va a ser suficiente para equilibrar las cuentas por un año. ¿Cómo lo supiste?

—Dolores mencionó algo mientras me contaba una vieja historia familiar.

«Una fortuna que podía sacar por la puerta principal». Fácil de tomar. Siempre lista. Era posible que su tío hubiera llevado oro a la casa solo para el soborno, pero Chase no lo creía.

—Estaré en el gabinete cuando estés listo —hizo un gesto hacia la habitación—. Es probable que haya más ahí, en algún lado. No debería ser difícil de encontrar.

El anuncio que había puesto Minerva en nombre de la señora Jeffers consiguió resultados casi de manera inmediata. Una carta llegó esa misma tarde. Era anónima. Decía que el hombre al que buscaba, Douglas Marin, vivía en la calle Litchfield.

Agradecida de tener algo que la distrajera de la preocupación por lo que Chase había descubierto, a la mañana siguiente se puso su conjunto gris, ató su sombrero, se puso el bolso en el brazo y se fue caminando. La calle Litchfield no estaba muy lejos de su casa, aunque el vecindario parecía empeorar entre más caminaba, lo cual significaba que se estaba acercando a Seven Dials.

Al primo de la señora Jeffers debía irle muy mal si vivía ahí. Le alegraría saber que su prima lo estaba buscando y quería arreglar las cosas. A veces hacer investigaciones podía tener resultados positivos para las personas, y le animaba pensar que esta sería una de esas ocasiones.

Encontrar el hogar del señor Marin no le tomó mucho tiempo. Un niño jugando en la calle se lo señaló antes de salir corriendo tras su amigo. Se acercó a los escalones de entrada mientras una mujer los bajaba.

—Disculpe, ¿es usted la señora Marin?

La mujer se echó a reír.

—Como si yo me fuera a casar con un hombre así. Hay suficientes borrachos inútiles en el mundo y no pienso casarme con ninguno de ellos.

El hombre bebía. Tendría que conseguir que se mantuviera sobrio antes de que se reuniera con su prima.

—Pero sí vive aquí. ¿Estoy en lo correcto?

La mujer apuntó detrás de ella.

—Justo ahí. La primera puerta a la derecha al entrar. Tenga listo su pañuelo. El lugar apesta.

Se fue caminando por la calle.

Cuando una mujer que vivía en este vecindario decía que una habitación apestaba, Minerva no discutiría el punto. Aflojó el cordón de su bolsa para poder tomar su pañuelo con rapidez. Subió los escalones, abrió la puerta principal y encontró la primera a la derecha.

Esperaba que el señor Marin estuviera despierto. Si había bebido, era posible que no lo estuviera. Pero si bebía tan seguido era difícil saber si iba a estar dormido o despierto. Minerva dio unos golpes en la puerta.

Escuchó sonidos adentro. Rasguños y golpes y al menos una maldición. La puerta se abrió y unos ojos enrojecidos la miraron.

El señor Marin se veía más joven de lo que esperaba, incluso si su forma de vida lo hubiera envejecido de manera prematura. Cabello rubio que colgaba en enredados mechones, largo y descuidado. Era un poco más alto que ella. La señora Jeffers dijo que habían jugado juntos de niños, pero ella debería de llevarle por lo menos unos doce años.

—¿Quién es usted? ¿Una reformista?

—No. ¿Me veo como una reformista?

—Un poco. No deberías estar aquí. Ve arriba. Hay un hombre con dos mujeres que necesitan que las salven. Hacen mucho ruido por la noche.

—Señor Marin, no estoy aquí para salvar a nadie. Vine a…

—¿Cómo sabe mi nombre? —La miró con sospecha.

—He hecho investigaciones para encontrar al señor Douglas Marin y me parece que lo logré. Si abre un poco la puerta, con gusto le explicaré por qué. Le interesa escucharme.

Hizo una mueca, lo pensó, abrió la puerta y se adentró en la habitación. Minerva lo siguió. El olor la atacó de manera tan horrible que casi tomó su pañuelo. En lugar de eso lo enfrentó y se movió entre la preocupante basura que cubría el suelo. Se detuvo después de tres metros y sintió alivio al ver que la puerta se había quedado abierta, dejando que entrara el aire.

—Dice que me interesa. —El señor Marin la observó desde el otro lado de la habitación—. A menos que sepa de una herencia, no hay mucho que pueda decir que sea de mi interés.

—Eso no es verdad. Tal vez le sorprenda saber que su prima, la

señora Jeffers, lo está buscando. Quiere reconciliarse con usted.

Minerva sonrió y esperó a que mostrara su alegría.

El señor Marin entrecerró los ojos.

—¿Ella la mandó?

—Sí. Me contrató para buscarlo.

—No le pareció suficiente con arruinarme, ahora quiere acabarme por completo, ¿no? ¿Y qué pasa si yo no quiero que me encuentre? ¿Alguna vez pensó en eso?

—Hay ocasiones en las que una persona no quiere eso. Sin embargo, esta es su familia. Tal vez tener familia de nuevo sea mejor que esto. —Miró alrededor de la habitación con preocupación.

—A mí me gusta. —Caminó de un lado al otro, agitado y molesto —. Usted está buscando problemas, nada más. Problemas para mí, eso es seguro. Mi prima no quiere recibirme de nuevo en su familia, mujer. Quiere terminar lo que empezó, lo que me trajo aquí.

Lo que decía no tenía sentido, pero era claro que su intromisión no era bienvenida. La bebida lo había perturbado y ella solo lo empeoraría.

—Me retiro, ya que no está usted tan contento.

Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta.

—Demonios, no lo hará. No permitiré que le diga dónde estoy.

Sus instintos comenzaron a gritar alarmados. Se dio la vuelta pero alcanzó a ver un movimiento rápido. Recibió un golpe en la cabeza, tan fuerte que se tambaleó. La sorpresa la inmovilizó. La puerta se cerró con fuerza, bloqueando su salida.

«La próxima vez, defiéndete». Recuperó el equilibrio. Metió la mano a su bolsa. El señor Jeffers se aproximó hacia ella, enloquecido, con lo que parecía la pata de una silla levantada sobre su hombro. Lo distinguió a través de la sangre, y casi se desmaya. Sacó la fuerza que le quedaba, dio un paso adelante y le rasguñó la cara con sus alfileres para sombrero.

Su visión estaba borrosa cuando él se puso a gritar, y ella abrió la puerta. Se tambaleó al salir del edificio antes de que sus piernas se volvieran líquidas. Se dejó caer en medio de la calle. Su último pensamiento fue que era probable que la aplastara un carruaje.

Chase estaba sentando en la biblioteca que usaba como oficina, anotando sus pensamientos en el papel. Pretendió que estaba escribiendo un reporte para el ejército, y anotó los hechos y la

evidencia. Incluso mientras lo hacía podía ver que quedaban ciertos huecos. No pensaba que fuera a tener problemas para llenarlos. Sabía cómo había pasado todo. Lo sabía de maneras que los hechos nunca podrían probar.

Una conmoción en el piso de abajo apenas afectó su concentración. Le puso atención cuando llegó a su puerta. Brigsby se apresuró hacia ella, nada contento. Unos momentos después, Jeremy irrumpió en la biblioteca.

—Debes venir conmigo. No podemos perder el tiempo. Tengo un carruaje esperando afuera.

Jeremy se veía como si trajera al ejército francés pisándole los talones. Con la cara pálida, mirándolo con los ojos bien abiertos y llenos de miedo, se parecía mucho al niño que había sido hace no mucho tiempo.

—Es Minerva. Está herida. Estaba…

Después de un momento de sorpresa, Chase se movió con rapidez. Pasó casi corriendo a su lado.

—Cuéntame en el camino.

Subieron al carruaje y Chase le dijo al cochero que fuera lo más rápido posible. El carruaje se estaba sacudiendo tanto que supo que había escuchado su orden.

—¿Qué demonios pasó?

Jeremy se humedeció los labios.

—La llevaron a la casa. La cargaron. Tiene una herida en la cabeza. Hay mucha sangre.

—¿Quién la llevó? ¿Dónde la encontraron?

—Yo no estaba ahí. Mamá dijo que tenía sus tarjetas en la bolsa y que por eso la habían llevado a esa dirección. Un vagón, creo. Mamá la está cuidando y me mandó a buscarte cuando regresé. Me pidió que te dijera que la atacaron durante una investigación.

Chase abrió una pequeña puerta que comunicaba con el cochero y le dijo que fuera más rápido.

—¿Estaba sola en una investigación peligrosa? ¿Por qué no fuiste con ella?

—Yo no estaba ahí. Hoy fui a ayudar en los establos. Me pidieron que fuera porque uno de los hombres… y por eso no estuve ahí. Mamá dijo que Minerva había recibido una carta y que había salido después del desayuno. Le dijo a mi madre que sería algo sencillo. No creyó que fuera peligroso. No habría ido sola.

El peor peligro llega cuando menos se espera.

—¿Quién hizo esto? ¿La carta sigue en la casa?

—No lo sé. —Jeremy calmó su voz y su mirada—. No es tonta ni descuidada. Si estás pensando reprenderla, puedes bajarte en este momento.

¿Estaba regañándolo este cachorro? Casi le gruñó una maldición, pero se contuvo. Nadie, mucho menos Minerva, necesitaba que se alterara. Eso podía esperar para otro momento y con otra persona.

—Lo único que importa es que reciba los mejores cuidados.

El carruaje giró por varias calles y pasó varios cruces. Chase y Jeremy se sacudían. Cuando por fin se detuvo en la calle Rupert, ambos bajaron en un instante.

—Espere aquí —le gritó Chase al cochero mientras se alejaban.

»¿Dónde está? —preguntó mientras corrían a la puerta.

—Biblioteca.

Hizo una pausa afuera de la biblioteca, calmándose para no parecer un loco. Abrió la puerta y entró.

Beth estaba sentada en el diván, mirando hacia los cojines. Él caminó por detrás de Beth y vio a Minerva acostada, pálida y medio desvestida. Un sombrero ensangrentado estaba en el suelo y una bolsa gris arruinada colgaba de una silla. Una compresa cubría su frente y un tazón con agua descansaba sobre un pequeño charco en el suelo.

—Una herida en la cabeza —dijo Beth—. Sangran mucho. Detuve el sangrado y apliqué un fomento. Va a dejar una cicatriz. Fue una herida fuerte, señor Radnor. Fea. Como si alguien la hubiera golpeado con un palo.

Acercó una silla de madera y se sentó al lado de Beth. Jeremy estaba parado detrás del diván.

—¿Dónde la encontraron?

Tocó la mano inerte de Minerva. Se sentía demasiado fría.

—En la calle. Tirada en medio de la calle. La vieron que estaba sentada ahí, y luego se desmayó. Creyeron que estaba borracha, hasta que alguien vio la sangre. Aún tenía estos en la mano. —Estiró la mano hacia la silla donde colgaba el bolso y levantó dos largos alfileres para sombrero—. Debió de haberlos usado contra quien sea que le haya hecho esto, para escapar.

Observó las pequeñas armas.

«Bien hecho, Minerva».

—¿Ha abierto los ojos?

—Un poco, algunas veces. Creo que está durmiendo, no inconsciente. Me reconoció. Lo tomé como una buena señal. Quienes

la trajeron dijeron que al principio parecía estar inconsciente, pero se movió cuando venía en el vagón.

Los golpes en la cabeza podían ser peligrosos, y causar un daño invisible. La sangre en el rostro y en la ropa de Minerva era lo menos preocupante.

—Voy a pedir que traigan a un cirujano militar, Beth. Ven más este tipo de cosas que otras personas. También pediré que venga un doctor.

Beth le quitó la compresa y la remojó en agua de nuevo.

—Creí que ya había terminado con esto. Creí que no tendría que verlo de nuevo.

Chase puso una mano en su hombro para demostrarle apoyo y luego fue al escritorio. Escribió una apresurada nota y llamó a Jeremy.

—Llévate el carruaje que está afuera y dale esto al duque de Hollinburgh en Park Lane. Explícales a los sirvientes que es de mi parte y que debe recibirla de inmediato. Espera para ver si necesita tu ayuda. Si no, cuando estés de vuelta dile al cochero que espere de nuevo. —Sacó unas monedas de su bolsillo—. Úsalas para lo que necesites.

Jeremy se fue corriendo. Chase regresó al diván. Intentó recordar imágenes de hombres heridos de manera similar en el campo de batalla. ¿Qué habían hecho los cirujanos?

—Ayúdame a alzar su cabeza, Beth. Después cierra las cortinas. Esperaré a que lleguen los doctores antes de moverla a su habitación, hasta que nos lo indiquen.

Juntos acomodaron a Minerva lo mejor posible. Abrió los ojos un poco cuando Beth puso almohadas debajo de su cabeza y hombros. Bajó la mirada a su cuerpo y luego miró a Beth.

—Mi vestido está arruinado —murmuró.

Beth casi rompió en llanto.

—Eso no importa.

—¿Cómo pasó?

Hizo una mueca y presionó los dedos contra su frente.

—Me duele la cabeza.

Chase se hincó frente al diván y la miró a los ojos.

—Te hirieron, Minerva. ¿Recuerdas eso?

Negó con la cabeza.

—Entonces no lo intentes. No ahora. Cierra los ojos y descansa.

Beth preparó la compresa y la puso sobre su cabeza. Minerva suspiró como si eso la aliviara. Estiró la mano a ciegas.

—¿Puedes quedarte un momento, Chase? Duele mucho, pero

puedo ser valiente si estás aquí.

Chase tomó la mano de Minerva entre las suyas.

—Me quedaré y no tienes que ser valiente. No para mí, cariño. No para Beth.

Se le escaparon unas lágrimas por debajo de los párpados.

—Mi querida Beth. Pobre Beth. Soy todo un problema para ella. Debió haberse ido.

Beth se quedó petrificada. Su rostro palideció.

—Eres como mi hija. Nadie más te cuidará mientras yo esté aquí.

Chase alzó la mano para pedir el silencio de Beth.

—Quiere cuidarte.

Minerva asintió de manera vaga.

—No es justo para ella. Para Jeremy. Vivir bajo el techo de ese hombre para poder cuidarme.

No estaba hablando del presente y eso dolía.

—Los alejaste de eso. Lo que sientes ahora fue ocasionado por otro hombre —dijo Chase.

Minerva frunció el ceño. Abrió los ojos de nuevo y lo miró. Su confundida mente parecía estar intentando entender.

—Descansa. Duerme, si puedes.

Se puso de pie, se inclinó y la besó.

Pareció quedarse dormida entonces. Beth comenzó a trabajar en la compresa de nuevo.

—Se va a recuperar —dijo ella de manera agresiva—. Le han pasado cosas peores, ¿no? Estará como nueva pronto, ya verás. No es una mujer débil y delicada.

—¿Tienes algo de sopa, Beth? Debería haber algo que pueda comer.

Beth descansó las manos en sus rodillas.

—Estaba a punto de cocinar. Podría preparar una sopa. Pero me necesita aquí.

—Creo que dormirá por un rato. Yo puedo quedarme aquí con ella. Prometo llamarte si te necesita.

Beth dudó, estaba indecisa. Finalmente se puso de pie.

—El agua sigue fría, así que remoja la compresa cada diez minutos más o menos. Si se despierta, acomoda las almohadas. Llámame y te ayudaré. No se te ocurra besarla ni nada. No es el tiempo ni el lugar para eso.

Chase dejó que lo sermoneara sobre algunas otras cosas antes de salir por la puerta.

Se sentó, e intentó no pasar cada segundo de la siguiente media hora estudiando a Minerva en busca de pruebas de que no tenía que preocuparse tanto como lo estaba haciendo.

CAPÍTULO 21

Voces. Hablando cerca de ella. A su alrededor. Casi susurrando. Aun así el sonido de las voces hacía que su dolor de cabeza estallara.

Quería abrir los ojos, pero no se atrevía. Incluso mirar demasiado lejos le dolía. Lo único que parecía hacerla sentir mejor era quedarse ahí, sin moverse, sin hablar.

Otra voz. La de Chase.

«Hay doctores aquí, Minerva. Van a examinarte. Por favor, déjalos».

Manos en su cabeza donde el dolor parecía atravesar su cuero cabelludo. Luego en sus sienes. Una orden silenciosa le dijo que abriera los ojos. Lo hizo y se encontró con el redondo y rojizo rostro de un robusto hombre con anteojos.

Otra cara apareció frente a ella. Cabello gris. Rostro más delgado. Mirándola de cerca, directo a los ojos, pero en realidad no la veía tanto a ella, sino a través de ella.

«Dicen que ha estado durmiendo. ¿Estuvo inconsciente por un corto tiempo?».

«Eso entiendo, sí. Estoy casi segura de que no ha estado inconsciente las dos últimas horas».

«Bien. Bien». Más miradas. «¿Y pudo reconocerlos? ¿No hubo confusión?».

«Solo un poco en cuanto a lo que sucedió».

«Eso es común. Podrá recordar más en los próximos días».

Los dos rostros se alejaron y se convirtieron en cabezas pegadas a dos cuerpos. Esas cabezas se inclinaron la una hacia la otra. Más susurros. Los cuerpos giraron y el hombre robusto se dirigió a alguien que estaba detrás de la cabeza de Minerva. Como a nadie parecía importarle si mantenía los ojos abiertos, decidió cerrarlos de nuevo.

«Tuvo suerte. Un hombre más alto o más fuerte y el ataque pudo haber sido fatal. Aun así debe descansar. Al menos una semana. En cama. Sin leer. Luz tenue. El menor ruido posible. Pueden moverla de

aquí con mucho cuidado al cargarla. Si no se ha recuperado en una semana, tendremos otra conversación». El sonido de unos pasos que se alejan.

«Fue inteligente llamarlo. No me necesitaban con su experiencia a su disposición. Ha visto los efectos que ocasionan la artillería, las espadas y los mosquetes».

«Gracias por venir de todas maneras».

«Cuando un duque pide al médico real, el médico suele obedecer». Una pausa. «¿La mujer del duque?».

«No».

«Ah. Aunque sea obvio, debo decir que no debe haber actividades sexuales en esta semana de descanso».

Se alejaron y no logró escuchar nada más. Se mantuvo un poco consciente incluso mientras comenzaba a dormirse. Supo cuando Beth regresó, solo por sus pasos, y creyó escuchar a Jeremy susurrando a lo lejos.

Dos brazos se deslizaron debajo de su cuerpo. Su cuerpo se alzó en el aire. Se obligó a abrir los ojos y vio el rostro de Chase cerca del suyo, y su cabeza descansando en su hombro.

—Me siento mucho mejor cuando me abrazas —susurró.

Chase sonrió, pero su ceño seguía fruncido y sus ojos serios.

—Fui descuidada, Chase. No hice suficientes preguntas sobre por qué la señora Jeffers estaba buscando a su primo. Supuse que era para una reconciliación que a él le gustaría. Pero él no quería que lo encontraran.

—No pienses en eso ahora. No pienses en nada.

En verdad se sentía mejor cuando estaba así en sus brazos. Cerró los ojos de nuevo y flotó en la fuerza del apoyo que él le daba.

Chase esperó en la biblioteca mientras Beth desvestía a Minerva e intentaba que comiera un poco de sopa. Jugaba con un pedazo de papel y una tarjeta, impaciente por el regreso de Jeremy. Lo había enviado a la calle Bury a buscar su carruaje. Una vez que llegara, tenía algo importante que hacer.

Beth bajó las escaleras justo cuando Chase escuchó los caballos afuera. Desde donde estaba sentando en la biblioteca logró ver a Jeremy entrar y hacerse a un lado. Beth se detuvo y observó.

—Insistió en venir —dijo Jeremy—. Se negó a escuchar mi explicación sobre lo que se necesitaba.

Beth cruzó los brazos.

—¿Y tú quién eres?

—Brigsby. Estoy aquí para ayudar a mi caballero.

Con eso, Brigsby dio dos pasos adelante y quedó a la vista de Chase, casi rozando la nariz de Beth con la suya.

Brigsby estaba mostrando su actitud más altanera. Beth se veía como una mujer que creía que ese hombre necesitaba que le enseñaran una lección.

—¿Tu caballero te pidió que vinieras? No, no lo hizo. Escuché tan claro como una campana lo que le pidió a Jeremy, y no fue traerte a ti.

—La petición que hizo este joven no tenía sentido. Enviar una maleta con unas camisas limpias. Como si eso fuera suficiente para un viaje. —Levantó la maleta que colgaba de su brazo derecho—. Me aseguraré de que esto sea suficiente, y si no lo es, regresaré…

—No se va de viaje, tonto. Solo no regresará a su casa. Dale esa maleta y regresa al lugar de donde viniste para que no estorbes. —Beth se alejó, sacudiendo la cabeza—. Como si necesitáramos mozos y ese tipo de cosas aquí.

—No soy un mozo —le dijo Brigsby a su espalda—. Soy su sirviente y muy hábil con mis responsabilidades. Si es necesario, incluso podría hacer tus deberes de manera más eficiente.

Beth se detuvo, se enderezó y dio la vuelta.

Brigsby veía a la gente con cierto desprecio incluso cuando no era su intención. Ahora sí lo estaba intentando.

—Soy cocinero, por ejemplo. También cuido de la casa del caballero. Todo lo que necesita yo lo hago. —Levantó la maleta y la movió de arriba hacia abajo—. Por favor muéstrame dónde está su habitación para que pueda prepararla.

Beth caminó hacia Brigsby con una mirada que podría matarlo.

Chase creyó que ese era un buen momento para toser. Ambos voltearon hacia arriba para verlo, sorprendidos. Brigsby se recuperó primero.

—Ah, ahí está, señor. Tengo lo que va a necesitar.

Llevó la maleta hacia Chase mientras Beth desaparecía. Jeremy se quedó en la puerta, esperó a que Chase lo mirara e hizo un gesto hacia la calle. Chase le dio a entender que esperara el momento correcto.

Chase abrió la maleta. De hecho, había mandado una lista incompleta con Jeremy, porque sus pensamientos estaban centrados en Minerva. Brigsby había empacado camisas, pero también unas

corbatas limpias, un chaleco adicional, pequeñas prendas e instrumentos de aseo. Era suficiente para un viaje de cinco o seis días, no para una o dos noches en una casa en la misma ciudad.

—Su pistola y el plomo están debajo de todo —dijo Brigsby en voz baja—. Suele llevarla con usted cuando viaja, así que creí que sería buena idea traerla.

—No creo necesitarla, pero como no sabías mis planes, entiendo tu prudencia.

Cerró la maleta y la dejó a un lado.

—Esa mujer cree que debería irme, señor. —Brigsby parecía tan desabrido como siempre—. Si eso es lo que usted quiere, lo haré en este momento.

—Eso tendrá que esperar hasta que regrese. Necesito el carruaje unas horas.

—Si me indica dónde está su habitación de visita, desempacaré mientras espero.

—No tengo idea de dónde esté. Pero puede ser aquí mismo, en la biblioteca. Pregúntale a Beth. Es la mujer con la que acabas de hablar.

Brigsby torció la boca.

—¿Debo dirigirme a ella como Beth, señor?

—Sería mejor que, considerando su primer encuentro, la llamaras señora Shepherdson. Está en la cocina en este momento. Preferiría estar arriba con la señorita Hepplewhite, así que podrías ofrecerte a preparar la cena para la casa en su lugar. Tal vez se convenza de que no eres una molestia.

Las cejas de Brigsby se alzaron una fracción de centímetro. Chase lo rodeó y se encaminó hacia la puerta.

—Ven conmigo, Jeremy. Tenemos que encargarnos de un asunto.

Jeremy lo alcanzó en el carruaje.

—Si vamos a donde creo que vamos, deberías llevar esa pistola.

Chase subió.

—Si la llevo, es probable que la use con ese sinvergüenza. Sube con el cochero y asegúrate de que se apresure.

—… entonces el duque envió al médico real, que era el otro hombre que estaba aquí, el que tenía el rostro largo y delgado. Es útil tener a un duque en la familia. Me vendría bien uno.

Beth siguió hablando, su espíritu se alegraba cada minuto. Minerva la observaba desde la cama, en su habitación iluminada por una sola

lámpara. Ya casi no le dolía la cabeza, pero Beth insistía en ponerle compresas mojadas sobre la frente cada cinco minutos. Podía sentir la tensión del fomento en la cabeza, en alguna parte de su coronilla, sobre su ojo izquierdo. No hubo más sangre fresca, incluso cuando le pidió a Beth que la ayudara a sentarse.

Se terminó lo que quedaba de la sopa y el pan, y alzó la charola.

—Estuvo delicioso. Gracias. Tal vez mañana pueda comer algo más sustancioso. Tengo un poco de hambre.

—La sopa no la hice yo por completo. El mozo ese la terminó. «¿Dónde estan sus hierbas?», seguía preguntando. «¿Dónde está la crema? ¿Dónde está la pimienta?». Dejé que lo hiciera solo, ya que es tan especial.

—Si Brigsby está aquí, ¿dónde está Chase?

Beth se puso de pie, tomó la charola y la dejó en la mesa. Acomodó los platos.

—Debería regresar pronto. Tal vez fue a hablar con su primo.

Después de mirar la mesa por largo tiempo, Beth regresó a su silla al lado de la cama. Metió la mano al tazón para sacar otra compresa.

—No más, por favor. —Minerva se quitó el pedazo de tela que le goteaba agua en la nariz—. No creo necesitarlas ya. De hecho, no creo que necesite quedarme en esta cama.

—Es de noche, ¿a dónde más irías?

—Podría hacer algo más que esto. No estoy cansada. Dormí todo el día. No estoy inválida. Estaba muy sorprendida y aturdida, pero ya me recuperé. —Hizo a un lado las sábanas—. Al menos me sentaré en una silla, no en esta cama, y prenderé más lámparas para leer.

—Tienes que quedarte en la cama —dijo Beth, usando su cuerpo para evitar que se levantara—. Dos doctores lo dijeron. Dos.

—¿Y ellos qué saben?

—Más que tú.

—Me voy a volver loca si me tengo que quedar aquí aunque no esté cansada. Ahora hazte a un lado para que pueda…

—¿Qué crees que estás haciendo?

Se quedó petrificada. No era la voz de Beth. Era la de Chase.

Alzó la vista para ver que estaba en el umbral de su habitación, observándola. Se veía cansado, despeinado y para nada feliz.

—Regresa a la cama, Minerva.

Entró a la habitación. Beth la miró con satisfacción y se fue con la charola.

—No es necesario.

—Descanso en cama. Una semana. Los doctores fueron claros.

Él levantó las sábanas e hizo un gesto. Minerva puso las piernas en la cama de nuevo y le dio un golpe al colchón.

Chase se sentó en la silla.

—Tu inquietud es una buena señal.

No solo estaba inquieta en ese momento, estaba irritada.

—Tú no descansaste en la cama cuando recibiste un golpe en la cabeza, ¿por qué yo sí tengo que hacerlo?

—Eso fue diferente.

—No es cierto. No fue diferente.

—Sangraste mucho.

—Tú sangraste lo suficiente. Dijiste que había sido una herida en la cabeza. Dijiste que siempre sangran mucho.

Intentó ser simpático, pero solo se veía molesto.

—Estuviste inconsciente. Puede haber daños dentro de tu cabeza.

—Tú estabas inconsciente. ¿No te preocupaste por los daños dentro de tu cabeza?

—Sabía que no había ninguno y solo estuve inconsciente unos momentos.

—Fueron muchos momentos. Y si tú supiste que no había daños, entonces yo también. Ya no me duele la cabeza y no me molesta la luz. Mira, puedo mirar directamente a la lámpara.

Y lo hizo. Chase estiró la mano y la movió para que no pudiera continuar.

—Te estoy diciendo que no es lo mismo —dijo con firmeza.

Minerva volvió a golpear el colchón.

—Lo que quieres decir es que no es lo mismo porque soy una mujer.

—Exacto. Y porque si algo te pasara por ignorar los consejos de los doctores, nunca podría perdonármelo. Así que dame ese gusto, y haz lo que te dijeron.

No le gustaba, pero había algo en la mirada de él que hacía que ella no mostrara más rebeldía.

—Voy a descansar en cama tres días. Sin embargo, si después de eso vuelvo a ser yo misma y no tengo molestias ni nada de eso, decidiré que estoy recuperada por completo y quiero que tú también lo aceptes.

Él cerró los ojos pacientemente y asintió.

—Ahora, por favor pon la lámpara al lado de la cama para que no esté en tinieblas.

Hubo un largo suspiro, pero lo hizo.

Minerva tomó su mano entre las suyas. Sus nudillos se veían rojos.

—¿Dónde estabas?

—Por ahí.

Pasó su pulgar sobre esos nudillos.

—¿Lo mataste?

—No. —Apretó su mano—. Llevé a Jeremy. Su misión era asegurarse de que no lo hiciera, por más que quisiera. Hubo una pelea, sin embargo, para poder someterlo.

Lo imaginó entrando a esa apestosa habitación, fuerte y molesto, con Jeremy a su lado. El señor Marin debió haberse asustado al ver a dos hombres buscando venganza.

—¿Qué le hicieron?

—Le di a elegir. Podía entrar al carruaje que estaba esperando, que lo llevaría a un establecimiento en el campo en donde su prima esperaba que pudieran tratarlo. O podía entrar al otro y ser llevado frente al magistrado para responder ante su intento de matarte.

—Espero que haya elegido ir al campo.

—Como dije, hubo una pelea. Estoy seguro de que cuando terminó él estaba de acuerdo en que esa era la mejor idea.

Minerva lo miró de nuevo.

—Es mejor que no dejes que Brigsby te vea, si sigue aquí. Insistirá en lavarte y peinarte en este instante si le das la oportunidad.

—Por eso vine aquí. Para eso y para asegurarme de que no estuvieras siendo desobediente. Y estaba en lo correcto.

—¿Planeabas vigilarme toda la noche para asegurarte de que no me moviera?

—Mi intención era quedarme aquí toda la noche y poner compresas frías en tu frente. No esperaba encontrarte tan recuperada.

Bajó la mirada a su cuerpo, que creaba colinas bajo las sábanas.

—No tienes que quedarte en la silla. Me ordenaron que me quedara en la cama. No me ordenaron que me quedara en la cama sola.

Chase se rio.

—Por desgracia, a mí me ordenaron que no te molestara. Fue lo último que dijo el médico antes de irse.

—Dormir a mi lado no es molestarme. Estoy segura de que me recuperaré más rápido si me abrazas. —Se acomodó en la cama—. No es grande, pero hay suficiente espacio para ti.

—Estoy seguro de que lo haré.

Se puso de pie y se quitó el abrigo y el chaleco. Desató y jaló su

corbata. Después de quitarse las botas y apagar la lámpara, se recostó a su lado.

—Podrías meterte debajo de las sábanas conmigo.

—Estoy seguro de que Beth llegará al amanecer para tomar mi lugar junto a ti. Lo mejor es no hacerlo.

Lo que sí hizo fue girar y deslizar su brazo debajo de ella para poder abrazarla. Eso se sintió bien de una manera casi insoportable, como si sus brazos hicieran que todo lo malo que había pasado durante el día desapareciera.

—Hoy me di cuenta de algo —dijo Minerva—. Cuando estaba pasando, recordé algo que había olvidado. Solo estaba ahí en mi cabeza.

Chase bostezó y se puso boca abajo.

—¿Qué recordaste?

—El día que me dieron el dinero, me dijo algo. El niño que me lo dio. Lo olvidé casi al instante. Pero cuando me dio la caja, me dijo algo. «Me pidieron que le dijera: la próxima vez, defiéndete». Lo escuché hoy en mi cabeza. Y me pregunto…

—¿Qué te preguntas?

—Me pregunto si quien sea que haya enviado ese dinero sabía lo que estaba pasando en nuestra casa.

—Creo que lo sabía. Incluso creo saber cómo. Tenía que saberlo.

—¿Por qué de no ser así no me habría dado el dinero?

—Porque cuando murió te dejó suficiente para que te cuidaras a ti misma.

Minerva miró el techo. La idea no la sorprendía tanto como debería.

—Crees que fue el duque.

—Estoy casi seguro. Es la única posible conexión entre ustedes dos que he encontrado.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Iba a hacerlo, pero te golpearon en la cabeza y decidí que era un tema para otro día. —Chase bostezó de nuevo—. Todavía tengo tiempo. Ahora duérmete.

Intentó hacerlo, pero no pudo. Chase, sin embargo, se quedó dormido a su lado. Escuchó su respiración, rodeó el brazo que tenía alrededor de ella y pensó en las fuertes emociones que su presencia la hacía sentir cuando le mostraba lo mucho que le importaba.

CAPÍTULO 22

—Exijo que me dejes salir de esta habitación.

Minerva sonaba decidida. Sus ojos estaban encendidos. Beth volteó a ver a Chase, estirando los brazos como una mujer que lleva a cuestas muchos problemas.

—Te llamé para que me ayudes a hacerla entrar en razón.

Chase observó a Minerva desde el otro lado de la habitación, la cama que habían compartido las dos últimas noches ahora tendida de manera cuidadosa y prolija. Tenía puesto el camisón que le había comprado y había intentado peinarse por su cuenta. Uno de sus vestidos estaba en la silla. Chase dudaba que Beth lo hubiera puesto ahí.

Se veía como ella misma. Salvo por el moretón que rodeaba el fomento que tenía en lo alto de la frente, nada se veía fuera de lugar. Su actitud reflejaba lo molesta que estaba por estar encerrada. Lo máximo que podrían lograr sería mantenerla ahí un día más. Después de eso, era capaz de atar las sábanas y escapar por la ventana.

—Tú estuviste de acuerdo en que si después de tres días me sentía mejor, podía dejar de actuar como si estuviera enferma —dijo.

—Mentí para asegurarme de que descansaras al menos tres días. Sin embargo, si prometes hacerlo a mi manera, tal vez puedas salir de esta habitación por un momento.

Beth abrió la boca para reclamar, pero la cerró igual de rápido. Minerva lo miró como si estuviera tratando de decidir si la estaba engañando o no.

—¿Cuál es tu manera?

—Solo puedes bajar las escaleras conmigo. Puedes salir a tomar aire al jardín si vas bien abrigada. Y podemos salir a dar un paseo en el carruaje esta tarde, y tal vez una caminata corta, si prometes decirme cuando te canses, o si en cualquier momento sientes molestias de cualquier tipo.

—Tu manera no suena muy divertida.

—La alternativa es encerrarte.

—No te atreverías.

No respondió. Minerva evaluó su actitud con la mirada.

—Está bien, pero me parece muy injusto. A ti pueden golpearte en la cabeza y puedes seguir con tu vida, pero si a mí me pegan en la cabeza todos me tratan como una inútil. Beth, ayúdame a vestirme. Planeo desayunar abajo.

Chase salió de la habitación mientras se ocupaban de eso, y después acompañó a Minerva mientras bajaba las escaleras, pendiente de cualquier señal de que no pudiera mantener el equilibrio. En el gabinete los esperaba la comida. Minerva llenó su plato y se sentó a disfrutar de su libertad.

Chase se sentó con ella. En cuanto lo hizo, Brigsby llegó con una pila de correo y periódico. Chase había leído dos cartas cuando se dio cuenta de lo que acababa de pasar.

—¿Cómo conseguiste esto?

—Mandé al joven por ellas.

—Jeremy no es tu sirviente, Brigsby.

—No le molestó ir. Le dije que podía llevarse su carruaje y le di permiso para que la joven fuera con él.

—¿Tú le diste permiso?

—Usted estaba ocupado, señor. No creí que fuera una buena idea molestarlo.

Tosió suavemente para enfatizar lo orgulloso que estaba de su decisión.

—¿La joven? —preguntó Minerva.

—La señorita Turner. Viene de visita ocasionalmente. Los vi hablando ayer en el jardín. Creí que a ella le gustaría pasear en el carruaje. —Fue por café y les sirvió a los dos—. Usted necesitaba un abrigo nuevo, después de haber arruinado el que tenía aquí. Le pedí al joven que le trajera el azul y que revisara si había correo mientras estaba ahí. Yo fui a buscar el periódico.

Satisfecho con haber cumplido sus actividades matutinas, Brigsby salió de la habitación.

—¿Jeremy y Elise? —dijo Minerva.

—Viven cerca, trabajaron juntos en la Casa Whiteford, y ahora para ti. No es sorpresa que sean amigos. Seguro lo apruebas.

—Si hay algo más, podría complicar las investigaciones.

—¿Cómo?

—Jeremy podría querer protegerla y se preocuparía demasiado.

Podría interferir con investigaciones que yo tuviera para ella si creeyera que podría estar en peligro.

Chase revisó el correo y lo repartió en pilas. Vio una de Peel. Maldición.

—Estoy seguro de que eso no pasará. Él es un joven razonable, y tú nunca la pondrías en peligro.

Casi había terminado con el correo cuando se dio cuenta del silencio que había al otro lado de la mesa. Alzó la vista y encontró a Minerva observándolo con una mirada escéptica. Chase repasó su conversación para intentar identificar lo que había provocado esa expresión.

—Me alegra que estés seguro de que Jeremy no será sobreprotector. Si piensas que esa sería la respuesta de un hombre razonable, eso me asegura que tú no serás sobreprotector conmigo.

«Eso es diferente». En realidad no lo era, pero al mismo tiempo sí. No tenía intención de descuidar su seguridad y planeaba asegurarse de que ella tampoco lo hiciera. Ese, sin embargo, no era el mejor momento para hablar de eso ni de la pequeña lista de hábitos que ella tendría que cambiar cuando realizara investigaciones, para garantizar que nunca volviera a salir herida.

Cuando él no reaccionó con nada más que una sonrisa, Minerva mencionó el tema de las actividades del día.

—No quiero sentarme en el jardín toda la mañana —dijo—. Quiero que me expliques lo que dijiste hace dos noches, sobre estar casi seguro de que el duque era mi benefactor. Dijiste que era un tema para otro día. Ya es otro día.

Chase miró por la ventana y observó el clima.

—Podemos pasear en el carruaje ahora y no por la tarde. Será más sencillo mostrarte a lo que me refiero que explicarlo con palabras.

Minerva se terminó la comida con rapidez.

—Iré por mi sombrero y mi abrigo. Regresaré pronto.

Chase llegó a la puerta antes que ella.

—Yo voy por ellos. Tú siéntate aquí y no te acerques a las escaleras.

Comenzó a subir, escuchando un largo suspiro detrás de él.

—Me gusta este carruaje —dijo Minerva—. Estoy muy cómoda aquí.

Demasiado cómoda. No solo estaba envuelta en su capa, sino que Chase había puesto una manta del carruaje a su alrededor. Estaba

sentado frente a ella mientras se dirigían hacia el oeste.

—Debes decirme si el movimiento o las sacudidas…

—Sí, sí, lo prometo. Y la próxima vez que te den un golpe en la cabeza, tú debes decirme si pasear en carruajes, a caballo, caminar, leer o cualquier otra cosa te causa cualquier tipo de molestia.

A Chase no le gustaban sus repetidas referencias a sus injustas restricciones, y podía verlo en sus ojos. Minerva regresaba al tema solo porque estaba segura de que ahora él sería un problema, e intentaba lanzar advertencias para que no quisiera controlar sus movimientos y decisiones.

Sería difícil llevar a cabo sus investigaciones si tenía que explicarle cada movimiento. No tenía intención de dar ese tipo de explicaciones, ni a él ni a nadie. Su preocupación y la manera en la que la cuidaba la conmovían, pero no estaba dispuesta a que ninguna de las dos la hiciera débil.

Había sido descuidada. Podía admitir eso. La señora Jeffers no había sido tan abierta sobre su historia con el señor Marin, como hubiera sido preferible. Se le podía disculpar por suponer que era una reconciliación que aceptaría con gusto un hombre que vivía en ese estado. Sin embargo, supo que cuando lo vio, en ese primer momento, debió haber escuchado al sentido que le decía que se fuera de inmediato.

Si hubiera estado concentrada por completo en ese asunto, tal vez lo habría hecho. Un mes antes, tal vez habría fingido haber tocado en la puerta equivocada o hubiera buscado una excusa para irse. En lugar de eso, la mitad de su mente estaba pensando en Chase, en su situación y en cómo su corazón pesaba el amor que sentía por él contra el peligro potencial que se cernía ante ella.

Amor. Minerva sonrió para sí misma. No lo había llamado de esa forma antes, pero ahora aparecía de manera sencilla en sus pensamientos. Sí lo amaba. Se maravilló ante la idea.

Ella miró al otro lado del carruaje y se dio cuenta de que él la estaba mirando, con sus ojos cálidos y una pequeña sonrisa en su rostro. ¿Qué pensaba cuando la veía? ¿Seguía preguntándose qué había pasado con Algernon, y si ella se había encargado de que su distante esposo no pudiera lastimarla de nuevo? Él había dicho que esperaba que ella lo hubiera matado, pero esa fue una respuesta que dio después de que ella le preguntara si le creía o no. Cuando dijo que estaba seguro de que ella no lo había matado, no lo había dicho de la misma manera en aseguró que ella no había lastimado al duque.

El carruaje se movió por la calle Oxford. Al ser tan temprano, todo estaba en silencio. Por la tarde habría muchas más personas. Minerva observó las tiendas que flanqueaban la calle, con los dueños preparándose para recibir a los clientes que llegarían durante el día.

Chase abrió una pequeña puerta y le dijo al cochero que se detuviera en el siguiente cruce. Minerva observó las tiendas de ahí y del otro lado. Conocía muy bien ese cruce.

Chase apuntó a la ventana.

—Si ves los techos de ahí, puedes ver los de la Casa Whiteford. Queda de frente a Park Lane, pero la parte de atrás está muy cerca de donde estamos. Cuando mi tío salía, para ir a la calle Oxford o a cualquier lugar en Mayfair, no salía por el lado del parque. Salía por este lado, tomando una de estas calles que dan al este.

—Eso supuse.

Se deslizó hacia la ventana e hizo un gesto para que ella hiciera lo mismo. Estaba envuelta en tantas cosas que no podía moverse. Tuvo que hacer pequeños movimientos para lograrlo. Sin embargo, sabía lo que verían de este lado.

—Me dijeron que solías vivir en esta calle, Old Quebec —dijo Chase—. Para nada lejos de mi tío.

Abrió la puerta del carruaje.

—Si tienes ganas, podemos dar una vuelta.

Minerva se quitó la manta de encima y dejó que la ayudara a bajar. El aire fresco se sentía maravillosamente limpio y el sol brillaba en el cielo. Chase la guio al otro lado de la calle hasta que llegaron al extremo de la calle Old Quebec.

—Él solía salir de noche, Minerva. En el campo pasaba algún tiempo en el parapeto. Creo que aquí paseaba por las plazas y los parques. Portman es la más cercana, pero es probable que fuera más lejos a veces. Puedo imaginármelo yendo hacia la Plaza Portman, o caminando por ella, mirando las estrellas que son tan difíciles de ver desde Londres. —Chase tomó la mano de Minerva—. Caminemos por la plaza, si te es posible.

—Por supuesto que me es posible. —Comenzó a caminar, pero se detuvo como si se hubiera golpeado contra una pared.

—Podemos cruzar por la siguiente calle, si no quieres ver esa casa —le dijo Chase.

Podía ver la casa y una parte de la puerta.

—Ven por acá. —La llevó de regreso a Oxford, al siguiente cruce—. Ahora, usa tu imaginación. Se va de la casa y camina. Se dirige a la

plaza. Lo más probable es que haya pasado por tu casa de noche algunas veces. Creo que lo hizo muchas veces.

Minerva se detuvo en la calle, más o menos en el mismo lugar donde esta casa estaba en Old Quebec.

—Crees que vio o escuchó algo, ¿verdad?

—Eso creo. Esta área es callada por la noche. Los sonidos que no escucharías durante el día son muy nítidos a esta hora. Las luces de las lámparas dentro de las casas muestran mucho más de lo que se ve durante el día.

Le enfermaba pensar que otras personas hubieran escuchado o visto lo que pasaba.

—¿Cómo supo quién era?

—Preguntaría. Como tú y yo lo hacemos cuando queremos saber quién vive en una casa, o qué casa es el hogar de cierta persona y ese tipo de cosas. Una pregunta casual en la tienda de la esquina le conseguiría el nombre.

Minerva se imaginó al duque preguntando en la mercería de la esquina si conocían al dueño de la casa cuatro puertas más allá. Se imaginó al mercero dándole el nombre, y tal vez una mirada que decía que las cosas ahí no andaban bien.

—¿Cuánto tiempo has estado pensando en esto? —preguntó.

—Casi dos semanas. Dijiste que no lo conocías, y te creí desde esa primera noche. Entonces, ¿por qué te dejó esa herencia? Conocía tu viejo nombre y el nuevo también. El dinero que recibiste… es muy extraño que alguien regale eso de manera anónima, pero él podía ser extraño a veces. Sin embargo, solo estuve seguro cuando mencionaste lo que te dijo el mensajero.

«La próxima vez, defiéndete». Ese dinero le había permitido hacerlo. No con los puños, pero sí con su inteligencia y la propia debilidad de Algernon.

Caminaron por la calle y llegaron a la plaza.

—Era muy raro que yo viniera aquí, a pesar de que vivía a solo unos minutos —dijo Minerva—. Cuando Algernon se iba de la casa, Beth y yo a veces veníamos si era un día soleado, pero solo por un rato. No me atrevía a no estar en la casa cuando regresara. Estaba en Londres, pero no podía salir de la casa, ni tener amigos, ni ir a fiestas. Estaba en un lugar diferente, pero seguía siendo una prisión.

Chase le apretó la mano.

—Aún no entiendo por qué el duque me heredó una fortuna, Chase. No me conocía.

—Tal vez pensó que tú podrías aprovecharla más que cualquiera de nosotros. Es obvio que sabía de la muerte de tu esposo, y que ahora estabas buscando rehacer tu vida en Londres.

—Me esforcé mucho para que nadie supiera quién era yo.

—Los duques tienen sus métodos. Sospecho que contrató a alguien para que investigara de manera discreta a dónde te fuiste después de desaparecer de Dorset.

—Ojalá hubiera enviado una nota con ese dinero, para poder darle las gracias.

—Creo que prefería que no lo supieras. Solía hacer cosas sin reclamar el crédito. Me parece que intercedió a mi favor cuando me estaba yendo del ejército, para que no hubiera preguntas ni escándalos. Nunca me dijo nada al respecto, pero estoy seguro de que usó su influencia.

Minerva lo miró.

—Los dos le debemos mucho.

Volvieron sobre sus pasos hasta que llegaron al carruaje. Minerva dejó que la ayudara a acomodarse, e incluso que la envolviera en la manta de nuevo.

—Un pequeño paseo por el parque me parece apropiado —dijo Chase.

—Por favor dile que pase por la Casa Whiteford primero. Lentamente.

Cinco minutos después estaban frente a la casa. Minerva la miró desde el carruaje, sintiéndose muy cercana al hombre que había sido su dueño, al que nunca había conocido.

Esa noche Chase tomó una decisión. Necesitaba reportarle algo a Peel en los próximos días. No tenía alternativa más que investigar un hilo más en la historia de Minerva antes de hacerlo. Era posible que nunca necesitara utilizar la verdad sobre la muerte de Finley, pero quería tenerla como opción en caso de que tuviera que revelarla para protegerla.

Entró a su habitación una vez que la casa quedó en silencio. Había enviado a Brigsby a casa, explicando que él regresaría al día siguiente. Los ronquidos de Beth zumbaban al otro lado del pasillo mientras cerraba la puerta.

Se quitó la ropa y se metió debajo de las sábanas para sentir el calor de Minerva contra su piel. Ella se dio la vuelta para verlo de

frente.

—Creí que estabas dormida.

—Te estaba esperando. Duermo mejor cuando estás conmigo.

La acercó a su cuerpo y la besó en la coronilla.

Ella puso la mano contra su pecho, sobre su corazón, y la deslizó por su torso.

—Tu piel se siente diferente a la mía. La superficie es suave, pero lo que cubre no lo es, así que es muy diferente.

Su continua curiosidad sobre las cosas más simples le encantaba. Siguió presionando y explorando, para ver qué tan diferente podía ser.

—¿Qué estás haciendo, Minerva? —Su mano había recorrido una considerable distancia hacia la parte inferior de su cuerpo.

—Estoy intentando seducirte.

—Te prometo que puedes hacerlo. Sin embargo, los doctores dijeron….

—Lo que creyeron que convencería a tu primo de que se tomaban muy en serio la petición de un duque. —Una de sus uñas dibujó una línea a lo largo de su miembro—. Ya veo que no fue tan difícil.

—Prometí no importunarte mientras te recuperabas. Por más que me gustaría… ¡detente!

Un repentino toque en la punta de su miembro envió rayos a través de su sangre.

—¿No te gustó eso? Lo siento.

—Me gustó. Mucho. Sin embargo, no podemos…

—Tú no puedes, porque al parecer eres tan tonto que lo juraste. Yo no juré nada. Tú no me estás importunando de ninguna manera. No necesito tu ayuda, así que solo quédate ahí y cumple tu palabra. No me toques. No me acaricies. —Se puso de rodillas y se quitó el camisón—. Solo no te quedes dormido.

Como si eso fuera posible. Un hombre más fuerte se hubiera ido de la habitación en ese momento. Él no lo hizo.

Todavía de rodillas, lo miró con deseo, como si estuviera decidiendo qué parte de él disfrutar primero. El miembro de Chase se hinchó aún más ante la sola idea de que ella fuera a disfrutarlo.

Se veía perfecto. Fuerte y firme y atractivo. No era solo su apariencia lo que tanto la estremecía. La manera en la que la cuidaba, le hablaba y la trataba la conmovía profundamente. Minerva se recargó en sus manos y lo besó para liberar la presión en su corazón. Deslizó los

labios hacia sus hombros y su cuello, a su brazo y su pecho, apreciándolo, dándole las gracias con su pasión.

Chase lo aceptó, como si supiera que hablaba en serio cuando ella le dijo que no necesitaba su participación. Minerva quería expresar sus emociones a su manera. Necesitaba que él solo las aceptara. Y lo hizo, al no tocarla ni tomar el control. Tan solo rozar el cuerpo de Chase con sus pechos la excitaba. No necesitaba caricias directas. Inhalar su olor la embriagaba. Lamer su piel comenzó a hacer que perdiera la cabeza. Podía ver que a él le gustaba todo. Su cuerpo lo demostraba, al igual que su mirada y sus graves sonidos de placer.

Minerva se sentó sobre sus muslos y acarició su cuerpo, todo el pecho, asombrándose por cómo se sentía, admirando su belleza. Después más abajo, siguiendo la forma de su cuerpo hacia la firmeza de sus caderas. Dibujó un circulo alrededor de su miembro y después lo acarició de manera más decidida. Chase cerró los ojos. La mandíbula apretada y su expresión tensa la hicieron sentir traviesa, poderosa y seductora.

Chase la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Te sientes valiente?

—Invencible. Como una guerrera.

—Entonces ven aquí para que pueda usar mi boca.

Le tomó un momento entender a lo que se refería. Se movió hacia adelante, moviéndose con sus rodillas y manos. Chase se deslizó hacia abajo para poder tomar el pecho de Minerva en su boca. Solo sus besos la tenían de camino a la locura, pero la manera en que lamía y chupaba su pecho la hacía temblar de deseo. Las primeras tensiones de su deseo comenzaron a intensificarse y ni siquiera la había tocado en realidad. Comenzó a hacerse hacia atrás para poder tomarlo dentro de su cuerpo.

—No pierdas el valor ahora. Muévete hacia adelante. Ven aquí.

Estuvo a punto de perder su valor. La verdad es que no estaba segura de querer esperar. Sin embargo, podía sentir que esto era algo que él quería. El placer no sería solo para ella.

Siguió moviéndose en la cama, arrastrando sus rodillas hacia arriba. En cierto momento no tuvo otra opción más que enderezarse. Se sostuvo de la cabecera de la cama y miró hacia abajo, observando la manera en la que la cabeza de Chase estaba posicionada debajo de su cuerpo. Él separó sus rodillas con gentileza y alzó la cabeza.

Su primer beso hizo que un abrupto y profundo placer atravesara el cuerpo de Minerva. Lo que hizo después la obligó a apoyarse en la

cabecera. La intensidad de las sensaciones provocó que su cabeza diera vueltas. Estaba segura de que no podía ser más increíble, pero lo era una y otra vez, hasta que perdió los sentidos. Podía escuchar cómo le rogaba que se detuviera, pero también le pedía más con el mismo respiro. Por fin sintió cómo una liberación la atravesaba de manera violenta.

Logró moverse de alguna manera. No, él la movió. De repente estaba sobre él, conectada y unida de manera profunda. La llenó como nunca antes, tensándola para que sintiera el poder dentro de ella. Minerva se sostuvo sobre él mientras Chase la penetraba con movimientos largos y fuertes, e incluso entonces Minerva hubiera querido más si él hubiera podido dárselo. Chase alcanzó el placer con tanta fuerza que Minerva se quedó sin aliento.

Ella se derrumbó sobre él, cansada. No tenía fuerzas para moverse. Chase la tomó entre sus brazos y la sostuvo contra su cuerpo mientras sus respiraciones profundas se encontraban en la noche.

—Eres perfecta, Minerva. Magnífica y hermosa.

Minerva le creía. Se sentía magnífica y hermosa. Con él. Gracias a él.

CAPÍTULO 23

—Supongo que hay una buena razón para que me hayas pedido que nos encontráramos aquí. —Beth habló antes de que él pudiera saludarla. No miraba a Chase, estaba concentrada en la hierba que crecía debajo del árbol, anunciando la primavera.

«Nos vemos en el mismo lugar, cuando salgas a comprar». Eso decía la nota que le había dado después del desayuno. Su canasta vacía estaba en el césped, al lado de sus pies. Su rostro, redondo y lleno de arrugas, estaba serio.

—No le dije que querías hablar conmigo —aclaró Beth—. No había razón.

—Mejor así.

—Me dijo que hay un hombre que te contó que ella había matado a su esposo. Supongo que eso significa que aún está en peligro por eso.

—Un poco. No demasiado, creo.

Apenas si podía ver su rostro, con la manera en que estaba mirando hacia abajo, y por los largos volantes de su sombrero que ocultaban su perfil.

—Hubo una decisión sobre todo eso. Una que la excusó de toda culpa —añadió él.

—Nunca confié en eso. Fue más como poner la olla en la parte de atrás, alejada de las llamas, pero tan cerca como para tomarla si fuera necesario. ¿Podría pasar eso? Si deciden que este duque fue asesinado, ¿podrían hurgar en el pasado y no solo creer que ella mató al duque, sino que además comenzarían a investigar la muerte de ese canalla inútil de nuevo?

—Podrían. No fue declarada inocente en un juicio. Podrían investigar de nuevo.

—Confío en que te asegurarás de que eso no pase.

—Me temo que no puedo prometer nada. Ella conoce el riesgo, pero decidió ser valiente.

Beth no se movió ni lo miró. Solo observó el suelo, su robusto

cuerpo parecía doblarse bajo sus pesados pensamientos.

Él recogió la canasta.

—Camina conmigo.

Siguieron el perímetro de los árboles que rodeaban la Plaza Portman, los dos en silencio.

—Vi las marcas en los hombros de Jeremy —dijo—. Debe haber sido muy joven cuando se las hicieron.

Beth pareció crecer unos centímetros mientras miraba directo al frente.

—Trece años. La primera vez.

—¿Finley?

Beth asintió.

—Debí haber sabido que pasaría. Era un hombre estúpido y pequeño. Encontraba placer en la crueldad. Su caballo, su esposa… debí haber sabido que en algún momento también lastimaría a mi hijo.

—Si lo hubiera intentado de nuevo, cuando se fueron de la casa, si hubiera atacado a Jeremy en cualquier otro lado, en la calle o en su propiedad… ya no era un niño. Ya era unos años mayor y puede que se negara a aceptarlo. Nadie lo culparía si hubiera tomado la decisión de no permitir que lo volvieran a tratar de esa manera.

Beth respiró profundamente, y un largo suspiró salió de su boca.

—¿Es eso lo que crees? ¿Que mi hijo lo mató? ¿Estás pensando decirlo bajo juramento para salvar a Minerva?

—No planeo decir nada bajo juramento. No tengo nada que decir. Solo hice una suma en mi cabeza, sin hechos que la prueben.

Beth cruzó los brazos y lo miró a los ojos.

—Sumaste mal. Jeremy no haría eso.

—En las circunstancias correctas, cualquier hombre lo haría. Así empiezan las guerras, después de todo.

—Te estoy diciendo que él no lo hizo. Sé que no lo hizo.

Él no le dijo que no tenía manera de saberlo. Que incluso cuando estamos seguros de alguien, no podemos estarlo por completo. Él no lo decía como una madre, porque era obvio que ella creería que su hijo era incapaz de algo así, sin importar lo justificado que estuviera el acto.

—Estoy segura de que él no mató a esa pobre excusa de hombre —le dijo firmemente, como si ella pudiera escuchar los pensamientos de él—. Lo sé porque yo misma le disparé a Finley.

—Volvió a atacarlo. Nunca había visto a Jeremy tan enojado. Llega un momento en el que un niño ya no es un niño y ya no está dispuesto a aguantar. Tiene ese derecho. —Beth le contó su historia mientras seguían caminando por el parque—. Supuse que solo era cuestión de tiempo antes de que Jeremy hiciera algo al respecto. Terminaría colgado o lo transportarían lejos, aunque hubiera sido provocado.

Chase sabía que lo mejor era no hacer preguntas ni exigir información. Había pensado en Beth, pero había rechazado la idea. Beth era la persona que curaba y ayudaba. No una persona capaz de matar.

—Y luego apareció ese investigador —agregó—. Uno como tú. El señor Finley lo había contratado para buscar evidencia sobre Minerva, que tuviera un amante o algo parecido. Eso no me gustó. Temía que encontrara suficiente para convencer a una corte o que lo inventara. Si no lo hacía, también era probable que el señor Finley solo se la llevara. ¿Quién se enteraría o a quién le importaría aparte de mí? Ella no estaba segura en realidad, incluso si ya lo había dejado, ¿cierto?

—Si. —Al no tener familia en la que apoyarse o a quienes acudir, Minerva seguía siendo vulnerable mientras estuviera casada con Finley.

—El momento decisivo fue cuando lo volvió a ver. Vino directo a nuestra puerta en su caballo. Minerva lo vio y pareció haber visto a la muerte misma. Jeremy salió y le dijo que se fuera, que no tenía derecho a estar ahí. La respuesta de ese hombre fue usar su látigo con Jeremy de nuevo, golpeándolo desde su caballo, una y otra vez. Jeremy finalmente le quitó el látigo y lo lanzó a un lado, pero su rostro y su cuello estaban lastimados… era como ver una vieja pesadilla convertirse en realidad. Así que tomé la pistola que teníamos en la casa y lo esperé mientras cabalgaba por el bosque. Le gustaba ir ahí, incluso si las tierras no eran suyas. Le gustaba fingir que era el dueño de alguna mansión cuando no era dueño de nada.

—¿No le pareció extraño que estuvieras ahí?

—Al principio pensó que llevaba un mensaje de Minerva. Se veía contento. Cuando le dije que no se acercara a ella o a mi hijo de nuevo, que yo no lo permitiría, intentó usar ese látigo conmigo. Admito que mi mente quedó en blanco en ese momento. Tenía la pistola en la mano y yo solo… —Parpadeó con fuerza—. Intenté sentirme mal al respecto, al ser una mujer religiosa, pero no podía creer que algún dios me culpara demasiado.

—Una madre no se queda sentada mientras lastiman a sus hijos.

Solo tenía diecisiete años en ese entonces. Aún era joven. Y Minerva… yo no podía verla pasar por eso de nuevo. No creo que ella lo hubiera soportado. Había crecido mucho, en su mente y como mujer. Lo hubiera desafiado si la recuperaba. Y seguramente la hubiera matado en poco tiempo. Era más que capaz.

Dejó de caminar, cruzó los brazos y observó el parque. Chase hizo lo mismo y la miró. ¿Qué pasaría ahora? La pregunta estaba presente entre ellos.

—Me habría acercado a confesar si alguna vez culpaban a Minerva. Quiero que sepas eso. Nunca habría dejado que la colgaran. Me estaba preparando para hacerlo, solucionando mis problemas como podía, cuando dijeron que había sido un accidente. Fue un regalo, en realidad.

—Te creo cuando dices que habrías confesado si hubiera sido necesario. No lo dudo.

Beth se giró para mirarlo, sus ojos llenos de lágrimas y recuerdos, pero no de arrepentimiento.

—¿Vas a decirle todo esto a Minerva?

Chase dudaba que tuviera que hacerlo. Minerva era buena investigando. Ella sabía que no había sido ella quien había usado esa pistola, ¿entonces quién? Solo había dos posibilidades.

—No veo razón para decírselo. Puede que tú quieras hacerlo en algún momento, en caso de que piense que lo hizo Jeremy.

—De todos modos confesaría si fuera necesario. Si todo esto revive y aparecieran quienes quieran lastimarla.

—Fue declarado un accidente y puede ser que se quede así. Si alguien comienza a hacer preguntas, intentaré desviar su atención hacia los cazadores que suelen entrar a terrenos privados, como ese bosque. Finley era el tipo de persona que los confrontaría. Espero que no llegue tan lejos. Pero si fuera necesario… es bueno saber que harías lo correcto.

Beth asintió.

—Espero que todo salga como tú dices.

—Vamos. Te llevaré a la casa para que no tengas que caminar o contratar un carruaje. El mío está aquí.

Beth se alegró.

—He tenido ganas de subirme a él.

—Tenemos que hacer una parada primero, si no te molesta. Minerva se preguntará dónde has estado. Le diremos que te llevé a comprar un vestido nuevo. Eso significa que un vestido debe llegar, así

que nos detendremos a ordenar uno.

Beth aceleró el paso.

—¿Te digo que maté a un hombre y me compras un vestido? No me parece correcto, pero no me voy a quejar.

Le compraría un armario entero lleno de vestidos por haber calmado su preocupación por Minerva.

—He estado pensando —dijo Minerva, para distraerlos.

—Eso suele ser peligroso.

—Mis pensamientos eran sobre esta herencia y las otras.

Eso llamó la atención de Chase.

—Si a mí me conocía tan poco, tal vez también conocía así a las otras dos mujeres que tienes que encontrar. Tal vez, al igual que yo, ni siquiera saben que él está involucrado en sus vidas.

—Nuestras mentes son muy similares cuando se trata de hacer investigaciones. Yo sigo mi camino y tú el tuyo, pero solemos llegar al mismo lugar. Si tenemos razón, será mucho más difícil encontrarlas.

—Uno de sus hábitos hizo que me conociera. Tal vez ese mismo hábito, o uno diferente, lo llevó a conocerlas a las otras.

—He estado pensando en lo que sé sobre él, y en cuáles eran sus hábitos, para encontrar nuevas direcciones que investigar.

—¿Me vas a decir cuáles eran esos hábitos?

—No.

—Podría ayudar, siguiendo mi camino.

—Pronto serás una heredera adinerada. Ya no necesitarás hacer investigaciones, Minerva.

¿No hacer investigaciones? No estaba segura de que quisiera detenerse. Las disfrutaba.

—¿Qué planeas hacer con el dinero? —le preguntó Chase.

—Ahorraré una parte para apoyar mi nueva empresa. Después compraré ropa nueva para todos nosotros. Jeremy debería tener un espacio privado, como el tuyo. —Se emocionó con el tema—. Un carruaje, tal vez. Uno modesto. También podría hacer investigaciones en Estados Unidos, para ver si puedo encontrar a mis primas. Sería lindo saber qué pasó con ellas y con mi tío. Más que nada me gustaría encontrar una manera de ayudar a mujeres que necesiten encontrar un santuario para resolver sus problemas, que necesiten un lugar seguro.

—Si no hay una organización caritativa que ya se encargue de eso, podrías iniciar una. Sin embargo, no te niegues el carruaje y la ropa.

Consentirte un poco solo te haría gastar una pequeña parte de lo que vas a recibir, y deberías celebrar tu buena fortuna. —Chase abrió la puerta del carruaje—. Llegamos.

Miró la puerta del Banco de Inglaterra. Minerva Hepplewhite estaba a punto de retirar cincuenta mil libras de la cuenta que tenía los ingresos de su fideicomiso.

La abundancia la esperaba. Una nueva vida estaba a punto de empezar.

Chase ladeó la cabeza, con la mano de Minerva todavía en la suya, esperando a que bajara del carruaje. Minerva deseaba no haber usado guantes para poder sentir el calor en la palma de su mano. Observó sus ojos azules, tan cálidos y gentiles en ese rostro tan agresivamente atractivo.

—¿Te quedarías conmigo?

Chase le dio un pequeño jalón para que bajara.

—Iré contigo. Y me quedaré contigo el tiempo que me necesites.

Sonaba como si no hubiera entendido a lo que se refería. Aunque tal vez lo había entendido demasiado bien.

Entraron juntos por la puerta. Lado a lado encontraron al hombre del que le había hablado el señor Sanders.

Media hora después salió de ahí como una heredera.

Chase recibió con alegría el mensaje de Nicholas. «Visítame a la una de la tarde, si puedes».

Había estado inquieto toda la tarde y la noche. Había dejado a Minerva con su «familia» para que celebraran por el dinero que había llevado a casa. Él no le había dicho que lo buscara cuando quisiera. Ella sabía que siempre era bienvenida. Sin embargo, tampoco tomó la iniciativa para hacer planes para verla.

En media hora habían cambiado muchas cosas. No podía pretender que no había pasado. Sabía que eso sucedería, pero haber experimentado esas vivencias y sus implicaciones había arruinado su humor. Debajo de su estruendosa frustración, la nostalgia empezó a echar raíces.

Minerva había dado el primer paso para disfrutar los beneficios de su buena fortuna. No tenía necesidad de hacer investigaciones o de que él la protegiera. Esa herencia que ahora tenía a su alcance cambiaría las cosas. La cambiaría a ella. Podía imaginarla recibiendo visitas de otras damas, yendo a fiestas y bailes. Podía imaginarla

vestida de sedas que harían que ese vestido de noche palideciera a su lado.

Se imaginó a los hombres coqueteando con ella. No solo cazadores de fortunas. Ella los detectaría de inmediato. Otros hombres, sin embargo, se sentirían atraídos por su brillo. Lords y empresarios y hombres con fortunas más grandes que la de ella. El día llegaría, tal vez pronto, en el que él solo fuera uno de sus amigos, y ni siquiera uno especial.

Chase no podía impedir nada de eso. No quería hacerlo, pero al mismo tiempo sí quería. No deseaba que otros hombres la consideraran una posible esposa con una buena fortuna, o como una mujer inapropiada con la que podrían entretenerse un tiempo. Incluso si ella los rechazaba a todos, eso lo volvería loco.

Llegó a la Casa Whiteford un cuarto de hora antes de la una en punto. Había practicado cómo le iba a decir a Nicholas que estaba investigando para el Ministerio del Interior, y también para él. Era hora de hacerlo, ya que no podía seguir evitando la petición de Peel de que entregara un reporte. No esperaba que su primo aceptara esa revelación tranquilamente.

Nicholas lo esperaba en la biblioteca.

—Ahí estás. Entra y prepárate —dijo Nicholas.

—¿Prepararme para qué?

—Asuntos de familia. Walter y su esposa llegarán pronto.

—¿Para pedir dinero?

—Sin duda. Sin embargo, por la nota de Walter creo que hay algo más. Se refirió a información muy importante.

—Antes de que lleguen, necesito decirte algo que también es muy importante.

Nicholas hizo un gesto con la mano.

—Hablaremos una vez que se hayan ido. Solo puedo procesar un tema importante a la vez.

Exactamente a la una en punto, el mayordomo entró con la tarjeta de Walter.

—Claro que llegó a tiempo. No esperaba nada menos —dijo Nicholas.

Walter entró con Felicity a su lado. Después de darles la bienvenida, Nicholas los invitó a que se pusieran cómodos.

Walter miró a Chase y después se dirigió a Nicholas.

—Estaba esperando hablar solo contigo. Es un tema delicado.

—Yo le pedí a Chase que estuviera aquí. Si planeas decirme que la

condesa Von Kirchen no es la viuda que dice ser, eso ya lo sé.

Walter se sonrojó.

—No me interesan tus amantes. Esto, como te lo escribí, es un tema de extrema importancia. —Se inclinó hacia adelante con una expresión muy seria—. Tiene que ver con la muerte del tío Frederick.

—Entonces Chase definitivamente debe estar aquí. Espero que puedas compartir lo que viniste a decirme.

—Mi esposa estaba en el pueblo unos días antes de que muriera el tío Frederick. Tenía que comprar unas cosas. Estaba en la calle Bond…

—¿Tal vez podrías dejar que ella nos cuente? Es su historia, después de todo —dijo Chase.

Walter frunció el ceño. Miró a Felicity.

—¿Quieres hacerlo?

—Estoy seguro de que sí. ¿No es cierto, Felicity? —dijo Nicholas.

Ella asintió.

—Estaba en el pueblo, comprando. Vi a Kevin mientras estaba en la calle Bond. A caballo, a la vista de todos. Después, cuando todos dijeron que él estaba en Francia, no supe qué hacer. Ese día, al menos, no lo estaba.

Chase miró a Nicholas justo cuando él se giró para mirarlo. «Maldita sea».

—¿Estás segura? —preguntó Chase.

—Reconocería a uno de los primos de mi esposo, ¿no crees?

—No si hubiera niebla o si no lo viste de frente.

—Estoy segura de que era Kevin.

—Es demasiado tarde para recordar esto —dijo Nicholas.

Felicity se sonrojó. Walter se veía listo para bufar en su nombre.

—Lo recordé al instante. No dije nada, ni siquiera a Walter, porque no quería ocasionarle problemas a Kevin.

—¿Y ahora sí?

Chase nunca había visto a Felicity molesta, ni expresar ninguna emoción que no fuera la adoración por su esposo. En ese momento su expresión se endureció.

—Creí que, ya que no se había resuelto nada, debía decirle a mi esposo. Él creyó que tú deberías saberlo.

—Muy amable de su parte —dijo Nicholas y se puso de pie—. Hablaré con Kevin sobre esto y, de ser necesario, le informaré al Ministerio del Interior.

Walter alzó la vista, preocupado, y se puso de pie.

—Vamos, querida. Parece que el duque tiene un día ocupado por

delante y no debemos imponernos a su tiempo.

Nicholas no dijo ni una sola palabra para contradecirlo.

—Puede que sea momento de decirle a Kevin que se suba a un bote —comentó Nicholas una vez que se fueron.

Chase había decidido hacerlo la noche anterior.

—Pudiste haber sido más amable. Solo te faltó empujarlos hacia la salida.

—No soporto a Walter. Disfrutó decirme esto. Es probable que esté calculando cuánto más recibiría si cuelgan a Kevin.

—Se fue sintiéndose insultado. Para mañana será un globo aerostático de arrogancia.

Nicholas golpeó el diván con un puño, maldiciendo de nuevo, y después se calmó.

—Les pediré perdón. Ahora, ¿cuál era tu tema tan importante?

Lo mejor sería darle tiempo a Nicholas para recuperarse de la visita de Walter y su esposa.

—Pide que traigan tu caballo. Demos un paseo por el río.

Nicholas caminó hacia la puerta.

—Tus noticias me van a gustar todavía menos que las de Walter, ¿verdad?

—Walter parecía estar convencido de que la condesa Von Kirchen es tu amante. ¿Lo es? —Chase hizo la pregunta una vez que se detuvieron y pasearon con tranquilidad al lado del río al oeste de la ciudad. Nicholas no lo había acusado de traicionarlo cuando Chase le contó sobre la investigación del Ministerio del Interior, pero la espera por los caballos había sido muy silenciosa.

—Supongo que lo es.

—¿No lo sabes?

—La palabra «amante» implica que hay un acuerdo. No lo hay. Al menos ninguno que yo esté dispuesto a aceptar.

—¿Podría ser que en un momento de debilidad hubieras aceptado uno sin darte cuenta?

Nicholas se rio, más para sí mismo que con Chase.

—Es posible. Hubo algunos momentos de debilidad en los últimos días.

Chase recordó que la condesa se había mostrado un poco agresiva durante la cena de Nicholas. Cuando la había dejado con Nicholas, no había esperado que se involucraran. Si no hubiera estado pensando

solo en Minerva y en lo hermosa que se veía cuando Nicholas la llevó hacia él, tal vez podría haber adivinado que la condesa encontraría la manera de llegar a un acuerdo con el nuevo duque con rapidez.

Ese era el problema con mujeres inapropiadas de cierta clase. Tenían expectativas, incluso si no incluían el matrimonio.

—Hablando de amantes, ¿cómo está la señorita Hepplewhite? —preguntó Nicholas.

—No es mi amante.

—Una disculpa. Hablando de damas que nos interesan, ¿cómo está?

—Está bien. Sanders le dijo que estaban liberando algunos de los fondos y ahora tiene algunas libras. Además, la valoración de ese negocio resultó generosamente alta.

—Asumo que eso complica la situación para ti —dijo Nicholas.

No era un giro en la conversación que Chase estuviera esperando.

—Un poco.

—Al menos ya no tienes el campo despejado. Las noticias vuelan. Todos los lords con más privilegio que dinero la verán como un gran partido. Si no fuera por tu interés en ella, yo mismo lo haría.

—Estarán desperdiciando su tiempo. Ella no está interesada en casarse.

—Y yo que creí que tendríamos un desayuno matrimonial pronto. No me parece que encaje en la categoría de mujer inapropiada. Supuse que era tu amante, pero que las cosas se estaban moviendo hacia un arreglo más formal.

—Es complicado, como dijiste.

—Tal vez no tanto como crees. No es como si fueras un cazador de fortunas. Es probable que sepa que tu vocación es por elección, y no por necesidad. —Nicholas le mostró una enorme y brillante sonrisa—. ¿Por qué no le propones matrimonio para ver qué tan sencillo puede ser?

«Porque ha dicho, de manera muy clara, que no va a volver a casarse». Considerando su primer matrimonio, lo entendía. A Chase le gustaba pensar que ella sabía que podía confiar en que él nunca sería como Finley, jamás, sin importar la razón, ni si estaba borracho o enojado, pero se preguntaba si ella podría creer eso de cualquier hombre.

No le había propuesto la idea de matrimonio de manera específica por eso, pero tampoco quería perderla. Estaba seguro de que no quería ver a otros hombres buscar sus afectos, incluso si no creía que fuera

posible que ella cambiara de parecer en lo referente al matrimonio.

—Mis ideas sobre encontrar algo parecido a una unión formal han cambiado —dijo Chase.

—Es mejor que revises esas ideas pronto. Le doy un par de semanas antes de que empiecen las visitas. Conoció suficientes personas en mi cena como para que algunas familias tengan ya un pie en la puerta.

—Creí que hoy yo era quien te iba a hacer enojar, no que tú me hicieras enojar a mí.

—Me hiciste enojar bastante, esta es solo mi venganza —dijo Nicholas—. Lo estoy disfrutando mucho. Entonces, ¿vas a decirme por qué el tío Frederick le dio esa herencia?

—No.

Nicholas se encogió de hombros.

—Supongo que es otro ejemplo de su excéntrica generosidad. He recibido cartas de algunos otros beneficiarios. Esperan, creo, que yo sea tan peculiar como él y siga la tradición de regalar monedas de oro cuando me plazca.

Chase detuvo su caballo y tomó el arnés de Nicholas.

—Ahora sí estoy molesto. Debiste haberme hablado de esto.

—Supuse que lo sabías. Me preguntaste por el oro. Tenías razón, por cierto. Había otro bulto en la Casa Whiteford.

—No sobre el oro, sino sobre su excéntrica generosidad de regalar esas monedas.

—Tenía que hacer algo con ellas. ¿Qué creíste? ¿Que se sentaba en su escritorio a contarlas? —Nicholas hizo que Chase soltara su caballo —. Creo que nunca salía de la casa sin algunas en su bolsillo. Una aquí, diez por allá… una carta decía que solía visitar el orfanato por la noche y darle una bolsa llena al sirviente que estaba en la puerta. Nunca les dijo quién era, pero decidieron descubrirlo. Ahora esperan que las visitas continúen a pesar de su muerte.

—¿Han continuado?

Nicholas avanzó un poco antes de responder.

—Una vez. Dudo que pueda continuar. La pila de oro en la Casa Whiteford no va a durar mucho tiempo. Pero es mejor que la reciba el orfanato a que la reciba Walter, ese codicioso sinvergüenza.

Y esa era la misma conclusión a la que había llegado el tío Frederick.

Chase escribió todo lo que planeaba decirle a Minerva. Era su mejor

oportunidad, decidió escribir las razones por las que podría estar de acuerdo con sus ideas para una futura alianza.

Revisó el papel final, el que no estaba rayado y no tenía comentarios para sí mismo sobre ser un idiota por incluir esto o aquello. La lista de beneficios para ella era triste y pequeña. Que su propia lista también se viera un poco corta no estaba mejorando su humor.

Nunca había visto en hoja y papel los pocos beneficios que había en la unión entre un hombre y una mujer una vez que quitabas las cosas prácticas, como apoyo financiero, herederos o exigencias sociales. Había muy poco que pudiera animar a una mujer como Minerva a ceder una pizca de independencia y libertad.

Por fortuna, no planeaba pedirle eso.

Revisó su reloj de bolsillo y se dio cuenta de que tenía que irse o llegaría tarde a casa de Minerva. Su caballo ya debería estar listo. Se tranquilizó y dejó la lista.

Mientras cruzaba el departamento hacia la puerta, vio a Brigsby ahí, recibiendo una carta. Brigsby se dio la vuelta con la misiva en mano. Se la dio de manera ceremonial.

—Entregada de manera personal. Del Ministerio del Interior.

Dos pensamientos cruzaron la mente de Chase. El primero fue una maldición por el hecho de que Peel hubiera sido tan impaciente. El segundo fue una plegaria para que Kevin hubiera seguido su consejo y se hubiera subido a un bote en dirección a Francia. Abrió la carta. Peel necesitaba que lo visitara a las dos y media. No era una solicitud esta vez.

—Brigsby, envíale un mensaje a la señorita Hepplewhite para decirle que voy a llegar tarde. Mejor aún, para asegurarnos de que lo reciba de inmediato, ve a decirle tú.

—¿Puedo preguntar, señor, si esto tiene que ver con alguna de sus investigaciones?

—Sí.

—Entonces no me está pidiendo que sea un mensajero, lo cual no sería parte de mis responsabilidades. Me está pidiendo que funcione como uno de… me parece que les llama agentes. —Brigsby lo consideró—. Qué novedad. Podría ser interesante.

—Llámalo como quieras, solo asegúrate de que reciba el mensaje.

A las dos en punto, Chase estaba atando su caballo afuera del edificio en el que se encontraba el Ministerio del Interior. Peel no lo estaba esperando afuera esta vez. Esta reunión sería más oficial.

Resultó ser muy oficial. Peel lo estaba esperando en su oficina. Chase se sentó y puso un portafolio sobre la mesa.

—Tengo el reporte preliminar que me pediste.

—Te lo pedí hace mucho tiempo.

—Había algunos detalles que tenía que revisar primero.

Peel puso los brazos sobre la mesa y se inclinó hacia adelante.

—¿Cómo murió? Ese es el detalle que más importa.

—Fue asesinado.

Peel se recargó en el respaldo de su silla y cerró los ojos. Chase se imaginó que el hombre estaba pensando en los problemas y las complicaciones que llegarían a su oficina.

—¿Quién? —preguntó Peel después de suspirar.

—No lo he determinado todavía. En estos momentos hay varias posibilidades. —Le entregó la carpeta—. Cada página es una de ellas, con la evidencia a favor y en contra de cada sospechoso.

Peel sacó las páginas y comenzó a leerlas.

—¿No has identificado a la mujer que lo visitó ese día?

—No.

—Pudo haber sido una de estas dos que no han sido encontradas.

—Es posible.

Pasó a la siguiente página.

—Ah. A la que sí encontraron. La señorita Hepplewhite. —Leyó la página—. Escribiste que la muerte de su esposo fue declarada un accidente pero que es posible que no lo haya sido.

Siguió leyendo.

—Santo cielo, pobre mujer. ¿Ella lo hizo? Tenía suficientes razones.

—Fui contratado para investigar la muerte de mi tío, no de su esposo. Sin embargo, ella no lo hizo.

—¿Cómo puedes estar seguro? Después de matar una vez, es más sencillo hacerlo de nuevo.

Esa era la reacción que Minerva había temido.

—Sé que no fue ella porque sé quién lo hizo.

Peel alzó la mirada, sorprendido.

—Deberías informar al magistrado.

—Tengo una confesión verbal pero no hay evidencia. Y, como dije antes, no fui contratado para investigar la muerte de su esposo.

Lo aceptó con una mueca. Dio la vuelta a la página y volvió a levantar la mirada.

—Eres más honesto de lo que esperaba si incluiste a tu propio

primo en esta pila de sospechosos.

Sonaba como una crítica, no como un cumplido.

—Es el tipo de evidencia que es fácil de encontrar, si decide llevarlo a más. No tenía sentido intentar esconderlo. Estaba en Inglaterra y visitó Melton Park. El día anterior, dijo, pero nadie lo vio, así que no puedo probar nada.

—Parece tener un motivo si le negaron los fondos para seguir con sus socios. Los negocios pueden sacar lo peor de los hombres.

Chase decidió no responder a ese comentario.

Peel pasó a la siguiente página, la última. La leyó, inexpresivo. Por un largo tiempo.

Alzó la vista, mirando a Chase directo a los ojos. Lo estudió. Lo analizó.

—¿Qué te llevó a incluir a mi padre en tu investigación?

—Se me presentó evidencia de que hubo una discusión cuando el duque se negó a abrir el canal que solo beneficiaría a dos de los socios. Tu padre fue uno de ellos. No lo tomó a bien e intentó buscar información que pudiera persuadir al duque a cambiar de parecer.

—Eran amigos.

—No recientemente, si consideramos esa persuasión.

—¿Quién te dio la evidencia de este intento de persuasión?

—Alguien en quien creo y en quien confío. —No había incluido el nombre del señor Monroe—. Sin embargo, verifiqué la información sobre el canal de manera independiente.

Peel giró la página y se volvió a recargar en el respaldo de su silla, cerrando los ojos. Chase esperó.

De nuevo alerta, Peel se inclinó y puso la mano sobre las hojas.

—Inconcluso. Todo.

—Eso creo. Resultados preliminares. Sin embargo, es suficiente para que tu oficina siga investigando, si eso es lo que decides. «O no, si eso prefieres».

Peel apretó los labios, mirando los papeles.

—Incluso tus conclusiones sobre la naturaleza de la muerte son inconclusas y no hay suficiente evidencia para respaldarla.

«No es cierto».

—Si tú lo dices.

—Lo digo. Si me hubieras entregado eso hace un mes, te hubiera ahorrado mucho tiempo. —Volvió a meter los papeles en la carpeta—. A menos que haya una prueba directa del crimen, fue un accidente. Espero que aceptes eso. No serviría de nada hacer que unos agentes

pasaran meses investigando si un hombre con tus habilidades encontró tan poco para declarar que la muerte había sido un asesinato.

—Entonces mi trabajo aquí ha terminado. —Chase se puso de pie —. ¿Quieres quedarte con las notas o las retiro?

—Me las quedaré un tiempo, si no te molesta.

—No me molesta. Hago copias de todas mis notas. Buen día.

Se dio la vuelta para escapar.

—Radnor.

Chase se dio la vuelta.

—Eres muy inteligente.

Como eso tampoco sonaba como un cumplido, Chase solo se fue.

Minerva estaba caminando de un lado al otro. Chase se había retrasado tres horas. Le había avisado, pero aun así estaba experimentando la agonía de la impaciencia.

Habían planeado pasar una tarde entera juntos, y con cada minuto que transcurría se volvía menos probable que sucediera. Primero iban a ir a ver carruajes para ella. Después de eso, ella tenía la intención de regresar a la tienda de madame Tissot y ordenar algunos vestidos nuevos. Imágenes de maderas caras y de latón, de suave lana y seda habían estado dando vueltas en su cabeza toda la mañana, y se habían desvanecido cuando Brigsby llegó con la noticia de que Chase llegaría más tarde.

—Miren quién llegó —había anunciado Beth, llevando al sirviente a la biblioteca sin mucha ceremonia—. El mozo del señor Radnor.

—Como he explicado antes, no soy un mozo, aunque esté entre mis deberes. Tampoco estoy aquí como el sirviente que soy.

—¿No? Entonces, ¿a qué debemos este extraño honor? —preguntó Beth.

—Estoy aquí como uno de los agentes del señor Radnor.

Beth soltó una carcajada.

—Minerva, ahora es uno de los agentes del señor Radnor. Entonces, ¿lo ayudas con sus investigaciones? Lo creeré cuando lo vea.

Brigsby la ignoró.

—Señorita Hepplewhite, tengo un mensaje. El señor Radnor se retrasará unas horas. Una situación importante, muy urgente, exigió su presencia antes de que pudiera salir del departamento para venir aquí.

—No suenas como un agente para mí —dijo Beth—. Suenas como

un mensajero.

—A los mensajeros no se les confían este tipo de cosas relacionadas con temas más importantes. Solo a los agentes.

—Llámalo como quieras, reconozco un burro cuando lo veo.

Brigsby se dio cuenta de lo cerca que había estado Beth de insultarlo. Minerva le dio las gracias y lo envió de regreso a su casa.

Ahora solo esperaba. Algo estaba pasando. Algo importante. Se volvería loca si Chase no llegaba pronto a decirle lo que era.

No llegó sino hasta casi las seis en punto. Entró a la casa antes de que ella pudiera abrirle la puerta. La miró y levantó las dos manos en el aire para tranquilizarla.

—Todo está bien. Me llamaron del Ministerio del Interior. La conclusión oficial será que fue una muerte accidental.

—Eso no es posible. Los dos sabemos…

—Esa será la conclusión oficial, Minerva. No estoy dispuesto a disputarla. ¿Tú sí?

La dueña de la Oficina de Investigaciones Discretas Hepplewhite definitivamente quería desafiar esa conclusión. Pero la mujer que en cierto momento fue sospechosa de asesinato se dio cuenta de que era un regalo. Si nadie estaba buscando a la persona responsable de la muerte del duque, nadie decidiría que ella era una excelente sospechosa.

—¿Entonces solo tenemos que pretender que fue un accidente?

—Por ahora. Si aparece más información, sin embargo, estoy obligado a perseguirla.

—El por ahora durará para siempre, supongo.

—No será así, confía en mí. —Se dejó caer en el diván y la acomodó en su regazo—. Por ahora, sin embargo, lo haré a un lado. Tengo otras cosas en mente que me distraen de las investigaciones.

—Espero que hayas guardado tus listas, tus notas y ese tipo de cosas. En caso de que las necesites.

—Solo si tú guardaste las tuyas.

Minerva se rio porque ambos sabían que ella no tenía notas. Tocó la punta de la nariz de Chase con los labios.

—¿Qué te ha estado distrayendo?

—Tú. Mi desempeño en esta investigación no cumple con mis estándares habituales gracias a ti. Pienso en ti todo el tiempo. Te deseo siempre. De no ser por eso, no hubieras descubierto antes que yo que Kevin no estaba en Francia, por ejemplo.

—Eso dices. Me pregunto si estás utilizándome como una excusa

para proteger tu orgullo porque lo hice antes que tú.

Chase la besó, pero su boca formó una sonrisa mientras lo hacía.

—Tal vez.

El beso se prolongó tanto que su sangre comenzó a chispear.

—Es demasiado tarde para ir a buscar un carruaje o ropa.

—Lo haremos mañana.

—Eso no nos deja con mucho que hacer por ahora. —Minerva lo besó de nuevo—. ¿Cómo podríamos llenar ese tiempo?

—Con una conversación necesaria.

—Eso suena serio.

—Lo es, pero espero que sea una conversación amena. He estado pensando en nosotros, en nuestras investigaciones y en nuestros métodos diferentes. No quieres una asociación formal, pero podemos formar una alianza que no lo sea. Habrá momentos en los que necesites que un hombre hable con alguien, por ejemplo.

—¿Con otro hombre?

—Habrá quienes no tomen tus preguntas en serio y habrá otros que ni siquiera quieran escucharlas. Sabes que tengo razón.

—¿Harías eso por mí? ¿Como un empleado?

—No sería tu empleado. Creo que podríamos compartir las investigaciones que nos requieran a ambos. Consultaríamos estrategias y tácticas para dividir lo que tenemos que hacer. Eso será más eficiente y el doble de rápido.

—Suena a una asociación, sin importar cómo lo llames.

—Estoy seguro de que habrá investigaciones en las que no seré útil, así que puedes hacerlas por tu cuenta.

Minerva no podía pensar en ninguna investigación donde no fuera útil en lo más mínimo. La idea de una asociación no le había agradado cuando la propuso la primera vez, pero ahora… Estaba segura de que no le gustaba la idea solo porque podría seguirlo viendo con frecuencia, aunque era una razón importante para que lo considerara.

—Suena complicado —dijo—. Tal vez en los días siguientes debamos hablar sobre si sería buena idea formar una alianza más formal. Si prometes no comportarte como un oficial ordenándoles a sus tropas, podría estar de acuerdo.

Chase se puso serio. La abrazó con más fuerza.

—Si estuviera bajo mi control, te propondría la alianza más formal posible, Minerva, incluso sabiendo que no te sirve para nada con tu nueva situación. Sin embargo, he aceptado que nunca estarías de acuerdo, y entiendo por qué.

La miró con cariño. Con cierta melancolía. Las emociones de Minerva eran casi dolorosas.

—Lo he pensado —dijo con suavidad—. Tú no eres el único que ha estado distraído.

—Si te dijera que te adoro, que te amo casi al punto de una locura mucho más allá de la distracción, ¿cambiaría algo? Porque es la verdad, cariño. Podría jurarlo por lo que quieras, si te hace considerarlo.

La declaración de Chase hizo que aparecieran lágrimas en sus ojos. Ya una vez había cometido un terrible error al tomar la misma decisión, pero ya no era una niña y este hombre no era un enigma. No sería un matrimonio práctico ni uno que ella necesitara por seguridad. Sería un matrimonio por amor con un hombre al que ya le había confiado su cuerpo y su alma.

Y sin embargo, esa antigua sombra no había desaparecido por completo. No podía negar que perdería muchas cosas si accedía a esto. Lo miró a los ojos mientras su mente lo consideraba.

—¿Juras nunca actuar como un oficial del ejército, de ninguna manera, conmigo o con mi gente?

Chase sonrió.

—Tienes mi palabra como caballero. Si en algún momento lo olvido, estoy seguro de que me recordarás este momento.

—En eso tienes razón. Tampoco quiero volver a preocuparme por poder sostenerme sola, si en algún momento necesito hacerlo.

—Parte de tu herencia está en un fideicomiso y no puedo tocarla. Si vendes tu asociación, puedes agregar ese dinero a la cuenta. Un esposo tiene ciertos derechos para usar la propiedad de su esposa, pero no el capital del fideicomiso. Sanders te explicará todo eso cuando te reúnas con él, si decidieras casarte. Y los ingresos podemos declararlos como tuyos en nuestro acuerdo para que los uses como prefieras.

—¿Me permitirás seguir con mis investigaciones? De verdad las disfruto y no quiero detenerme.

—Lo haremos juntos, como todo lo demás.

¿Confiaría ella en que él cumpliría su promesa, o intentaría detenerla si volvía a salir herida? Enviarlo a hablar con los hombres no significaba que nunca fuera a estar en peligro. Las mujeres también podrían golpear en la cabeza. Ella lo había probado, ¿no?

Chase no dijo nada para exigir una respuesta. Tuvo el sentido común para quedarse en silencio. Esa era otra cosa que le gustaba de

él. No le exigía compartir sus pensamientos. No peleaba contra las emociones de ella.

—Hay muchas cosas a favor de esto —dijo Minerva—. Podría quedar embarazada, por ejemplo. No me gustaría tomar una decisión debido a eso.

—Es un excelente punto.

—Uno que tú ignoraste.

—Estaba seguro de que estabas consciente de esa posibilidad.

Minerva descansó la cabeza en el hombro de Chase.

—Supongo que estaré en constante contacto con tu familia, sin importar lo que haga. Tus tías querrán inspeccionarme, al menos, ya que creen que te estoy alejando de ellas. Sería útil que te pusieras entre ellas y yo, para que recibieras lo peor de su trato.

—Prometo protegerte de ellas. De manera heroica.

—Admito que estoy casi convencida de ser valiente de nuevo —dijo Minerva—. El amor me hace pensar así. Solo veo un grave problema.

—¿Cuál es?

—No creo poder vivir con alguien que haga listas todo el tiempo.

Chase se rio.

—Prometo que nunca me verás escribir una.

—Entonces llévame a la cama y pregúntamelo de nuevo mientras estamos juntos para descubrir cuál es mi respuesta.

No mucho tiempo después, como una última prueba, Minerva giró para que él la cubriera con su cuerpo por primera vez desde que habían estado juntos. Esperó a que aparecieran los viejos sentimientos, se preparó para luchar contra ellos, consciente de lo vulnerable que era debajo de su fuerza y tamaño. Descubrió que su corazón estaba demasiado lleno como para opacar su amor y alegría.

Lo sostuvo contra ella mientras seguía moviéndose. Las palabras de amor entraron a su cabeza y tocaron su esencia. Él hizo una pausa en la cima de su desenfreno, de manera heroica, y la miró con ojos llenos de amor y pasión.

—¿Me harías el honor de ser mi esposa, Minerva?

«Por supuesto, amor mío».

—Sí.

Acerca del autor

Madeline Hunter. Su primer romance se publicó en junio de 2000. Desde entonces ha visto publicadas veinticuatro novelas históricas y una novela, y sus libros han sido traducidos a doce idiomas. Más de seis millones de sus libros están impresos. Es siete veces finalista de *RITA* y dos veces ganadora de *RITA*.

Veintitrés de sus libros han estado en la lista de libros más vendidos de *USA Today,* y también ha tenido títulos en la lista impresa del *New York Times,* la lista de *Publishers Weekly* y la lista de ficción de bolsillo de *Waldenbooks*. Ha recibido reseñas con dos estrellas en *Publishers Weekly, y Romantic Times* ha otorgado 4 1/2 estrellas a veintidós de sus libros. Madeline es un *Ph.D.* en Historia del Arte, y enseña a nivel universitario. Actualmente vive en Pensilvania con su esposo y sus dos hijos.

Título original: *Heiress For Hire*

© 2020, Madeline Hunter

Publicado por primera vez por Kensington Publishing Corp.

Derechos de traducción negociados por Sandra Bruna Agencia Literaria, SL

Derechos reservados

Traducción: María Fernanda González Cañedo

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Anilú Zavala
Fotografía de portada: © Lee Avison / Trevillion Images

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: julio de 2022
ISBN: 978-607-07-8836-9

Primera edición en formato epub: julio de 2022
ISBN: 978-607-07-9018-8

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas -vivas o muertas- es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

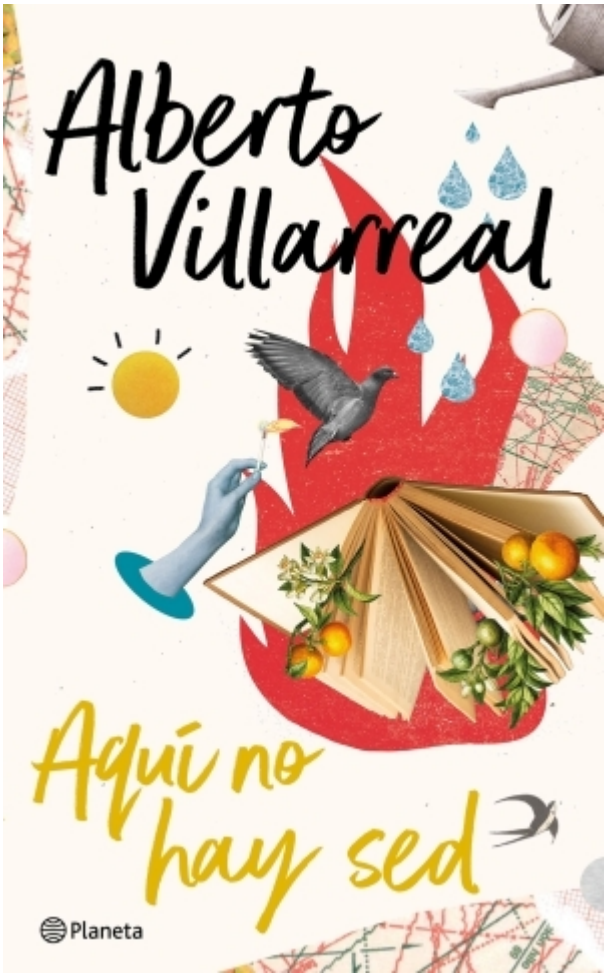
Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE


Alberto
Villarreal
Aquí no
hay sed
Planeta

Aquí no hay sed

Villarreal, Alberto
9786070786167
176 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Los poemas llegan tarde No limpian heridas, arrancan costras hidratan con lágrimas la piel ya roja El consuelo tardío sigue siendo alivio. - Alberto Villareal

Cómpralo y empieza a leer

Un corazón para Eva
¿Qué harías por el amor de tu vida?
RODOLFO NARÓ
Planeta

Un corazón para Eva

Naró, Rodolfo
9786070750342
352 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Soy Eva Otero y desde hace cinco años comencé este diario. En él escribo sobre las discusiones que tengo con mis amigas cuando no me entienden, guardo los momentos con Capi que no quiero olvidar e invento historias que se me ocurren mientras miro las estrellas. Hace poco cumplí diecisiete años y me diagnosticaron epilepsia. Llevo un sismo de nueve grados en el cerebro y quiero que mi vida sea igual que antes. Eva y Capi están desesperadamente enamorados el uno del otro, están destinados a amarse en un mundo desigual. Ella es sensible y analítica, mientras que él, noble pero arrogante, es una bala perdida que se mete en problemas todo el tiempo. Su vida juntos gira en torno a los amigos, las fiestas y aprobar los exámenes finales. Hasta que un día todo se apaga. En un parpadeo, Eva sólo ve oscuridad y después las luces brillantes de un hospital. Su vida, y la de todos los que la rodean, es puesta a prueba para siempre. El amor de Capi comienza a tambalearse y ella, al tratar de recuperarlo, se pierde más a sí misma. ¿Quién dijo que las grandes historias de amor sólo viven en los libros?

Cómpralo y empieza a leer

JULIE MURPHY
SI EL
ZAPATO
TE
QUEDA
Planeta

Si el zapato queda

Murphy, Julie
9786070789847
352 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

A Cindy le fascinan los zapatos. Un moño bien colocado o un tacón de buena altura son su forma de expresión. Como mujer de talla grande obsesionada con la moda, jamás puede encontrar ropa de diseñador que le quede bien pero un par de zapatos especiales siempre van a la perfección.

Con un reluciente título como diseñadora, aunque sin un solo trabajo a la vista, Cindy regresa a vivir a casa de su madrastra, Erica Tremaine, la productora ejecutiva del reality show de citas de mayor éxito en el mundo: Antes de la medianoche. Cuando se vuelve necesario rellenar un lugar en el programa de último momento, Cindy se ve lanzada a los reflectores. Mostrar su colección de zapatos en televisión parece una manera fantástica de darle un impulso a su carrera. Y, ¿por qué no salir en algunas fabulosas citas con un pretendiente más que adecuado?

Sin embargo, ser la primera y única concursante gorda en Antes de la medianoche la convierte en una sensación viral y en un ícono de la positividad corporal de la noche a la mañana. Para poder llegar hasta la final, a pesar de los cumplidos hipócritas, las conspiraciones de los productores y una casa llena de concursantes en quienes no se puede confiar, Cindy tendrá que dar un salto de fe y esperar que sus tacones, y su corazón, no terminen rotos en el proceso.

La reinterpretación que Julie Murphy hace del bien amado cuento de Cenicienta es una encantadora historia de amor propio y fe en el final feliz que todos y cada uno de nosotros se merece.

«*Si el zapato te queda* incluye todo lo que más me fascina de las comedias románticas. Me reí, me extasié, sonreí. ¡Otro éxito para Julie Murphy!».

COLLEEN HOOVER, autora del *bestseller* de *The New York Times*,

Romper el círculo, (Planeta, 2022)

Cómpralo y empieza a leer

TILLIE COLE

Planeta

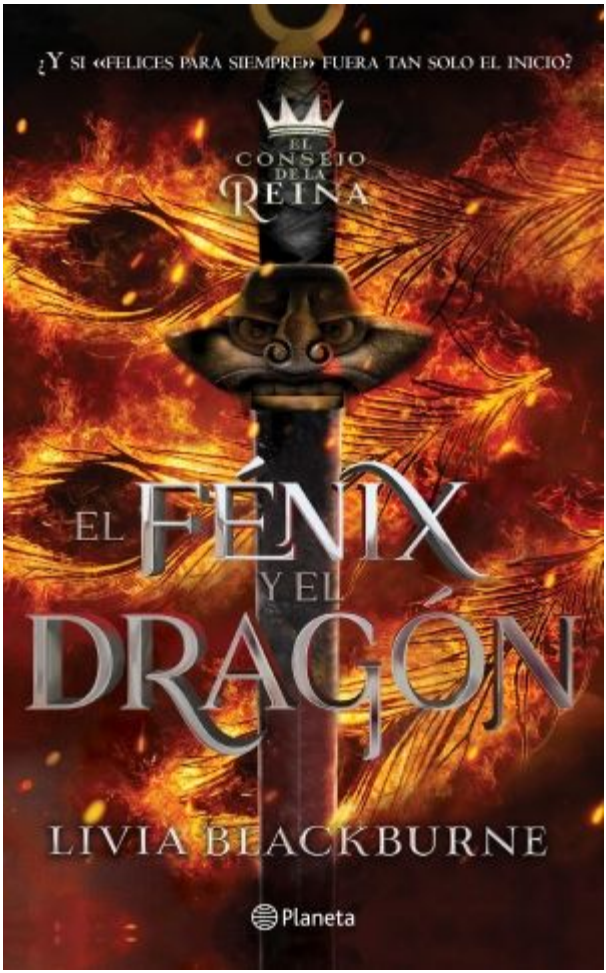
Mil besos tuyos

Cole, Tillie
9786070744532
376 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Poppy es una niña risueña y una prodigiosa violonchelista. Rune es misterioso y amante de la fotografía. Su historia juntos comenzó desde que eran muy pequeños, cuando se convirtieron en cómplices de aventuras, secretos y de un amor inquebrantable. Los años han pasado y, tras la muerte de su abuela, Poppy tiene la misión de llenar un frasco con mil besos de la persona que haga a su corazón estallar de amor, y sabe que sólo con Rune podrá iniciar esa gran aventura.
Pero el destino tiene otros planes que pondrán a prueba su relación. Rune y su familia tienen que volver a Noruega y todo lo que un día él y Poppy fueron se desvanece por completo, dejando tras de sí un inexplicable silencio. Sin embargo, la vida en una de sus tantas vueltas decide reunirlos de nuevo y, aunque ninguno de los dos es la persona que era, tendrán una segunda oportunidad para volver a enamorarse y descubrir el doloroso secreto que esconde Poppy, y que hará que cada beso se sienta como el último.

Cómpralo y empieza a leer


¿Y SI «FELICES PARA SIEMPRE» FUERA TAN SOLO EL INICIO?
EL CONSEJO DE LA REINA
EL FÉNIX Y EL DRAGÓN
LIVIA BLACKBURNE
Planeta

El fénix y el dragón

Blackburne, Livia
9786070789861
392 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Ella trajo honor en el campo de batalla. Ahora viene un nuevo tipo de guerra...

La guerra se acabó. Ahora, una heroína de renombre, Mulan pasa sus días en su pueblo natal, entrenando una milicia de guerreras. La paz es bienvenida, y ella sabe que debe ser protegida.

Cuando Shang llega con una invitación a la Ciudad Imperial, la vida relativamente pacífica de Mulan vuelve a cambiar. El anciano emperador decreta que Mulan será su heredero al trono. Tal poder y responsabilidad inimaginables la aterrorizan, pero ¿quién puede decirle que no al Emperador?

A medida que Mulan asciende a los pasillos del poder, queda claro que no todos están de su lado. Sus ministros la socavan y los hunos sienten una debilidad en el trono. Cuando aparecen indicios de traición incluso entre aquellos a los que considera amigos, Mulan no tiene idea de en quién puede confiar.

Pero el Consejo de la Reina ayuda a Mulan a descubrir su verdadero destino. Con fuerza renovada y la sabiduría de aquellos que la precedieron, Mulan será dueña de su poder, salvará a su país y demostrará una vez más que, corona o yelmo, siempre estuvo destinada a liderar. Esta feroz reinvención de la niña que se convirtió en guerrera combina la tradición de los cuentos de hadas y la historia real con un toque de Disney.

Cómpralo y empieza a leer